

ALBERTO BARRIOS MONEO, Claretiano

CARIDAD DE MADRE

ISABEL DE LARRAÑAGA RAMÍREZ

**Fundadora de las Hermanas de la Caridad
del Sagrado Corazón de Jesús**

Síntesis histórica de su vida, misión y espíritu

**Hermanas de la Caridad
del Sagrado Corazón de Jesús**

Madrid 2007



PRESENTACIÓN

Tengo la alegría de presentar este libro “Caridad de Madre”, síntesis de la historia documentada sobre nuestra Madre Fundadora “La Caridad hecha mujer”. El título de ambas obras ya nos indica el modo peculiar con el que Madre Isabel sigue a Jesús, el Carisma que recibió del Espíritu y que nos ha transmitido a nosotras, sus Hijas, y a cuantos quieran participar de él: la configuración con Jesús en el misterio de su Caridad simbolizado en su Corazón.

Madre Isabel, desde el inicio de su obra, quiso dejar muy claro cuál era el hilo conductor que movía toda su existencia y la nuestra como Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, y así nos lo dejó escrito: *“La caridad ha de ser el único móvil de nuestro corazón...”*

Madre Isabel es una mujer contemplativa y activa que, como Jesús, pasó haciendo el bien (Hch 10, 38). La historia de su vida y de su Congregación están entrelazadas en una búsqueda continua de la voluntad de Dios, de vivir en verdad. Una historia de unión con Dios, de amor, que la mantuvo centrada y libre. Una vida de oración que fue liberando su corazón y su mente para el conocimiento y la experiencia del Amor.

Experimentó que el Amor de Dios, celebrado y adorado en la Eucaristía, se había apoderado de su corazón y quería transformarlo por completo, y se dejó hacer en las manos del Alfarero que quería servirse de ella para manifestar el amor y la misericordia entrañables de su Corazón a todos los hombres. Y con ese mismo amor, con la misma bondad, ternura y fuerza supo transmitir a sus Hijas sus ideales de entrega generosa, de humilde servicio y de fraternidad universal.

A pesar del malestar y de los achaques que le produce la enfermedad de corazón, que la acompaña toda su vida, trabaja todo lo que puede y no se queja de nada. Dedicada a la dirección y formación del naciente Instituto, se sintió siempre empujada por Dios con una fuerza irresistible, *“porque espero que el Señor me ha de ayudar”*. En medio de las dificultades e incertidumbres, mantuvo su fortaleza de ánimo, sus ideales, su inquebrantable confianza en que Dios la cuidaba maternalmente y la llevaba en las palmas de sus manos (Apoc 7, 9). Y así vivió alegre por dentro y por fuera, aprovechando el tiempo que Dios le concedía y preparándose para, cuando el Señor la llamara definitivamente, arrojarle en sus brazos y perderse en el amor infinito de su Corazón.

Agradezco de corazón el inestimable trabajo del P. Alberto Barrios Moneo, Claretiano, que, según ha ido conociendo la figura de la Madre, se ha dejado cautivar por ella, sobre todo al contemplar cómo en los últimos años de su vida, en ese darse sin medida y sin reservas en Cuba, la Madre se va revistiendo de los sentimientos del Corazón de Cristo (Fil 2, 5), hasta llegar a ser una vibración de su bondad, de su caridad. De ahí, el título de esta obra: Caridad de Madre.

Si la lectura y reflexión de este libro nos hacen caer en la cuenta, una vez más, de que el paso amoroso y exigente de Dios en la historia de esta gran mujer, de finales del siglo XIX, se hace también llamada y exigencia para nosotras y para

cuantos comparten con nosotras el carisma que ella nos ha transmitido, ha valido la pena todo el esfuerzo para hacerlo llegar a nuestras manos.

Madrid, 15 de junio de 2007.
Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús

María del Pilar Pérez-Serrano Alarcón,
Hermana de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús
Superiora General

PRÓLOGO

El presente libro es únicamente la síntesis histórica de otra obra mayor, titulada *La Caridad hecha mujer*¹. Esto obliga a omitir el aparato documental tanto en el texto como en las citas a pie de página.

El título de esta obra compendia en pocas palabras toda la personalidad cristológica, evangélica y humana de la Madre Isabel. La Caridad sintetiza a todo el Hijo de Dios, Cristo, y a todo el Evangelio. La Madre Isabel es de Cristo, y una flor hermosa y maravillosa de su gigantesco esfuerzo redentor. Pero esa Caridad la ha bebido en el mismísimo Corazón de Cristo, hallado en la Eucaristía.

Por otra parte, la madre es la explosión más grandiosa del amor humano. De este modo, la Madre Isabel presenta de manera también grandiosa, pero sencilla, la perfección de una mujer cristiana enlazando en su ser de mujer lo divino y lo humano. “Tenía un corazón muy grande, maternal, en el que cabían todas”².

Se pretende en esta obra ofrecer al lector la figura de una mujer fundadora dedicada a una obra educativa a gran escala en las postreras décadas del siglo XIX para los pueblos y suburbios de las grandes ciudades. Además, la Madre Isabel se cubre de gloria en la Isla de Cuba, auxiliando a los enfermos y heridos en el campo de batalla, sin distinción de bandos ni de colores, detalle poco observado en su tiempo, porque los cubanos luchaban contra España para conseguir su independencia. A todos, como a hijos de Dios, había que ayudar.

A esta admirable obra social hay que añadir, la preparación humana, cultural, apostólica y espiritual de la Madre Isabel, nacida en Manila, Filipinas, de padre español y vasco y de madre peruana. La heroína de esta historia recorre mucho mundo para aquella época. De Filipinas a Madrid; de Madrid a Lima; de Perú a La Habana; de Cuba a Málaga, Alicante, Sevilla y Madrid; de Madrid a Roma; de Roma a Madrid y diversas poblaciones de la provincia de Toledo y de Madrid; de Madrid a Pinar del Río, Cuba. De nuevo a Madrid, y, finalmente, una vez más a Pinar del Río y a La Habana, donde fallece el 17 de enero de 1899.

Es la Madre Isabel una experta en el conocimiento de la sociedad española e hispanoamericana. Por eso, una vez lanzada a la labor social y cristiana a favor de las clases desfavorecidas, nunca da marcha atrás, lo mismo en España que en Cuba. Se advierte que los padres de la Madre Isabel aúnan dos continentes, dos razas, dos culturas, entrelazadas en un único amor matrimonial. Sus padres transmiten a su hija lo mejor de estos valiosos tesoros. Recibe de su padre la audacia, la valentía, la fortaleza y la fidelidad, probadas hasta la exposición de su vida. Su padre en las campañas de Chile y de Perú, que logran su independencia, y su hija viajando a Cuba, invadida por la fiebre amarilla y envuelta en una

¹ Cf BARRIOS MONEO, ALBERTO, Claretiano: *La Caridad hecha mujer*. La Venerable Madre Isabel Larrañaga Ramírez, Fundadora de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús. Su vida, su misión, su espíritu. Historia Documentada. Madrid. 2007.

² Josefa Rubio Sánchez. Proceso Cognicional. Volumen II, 328.

encarnizada guerra. Los dos, padre e hija, pudieron morir víctimas por asistir al prójimo con peligro grave de la vida.

De su madre, la peruana Isabel Ramírez, recibe la seguridad y la fortaleza que manan del amor humano, primero, y del amor sobrenatural después. Emociona contemplar a Isabel a sus 19 años, ella peruana, dar palabra de matrimonio al capitán Larrañaga, español, dentro del Cuartel General de Huancayo, cercado por los peruanos que luchaban contra los españoles para lograr la independencia de su patria. Amó a su esposo con toda la potencia de su gran corazón. Le guarda fidelidad en Perú, aunque, apenas casada, debe vagar por valles y montañas sin la presencia de su esposo, asediado en Cuzco. Después, en España y Filipinas. Aquel tierno y apasionado amor de esposa y de madre lo transmite a su hija, que sabrá amar a su Señor Jesús con la enorme potencia de su hermoso corazón.

Estas páginas resumen la vida de la Madre Isabel, su admirable misión apostólica en favor de la niñez poco favorecida y de los heridos y enfermos en Cuba, envuelta en la guerra de su independencia. No se ha ocultado en estas páginas ningún grave problema de su historia, ni la inexplicable intromisión del agustino P. Salvador Font, ni la indiferencia de León XIII ante las Constituciones que le presenta la Madre Isabel. También se ponen de manifiesto los grandes disgustos que le proporcionan algunas de sus religiosas.

Se analizan los acontecimientos históricos y sus causas. Se subraya más de una vez la quema del archivo general de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús por los republicanos de izquierda en julio de 1936. Se lamenta esta desaparición porque, con tantos documentos robados y quemados, la personalidad de la Madre Isabel sobresaldría muchísimo más completa y resplandeciente. Tanto vacío y tan lamentable ha obligado a suplirlo realizando una investigación, lo más completa posible, en España, Perú, Cuba, Roma y Filipinas.

Se ha puesto especial empeño en realzar su espiritualidad, brotada del conocimiento del Amor del Sagrado Corazón de Jesús, encontrado en la Eucaristía.

Quiera el Señor que estas páginas den a conocer a la Madre Isabel, cuyas virtudes heroicas ya han sido reconocidas oficialmente por la Iglesia, de manera que surjan muchos admiradores e imitadores de su entrega a Cristo y a su Iglesia.

Alberto Barrios Moneo, claretiano.

Madrid, 15 de junio de 2007.

Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

CAPÍTULO I

SOLO 38 AÑOS DE VIDA

Urnieta en el año 1800 era un pueblecito situado a 12 kilómetros de San Sebastián, País Vasco, entre los ríos Urumea y Oria, por donde pasaba la carretera para Francia. El barrio de Lasarte le pertenecía; la torre de la parroquia, dedicada a San Miguel Arcángel, dominaba la población. Aquí, el sábado 29 de noviembre de 1800 nacía, a las 12 de la mañana, Juan Andrés María, hijo de Martín Ignacio de Larrañaga Mendizábal y de Josefa Mónica de Lasarte Barcáiztegui. El bautizo y la fiesta se celebran al día siguiente, primer domingo de Adviento, cuyo rango litúrgico superaba al del Apóstol San Andrés, a quien se encomendaba la protección del niño.

Parroquia de San Miguel Arcángel, de Urnieta (Guipúzcoa).



Con los años, Juan Andrés María -a quien siempre se le llamó solo Andrés- sería el padre de la Venerable Madre Isabel Larrañaga, la Fundadora de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús³.

Malos tiempos corrían para el mundo. Reinaba en España Carlos IV (1749-1819). Gobernaba la Iglesia el Papa Pío VII (1740-1823), a quien Napoleón I (1769-1821) -que se proclamó emperador en 1804- apresa primero en Savona (Italia) y luego en Fontainebleau (Francia). El 21 de octubre de 1805 ocurre la derrota naval española y francesa en Trafalgar, entre Cádiz y Gibraltar. Carlos IV abdica en su hijo Fernando VII (1784-1833) en marzo de 1808, y, a las pocas semanas, el 2 de mayo, se subleva el pueblo de Madrid contra el invasor Napoleón I. Comenzaba así la guerra de la Independencia, que no concluía hasta que, derrotados los ejércitos franceses en Vitoria, -21 de junio de 1813- pasan la frontera. El desterrado Fernando VII retornaba a España el 23 de febrero de 1814.

Mientras tanto, en la América hispana comienza el descontento, azuzado por la masonería internacional, que pagaría el coste de las guerras y que luego pasará

³ Ésta es la partida de Bautismo: “Juan Andrés M^a de Larrañaga.- En veinte y nueve de noviembre de mil ochocientos, a las doce del día nació y el siguiente baptizé a Juan Andrés, hixo lexm^o. de Mrn. Ignacio, natural de Lasarte, y Larrañaga por su apellido, y Jph^a. Mónica de Lasarte, natl. de esta, siendo Padrinos Juan de Gauna, vecino de Sn. Sebastián, y M^a Jph^a de Barcaistegui de esta Villa; y les advertí el parentesco espiritual, y la obligación de la Doctrina. Es nieto por línea paterna de Lorenzo natl. de Ernani. Por la Materna de Migl. y M^a Jph^a. de Barcaistegui naturales de esta, y para que conste, firmé”. Dn. Juan Baut^a de Adarraga” (Archivo Parroquial de Urnieta, Guipúzcoa, Libro 2^o de Bautismos, 30 noviembre 1800, folio 250, n. 33. En Archivo Diocesano de San Sebastián).

la factura obligando a los gobiernos de las nuevas naciones a luchar contra la Iglesia, a desprestigiarla, a arrinconarla, a expoliarla y a amordazarla.

Centrándonos en el Perú, -adonde irá primero Andrés Larrañaga como soldado de España- ya el 20 de junio de 1811 el limeño Francisco de Zela ataca el cuartel de infantería de Tacna, sur del Perú, y José de Ara el cuartel de artillería, y proclama la independencia. A los pocos días, se ahogaban estos conatos. En 1812, otra intentona en Huánuco, en el centro del Perú; en 1813, de nuevo en Tacna; en 1814 en Cuzco, la antigua capital del imperio Inca, sublevación que se extiende por Puno, el sureste, Ayacucho, centro y la Paz.

1. HERIDO, ENCARCELADO Y ESCAPADO

En toda España se siguen los acontecimientos bélicos de América, porque contempla con harta pena cómo sus hijos se embarcan para la guerra. Uno de ellos Andrés.

Nada se sabe de la niñez de Andrés, ni de su primera juventud. Le llama América, de la que tanto se discute. Se ignora también cuándo abandona Urnieta y viaja a Burgos para enrolarse como voluntario en el ejército. Su Hoja de Servicios anota que cursa carrera militar y que principia a servir en el Perú el año 1817 en clase de cadete del Regimiento de Burgos, grado que recibe el 3 de noviembre del mismo año. Nunca se ha sabido ni cuándo parte para Perú ni cuándo llega; pero el 9 de diciembre de 1817 ya se embarca con su Regimiento en el Puerto del Callao, junto a Lima, en la expedición mandada por el Brigadier Mariano Osorio (1777-1819) destinada a reconquistar Chile.

Osorio conocía bien Chile, por haber sido Gobernador y Capitán General en 1814-1815. Entonces había derrotado a Bernardo O'Higgins (1778-1842), el prócer máximo de la independencia chilena, en Rancagua el 1 de octubre de 1814. La suerte se había cambiado y, aunque le vence en Cancha Rayada el 19 de marzo de 1818, dos semanas después sufría la derrota definitiva en Maipú, 5 de abril, logrando O'Higgins la independencia de Chile.

En estas dos batallas se bate el cadete Andrés, ganando en la primera una medalla militar, y quedando herido y prisionero en la segunda. Su Hoja de Servicios a la Patria cuenta todo esto y el gesto heroico de fugarse de sus carceleros. Después de caminar centenares de kilómetros, bien disfrazado, llega a Montevideo y de aquí al Puerto de Callao de Lima, y se enrola de nuevo en el ejército en vez de dirigirse a España buscando paz y a su familia:

“Año de 1818. Se halló en la acción de Cancha Rayada el 19 de marzo, por la que disfruta una medalla de distinción. En la Batalla de Maipú el 5 de abril, en la que fue hecho prisionero de guerra y con una herida en la pierna derecha; y habiendo sufrido constantemente toda clase de penalidades en los diferentes Depósitos y cárceles durante su prisión, y logrando fugarse, pasó a la plaza de Montevideo, en donde se embarcó el 10 de mayo de 1820 con destino al Perú, habiendo llegado al puerto del Callao de Lima, y desembarcando el 29 de Julio; y habiéndose presentado

al Excmo. Sr. Virrey de aquel Reino, se incorporó en su Regimiento en agosto del mismo año, que guarneecía varios puntos de la Costa del Norte”⁴.

Nunca olvida Andrés aquellos dos años largos sufriendo, como él decía, en las horrorosas cárceles de Chile, en las inmensas pampas de Buenos Aires y en los abominables depósitos de San Luis y las Bruscas, en donde burla la vigilancia de sus carceleros; ni los meses que tarda en reincorporarse a su Regimiento cumpliendo la palabra dada a la bandera de su Patria.

El 20 de septiembre de 1820 le ascienden, por Real Despacho, a Teniente del Ejército español. Durante el año 1821 lucha contra los independentistas y tiene que retirarse al norte de Perú. Pasa todo el año de 1822 acantonado en Cuzco. En 1823 se halla Andrés en varias campañas sobre Lima y la costa del norte; en junio-julio, en el bloqueo de la plaza de Callao. De aquí marcha con su Regimiento por las provincias centrales persiguiendo a los enemigos hasta el Valle de Jauja, en el hoy Departamento de Junín. Antes de finalizar el año 1823, el 16 de diciembre, era ascendido a Capitán, por Real Despacho.

2. BODA DESPUÉS DE LA DERROTA DE JUNÍN, 9 agosto 1824

El Capitán Larrañaga, en una de sus estancias limeñas, había conocido a una joven hermosa peruana, llamada Isabel Ramírez Patiño. Los dos se enamoran locamente, sobre todo Isabel que, cegada de amor, no ve el incierto futuro del Capitán, expuesto a morir en cualquier momento a manos de sus hermanos peruanos. Ella no mira que es un enemigo de su patria, ni que lucha contra su patria. El amor verdadero es ciego, solo entiende y atiende a la persona.



Isabel era 5 años más joven que Andrés. Había nacido en Lima el 4 de julio de 1805 de padre español, Don Francisco Ramírez, natural de Sanlúcar de Barrameda, Cádiz, y de Petrona Velasco y Patiño, peruana. Fue bautizada días después en la Parroquia de Santiago del Cercado de la Capital⁵.

D^a Isabel Ramírez Patiño

⁴ Archivo General Militar de Segovia. Larrañaga Andrés. Documentos 31 diciembre 1824 y 1 febrero 1825.

⁵ “En siete de julio de mil ochocientos cinco, yo, el Mosén Mayor de esta Parroquia de Santiago del Cercado: bauticé, exorcicé, puse el óleo y crisma a *María Isabel*, española, de cuatro días de nacida, hija legítima de Don Francisco Ramírez y de Doña Petrona Velasco y Patiño. Fue su padrino Don Nicolás Noé, a quien advertí el parentesco espiritual y sus obligaciones; siendo testigos Don Agustín Lobo y Don José Arbués, de que doy fe. *Pedro Eloy Olivos*” (Parroquia de Santiago del Cercado, Lima. Libro de Bautismos 1804-1817, folio 23. Fecha 7 julio 1805. Hoy Parroquia de Santiago Apóstol. Padres Carmelitas. Cercado de Lima).

Por esos milagros que hace el fortísimo amor de los novios, Isabel se encuentra en Huancayo con la familia de su madre, nacida en esta ciudad y casada en la catedral el 18 de febrero de 1792. Los dos, Isabel y Andrés, saben sus mutuas andanzas. Isabel se entera de los pasos de su querido capitán y sigue sus huellas. En 1824 han decidido casarse pese a quien pese y pase lo que pasare. Mientras Andrés batalla por el Valle de Jauja, se han entrevistado y han decidido unir sus vidas para siempre. Casi está a punto de tronchar tan locas ilusiones la batalla en el cercano Junín, perdida por los españoles el 6 de agosto; al contrario, acelera el matrimonio, porque el Capitán, obligado por la derrota, debe retirarse y alejarse hasta Cuzco, ciudad fortificada y favorable a España.

En estas circunstancias y conseguido el necesario placet del Virrey del Perú, Don José de la Serna (1770-1832), Conde de los Andes, Isabel y Andrés contraen matrimonio dentro del amurallado cuartel del ejército, rodeados de soldados que solo prorrumpían en frases de admiración sin abandonar los fusiles de sus manos. El altar, levantado en el patio de armas, respaldaba aquel acto, bendecido por el Capellán del Regimiento. Era el lunes 9 de agosto de 1824. Más tarde, el General Don José Canterac, presente en el acto, declaraba que el Capitán Larrañaga “se desposó en el Cuartel General de Huancayo”. Estaban a 3340 metros de altura sobre el nivel del mar; lo mismo que Cuzco, en donde se refugian por poco tiempo, porque el 19 de diciembre pierden la batalla en la cercana Ayacucho, donde capitula el General Canterac y consigue que tanto él como sus jefes y oficiales pudieran ser repatriados a España.

Isabel no se queda con su familia en Huancayo esperando el suspirado momento de reencontrarse con Andrés, si se salvaba de los horrores de aquella guerra. A ella no le importa la derrota. Quiere compartirla con él. El amor lo puede todo. Andrés no puede llevar consigo por montes y valles a Isabel. El Capitán confesaría a Isabel II: que “agobiado de enfermedades y sin recursos para incorporarse a su reciente esposa, internada en aquellas vastas provincias y abandonada a su propia suerte”.

3. REGRESA A ESPAÑA LLENO DE MISERIA, 22 diciembre 1825

En la relación de los señores Jefes y Oficiales que pasan a embarcarse por Arequipa para Europa, firmada por el Coronel Don Manuel Sánchez, Jefe Director, el 18 de diciembre de 1824 se cita a Don Andrés Larrañaga entre los Capitanes graduados de Tenientes Coroneles.

Hoy se ignora dónde y en qué circunstancias permanecen custodiados tantos oficiales españoles acompañados por el General Canterac el medio año que transcurre entre finales de diciembre de 1824 a julio de 1825.

Sabemos que al Capitán Larrañaga le ofrecen este dilema: o quedarse con el grado de Capitán con los independentistas o expatriarse a Europa. No duda él un momento en pedir pasaporte para España. De su salud física, después de pasar mil calamidades, asegura de sí mismo que pudo embarcarse “semivivo”. Incluso llega a insinuar que se entrevista con Simón Bolívar (1783-1830), el Prócer de la independencia sudamericana, a quien arranca una orden, contraria a lo estipulado

en el texto de la rendición, para que el Estado Peruano pagara el pasaje a la esposa. Así lo prueba este pasaporte firmado por Bolívar el 1 de junio de 1825.

“Simón Bolívar Libertador, Presidente de la República de Colombia y del Perú etc., etc.

Concedo franco y seguro pasaporte a D. Andrés Larrañaga y su esposa, D^a Isabel Ramírez, que pasan a España, o a cualquier punto de Europa: por tanto, ruego y mando a las autoridades del tránsito, civiles y militares, no les pongan embarazo en su viaje.

Dado en mi Cuartel General, en Arequipa, a 1 de Junio del año 1825.- Bolívar.

Adición: El Capitán capitulado y su dicha esposa, se deben considerar ambos de cuenta del gobierno de la República para su transporte.- P.O.D.S.E.- El Jefe.- Ramón Antonio Deeva”⁶.

En la fragata francesa Télégraphe embarca el 7 de julio de 1825 en Arequipa rumbo a España. Les acompaña un soldado asistente a cuenta de los esposos. En los puertos en que recalán deben presentarse a la policía. El 23 de julio en Quilca, puerto del Departamento de Arequipa; el 28 de septiembre en Río de Janeiro, Brasil; el 6 de diciembre en Burdeos, Francia. Un viaje interminable. Al fin, el 22 de diciembre llegan a Tolosa, Guipúzcoa, dentro de su querida España. Sus compañeros dirán más tarde que “regresa a la Península con su esposa lleno de miseria”.

4. MÁS CALAMIDADES EN ESPAÑA

Las autoridades españolas le fijan la residencia al Capitán Larrañaga en Tolosa, no en Urnieta, a la que no llega con el obligado pasaporte hasta once meses más tarde, el 7 de noviembre de 1826. Isabel está próxima a dar a luz y necesita la atención de la familia. El sábado 19 de noviembre, a las 9,30 de la mañana, ofrecía a su esposo un niño que se llamará Alejandro Félix. Al día siguiente es bautizado con toda solemnidad en la parroquia de Urnieta en medio de la más íntima alegría.

La alegría no es completa. Las arcas del Estado se encuentran vacías, arruinadas por más de 15 años de guerras por querer conservar el imperio americano. Comprendiendo que en España nunca se resolverá este problema, pide a Fernando VII en junio de 1827 un puesto en Ceuta, donde fuera de las fronteras se pagaría siempre y mejor. Se deniega el destino. En septiembre pide pasaporte para ir a Bilbao con intención de recaudar créditos de compañeros de milicia en Perú y Chile, y no se lo conceden. Solo le han dado la paga de Subteniente, pero hace seis meses que se la adeudan.

Le escatiman el sueldo. Fernando VII le revalida el 1 de abril de 1828 el grado de Capitán con la antigüedad de 16 de diciembre de 1823 en que se lo concedió el Virrey del Perú, Don José de la Serna, y, por tanto, con la paga de Capitán desde esa fecha. Nada consigue. Es inútil que se dirija al Rey suplicándole esa gracia y

⁶ Archivo Militar de Segovia. El Capitán Larrañaga a Don Juan Delguera. Vitoria, 12 mayo 1828.

alegando “las largas calamidades y no interrumpidas miserias” sufridas en América, la penuria que envuelve a su familia, el apremio de los acreedores y la falta de dinero para comprar el equipo militar y poder viajar a Zaragoza, adonde había sido destinado como Capitán de la Primera Compañía del Segundo Batallón del Regimiento de Infantería de Zaragoza 11º de Línea. Le deben nada menos que 17.391 reales y 14 maravedises, y quieren contentarle alargándole la limosna de 853 reales vellón, porque la apuradísima situación de la pagaduría de este Ejército no permite más. Agrava más todavía la situación la llegada de Josefa Natalia, que nació el 5 de diciembre de 1827. Sin pompa alguna se la bautiza el mismo día -había visto la luz a las 7 de la mañana- y con padrinos amigos de Urnieta.

5. EL SUEÑO QUIMÉRICO DE FILIPINAS, 2 abril 1830

Con horizonte tan negro, toma una resolución, incomprensible a primera vista, con el consentimiento de su entrañable esposa Isabel: pedir destino a Filipinas. En España había sufrido y sufría mucho, más que todo por su idolatrada Isabel y sus pequeños hijos. En España tuvo que revalidar sus grados militares, esclarecer su nombre completo de Juan Andrés María, demostrar la validez de su matrimonio y pasar mil calamidades al negarle durante años sus sueldos. Sueña encontrar en la lejanísima Filipinas remedio a tantos males, maledicencias y pobreza.

Solo ha permanecido en Zaragoza un año y nueve meses como Capitán, y el viernes de Dolores, 2 de abril de 1830, se embarca en Cádiz rumbo a Manila. Le acompañan Isabel y sus hijos. Cinco meses de navegación, y desembarcan en Manila el domingo 29 de agosto. Aquí se libra de muchos sufrimientos venidos por la alergia que les invadió a no pocos oficiales, siempre de asiento en España, contra aquellos que expusieron su vida en las Américas. Sin embargo, en Filipinas padecían la misma miseria por el regateo de los sueldos mensuales. Filipinas era un eco de España.

En tan angustiosa situación, el Teniente Coronel Larrañaga juega su última y decisiva carta. Fernando VII había fallecido en 1833 y le sucede en el trono su hija Isabel (1830-1904), de solo tres años, bajo la regencia de su madre María Cristina de Nápoles (1806-1878). Y el 20 de febrero de 1835 escribe a Isabel II una conmovedora exposición relatando las muchas desgracias de su vida militar particularmente las padecidas en Perú, Chile y Argentina. Tiene esposa y seis hijos. Con la paga actual no puede cubrir ni mantener a su familia con el decoro que exige su clase. Vale la pena leer este largo documento que parece una breve autobiografía de Andrés. Es el resumen de su historia, tan necesaria de saber en estas páginas.

“Señora

D. Andrés de Larrañaga, Teniente Coronel Graduado y Capitán de la Compañía de Granaderos del Regim^{to}. Infantería del Rey, 1º Expedicionario de Asia, postrado a L. R. P. de V. M., respetuosamente expone:

Que desde el principio de su Carrera Militar ha experimentado toda especie de males, privaciones y desgracias consiguientes a una desastrosa guerra, sin desmentir jamás su adhesión a los derechos de V. M., como lo tiene acreditado desde su tierna edad en los Campos de Maipú donde, por defenderlos, vertió su

sangre y perdió la libertad, confirmándola después con su constante sufrimiento en las horribles Cárcels de Chile, en las inmensas pampas de Buenos Aires y en los abominables depósitos de San Luis y las Bruscas, en cuyo último punto supo burlarse de la vigilancia de los enemigos que lo oprimían y lograr su perdida libertad con gravísimo peligro de la vida, incorporándose, después de más de dos años de penalidades, al Regimiento a que pertenecía.

Dispuesto en Lima para nuevos peligros y deseoso de vengar las víctimas de sus amigos y compañeros de prisión, principia la Campaña contra el Caribe Chileno, que a su vez invade las Costas Peruanas, y por espacio de cuatro años participa de las glorias adquiridas por las Armas de V. M. a fuerza de esforzados sacrificios sobre las del asesino de sus compañeros inmolados en San Luis, y consigue en algún tanto el desagravio de los males que aquel genio perturbador le había ocasionado desde la batalla de Maipú.

Pero otro más afortunado vence al fatigado ejército de V. M. en el Campo de Ayacucho, y en él queda por segunda vez el exponente sujeto al capricho de sus opresores en el más deplorable estado de miseria, sin otro apoyo que la caridad de sus conocidos igualmente desgraciados, agobiado de enfermedades y sin recursos para incorporarse a su reciente joven esposa internada en aquellas vastas provincias y abandonada a su propia suerte.

No obstante, despreciando estos invencibles inconvenientes, a los que se agregaba otro de no menos importancia cual era la falta de medios para el transporte de su esposa a Europa, y a pesar de la libertad que las Capitulaciones estipuladas por su General Canterac y el del Ejército enemigo le dejaban para elegir su residencia o continuar en su clase la carrera en las filas contrarias, no vaciló un momento en solicitar su pasaporte para la Madre Patria, y pudo embarcarse, semivivo, en Julio del año 25, arrancando para ello del mismo Bolívar, contra el texto de aquellas, la Orden para que el estado Peruano pagase el pasaje de la esposa del exponente, como se comprueba por la copia que acompaña.

Al arribo a su Patria, en Diciembre del mismo año, sin embargo de no haberse aliviado sus necesidades, jamás intentó hacer reclamaciones de sus enormes atrasos de América, y se contentó con la paulatina e incierta paga de Subteniente que por la Tesorería de Vitoria se le libraba; pero en Mayo del 28, habiendo obtenido la revalidación de sus empleos y colocación en el Regim^{to}. Infantería de Zaragoza entonces 11^o de Línea, no pudo prescindir de solicitar los Alcances que durante su ilimitación había devengado, ascendentes hasta fin de Abril a diecisiete mil y más reales, para los objetos que se manifiestan en los Oficios que a continuación del pasaporte se copian y de los cuales tampoco consiguió nada, como se ve por los decretos de aquel Intendente, pues solo se le dio la paga perteneciente al mencionado Mayo.

Su posición actual es tan triste como la de las épocas anteriores, pues forzado en aquellas a contraer deudas para su indispensable subsistencia de ningún modo puede en el día cubrirlas con su paga y mantener su crecida familia con el decoro que exige su clase; por tanto

A V.M. rendidamente suplica que, en atención a las muchas penalidades del recurrente, a sus sacrificios por defender vuestros Reales Derechos y a los grandes atrasos que tiene de pagas, de América y España, *se sirva concederle el Corregimiento de la Provincia de Caraga, la Alcaldía de la Pampangá, u otro equivalente* que le releve de sus compromisos y le proporcione el sostenimiento de su esposa y seis tiernos hijos, que, con el que suscribe, imploran esta Gracia de la

Real Munificencia de V. M., cuya importante vida conserve el Cielo para la prosperidad de los Españoles.

Manila, 20 de Febrero de 1835”⁷

Señora
A. L. P. P. V. M.
Andrés Larrañaga

6. UN SUEÑO LOGRADO A MEDIAS

En Manila encuentra eco este verídico y patético lamento. Don José Bausá, Coronel del Regimiento donde sirve Andrés, confirma las razones expuestas y llega a decir a la Reina que llegó a España con su esposa lleno de miseria:

“Señora

Este Capitán del Regimiento de mi mando, justifica los servicios contraídos en América, en donde ha experimentado las mayores privaciones, aguardando cada instante terminar su existencia, según vio perecer a sus compañeros de Armas, asesinados en San Luis: fugándose del horrible depósito de prisioneros de las Bruscas: pues, en efecto, de la Batalla de Ayacucho, regresó a la Península con su esposa, lleno de miseria; en tal virtud saliera del piadoso corazón de V. M. que para remunerarle de sus infinitos atrasos, hallándose con seis criaturas, se digne conferirle el Corregimiento de Caraga, o bien, la Alcaldía Mayor de la Pampanga”⁸.

También la Capitanía General de Manila apoya la súplica de Larrañaga y se envía a Madrid al Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra. La respuesta sería afirmativa. En julio de 1834 ya había sido ascendido al grado de Teniente Coronel, y el 1 de agosto de 1835 se le concede el título de Sargento Mayor Veterano del Regimiento de Milicias Disciplinadas de Zambales y Bataan, título que Isabel II refrenda al 1 de septiembre de 1836.

Al Teniente Coronel Larrañaga no le dan el Corregimiento o ser Gobernador de la Provincia de Caraga, hoy Zuriago, en la Isla de Mindanao, ni la Alcaldía de la Pampanga, en la Isla de Luzón, sino la Alcaldía de Balanga, capital de la Provincia de Bataan, en la Isla de Luzón. La situación de Larrañaga y familia cambiaba por completo. Comenzaba una nueva era desconocida hasta ahora. No era lo que quería. Era un paso para lograr su ambición que llegaría a corto plazo. Así soñaba.

⁷ Archivo General Militar de Segovia. Larrañaga Andrés. Documento fechado en Manila, el 20 febrero 1835.

⁸ José Bausá a Isabel II. Manila, 21 febrero 1835. Archivo y lugar citados.

7. LLEGA ISABEL, LA BENJAMINA, 19 noviembre 1836

No se sabe cuándo el Teniente Coronel Larrañaga abandona Manila y toma posesión de la Alcandía de Balanga. Isabel con sus hijos se queda en Manila, en el arrabal de San Miguel Arcángel, el mismo titular de la Parroquia de Urnieta. Aquí nace la Madre Isabel el 19 de noviembre de 1836, sábado. El acta bautismal informa que los padres son españoles y residentes en San Miguel.

Mamá Isabel impone su nombre a esta niña, forzada por la festividad del día: Santa Isabel de Hungría (1207-1231). El segundo nombre, Alejandra, se lo da la madrina, Doña Alejandra Vedoya, esposa del padrino, Don Antonio Zapata, Capitán de Dragones. Ésta es el Acta Bautismal:

Isabel Alejandra
Larrañaga
Española

“En treinta de noviembre de 1836 años, yo, Esteban Mena, Predicador Ministro de Doctrina y Cura Párroco de esta Iglesia del Pueblo del Sr. San Miguel Arcángel, (con mi licencia) el P. D. Santiago Bautista, clérigo Presbítero de este Arzobispado, bautizó solemnemente y puso los Santos Óleos a *Isabel Alejandra Larrañaga*, niña de edad de doce días, hija legítima de legítimo matrimonio de D. Andrés Larrañaga, Sargento Mayor de Milicia, y D^a Isabel Ramírez, españoles y residentes en este Pueblo. Abuelos Paternos: D. Ignacio Larrañaga y maternos: D. Francisco Ramírez; fueron padrinos el Capitán de Dragones, D. Antonio Zapata, y D^a Alejandra Vedoya, a quienes advirtió el parentesco espiritual. - Y para que conste, lo firmé, fecha ut supra.- Fr. Esteban Mena”⁹.

Este día, 30 de noviembre y martes, celebran juntos el bautizo y el 36 cumpleaños y el santo de papá con gran alegría, una vez despejado el oscuro horizonte que siempre había envuelto a la familia.

No se conservan más noticias de la niña Isabel en Filipinas, aunque se supone que todos se trasladan ya a Balanga con el papá.



Pila bautismal donde fue bautizada M. Isabel

Parroquia San Miguel Arcángel, de Manila, Filipinas.

⁹ Archivo Parroquial de San Miguel Arcángel de Manila, Filipinas. Libro 5 de Bautismos, folio 149. Día 30 noviembre 1836.

8. SEGADO POR LA MUERTE A LOS 38 AÑOS, 6 diciembre 1838

Nadie podía profetizar la muerte temprana de Andrés. Cuando apenas acababa de cumplir 38 años, entrega a Dios su alma. Unas fortísimas calenturas le llevan al sepulcro. No pudieron con él ni el hambre, ni mil enfermedades, ni las interminables caminatas por las cumbres altísimas del Perú, a más de 3000 metros de altura, ni los continuos peligros de caer en las redes enemigas en cualquier barranco de las escarpadas sierras peruanas, ni los suplicios de las cárceles. El 6 de diciembre de 1838, jueves, fallecía sabiendo que se rompía la tela de su vida, después de confesarse y de recibir la Unción de los enfermos. Muere como cristiano repitiendo tantas veces las oraciones rezadas en los mil apuros de muerte en la lejana América. Por causa de los vómitos no pudo recibir la comunión por viático. En la Parroquia de Balanga quedaba constancia del fallecimiento y del entierro:

“En el año del Señor de mil ochocientos treinta y ocho, siete de diciembre, yo, Fr. Jesualdo M^a Miñano, Cura Párroco de este pueblo y cabecera de Balanga, di sepultura eclesiástica al cadáver de D. Andrés Larrañaga, Sargento Mayor, y consorte de D^a Isabel Ramírez, que falleció el día seis, a las seis de tarde, habiendo recibido los Santos Sacramentos de la penitencia y extremaunción solamente, por no haber dado lugar la enfermedad para el viático. Fue su entierro cantado con posa y vigilia y ataúd. Y para que conste, lo firmé. - Fr. Jesualdo M^a Miñano”¹⁰.

Muy solemne fue el entierro. Hubo posa, es decir, clamor de campanas y varias paradas en el camino hacia el cementerio para que los sacerdotes rezaran responsos. No le falta ataúd, detalle no siempre observado en Filipinas.

A la viuda se le cae el cielo encima y se le borra el horizonte. Su vida ha terminado en Filipinas. Empieza a hacer los baúles para el viaje a España. Se lleva los cuatro hijos que sobreviven, dos niños y dos niñas: Alejandro, el primogénito, con 12 años, nacido en Urnieta; Josefa Natalia con 11 años, también natural de Urnieta; Francisco Adrián con 6 años y la benjamina Isabelita con solo 2 años, nacidos ambos en Filipinas. Sin saber el día del año 1839, mamá Isabel, con lágrimas en los ojos, miraba desde el barco muy en la lejanía el cielo de Balanga, donde quedaba su idolatrado esposo. Recordaba también, uno a uno, el nombre de cada uno de sus seis hijos que se quedaban allí para siempre bajo tierra. Le urgía perder de vista aquellas Islas y quería llegar cuanto antes a España.

Andrés dejaba al mundo un reto de fidelidad a su Patria y a su esposa. Isabel, un reto de fidelidad heroica a un esposo herido, encarcelado, derrotado y empobrecido.

¹⁰ Archivo Parroquial de Balanga, Bataan, Filipinas. Libro 3 de Defunciones, folio 131 vto. Fecha, 7 diciembre 1838.

CAPÍTULO II

EN MADRID, 1839-1855

Enlutada de pies a cabeza, llega Doña Isabel a Madrid rodeada de sus cuatro hijos. Se mantendrá con la cuantiosa pensión de su marido como viuda de militar de graduación elevada. Se ignora el día y el mes de 1839 en que puede descansar del larguísimo viaje de varios meses en la Corte de Madrid. Alquila un piso en una calle céntrica, la de Jardines, entre las calles Montera y Peligros, cercana a la Gran Vía y a la Puerta del Sol.

1. DESBORDADA POR SUS DOS HIJOS VARONES

Doña Isabel Ramírez quiere colocar pronto a sus dos hijos varones en el Ejército Español. Los quiere militares como su padre. Era lo más fácil de conseguir, según la costumbre de la época. Lo intenta con Alejandro, nacido en Urnieta, Vizcaya, el 19 de noviembre de 1826. Tiene ahora 13 años. El otro hijo, Adrián, había venido al mundo en Filipinas seis años después, el 1 de septiembre de 1832, y aún así, su mamá intenta inscribirle también con su hermano en la Escuela de Cadetes de Toledo. La respuesta de la Reina Gobernadora, Doña María Cristina de Nápoles, informaba a Doña Isabel que Alejandro quedaba en lista de espera para cuando le tocara su turno y que Adrián debía esperar a cumplir 11 años. La respuesta, de 15 de enero de 1840, denota las prisas de la mamá y la urgencia de colocar cuanto antes a sus dos hijos en las filas del Ejército.

Alejandro fue admitido, pero abandona la carrera militar y el historiador le pierde de vista. Se ignora su paradero, sus hechos y su vida, y hasta su muerte. No pasa esto con Adrián, a quien la jovencita Isabel II le concede una plaza de cadete con pensión entera el 31 de diciembre de 1845, noticia que llega a mamá en vísperas de los Reyes Magos. El día de su admisión, 27 de febrero de 1847, tiene 14 años, 5 meses y 27 días, y ésta era su estatura: 4 pies, 8 pulgadas y 4 líneas. Vive interno en la Academia desde el 8 de marzo; pero Adrián no ha nacido para militar y es el polo opuesto de su padre. Le cansa el estudio y no se somete a la disciplina. Abandona la carrera militar escudado en su madre, débil con este hijo, y, mintiendo, alega que se va a alejar de España y quiere llevar consigo a su hijo. Quien se va a un país lejano -el Evangelio de Lucas también habla del pródigo “que se marchó a un país lejano” (Lc 15,13)- es Adrián, que en 1851 aparece perdido en La Habana y cuatro años después en Perú. Allí irán a buscarle su madre y su hermana Isabelita en 1855.

De Josefa Natalia, venida al mundo en Urnieta el 5 de diciembre de 1827, se sabe que vive con mamá y hermanos en Manila y en Madrid, y que, recién cumplidos los 19 años, fallece en la calle de Jardines, n. 30, de Madrid, el domingo 3 de enero de 1847, antes de finalizar las Navidades, y que es enterrada en el cementerio de la Puerta de Bilbao. En este ambiente familiar, nada risueño, vive Isabelita. Mamá, desbordada por los acontecimientos, no sabe y no puede formar a sus dos hijos varones.

2. LAS PRIMERAS ENCANTADORAS ANÉCDOTAS DE ISABELITA EN MADRID

Isabelita es la cara bendecida de la medalla y el polo opuesto a Alejandro y a Adrián. Cumple los tres añitos en Madrid, ignorando su orfandad. La cubren de besos mamá y hermanos. Pronto entiende mamá que Isabelita es una perla preciosa que Dios le ha puesto en su corona y que va a colmar, en parte, el vacío de Andrés y a ser una gran mujer. Se vuelca con Isabelita, a quien llama siempre su nena. Le trasvasa su gran corazón y su despierta inteligencia y las especiales virtudes de su esposo: la seriedad, la paz, la fidelidad, la perseverancia y un grande amor, como motor de toda su persona.

Todos los días la observa y se acuesta gozosa pensando en su nena. Como la otra gran Madre, la Virgen María, guardaba todas aquellas cosas en su corazón. Notó que cantaba bien y con voz hermosa. Pensó que la música afinaría su corazón y sus sentidos, y le trajo una profesora que le enseñara los secretos del piano. Parecía un prodigio. Mamá Isabel contaba emocionada esta anécdota de los seis años de su nena:

“Era tan inteligente y tan despejada, decía que, en una ocasión, cuando tenía seis años, hube de llevarla a una fiesta de familia y de amistades, y en ella tocó unas piezas de música que a todos llenó de admiración. Me la subieron en alto y la llenaron de besos y abrazos que a mí me hicieron llorar”.

Pasaba horas enteras sentada frente al piano, arrancándole gratas melodías que llenaban la casa con admiración de los vecinos. Más de una vez se pararían ante la puerta para escucharlas.

Pecaba Isabelita de inocente, lo mismo que todos los niños. Reía mamá Isabel contando la respuesta de su nena después de haber obsequiado con dos pavos como regalo de Navidad a unas familias amigas:

“Se deliberó en presencia de la niña sobre cuál de dos pavos se había de regalar a una familia amiga de casa, y, convenido, se le envió. Mas cuando la pequeña oyó los elogios de los agraciados, con aire de satisfacción dijo en presencia de todos:

- “Y eso que dijo mamá que les trajésemos el más pequeño por ser ustedes más pocos”.

Mamá educa a su nena con esmero y le enseña higiene, limpieza y pulcritud. Isabelita toma aquellas normas al pie de la letra sin saber disimular la razón de su desobediencia:

“Había ido a su casa una señora con una niña de la misma edad, poco más o menos. Y, al decirle su madre que besara a aquella niña, no quiso; y entonces su madre la castigó recluyéndola en un cuarto oscuro. Posteriormente, al pedir perdón, su madre le preguntó el motivo por el que no había querido besar a aquella niña; y entonces le contestó que era debido a que aquella niña tenía mocos”.

Según abre los ojos a la vida va entendiendo las cosas con toda formalidad, detalle que conserva siempre. Mamá le había comprado un vestidito con lunares rojos que no gustó a su nena. Con una tijera los cortó uno a uno. El vestido quedó

hecho una pena. Mamá, disgustada, la corrige y le pide la razón de aquella fechoría. Con toda seriedad “respondió que, como le había dicho que el vestido era suyo, ella creía que podía disponer de él como quisiera, y que lo había hecho porque a ella los lunares no le gustaban”.

Discurría lógicamente con su mentalidad infantil. Si el vestido era suyo, lo era con todos los derechos. Lo mismo podía ponérselo, venderlo, romperlo con las tijeras o darlos. Es lo que hace con el vestido de una gran muñeca que le ha traído mamá, y que ha admirado tanto en uno de los escaparates de la calle Montera o de la Puerta del Sol:

“Le había regalado su mamá una muñeca de gran tamaño elegantemente vestida, y al entregársela le dijo, sin entrever el efecto que sus palabras iban a causar en la mente de su hijita:

- “Toma, Nena, esta muñeca, es para ti; es tuya, te la doy yo”.

Ella aceptó el obsequio de su mamá toda contenta. Mas, como la inventiva del amor no conoce trabas, despojó a la muñeca de sus lindos vestidos y se los dio a una niña pobre y mal vestida que la ocasión le puso delante.

Enterada la mamá, le advirtió que eso no podía hacerlo sin su permiso. La niña, sorprendida, contestó con encantadora sencillez:

- “Mamá, como tú me dijiste que la muñeca era mía, creí que podía hacer con ella lo que quisiera. Ya no lo haré más”.

Fueron las muñecas el mejor entretenimiento de Isabelita, juguete tan femenino, encantador y formador de la mujer niña. Debió de gozar de muchas de todos los tamaños y de todos los gustos, vestidas y sin vestir. Lo bueno que la mamá se valía de todos los medios para agrandar aquel pequeño corazón, cuyo candor y fuego afloraba al exterior como la cosa más natural. En esta educación mamá Isabel, sabedora por experiencia del factor amor en la mujer, formaba a su hija como una verdadera maestra. El amor la había salvado, fortificado y hecho feliz, a pesar de enormes calamidades.

Por eso, desde pequeñita infunde a su nena el amor a otras niñas pobres. Ellas vivían de la considerable pensión de papá; sin embargo, Isabelita pronto entiende y ve que hay niñas que malvisten, que comen poco y mal, que no tienen muñecas para jugar y que la envidian cuando se asoman a su cuarto lleno de ellas. Mamá no corta las corrientes de caridad que saltan del corazón de su nena. Sufría ésta al encontrar niñas cubiertas de harapos y discurría medios para darles sus propios vestidos en secreto. Tanta caridad realiza a partir de sus 14 años cuando mamá entiende que es una mujer y debe disponer de su ropa. Se cuenta este caso:

“D^a Isabel Ramírez, que no perdonó medio alguno para hacer de su hija una mujer cabal en todos los aspectos, al cumplir ésta los 14 años le encomendó el cuidado de su armario ropero, advirtiéndole que, como era ya mayorcita, tenía que ir adquiriendo hábitos de orden y poniendo atención a las cosas como una buena ama de casa.

Aceptó ella el encargo y pronto encontró en él un medio más para socorrer necesidades y suavizar penas. Por lo pronto le pareció que era excesivo el número de prendas que tenía para su uso particular y poco a poco fue dándolas acá y allá, según cada necesidad lo exigía.

Así las cosas, se presentó un día la doncella para decir a D^a Isabel, su madre, que la Nena no tenía ropa para mudarse con el orden habitual en la casa.

Sorprendida la señora y convencida ante la realidad, llamó a la acusada y la interrogó sobre el caso.

Perpleja y confusa la hija, sin saber cómo salir del apuro, confesó sencillamente la verdad, añadiendo que, como había tantas niñas pobres, mal vestidas, se la había ido dando para que se remediara y que a ella con la que le quedaba tenía bastante.

La humilde confesión, junto con el cristiano desprendimiento, que el hecho detectaba, robaron el corazón de la madre, a quien le faltó valor para castigarla y palabras para reconvienirla y, llevada de su amor de madre, la colmó de besos y abrazos”.

3. DOS ASPIRACIONES: PROFESORA, NO CASADA

Mamá Isabel ha cambiado ya el riguroso luto por el hábito del Carmen. Así viste siempre hasta el final, no quiso otros amores. Se adornaba con preciosa mantilla que cambiaba según la liturgia de la Iglesia o las exigencias sociales. También le gustaban los collares y las pulseras, los anillos y las joyas. Según costumbre española, en casa se rezaba diariamente el rosario de cinco misterios, se leía la vida del Santo del día por el santoral de Croisset y se oía misa diariamente. Se trabajaba únicamente los días laborables. La mamá enseñaba a las hijas las labores domésticas. Doña Isabel supo armonizar estas enseñanzas con las horas dedicadas al piano y a las clases particulares que venían a dictar a su nena profesores o profesoras de la mayor reputación. Nunca vio balconear a su nena ni en sus manos una novela, saliéndose así de las costumbres del mundo moderno de la época.

Aunque el tiempo ha perdido los datos, mamá Isabel prepara a su nena para que pueda enfrentarse a la vida con valentía y seguridad, porque ella dependía de una pensión que la revolución podía arrebatar cualquier día. En el ambiente madrileño observa que muchas señoritas de familias cristianas y acomodadas miraban por el porvenir de sus hijas dándoles facilidades para lograr ser profesoras de piano, música y lenguas, principalmente el inglés, el francés y el italiano. De esta manera, la joven se resguardaba de cien peligros y conservaba la autonomía, si permanecía soltera.

Éste fue el caso de Isabelita. Mamá le proporciona muy buenas profesoras y aprende pronto y con matrícula la teoría y la práctica de las tres lenguas citadas y, sobre todo, el solfeo y el piano, lujos tan valorados en las señoritas ricas. En estas asignaturas emplea los años de su primera juventud. La pensión de mamá daba para esto y para más, para las dos solas, sabiendo que Doña Isabel administraba

maravillosamente el dinero desde el primer día de su boda. Quienes conocieron a Isabelita declaran:

“Sabía música, dibujaba muy bien y sabía cuatro idiomas: inglés, francés, italiano y español, que lo dominaba perfectamente; y además de esto, bordaba primorosamente y hacía labores femeninas y también pintaba”.

En música, dibujo, idiomas, labores -incluido el lavado, planchado y flores-sobresalió siempre, no tanto en la pintura. Sus cuadros no merecieron la nota de sobresaliente. Durante su estancia en el Perú, 1855-1862, se cumplieron las previsiones de mamá. Su nena se ganaba la vida como profesora y mantenía a mamá y sobraba para llevar una vida acomodada y para hacer muchas caridades con los pobres.

No se conserva ningún retrato o cuadro de la juventud de Isabelita que revele su digna hermosura. Su estatura sobrepasaba la medianía, como de 1,60 metros, su rostro blanco y con buen color, delgada, ojos garzos y de mirada viva y penetrante, despejada la frente, cabello castaño, voz suave, segura, de tono agradable, y preciosas manos. Muy pundonorosa, sabedora de lo más bonito de su físico, disminuía la hermosura de sus ojos con gafas sin graduar y ocultaba la perfección de sus manos con guantes ante amigos y extraños. Lo confirman los testigos:

“Para disimular la viveza penetrante de sus ojos, usaba lentes casi de continuo desde muy joven, y lo mismo respecto de sus manos que parecían torneadas por perfecta formación y su finura”.

Por tanto, desde jovencita, no aspiraba al matrimonio.

CAPÍTULO III

SIETE LARGOS AÑOS EN LIMA, CAPITAL DE PERÚ, 1855-1862

Doña Isabel forma a su nena que parece arcilla en manos del artista. Trasvasa a su hija su piedad y sus rezos. Isabelita capta mejor el servicio a Dios y sigue la vía que le marca el Espíritu de Jesús, el cual se le va a demostrar en Lima, y va bien preparada para recibir la siembra.

A mamá Isabel le punza de continuo la espina de Adrián, su hijo. Pasando por encima de los ruegos de su madre y hermana, en 1851 atraviesa el mar y llega a La Habana, robándoles a las dos el piano, el mejor y más valioso mueble de casa, que luego malvende por 600 pesos, dilapidados en su vida libre.

Se supone que mantiene alguna correspondencia con su familia de Madrid. Así se enteran de su traslado al Perú, en 1855, buscando en la familia de mamá

algún refugio. A Doña Isabel le viene una idea de madre: pasar a Lima para arroparle. Todavía, a sus 23 años, puede cambiarle. Además, su corazón peruano gozaría enormemente volviendo a ver a sus seres queridos y a sus amigas de infancia y juventud.

1. CON CARMEN IRIARTE, HERMANA DE ALMA

A sus 20 años Doña Isabel había dejado su patria por amar al esposo más que a su tierra. Ahora, a sus 50 años, era una señora viuda de un militar de graduación. En su testamento de abril de 1861, firmado en Lima, se presenta como viuda de un Coronel del Ejército Español, grado que no alcanza su esposo, pero que ella gustaba lucir en sociedad.

Llegan las dos, madre e hija, a Lima en 1855, sin poder precisar mes ni día. Visitada la familia y las amigas de infancia, Isabelita sigue a mamá en las veladas vespertinas en la propia casa y en las casas amigas. Pero sabe emplear muchas horas en la piedad y en la caridad.

Por fortuna, pronto encuentra a María del Carmen Iriarte y Ostas, a quien siempre llamará prima. Había nacido en Lima el 29 de noviembre de 1840, solo cuatro años después que Isabelita. Las dos nacen en noviembre y las dos son bautizadas en la misma fecha, 30 de noviembre, fiesta de San Andrés Apóstol, aunque en distintos años. Carmen cultiva una piedad intensa y verdadera. Isabelita en Madrid no pudo acrecentar su espiritualidad por falta de amigas y de tiempo, absorta en sus clases. Tampoco busca Director Espiritual. En cambio, en Lima intima con Carmen, que, a sus 15 años camina segura en pos de los pasos de Jesús, el hijo de María. Conoce iglesias, sacerdotes, religiosos, religiosas y devociones y prácticas de piedad. Van juntas a misa, a comulgar, a la visita al Santísimo. Cuántos días rezan el Rosario las dos solas en la iglesia y, sobre todo, comienzan a practicar los Ejercicios Espirituales de San Ignacio en completo retiro.

Las dos unidas, como dos hermanas, pasan los domingos y los días festivos dando catequesis en las parroquias, visitando hospitales, enseñando el Catecismo a los enfermos y preparándolos para confesarse y recibir el Viático.

Un día advierte en el Centro a un mulatito, pobre, mal vestido y con cara de hambre. Primero le da de comer, lo viste, le enseña el Catecismo y es su madrina de Bautismo, y hace con él los oficios de verdadera madre. Como este caso se podrían contar muchos. Carmen la ayudaba:

“Entre los asistentes a su catecismo advirtió un día la presencia de un mulatito de pobre aspecto y cara de necesidad. Lo tomó a su cuidado y, provista su indigencia, lo instruyó y preparó para ser un buen cristiano. Fue su madrina de bautismo y, por un tiempo más, hasta superada aquella situación, hizo con él las veces de una verdadera madre”.

Cuántas obras de misericordia hicieron juntas, solo Dios lo sabe. También ayudaban a las jóvenes de familias pobres, más expuestas que otras a desviarse de la moral evangélica. Como en Madrid, Isabelita daba sus prendas de vestir para socorrer a jovencitas necesitadas.

2. EL PRIMER DIRECTOR ESPIRITUAL

Providencialmente Isabelita se encuentra con el P. Pedro Gual (1813-1890), santo y sabio Franciscano. Nacido en Canet de Mar, Barcelona, ingresa en la Orden en Gerona. Expulsado de España por la Exclaustración de Mendizábal en 1835, se marcha a Italia. De aquí surca los mares y llega al Perú. Cuando Isabelita se establece en Lima, el P. Gual dirigía una casa para Ejercicios Espirituales que atendían unas mujeres consagradas. Carmen lleva de la mano a su prima ante el P. Pedro Gual. Desde el primer momento Isabelita le toma por su Director Espiritual. A sus libros en defensa del Papa, de la Iglesia y de la Inmaculada Concepción de María Virgen, añadía la publicación de obras ascéticas, misionales y hasta un curso de Ejercicios Espirituales.

Isabelita se confía a él en una tanda de Ejercicios, debió de ser en la primera que practica en 1856, y va con su mamá. En adelante, todos los años hace Ejercicios en completo retiro durante ocho días. Mamá se complacía primero. Después, cuando advierte que su nena se inclina a encerrarse en un convento, se arrepiente. Isabelita copia, en cuanto puede, aquella fidelidad estricta de papá según se lo recordaba su madre tantas veces en favor de la Patria, y la centra en el seguimiento cercano a Jesús conforme había prometido en el Bautismo y luego renovado con tanta frecuencia.

El P. Gual practica la observancia estricta de su Regla franciscana, gozaba de verdadera contemplación y amaba las penitencias. Un retrato del franciscano, pintado por sus Hermanos de Comunidad con motivo de su muerte el 2 de septiembre de 1890, nos dirá cómo ha logrado infiltrar su espíritu en Isabelita, su dirigida espiritual:

“Hasta hace 4 años, en que su naturaleza empezó a decaer a consecuencia de una erisipela en la pierna, el P. Gual, además de las austeridades que prescribe a los Franciscanos la Regla Seráfica, ayunaba tres veces por semana o más, si no predicaba; sus disciplinas y cilicios casi diarios, su asistencia a los actos de Comunidad la más puntual, y si alguna vez no asistía al rezo en el coro, rezaba el oficio hincado de rodillas; su descanso de solo cuatro horas, para dedicar el resto de la noche a la oración y a escribir, empleando la mayor parte del día en el confesionario.

Continuamente se hallaba predicando ejercicios espirituales a las Comunidades religiosas, habiendo sido Visitador y Reformador de algunas de ellas”.

3. CON LAS BRIDAS DE SU LINDO CABALLO

Esta marca del P. Gual la sostiene Isabelita a lo largo de su vida: exacta cumplidora de su vocación, amantísima de la oración, observadora de los Ejercicios Espirituales todos los años y tan celosa de este medio de santificación que la primera finalidad de la Congregación religiosa que funda en Madrid el 2 de febrero de 1877 será la práctica de los Ejercicios Espirituales para señoras y señoritas en completo retiro. Con el P. Gual lo había aprendido.

También sigue la ruta del P. Gual marcada por las penitencias corporales. Hoy se las rehúye o se las rechaza. Hasta entonces el cilicio en la cintura o en las piernas y los golpes de la disciplina en la espalda se veían como algo normal en todo hombre o mujer seriamente piadoso. Unirse al dolor que el Cuerpo de Jesús padece desde que nace hasta que muere para asemejarse a Él, para completar lo que falta a la Pasión de Cristo (Col 1, 24) con miras a la redención salvadora de los hombres, constituía una idea central.

No le conceden a Isabelita de buenas a primeras las penitencias clásicas hasta que la conocen a fondo. Ella despistaba bastante, porque le gustaba, vestida de amazona, salir con su caballo de paseo por el campo con su amiga Carmen. Entonces este deporte no se comprendía en ciertos ambientes clericales, Isabelita sabía disimular ante mamá y sus amistades, pero bajo sus vestidos portaba un instrumento doloroso nunca imaginado para ese objeto.

Años después, al animar a sus educandas mayores a la práctica de la buena penitencia, les revelaba su conducta en Lima estos años, sin la disciplina para azotar su espalda:

“No disponía del flagelo de cuerda, y en sustitución aplicaba las bridas del caballo, que, en ocasiones, había de ocultar debajo de mis vestidos con este fin. Fue descubierta la trama, y entonces me facilitaron en la Casa de Ejercicios el instrumento adecuado para esta mortificación, muy grata al Señor que por nosotros fue azotado”.

Isabelita dejó fama de montar a caballo “con gracia y elegante donaire”. También se sabe que los estribos eran “de plata, labrada con arte y buen gusto”. Se contaba esta anécdota:

“En una ocasión en que, vestida de amazona, había montado a caballo y se le había caído el estribo, que era de plata, al entregárselo, dijo a la persona que se lo entregaba: “¡Bah, bien podía quedarse ahí!”.

No falta quien indica que en la Casa de los Ejercicios no le procuraban cilicios y disciplinas por su dolencia de corazón, que de vez en cuando se le presentaba. Sin embargo, no ha llegado al conocimiento de la posteridad si usaba el cilicio, ni cómo lo usaba, cuándo, ni en qué momento, ni cuántas horas. Ni tampoco si empleaba la disciplina. Ésta sería más difícil por el ruido y el escándalo que podía producir. Isabelita guardó siempre los estribos de su lindo alazán, no sus trajes de amazona. Aquellos le sirvieron, una vez vendidos, para cancelar deudas y pagar el primer viaje a Cuba de las Hermanas de su Congregación.

4. PROFESORA EN EL COLEGIO DE LAS RELIGIOSAS DE LOS SAGRADOS CORAZONES

Fácilmente su amiga Carmen, alumna aventajada del Colegio de Belén, moderno y prestigiado, es la que presenta a Isabelita a las Religiosas francesas que lo habían fundado y lo dirigían. Se trataba de las Religiosas de los Sagrados Corazones fundadas en Poitiers, Francia, en 1800 por el P. José M. Coudrin (1768-1837) y la M. Enriqueta Aymer (1767-1834). En 1848 surcaban el océano y llegaban

a Lima. Abren un colegio para niñas gratuitas con un pensionado o internado para señoritas que estudiaban las asignaturas de Primaria y Secundaria, incluidas las clases de lujo y complemento, como el piano y el solfeo, el dibujo y las lenguas, particularmente el francés, entonces de moda.

El alma de aquella fundación se llamó Madre Hermasie Paget (1828-1900), que recibió a Isabelita como profesora encomendándole diversas asignaturas de lujo con la paga correspondiente. De esta manera, Isabelita alternaba el trabajo docente con la vida de piedad y con las obras de caridad, ejercidas los domingos y festivos. Para las monjas francesas resulta un apoyo y respaldo a la formación cristiana y moderna que daban a las jóvenes limeñas.

Consultado personalmente el Archivo del Colegio de Belén, con grandes lagunas, no aparece el nombre de Isabelita. En cambio, las cartas posteriores que Carmen dirige a su prima mencionan dos veces a la M. Hermasie y llama *nuestro* al Colegio citado. Tampoco mamá Isabel lo cita por su nombre en el testamento que otorga en Lima el 11 de abril de 1861, un año largo antes de abandonar para siempre la capital de Perú. En este documento la viuda de Larrañaga da a entender que las clases dictadas por su hija eran las musicales, es decir, el solfeo y el piano, preferentemente; que las gratificaciones por el trabajo ascendían a cantidades respetables y que tomó también parte de la responsabilidad y dirección de aquel centro escolar. Además, añade que recibía no pocos regalos. Mamá Isabel elogiaba de esta manera la labor de su nena en el Colegio de Belén:

“Esta buena y recomendable hija, con su amor filial, hacendosidad y cariño, me ha ayudado a trabajar, empleando sus fuerzas, industria y conocimientos musicales, por cuyo medio hemos logrado conservarnos y ahorrar algunas pequeñas cantidades, que forman la suma de cuatro mil pesos, de los que le pertenecen y son de su exclusiva propiedad, tres mil pesos, adquiridos con los obsequios y gratificaciones que le han hecho en mérito de su contracción y enseñanza en un colegio, en el que solo tengo puestos mis respetos, llevando ella por sí el trabajo material y formal de dicho establecimiento”¹¹.

La cantidad respetable que Doña Isabel se atreve a revelar explica la vida sin estrecheces de ninguna clase llevada en Lima y la atención a tantas amistades, más el respeto y consideración que le guardaban en la ciudad.

5. AQUEL MEDIO ENAMORADO LLEGABA TARDE, 5 abril 1859

La semilla de la vocación religiosa que Jesús pone en el alma de Isabelita es recibida con gratitud y cuidada con verdadero lujo: vida de piedad con misa, comunión y Ejercicios Espirituales cada año por ocho días y en retiro completo. Todo completado con la obediencia a mamá y las obras apostólicas en parroquias y hospitales y la docencia y formación de la juventud femenina.

Como consecuencia lógica salta la respuesta de Isabelita a Jesús: su entrega a Él como esposa. Una decisión que jamás revoca en su vida, no obstante las

¹¹ Testamento de Doña Isabel Ramírez, viuda de Larrañaga. Lima, 11 abril 1861. Escribano Don Baltasar Núñez del Prado. Protocolo 761, folios 753. Archivo General de la Nación. Lima, Perú.

frecuentes insinuaciones de algunos pretendientes. Esta noticia se sabe por una carta que Carmen -la hermana de alma que comparte con ella la misma determinación- dirige a su prima muchos años después:

“A pesar de tu silencio para conmigo desde que nos separamos, abrigaba la esperanza de que tu corazón, consagrado a Dios en mi querida Patria de manera tan particular, no había de pertenecer sino a Él”¹².

Las dos primas caminan paralelas, guiadas por el P. Pedro Gual, el seguidor de San Francisco de Asís (1181-1226). Carmen no revela las circunstancias: ni el día, ni el mes, ni el año, ni la intervención del Franciscano, ni la temporalidad o la perpetuidad del compromiso. Pero en Lima Isabelita ha hallado su vocación-consagración a Jesús. Claro que mamá Isabel ignora, de momento, la ruta escogida por su nena. Día tras día empieza a sospecharlo todo. El tenor de vida que profesa y, sobre todo, la sobriedad en los adornos y la sencillez del vestido le abren los ojos.

No se sabe con qué motivos, el 5 de abril de 1859 Doña Isabel da una velada a sus amistades, método de su gusto para dar a conocer la belleza de su hija a los invitados. Uno de éstos, que el tiempo oculta bajo las iniciales M.N.E., pronuncia unas palabras que después entrega escritas a Isabelita, la homenajead. El atrevido medio enamorado no se declara a todas luces, pero deja en el ambiente un interrogante y una petición:

¡Oh tú, fruto de mis desahogos y pasatiempos, no eres seguramente un objeto digno de las contemplaciones del artista prolijo, ni de las meditaciones del profundo observador; sin embargo, puedes alegrarte; porque serás recibido como una prueba de mi cariño y como el resultado de inclinación! Tú, que colocado en el precioso libro de tu Dueño vas a llamar con alguna frecuencia su atención, aprovecha de los momentos en que sus miradas se fijen sobre ti, para recordarle mi nombre y la mano que te formó. Dile que tus sombras frías están destinadas solamente a producir un recuerdo; sí, dile, y cuando hayas merecido su acogida, cuando repares entre sus labios una sonrisa de aprobación, entonces alégrate, fruto de mis desahogos y pasatiempos.

Lima, abril 5 de 1859.

M. N. E.”.

Como si el invitado anhelara una respuesta a otras supuestas declaraciones y la exigiera ahora en público. Isabelita da la callada por respuesta, pues conserva aquel papel entre los secretos de su vida. Aquel medio enamorado llegaba tarde.

5. EN LA BODA DE ADRIÁN, 12 octubre 1859

Adrián -la segunda oveja negra de la familia después de Alejandro- preocupa mucho a Doña Isabel, que lo quería de modo especial, como lo demuestra el viaje a Perú, una vez informada de su llegada a Lima. Se ignoran los motivos de este amor excesivo. En el ambiente que ha quedado en torno a esta familia no se supone que

¹² Carmen Iriarte a Isabel Larrañaga. Torrelavega, 27 noviembre 1884. AGHCCJ.

Adrián conviva en casa con mamá y hermana. Hay que suponer que mantiene con Adrián contactos frecuentes y le da consejos como la mejor de las madres. Un día, al fin, él le habla de boda. Quiere casarse con Elena del Campo, limeña, soltera y de 22 años, huérfana de padre.

A Doña Isabel se le abren los ojos a la esperanza. Pensó que había sentado la cabeza. A lo mejor asisten madre y hermana a las tres proclamas de la boda tenidas en la catedral de Lima los domingos de septiembre, días 11, 18 y 25. Adrián dijo en el expediente matrimonial que había nacido en Madrid -no en Manila, Filipinas- y que tenía 24 años en vez de 27.

Se fija el día de la boda para el 12 de octubre, miércoles y fiesta española de la Virgen del Pilar, y se tiene en la iglesia del colegio de las Religiosas de los Sagrados Corazones, colegio en el que Isabelita es profesora. En el acta del matrimonio Doña Isabel aparece como madrina acompañando al padrino Don José Adolfo del Campo, hermano de la novia. Doña Isabel entra en el templo dando el brazo al novio y luciendo sus mejores galas y joyas, lo mismo que Isabelita.

Las dos pudieron respirar hondo no se sabe por cuánto tiempo. También se ignora por qué Adrián viaja a Madrid y a Valencia en el verano de 1867. Por el segundo testamento de Doña Isabel, fechado dos años después en Madrid, se sabe que Adrián es casado y vecino de Lima, y reitera el mal comportamiento con ella y con su hermana y saca a relucir el robo del piano, que vende en 600 pesos cubanos, dinero que gasta a su talante en La Habana. Lo del piano es una espina que lleva clavada por la fechoría indigna en un hijo, por burlarse de Isabelita y verse obligada a comprar otro piano, objeto necesario para poder dar las clases particulares y obtener pingües ingresos.

Poco antes de cumplir 48 años era víctima de la tuberculosis, falleciendo en Lima el 18 de mayo de 1880. Carmen escribía a Isabelita:

“El pobre Adrián fue asistido por nuestra prima Alejandrina. Yo no pude ayudarle por tener a mi mamita muy mal en esa época; pero ella no omitió medio alguno para que muriese como buen cristiano y me dio esos documentos para tu mamá”¹³.

En la partida de defunción de Adrián se lee: “Profesión, afinador de pianos”. El entierro se hizo con cruz alzada.

6. POR QUÉ SE MARCHAN DE LIMA

En la casa de Lima preparan una sala para colocar el piano y dar las clases. Al fondo había un balcón que daba a un patio interior. Isabelita pasa horas enteras acariciando las teclas de su querido piano, arrancándole preciosas armonías y gozando de las mejores piezas de los grandes músicos europeos.

¹³ Carmen Iriarte a Isabel Larrañaga. Torrelavega, Cantabria, 27 noviembre 1884.

Años después, Isabelita contó a una de sus mejores religiosas, la M. María Hurtado, dos hechos, únicos en su vida, reveladores de su gran unión con Dios y del seguimiento del enemigo, el tentador, que intenta despistarla y confundirla:

“La casa en que residían en Lima tenía un patio grande central, y hacia él daba la sala de música. Isabel solía pasar sola, y siempre en casa, sus veladas y recreos vespertinos, ahogando en las armonías del piano los proyectos más mundanos de su madre.

En una de esas veladas, gruñidos sordos y estridentes resonaron muy cerquita. Volvió sorprendida la cabeza y se encontró con que muchos cerdos estaban olfateando en las rejas del balcón con sus sucias cabezotas hacia dentro. Se levantó rápidamente a cerrar y, sin saber por dónde habían penetrado allí ni por dónde se salieron, como esfumados, no se volvieron a ver.

Pasó un tiempo. La sala sigue en planta baja, y la hora recogida para Isabelita es la misma, y la misma su ocupación: toca su piano ensimismada. El balcón, por ser interior, está abierto. Ella siente pasos muy cercanos y, volviéndose a mirar, dan sus ojos con un hombre embozado que se pasea inmediato al balcón. Esta vez se alarma más: sale en busca de los que están en casa y, al volverse en la puerta, la extraña figura se desvanece a su vista. Todos la buscan, pero en vano. No supieron jamás quién era, por dónde había entrado, ni, menos, por dónde pudo salirse”.

Hechos como éstos se repiten y se han repetido en la historia de muchos santos y santas, particularmente con los agraciados por Dios con el carisma de fundadores de Institutos religiosos.

Doña Isabel, que sigue paso a paso las huellas de su hija, llega al convencimiento de que intenta ingresar en algún convento de monjas clausuradas o, en el mejor de los casos, para ella, con las Religiosas de los Sagrados Corazones, en cuyo colegio imparte clases de piano y de solfeo. Pudo ocurrir que la mamá misma le tirara alguna puntada.

De hecho, la mamá se alarma y conoce bien la firme voluntad de su nena en cuestiones de espiritualidad que rocen su persona. Nunca jamás perder a su hija, la única. Los demás, otros nueve hijos más, o habían muerto o vivían de ella alejados o habían desaparecido de su vista, como Alejandro. Ya iban a cumplirse 24 años de haber enterrado a su idolatrado esposo. No quería, ni debía ni podía quedarse sola sin el amor verdadero de su hija. Y decide perder de vista Lima, donde su Isabelita ha decidido llamar a un convento.

En el año 1862, momentos de esta historia, Isabelita tiene cumplidos ya 25 años y goza de los derechos de la mayoría de edad. Teóricamente puede marcharse de casa, algo que no haría sino bien aconsejada. Mamá lo sabe, por eso vive en vilo. Lista y previsora, Doña Isabel presenta otra poderosa razón, gran excusa para despistar a su nena.

Encariñada con su familia y amistades de Lima, ha dejado pasar el tiempo que en Madrid se le concedió para poder cobrar la buena pensión de viuda de militar graduado, nada menos que 6000 reales anuales, y necesita recobrarla con los atrasos. Desconfiando de los rígidos militares administradores de Madrid, piensa en

unos amigos que llevan esos asuntos en Cuba, donde harían escala antes de llegar a España.

7. EMOTIVA VELADA DE DESPEDIDA, julio 1862

Ahora prevalece la decisión de mamá. A Isabelita le toca obedecer y callar. Ésta ha silenciado la despedida de Carmen, del P. Gual, de la M. Hermasie y de tantas amigas. Mamá quiso conservar los recuerdos de aquella solemne despedida celebrada en el patio central de casa en julio de 1862, después de siete años de haber llegado a Lima. Doña Isabel guarda, como oro en paño, algunas de las poesías que varios amigos declaman en la velada. Curiosamente, Isabelita no las quema. Acaso sea un rasgo de su feminidad. No quiso olvidar nunca frases tan bonitas que, como fragantes rosas, de continuo le despedían perfumes embriagadores de amores honestos divinos y humanos.

No falta un solo invitado, escogidos a dedo comenzando por Carmen y sus padres. Vino Adrián con Elena, su esposa, el Dr. Sánchez Almodóvar y su esposa Carolina. Hubo ricos manjares, aplausos y lágrimas. Isabelita arrancó al piano su pieza más querida, coronada con largos aplausos. Piden licencia para declamar poesías. La primera es breve y se dedica a Isabelita:

“Tu partida me estremece
Tu separación me aflige
El destino así lo exige
Aunque mi esperanza crece.

Manuel Dávila”.

A los cerrados aplausos sigue otra en el momento emotivo de los brindis. Su autor, Adelardo del Barrio, brinda por Isabelita, por doña Isabel y por Adrián, allí presente, que escucha, incompresiblemente, algún reparo mezclado entre sensibles alabanzas. Se dirige primero a la señorita de la casa:

“Brindo, señora, por vuestra hija amada,
de alta virtud encantador modelo:
por ese ángel de amor, cuya mirada
funde el cristal de diamantino hielo.

Brindo por vos, que en venturosa calma
cruzáis del mundo la espinosa vía,
llevando ufana del deber la palma
que nunca el mundo arrebatara podría.

Por vuestro hijo, también, brindo gozoso,
que es tan leal y caballero amigo,
como padre infeliz, sensible esposo,
de honor esclavo y de mi mal testigo.

Y brindo, al fin, aunque la suerte aleve
contra mi pobre corazón se ensaña,

por el aire y la mar, y el sol que os lleve
al rico suelo de la hermosa España.

Lima, julio, 62.

Adelardo de Barrio".

Cuartetos con rima envidiable, reflejos de los nobles sentimientos de un fiel amigo. Con harto disimulo envía dulces requiebros a Isabelita, a su virtud y a sus bellos ojos. De mamá exalta el cumplimiento de sus deberes familiares que la han llevado a cruzar el mundo: Perú, España, Filipinas, España y Perú. De Adrián es testigo de sus penas familiares.

Federico Blume Othon (1831-1901), gran ingeniero hidráulico y de ferrocarriles debía de frecuentar la casa antes de casarse con Enriqueta Corbacho, dama limeña. En la poesía que declama, compuesta en liras del más puro clasicismo, revela que ha estudiado a fondo a Isabelita y que la ha encontrado convertida en una mujer muy superior a él e inalcanzable. La admira. Es un vaso rico de amor, por no calificarlo de divino. Es casta azucena, de rostro feliz y repleto de luz. Al final le desea que llene su misión, una misión diferente de la esposa y de la madre: Sé del triste consuelo...

“¿Cómo podré cantarte,
vaso rico de amor, casta azucena,
si solo sé admirarte
al ver tu faz sin pena
donde refleja el bien su luz serena?

¿Qué podré en mi tristeza
sino pedir con súplica ferviente,
que esa luz de pureza
que circunda tu frente
siempre te inunde con su albor riente?

Tu cariñoso acento
eco de la inocencia y la ternura
no revela el tormento
de un alma sin ternura
que en silencio sus lágrimas apura.

Tu plácida sonrisa
fresca y feliz como en jardín de flores,
la matutina brisa
no dice los dolores
de una vida sin júbilo ni amores.

¡Vive feliz! El cielo
siembre de gayas flores tu camino.
sé del triste consuelo.
Sé bálsamo divino,
¡palma gentil al pobre peregrino!

F.B".

En 1863, apenas habían abandonado Lima Doña Isabel y su encantadora hija, Federico Blume presentaba al General Juan Antonio Pezet, presidente del Perú (1863-1865), un modelo propio de submarino en que él trabajaría durante toda su vida. Su tarjeta de visita se conserva todavía en el álbum familiar de las Larrañaga.

CAPÍTULO IV

DE LIMA A MADRID PASANDO POR LA HABANA, CUBA Agosto 1862 - agosto 1863

Las dos, madre e hija, salen de Lima con los ojos arrasados en lágrimas. Allí queda Adrián, cuyas desgracias y alejamiento no han podido remediar. Una estancia larga. Se marchan fracasadas. Y mamá con la espina de su hija, proclive a encerrarse en el claustro. Isabelita sabe las torcidas intenciones de mamá. Se lo confesó años después a la M. María Hurtado:

“Cuando cumplió 25 años, su madre, para distraerla de sus ideas religiosas, la hizo viajar por distintas partes del mundo cerca de año y medio. Al fin, llegaron a España, fijando su residencia en Madrid”.

1. SEIS MESES EN LA HABANA

La primera etapa finaliza en La Habana. Se ignora cuándo llegan y el camino seguido por vía marítima desde El Callao, el puerto de Lima. Rige la diócesis de La Habana su tercer Obispo, Don Francisco Fleix y Solans (1804-1871) que es llamado a ocupar la sede arzobispal de Tarragona en 1865. Lo cierto es que Isabelita entra en comunicación con el sacerdote Don Ciriaco Sancha y Hervás (1833-1909), que acababa de llegar a Cuba como secretario del nuevo Arzobispo de Santiago de Cuba, Mons. Primo Calvo López (1808-1869), sucesor de San Antonio María Claret en aquella archidiócesis.

La tradición ha transmitido que Isabelita consulta con el P. Sancha el problema que le turba: su permanencia en casa con mamá de 57 años. Naturalmente que la respuesta se centra en continuar con mamá, que se acerca a la ancianidad. Dios debe hablar más claro si la quiere religiosa. De todas formas, pocas veces pudo consultar con él, puesto que vivía en Santiago y ella en La Habana, a no ser que mantuvieran correspondencia epistolar. Sin embargo, el futuro Obispo de Madrid, 1886, Arzobispo de Valencia, 1892, y Primado de Toledo en 1898, estima a Isabelita, aunque no le manifiesta una amistad especial ni la protege con medios extraordinarios.

En cambio, mamá, acompañada de su nena, se mueve con tino certero y consigue sus deseos. De manera muy velada lo indica en su testamento, fechado en Madrid, en septiembre de 1869. Asegura que casi arregla su pensión en 1863. Luego en los primeros meses de 1863 en que reside en La Habana, porque los

administradores militares de Madrid la habían penalizado con excesivo rigor. Así se expresa en el testamento citado:

“Se ha visto en grandes privaciones y necesidades, pues también se dio el caso de que, por falta de prórroga de licencia para residir como ha residido en el extranjero, se le negase el pago, que aún no ha podido obtener de su pensión de seis mil reales de viudedad anuos y por lo correspondiente a ocho, hasta que en mil ochocientos sesenta y tres consiguió se la rehabilitase para percibir lo sucesivo”¹⁴.

Es preciso anotar el instinto de los santos en buscarse mutuamente, porque el Licenciado Sancha de hoy fundaba en 1869 la Congregación llamada posteriormente Hermanas de la Caridad del Cardenal Sancha, cuyo proceso de canonización se encuentra en Roma muy adelantado.

La estancia de madre e hija en La Habana debió de durar como medio año. Una vez que la viuda de Larrañaga se asegura de que en Madrid se hará efectiva su pensión, se embarca para España en torno al mes de abril de 1863.

2. ESTANCIA EN MÁLAGA, ALICANTE, ASPE Y SEVILLA

Este viaje no termina en Madrid. Se quedan en Málaga, donde recalca el barco. En España sigue reinando Isabel II ya con 30 años, que se apoya estos días en el General Ramón Narváez (1800-1868), Duque de Valencia, Presidente del Consejo de Ministros.

En Málaga descansan una temporada. Doña Isabel inicia una segunda etapa para lograr disipar a su nena con clima tan benigno y diversiones; pero ésta pasa largas horas en oración y mantiene dirección espiritual con el canónigo Don José Piña, que no la olvida. Cuando las Hermanas de su Congregación marchan a Cuba, él les dará el retiro el 18 de noviembre de 1894. Acaso fue el Sr. Piña quien les consigue del Obispo de Málaga, Mons. José Nepomuceno Cascallana y Ordóñez (1785-1868), una bendición especial con 50 días de indulgencia para quienes rezaren una Salve ante el cuadro de la Virgen del Carmen pintado por Isabelita en los ratos de ocio en la costa de Málaga.

De Málaga se llegan a Alicante. Mamá Isabel continúa con su manía de alborotar a su hija con ambiente mundano. Está obsesionada y parece no ver el resultado anhelado de sus métodos, maravillosos para cualquier joven de la buena sociedad, pero contraproducentes para aquella que ya se ha consagrado en místico desposorio con Cristo, el Hijo de María. Gracias a la información de la futura Beata M. Dolores Pujalte (1853-1936), nos enteramos de otro viaje realizado de Alicante a Aspe, población de la provincia de Alicante, y de cómo Isabelita pasa los días entregada a la oración acompañada de las personas santas que encuentra. Madre e hija se dirigen a Aspe con motivo de visitar a unos amigos de Lima, el Dr. Sánchez Almodóvar y su esposa Carolina, que habían llegado hacía poco del Perú, y que las

¹⁴ Testamento de Doña Isabel Ramírez Patiño. Madrid, 5 septiembre 1869. Notario: Don Eulogio Marcilla Sánchez, n. 152. Archivo Histórico de Protocolos. Comunidad de Madrid.

acompañarían en la gran velada de despedida hacía menos de un año, en julio de 1862:

Mamá Isabel e hija “estuvieron en casa de mis padres en Aspe, Alicante, unas tres semanas. La ocasión fue que un tío mío, el Dr. Sánchez Almodóvar y su esposa, mi tía Carolina, habían llegado de Lima por entonces. En Lima sus relaciones con la mamá de Madre Isabel y su familia habían sido de buena amistad y por mucho tiempo.

D^a Isabel Ramírez con su hija se encontraban por los mismos días en Alicante, en viaje de esparcimiento, y leyeron en la prensa la llegada a Aspe de mis tíos.

Para darles los parabienes por su venida y presentarles sus amistosos cumplimientos se desplazaron las dos a aquella ciudad.

Con nosotros vivía una tía materna muy piadosa y buena. La llamábamos “tía Pepita”.

Como la piedad es comunicativa, enseguida se entendieron ella y Madre Isabel, nuestra Fundadora. Así, mientras su mamá llenaba las atenciones de la estancia, su hija con mi tía Pepita, en santa armonía se marchaban a Novelda para que Madre Isabel tratara sus asuntos de vocación con un celoso sacerdote llamado Mosén Damián, muy estimado y conocido en aquellos contornos por los dones de Dios y sus dotes excepcionales en la dirección de las almas. Otras veces, discretamente se apartaban las dos para hacer sus devociones, rezar el rosario y otros actos piadosos tan largos como el tiempo de que dispusieran les diera para ello.

Mi hermana Luisa y yo no la conocimos entonces por coincidir ese tiempo con una estancia nuestra en Barcelona con mi hermano, y, cuando volvimos a Aspe, mi madre y demás de la familia no acababan de elogiarnos y ponderarnos las bondades de Isabel, -hija-, de cuán piadosa y buena les había parecido, y mi madre y mi tía Pepita por tiempo sin fin la recordaban con gratísima admiración”.

De Alicante pasan a Sevilla en plan turístico. Isabelita hace de las suyas y conecta con los santos fundadores de las Religiosas Filipenses de Sevilla: el P. Francisco García Tejero (1825-1909) y la M. Dolores Márquez Romero de Oñoro (1817-1904), los cuales abrían casa y colegios para chicas arrepentidas de sus malos pasos. Es la primera experiencia para Isabelita de un posible apostolado y de una posible vocación religiosa. Ella se acercaba a la parroquia de San Marcos, a cuyo lado se encuentra el gran colegio de las Filipenses, calle Hiniesta n. 2, con las cuales se mezcla para ayudarlas en su trabajo humano, formativo y evangélico.

Mamá, por su parte, tira por otro camino, el suyo, la cercanía a las señoras de la alta sociedad. En Sevilla entabla amistad con la familia Sartorius, particularmente con Isabel, cuyo hermano Luis José, primer Conde de San Luis (1820-1871), siendo Embajador de España ante la Santa Sede, julio de 1866 a octubre de 1867, se dignará invitar a mamá e hija para que asistan a las solemnes y mundanas veladas que dará en los salones de la Embajada de Roma.

Cada una por su lado. Los calores agobiantes de Sevilla las fuerzan a marchar a Madrid.

3. EN MADRID A PUNTO DE CASARSE

Sabemos el día exacto en que llegan a Madrid, el miércoles 26 de agosto de 1863. El cambio de clima origina a mamá un buen constipado y por temor a las pulmonías se encierran en casa. Desde Sevilla habían alquilado un piso en el centro de Madrid, calle Preciados, n. 5, centro derecha. A dos pasos de la Puerta del Sol.

Recobrada la salud, salen a recordar tiempos pasados y dar un vistazo a los escaparates. Mamá visita a las antiguas amigas y se presenta y ofrece su casa. En cambio, Isabelita se cansa, y confiesa a una Religiosa Filipense de Sevilla: “Sabe Vd. que el mucho trato con las gentes quita el tiempo para tratar con Dios y es mucho más preferible esta compañía”. En poco tiempo la compenetración con las Filipenses sevillanas llega a tal extremo que saben que les guardarán algunos muebles de los que han traído en el barco desde Cuba:

“El último día que estuvimos en ésa, le mandamos a Vd. para que nos guardara un sofá, una butaca, dos sillas bajas, la pantalla del quinqué y un baúl lleno; cuando nos escriban Vds., hagan el favor de decirnos si lo han recibido”.

En diciembre pide que le envíen el baúl por medio de una mensajería con sede en la calle de las Sierpes y avisa que la llave no es muy segura, que puede abrirse el baúl y que lo aten con una sogá.

Empeñada en casar a su hija, Doña Isabel vive días de euforia. Casi lo consigue. De entre varias proposiciones, consigue que su nena le acepte un medio compromiso con un banquero, buen católico e influyente en la sociedad. El summum para la mamá. Por dentro Isabelita se encuentra colgada de un hilo. Estaba ya consagrada a su Señor Jesús. Pero le sangraba el alma solo el pensar el enorme disgusto para mamá si no aceptaba al banquero. Quería demasiado a su madre. Al cielo subían ardientes oraciones. También escribe a las Filipenses de Sevilla que rezaran por ella. Tan pesada e insistente se pone mamá que, al final, acepta.

Las relaciones con el joven banquero se desarrollaban en casa ante mamá. En aquella época las novias se acompañaban de una amiga, o hablaban ella dentro de casa y él en la calle, y la reja entre los dos. Hay que añadir que, con disimulada alegría por parte de mamá, el muy enamorado banquero llenaba de regalos a su prometida, que no simpatizaba con él, y menos le gustaba, y al que no llega a amar.

En la que sería la última de aquellas entrevistas el joven pecó de imprudente. Había imaginado que sus dádivas ablandarían el corazón de Isabelita que, por otra parte, había leído u oído aquella frase, repleta de sabiduría, estampada en la Biblia: “Si alguien quisiera comprar el amor con todas las riquezas de su casa, se haría despreciable”¹⁵.

Aquella tarde llevaba el galante caballero una cajita con un valioso regalo. Debía de ser el postrer argumento, el tumbativo. Nunca pensó el joven que Isabelita se mostrara indiferente y lo dejara sobre la mesa. Airado por aquel desprecio, se encara con mamá e hija, y grita:

¹⁵ Libro del Cantar de los Cantares, cap. 8, vers. 7.

- Entonces, ¿para qué sirve el dinero?

- Para todo lo que Vd. quiera -replica serena la joven- menos para comprarme a mí.

El banquero se levanta, toma la capa y el sombrero y desaparece a marchas forzadas.

Debió de ocurrir la anécdota con motivo del 27 cumpleaños de Isabelita, 19 de noviembre de 1863, porque el 1 de diciembre pedía a las Filipenses de Sevilla que rezaran un Te Deum -himno litúrgico de acción de gracias a Dios- porque el Señor había obrado con ella estupendas maravillas: “me encuentro *libre de todo compromiso*”. Y subrayaba las cuatro últimas palabras. Isabelita se presentaba con discreta elegancia, a gusto de mamá, que no se acobardó con esta vergonzosa derrota.

4. LA MAMÁ DEPENDE ECONÓMICAMENTE DE ISABELITA

En el fondo, la mamá daba la razón a su nena. Tampoco ella se hubiera casado con Andrés ofuscada por el oro. Solo el amor, el amor más tierno y grande que le profesó, la hizo feliz en medio de los mares y a tantos millares de kilómetros de su patria.

Isabelita renueva la promesa hecha en Lima y ahora antes de aquella fría tarde de noviembre: no me casaré jamás. Más adelante, a sus alumnas casaderas les advertía que no hicieran caso de las lisonjas y zalamerías de los pretendientes, sino que se fijaran principalmente en su virtud y costumbres. Ella quedó bien escarmentada de aquel apuesto y elegante banquero. En la carta que escribe a las Filipenses de Sevilla el 17 de diciembre de 1863 ya se firma: Isabel de J (de Jesús).

Las promesas de sus amigos de La Habana en favor de la pensión de viudedad de Doña Isabel, no se cumplen. Sobre este cobro había cimentado la promesa hecha a las Filipenses de comprar un vestido para una Virgen de su capilla. Su hija tiene que pedirles mil perdones, porque “no habiendo cobrado el dinero que esperaba y habiendo tenido algunos quebrantos en sus intereses y teniendo que hacer algunos gastos, no puede dar a la Virgen el vestido que deseaba y así me dice (mamá) que vendan Vds. lo que tienen ahí nuestro y que con eso le compren lo que más necesite”.

Pasan los años. Todavía el 30 de junio de 1866 no había recibido mamá un solo céntimo. El subterfugio, ideado en La Habana para girarle el dinero, es vano, puesto que en Cuba las arcas del Estado permanecen exhaustas. Le escribía el Sr. Llorente, su amigo:

“La Hacienda de la isla se encuentra en aflictiva situación; debe cerca de doce millones de pesos y no ha podido el Intendente conseguir dos y medio millones de pesos que el Gobierno de Madrid le pide. Considere Vd. si (se) hará lo posible para dilatar los pagos. Esto, sin embargo, creo que para el próximo cinco podré enviar a Vd. un adelanto por mí a cuenta de lo que después cobre. Nuestro cariñoso recuerdo a Isabelita”.

A Doña Isabel le sobra razón para mantener a su lado a su hija. Sin ella no podría mantener la elegancia acostumbrada. Las alumnas continúan tocando el piano y aprendiendo solfeo bajo la dirección de Isabelita, que llegaba a Madrid convertida en una excelente profesora. Aunque se ignora el pago por hora de la clase, los ingresos eran notables al final de mes en aquellos tiempos en que con una peseta diaria (cuatro reales) bastaba para el gasto de cada jornada. Mamá Isabel reconocía en 1869 que su nena le había entregado, fruto de su trabajo, nada menos que doce mil duros, una cantidad muy respetable con la cual navegaban muy cómodamente por el mar de la vida.

Isabelita vivía para su madre y la cuidaba con mimo. Ella no guardaba el dinero. Mamá era la ecónoma y la administradora. Gastaba la que más, por las exigencias de la edad, en médicos, en baños, en caprichos, en joyas y alhajas y en el adorno de la casa. El testimonio de la mamá resulta muy elocuente y prueba la respuesta de amor, a pesar de la conducta materna, empeñada en desviar a su hija de sus grandes deseos de amar solo a Cristo. Declaraba la mamá esta asistencia desinteresada de su hija en el testamento de Madrid, de 5 de septiembre de 1869:

“Que habiendo necesitado, por otra parte, la Señora comparecida, desde hace bastantes años, de asistencia de facultativos y de idas a baños para conservar su salud, ya sea viviendo en Madrid con estrechez o saliendo con el motivo expresado, en ningún caso habría podido vivir y cuidarse tan acomodada y decentemente como lo ha hecho con solo la indicada pensión, única renta con que cuenta, si no fuera que su hija dicha Doña Isabel ha trabajado siempre para su madre, dedicándose a la enseñanza de niñas, a dar lecciones de música y a otras cosas de honra, con cuyos productos, además, ha adquirido los muebles, alhajas y otros bienes que pertenecen a la Señora otorgante y tiene en su habitación, y las treinta y ocho obligaciones hipotecarias de la Sociedad Peninsular de esta Corte, libradas a favor de la precitada su hija, bien que también al de la que habla en representación de la misma.

Como en consecuencia de lo dicho, no puede ni debe olvidar que sin el cariño y afán de su hija Isabel, trayendo los recursos que se ha proporcionado con su trabajo, habría pasado la señora testadora muy triste y angustiada vida, aun cuando constantemente se le hubiese pagado su pensión de seis mil reales; declara, por un cálculo concienzudamente hecho, que de lo ganado por dicha Isabel y entregas que ésta le ha hecho, ha recibido de la misma, más que menos, la suma de doce mil duros, y quiere y manda que, si a su fallecimiento dejase bienes suficientes, sea satisfecha a su referida hija la mencionada cantidad de que se reconoce y confiesa deudora por las razones que ha expuesto”¹⁶.

¹⁶ Testamento de Doña Isabel Ramírez Patiño. Madrid, 5 septiembre 1869. Notario: Don Eulogio Marcilla Sánchez, n. 152. Tomo 28.074. Archivo Histórico de Protocolos. Comunidad de Madrid.

CAPÍTULO V

INQUIETUDES VOCACIONALES EN ROMA Y EN MADRID Enero - diciembre 1867

Isabelita confiesa a las Filipenses de Sevilla que gustosamente pertenece a varias Sociedades de Caridad y que, como siempre, está alcanzada de tiempo. Pasa los días dando clases y haciendo gratis el bien. Repite en Madrid lo que ha practicado en Lima. Los hospitales y las catequesis en las parroquias son su campo preferido. Sobre todo, pasaba los domingos y días festivos en este gran apostolado. Atendía a los enfermos y los preparaba para que recibieran los Sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía. Isabelita se va convenciendo de que su misión en la tierra es triple: Ejercicios Espirituales, catequesis y enfermos.

1. DON LUIS JOSÉ SARTORIUS, CONDE DE SAN LUIS, EMBAJADOR DE ESPAÑA ANTE LA SANTA SEDE, julio 1866

El gran enemigo de su vocación lo encuentra en mamá. La nena quiere realizar su misión desde su consagración a Cristo dentro de un Instituto religioso. Mamá quiere que su hija se entregue a la obra apostólica viviendo con ella en casa, y la favorece, no le pone tropiezos para dar su tiempo a los enfermos y a los niños del catecismo. Ignoraba que semejante labor aumentaba sus ansias de vivir su consagración a Cristo y a los humildes de la manera más perfecta y sin estorbos de ninguna clase, incluidos los familiares.

Mamá la quiere casada y maquina la última tentación para lograrlo. Si en Sevilla intima con Isabel Sartorius, quiere sacar jugo a esta amistad, verdadera y grande, como lo prueba el depositar en su casa de Sevilla, calle de Trajano, n. 14, algunos muebles, traídos en barco desde Cuba. La ocasión se le brinda al enterarse de que su hermano Luis José, es nombrado embajador de Isabel II ante la Santa Sede el 18 de julio de 1866. Su gran personalidad política respaldaba la reanudación de las relaciones mutuas entre España y el Papa, rotas en julio de 1865 al reconocer el Gobierno Español el llamado Reino de Italia.

Isabel II lo presentaba a Pío IX con todos sus grandes títulos y servicios prestados a España¹⁷. Era de lo mejorcito que había encontrado. Mamá Isabel demuestra su talento político. Sabía en quién se apoyaba para convencer y vencer a su hija. Porque su hija se encuentra desorientada acerca del Instituto donde consagrar su vida entera a la vida religiosa. Dios le ha hablado por los acontecimientos. Negativa a las Filipenses de Sevilla, negativa a la Visitación de Santa María de Roma. Ahora le van a presentar, cuando vuelva a Madrid, una nueva opción en un Instituto religioso a punto de nacer, al que dará otra negativa. Todavía no le había hablado su Señor Jesús.

¹⁷ Don Luis José Sartorius y Tapia, Conde de San Luis, Vizconde de Priego, Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III, con la Real de Isabel la Católica, de la de la Concepción de Villaviciosa, de Portugal, y de la Constantiniana de Parma, y Gran Oficial de la Legión de Honor de Francia, individuo de varias corporaciones científicas y literarias, Diputado a Cortes y Presidente que ha sido de mi Consejo de Ministros.

2. AQUELLOS PENDIENTES CUAJADOS DE BRILLANTES, 11 febrero 1867

El Cardenal Giacomo Antonelli (1800-1876), Secretario de Estado de Pío IX, daba el “placet” para Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en favor de Don Luis José Sartorius, primer Conde de San Luis. El 9 de agosto de 1866 se hace cargo de la Embajada de España ante la Santa Sede y presenta al Papa sus Credenciales de manera privada, según el estilo de entonces. Sartorius programa la presentación solemne para el 11 de febrero de 1867, de lo cual informa a su familia. Le falta tiempo a Isabel Sartorius para decírselo a su amiga de Madrid.

Si enterada mamá Isabel de la embajada romana para el Conde de San Luis le había obligado a soñar, ahora no duda un momento. Le ofrece a su hija un largo viaje a Roma. Isabelita había cumplido 30 años, edad elevada en aquellos tiempos para contraer matrimonio, puesto que la mayoría de las mujeres se casaba antes de los 20 años.

Mamá e hija debieron de viajar a Roma una vez pasadas las Navidades, en la primera quincena de enero de 1867. Las dos van ilusionadas por ver al Papa, tan perseguido y calumniado, y por contemplar el arte y los monumentos cristianos más importantes del orbe. Ya en la visita al Embajador, bien informado de la corriente religiosa de Isabelita, aconseja a su madre que no prive a su hija de las diversiones romanas. Se encargaría él de invitarlas especialmente a la solemnísimas velada programada por él para festejar la presentación pública de sus cartas credenciales ante al Sumo Pontífice. Quedan invitadas para la tarde-noche del 11 de febrero.

Por la mañana de este día Pío IX recibe al Conde de San Luis con gran benevolencia, y durante tres cuartos de hora charla con él de los asuntos propios de España.

A las 8,30 de la tarde se abrían los magníficos salones de la Embajada, situada en la plaza de España, y comenzaban a entrar los Eminentísimos Señores Cardenales, Obispos, Embajadores de diferentes naciones, Ministros, príncipes romanos acompañados de sus esposas que lucían sus más vistosas joyas y vestían al último grito de la moda. Mezcladas con tanto personaje, con los Generales, Jefes y oficiales de la Guarnición de la ciudad y confundidas entre los sabios, literatos y artistas, se encontraron madre e hija.

Cuenta la tradición que mamá obliga a su nena a ir “elegantemente vestida”, poniendo interés especial en que luciera unos pendientes de brillantes, último y costoso regalo. Pudieron saludar gustosas al Embajador y a su esposa, que atendían elegantemente a los invitados. Notó Isabelita la impresión agradabilísima que los brillantes de sus pendientes causaban a las curiosas damas y a sus esposos. Esto aturdió y alborotó su imaginación. Dicen que “las miradas de todos estuvieron fijas en ella y hasta la seguían para verla más de cerca”. Las noticias que han llegado a la posteridad aseguran que “en la primera ocasión que tuvo en esta fiesta para desprenderse de aquellos pendientes sin ser advertida, lo hizo al tener la oportunidad de pasar detrás de una columna que impedía ser vista”.

Fácilmente Isabelita estimula a mamá a ausentarse. Agradecidas a los Sres. de Sartorius, se marchan a buena hora a casa.

Alegando razones de salud, el Embajador abandonaba Roma, y Don Lorenzo Arrazola (1797-1873), Ministro de Estado, le aceptaba la renuncia el 26 de octubre de 1867. En junio de este año sus dos amigas retornaban a Madrid.

3. NO HABÍA NACIDO PARA LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA

No entiende Doña Isabel el efecto contrario que las diversiones mundanas causan en su nena. Se convencerá cuando se marche vencida a Madrid. Ahora pasa días amargos al informarla su hija de que tiene preparada su entrada en las Salesas de Roma.

En junio de 1610, dos santos, San Francisco de Sales (1567-1622) y San Juana Francisca Frémiot de Chantal (1572-1641) habían fundado en Annecy, Francia, la Orden de la Visitación de Santa María para dar a Dios hijas de oración. Pronto Isabelita se entera del monasterio romano burlando la vigilancia materna en los momentos en que sale a la calle a hacer los encargos. Prácticamente lo apalabra todo con la Superiora que, como la postulante es mayor de edad, puede prescindir de la licencia materna para admitirla.

Isabelita experimenta la amargura de contemplar a su madre terca y terca en romper los sueños de su vida. Le amargan cada día más las veladas de la plaza de España de Roma. No cumple el axioma de que en los tiempos de tribulación no decidas nada hasta que pase el torbellino. Sin Director Espiritual se confió únicamente a la Superiora de la Visitación, que no entendía a fondo el caso de Isabelita.

A mamá le sobran razones para retener junto a ella a su hija. Pronta a cumplir 62 años y dentro del marco de la ancianidad debía ser asistida por su hija. Hasta ahora todos los Consejeros se lo han repetido desde Perú y Cuba. ¿Cómo iba a quedarse en el monasterio de las Salesas de Roma dejando sola a su madre, que ignora el italiano y en una nación extranjera? Tampoco ha hecho testamento ni consultado con ningún médico acerca del funcionamiento de su corazón físico, que tanta preocupación le causa desde siempre.

Hay que imaginar la reacción primera de mamá Isabel. No se sabe cómo replica, ni lo que le espeta, ni el tono, envuelto todo en amargas lágrimas. Pide hablar con la Superiora. Las razones que le expone, más calmada, se refieren a la salud de su hija, enferma de corazón desde su nacimiento, sus 62 años próximos a cumplir el 4 de julio y la aportación económica, necesaria para mantener un tenor de vida acomodado a su clase social como viuda de un militar de graduación. Termina Doña Isabel rogando a la Superiora que no ha llegado todavía la hora de desprenderse de su hija, y que más adelante todo sería posible si Dios lo quisiera.

De hecho, el corazón de Isabelita va a latir 32 años más; pero el motivo de los 62 años de mamá pesó mucho, aunque llegaría a vivir 80. Quedó la Superiora silenciosa, y sosegada Doña Isabel, al escuchar que no recibiría a su hija en el convento. Y acertó. Isabelita no había nacido para la Visitación de Santa María.

Al despedirse del embajador Sartorius y de su esposa, le tenía aquél preparada a mamá una bendición especialísima y cariñosa de Pío IX. Con ella, dada el 17 de mayo de 1867, se volvieron a Madrid.

4. COLABORADORA Y AMIGA DE SANTA VICENTA MARÍA LÓPEZ Y VICUÑA, 1867 - 1868

Probablemente las dos, mamá e hija, vuelven a Madrid a primeros de junio de 1867 a su piso de la calle Preciados, n. 5, centro derecha. Isabelita reemprende sus obras de caridad en los hospitales. Se presupone que vuelve a encontrarse con Doña Eulalia Vicuña García de Riega (1805-1877), tía de Santa Vicenta María López y Vicuña (1847-1890). Doña Eulalia había fundado en 1850 una institución en favor de las sirvientas en peligro de caer en la prostitución. La sobrina, llena de juventud y de amor al prójimo, la ayuda, la toma como propia y consigue fundar un Instituto religioso femenino que todavía hoy prosigue con éxitos notables en España y en muchas naciones. Son las Religiosas de María Inmaculada.

El Asilo para las criadas funcionaba en la calle de Cañizares, n. 14. Isabelita caminaba hasta aquí desde su casa de la calle de Preciados. Atravesaba la Puerta del Sol, andaba toda la calle de Carretas y la Plaza de Jacinto Benavente, y tomaba la calle de Atocha hasta llegar a la de Cañizares. Empieza esta ayuda en junio de 1867, y se retira motivada por la revolución de septiembre de 1868, empeñada en perseguir a la Iglesia, a los religiosos y a las obras benéficas de carácter católico. También iba a Carabanchel con el mismo objeto.

Santa Vicenta María se ausenta de Madrid y se marcha en junio a Cascante, Navarra, a casa de sus padres, y no retorna a la Corte hasta diciembre de 1867. Durante estos seis meses, Isabelita mantiene correspondencia epistolar con ella, comenzada el 29 de junio y terminada el 24 de noviembre. Solo 17 cartas autógrafas. Las de la Santa desaparecieron en el fuego encendido por marxistas y socialistas en Madrid en julio de 1936.

A través de este epistolario se revela la presencia de Isabelita en la vida de Santa Vicenta María en Madrid y en Carabanchel Alto. Cuando durante estos días sueña con su Congregación y redacta las Constituciones en ciernes, llamadas Reglitas provisionales, piensa en su amiga, se las da a leer y aporta alguna observación que la Santa no recoge¹⁸. Sobre todo, Vicenta María se hace la ilusión de captarla para su Obra y su Congregación, imaginando en serio que Dios la llamaba a su lado.

Isabel de Larrañaga Ramírez



¹⁸ Cf Isabelita-Vicenta María. Madrid, 15 julio 1867.

Con este fin, la Santa le escribe una seria carta el 14 de agosto de 1867, que no envía al domicilio de Isabelita por temor a que la recibiera su madre y la leyera, sino por medio de Don José Pascual, un sacerdote de Madrid. A Isabelita no la llamaba su interior al lado de Vicenta María. “Si Nuestro Señor tiene determinado servirse de mí para alguna cosa, lo hará cuando y como convenga, y nunca antes ni después”¹⁹. Ante todo, debía cuidar de mamá, anciana y enferma, con 62 años. Le gustaba decir, refiriéndose a los cuidados de las Fillipenses de Sevilla y de Vicenta hacia las muchachas en peligro de prostitución o ya prostitutas, que más valía prevenir que curar. Lo cual no le impedía hacer el bien posible a esas chicas.

A Vicenta María no le gusta el alejamiento de Isabelita, y se lo da a entender. Sabedora por ciencia propia de las dotes de su amiga y de su entrega verdadera a Cristo, piensa siempre en conquistarla. Cuando Isabelita quiere fundar su propia Congregación, antes de febrero de 1877, se acuerda de la Santa y se lo consulta; mas no sigue su consejo, un consejo contrario al querer de Dios, como lo demostró el tiempo. Le manifestó que se uniera a ella.

Eran dos Fundadoras escogidas por el Señor Jesús para que ayudaran en distintos campos de su Iglesia. Isabelita sigue los pasos de su santa amiga y de su Congregación. La llora el día de su muerte, el 26 de diciembre de 1890, con solo 43 años, víctima de la tuberculosis. Pablo VI la elevaba al supremo honor de los altares el 25 de mayo de 1975.

CAPÍTULO VI

LAS VÍSPERAS DE LA CONGREGACIÓN

En aquellos años la fiesta de Santa Isabel de Portugal se celebraba el 8 de julio, día en que mamá festejaba su cumpleaños, aunque había nacido el día 4. Su hija le reservaba siempre alguna bonita sorpresa. En 1868, dos meses antes de la revolución, le regala un cuadro pintado por ella con la efigie de la Inmaculada Concepción. Medía 1 x 080 m. La artista no se lució, y mamá no solo no consideró el esfuerzo de cariño que significaba, sino que demostró ante un amigo, Don Santiago, su disgusto, disgusto que ocasiona a su hija, tan poco valorada ante un extraño.

Don Santiago, que con licencia de las dos se apresta a remediar las deficiencias artísticas del lienzo, haría resaltar las diferentes aspiraciones de aquellas dos mujeres, madre e hija. Al fondo, se adivinaba la figura de la Virgen. En la parte inferior, aparecía un cofrecito rojo y, dentro y en su entorno, se veían joyas y otras alhajas sobre un lujoso cojín. Era la estampa de mamá. Abajo, tras densos nubarrones, se divisaba un convento y dos torres presididas por una cruz. Hacia ella subía un corazón envuelto en llamas. Era la figura de Isabelita. Acaso fue este

¹⁹ Isabelita-Vicenta María. Madrid, 18 agosto 1867.

contraste la causa de la discordia. Más tarde, el cuadro presidió la sala principal de la casa y lo llevó Isabelita a sus dos fundaciones del barrio de Argüelles de Madrid.

1. DETALLES DEL TESTAMENTO DE MAMÁ, 5 septiembre 1869

Pasaban rápidas estas fugaces tormentas. Las dos se querían entrañablemente, como lo prueba el testamento que dictan las dos el mismo día, 5 de septiembre de 1869, ante el mismo notario, Don Eulogio Marcilla Sánchez, y los mismos albaceas, Don Gonzalo Quintero, Don Domingo Sánchez y Don Rosendo Marcilla. Ahora tienen el domicilio en la calle de Villanueva, n. 5, cuarto, tercero, segunda escalera, hoy muy cercana a la Plaza de Colón por el Paseo de Recoletos.

Doña Isabel expone las razones para hacer testamento. Indica que soporta algún achaque y confiesa su temor a la muerte. Tiene 64 años, no 60 como revela el documento. Se confiesa creyente y encomienda su alma a Dios. No quiere pompa ni ostentación mundana ni carroza tirada por caballos negros, sino ser conducida a hombros hasta el cementerio y en el sitio que señale su hija.

Quedó dicho la gratitud de Doña Isabel a su hija. Gracias a su trabajo no le han faltado ni médicos, ni medicinas, ni baños a distintos balnearios y vida acomodada. Asegura que le ha entregado “la suma de doce mil duros, más que menos”, y ordena que a su muerte le sea satisfecha la referida cantidad y “la mejora en quinto y tercio de los bienes que dejase”. Por si fuera ella la superviviente a Isabelita y a Adrián, mandaba:

“Si ocurriese que antes que la Señora testadora falleciesen dichos sus hijos, para en ese caso de no tener herederos necesarios, es su voluntad y manda que una mitad de los bienes que quedaren a su muerte se entienda y sea un legado a su Santidad el Papa, y se entregue a quien, con la debida autorización, deba recibirlo en esta Corte; y que la otra mitad se invierta por los testamentarios que nombrara en la celebración de misas por su ánima y la de sus hijos, dándose por cada una la limosna de diez reales”²⁰.

Curiosamente los tres testigos son moradores de la misma casa, aunque en distintos pisos; el primero, empleado cesante, el segundo, ingeniero de minas, y el tercero, el portero de la finca.

2. PRUEBAS DEL AMOR A MAMÁ EN EL TESTAMENTO DE ISABELITA, 5 septiembre 1869

También Isabelita hace testamento después de mamá cumpliendo lo convenido entre las dos. Para indicar la edad emplea la fórmula de entonces: de más de 25 años. De hecho, cumpliría en noviembre solo 33. Por lo demás, indica que goza de buena salud y que su corazón le puede dar un susto, porque cita una frase del Evangelio: “Bienaventurado el siervo a quien el Señor hallase velando” (Lc 12, 37). No quiere tener ningún cuidado terrenal “sino el más importante, que es la

²⁰ Testamento de Doña Isabel Ramírez Patiño. Madrid, 5 septiembre 1869. Notario: Don Eulogio Marcilla Sánchez. T. 28074, n. 152. Archivo Histórico de Protocolos. Comunidad de Madrid.

salvación del alma". Subraya que lo hace "con la licencia y consentimiento que le da su señora madre", detalle innecesario por su edad, pero manifestando que ha pactado con ella las distintas cláusulas.

Es aquí donde Isabelita descorre un poco el velo confesando que ha trabajado para mamá, a quien le ha ido dando el fruto de su trabajo. Nótese que no recuerda para nada a su hermano Adrián, que vive a su antojo en Lima, aunque mamá no ha querido desheredarle en su testamento, porque "instituye y nombra por sus únicos y universales herederos a los nominados sus hijos Don Adrián y Doña Isabel". Pensaría mamá que ya había cobrado la herencia en vida con el piano que malvende en La Habana y las numerosas entregas de dinero que mamá le había enviado o dado en mano, dinero ganado por su hija en las clases. Isabelita no se atreve, como mamá, a vanagloriarse revelando el número más o menos exacto de sus ingresos:

"En primer lugar declara que, aunque con su trabajo ha ganado muy buenas cantidades, de todas ha hecho entrega a su señora madre D^a Isabel Ramírez Patiño, la cual sobre este particular le ha manifestado que ha hecho en su disposición testamentaria las declaraciones oportunas, y también la de que a la que habla la reconoce como crédito que quiere se la pague una cantidad, y por dueña de treinta y ocho obligaciones hipotecarias en la Sociedad Peninsular de esta Capital.

Como siempre se ha propuesto la comparecida, y es y será su anhelo que su señora madre, ya anciana y con padecimientos, sin más rentas que una pequeña pensión, viva en las menos privaciones posibles, si en verdad le pertenecen cuantos bienes aquella posee y dichas obligaciones hipotecarias, porque todo ha sido comprado con lo ganado por la dicente, dedicándose a la enseñanza de niñas, a dar lecciones de música y a otras cosas honrosas, no puede ni quiere disponer de lo suyo hoy, que tiene en su poder su señora madre, ni aún para determinar los sufragios que hayan de hacerse por su ánima e intención.

Por eso, manda que su entierro y dichos sufragios sean celebrados a voluntad de su señora madre, y en su caso a la de los testamentarios que nombrara, por la intención de la que habla, que no olvida a su señor padre, Don Andrés de Larrañaga"²¹.

En consecuencia, cuanto tiene y posee debe ser para su madre. No obstante, maneja todas las posibilidades:

"De cuantos bienes, acciones y derechos le correspondan al tiempo de su muerte, instituye y nombra por su única y universal heredera a su precitada madre D^a Isabel Ramírez Patiño, muriendo soltera. Si su muerte ocurriese hallándose casada, nombra por sus herederos a los hijos e hijas que Dios pudiera darle; y si falleciese soltera sin sucesión y cuando ya faltase su señora madre, quiere y manda que una mitad de cuantos bienes dejase y le perteneciesen por cualquier título, se apliquen como legado que hace a Su Santidad el Papa, entregándolos a quien esté debidamente autorizado en esta Corte para recibirlos, y que el valor de la otra mitad se invierta por los testamentarios que nombrara en la celebración de misas por su ánima, las de sus señores padres y hermanos fallecidos"²².

²¹ Testamento de Isabel Larrañaga Ramírez. Madrid, 5 septiembre 1869. notario: Don Eulogio Marcilla Sánchez. T. 28074, n. 153. Archivo Histórico de Protocolos. Comunidad de Madrid.

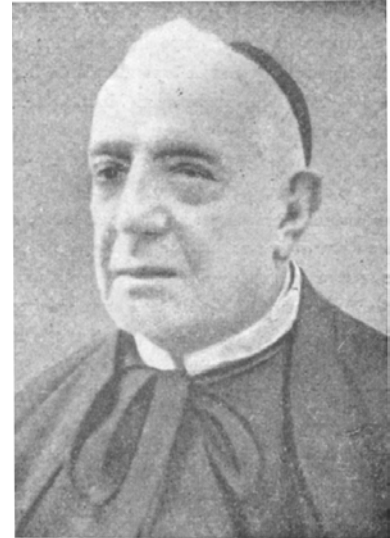
A pesar de todos los pesares, madre e hija se aman entrañablemente. Aquellos lunares pasajeros dejaban pasar la luz y el fuego del sol del mutuo amor.

3. POR MANDATO DE SU DIRECTOR, EL P. LUIS CAGGIANO DE AZEVEDO

Mientras tanto, la revolución de septiembre de 1868 se consolida, ataca el culto católico, destierra a los religiosos y medio congela los templos. Redacta una nueva Constitución con grandes limitaciones para la Iglesia, y admite el matrimonio civil.

Superado el impacto que le causa Santa Vicenta María a finales de 1868, Isabelita reflexiona mucho sobre su vocación-misión. Llegó del Perú seriamente decidida a perseverar en aquella conducta de vida: Ejercicios Espirituales, catequesis y enfermos. El apostolado de las Filipenses de Sevilla y de Santa Vicenta María no acaba de llenarla, y lo descarta. Espera, porque la política española rechaza nuevas Congregaciones religiosas.

Desde que abandona Lima, agosto de 1862, no ha encontrado Director Espiritual que sepa discernir su espíritu y, sin aquel, queda medio paralizada rumiando ella sola su futuro, a sus 34 años. Quiso Dios que los Redentoristas, como todos los Religiosos, fueran expulsados de España por la revolución y que se colaran en Madrid como si fueran simples sacerdotes diocesanos, no religiosos. Disimulado así, toman la capellanía del convento de las Clarisas de San Pascual, situado en el Paseo de Recoletos, tan cerca de la calle de Villanueva, domicilio de Isabelita. Frecuentaba ésta aquella iglesia, y un día, antes de finalizar 1870, se confiesa con un Padre Redentorista desconocido para ella. Era el P. Luis Caggiano de Azevedo (1842-1929), con carisma de santo confesor y sabio director.



R. P. Luis Caggiano de Azevedo.

Nacido en Frosinone, en el Lazio italiano, era el tercero de los 14 hijos de los Condes Caggiano de Azevedo. Su hijo Octavio (1824-1827) era nombrado Cardenal por San Pío X en diciembre de 1905, y por Benedicto XV Canciller de la Santa Iglesia Romana. El tío de Luis, el Cardenal Antonio, Penitenciario Mayor y Obispo de Frascati, le confería las Órdenes Menores, y el gran Cardenal Lavigerie (1825-1892) le ordenaba sacerdote.

Con sus hermanos de religión, el P. Azevedo retorna a Madrid desde Francia, agosto de 1870, y poco después lleva la capellanía de las Clarisas, a dos pasos de la vivienda de Isabelita. Pasa muchas horas en el confesonario. Isabelita lo frecuenta. Un día le descubre sus sueños, por Dios inspirados, según ella cree: una Casa de Ejercicios Espirituales, catequesis y enfermos casi terminales. El P. Azevedo no ve claro. Todavía la desconoce a fondo. Vio, más bien, que era una

²² *Ibidem.*

ilusión o un capricho, y le aconseja que no le miente el tema. Isabelita obedece, pero en su interior le sigue vivo su proyecto.

Se ha dicho que, en otra ocasión, -venida a menos mamá- vuelve Isabelita a preguntar al Padre si sabía de alguna señora que la necesitara para institutriz, es decir, para maestra, educación o instrucción de niños en el hogar doméstico. Y que fue entonces cuando el P. Azevedo la despierta del sueño y le ordena la fundación. Isabelita no necesitaba dinero para sostenerse y ayudar a mamá, ni ésta hubiera consentido que se separara de su lado.

Sucede en uno de los días en que va a confesarse, ya después de conocer bien su espíritu y la fuerza de su voluntad. El mismo sacerdote la interroga cambiándole de conversación:

- “Pues, ¡cómo! ¿Y la fundación? Lo he pensado bien y meditado delante de Dios, y ahora le mando que piense en ello y que lo ponga por obra, pues creo ser del divino beneplácito el que lleve a cabo sus deseos”.

Solamente añadió Isabelita:

- Padre, como Vd. me dijo que no pensara más en ello, así lo he hecho.

4. NO A LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES EN CIEMPOZUELOS, MADRID, Y A SER OBLATA DEL SANTÍSIMO REDENTOR, 1875 - 1876

Manos a la obra. En Ciempozuelos, provincia de Madrid y población cercana a Aranjuez, da el primer paso, que es falso. Con toda inocencia imagina que ese pueblo, unido por ferrocarril a la capital de España, es lo mejor para una Casa donde practicar las señoras en completo retiro los Ejercicios Espirituales. Los mismos Fundadores de las Oblatas del Santísimo Redentor, P. José M^a Benito Serra (1810-1886) y la M. Antonia Oviedo Schöntal (1822-1898) le han cedido un terreno junto a su obra en favor de las muchachas descarriadas y arrepentidas. Desde 1864 se encuentran allí.

En 1875 comienza Isabelita a construir la Casa. Mamá Isabel se alegra. Disponen de dinero para la Obra. Isabelita, entusiasmada, llega frecuentemente en el tren que termina en Aranjuez. Encomienda todo a San José, su Abogado predilecto, que esta vez mira para otro lado. El primer domingo que le ha dedicado se encuentra con que los ladrones le han robado el dinero preparado para pagar al contratista. Cada domingo ocurría algún nuevo y desagradable percance. En 1875 deja aquella casa a la altura de las ventanas. No quiere saber nada de ella. Se da cuenta de la lejanía de Madrid: ¿cómo iban a viajar las señoras hasta Ciempozuelos apartándose del esposo y de los hijos una semana entera?

Curiosamente Isabelita se queda dos meses más con los santos Fundadores de las Oblatas. Se preguntaba por qué Dios le pone por tercera vez delante el mismo campo apostólico que en Sevilla, en Madrid y Carabanchel y ahora en Ciempozuelos. También aquí ayuda a la Obra y, sobre todo, la M. Antonia la invita a seguirla. Es tan grande la tentación que la M. Antonia le ofrece la fusión de las dos Obras. Algo se trata del tema y algo hubo, porque Isabelita en marzo de 1883

escribe al P. Francisco García Tejero, el Fundador de las Filipenses de Sevilla, que “hace poco más de seis años”, es decir, en 1876, estuvo “comprometida con el Sr. Obispo de Daulia”, obispado meramente titular que ostentaba el P. Serra.

De momento, de Ciempozuelos retorna a Madrid, decidida a dos cosas: a orillar la vocación de Oblata y a seguir con la Obra de los Ejercicios Espirituales en Madrid.

5. AUDIENCIA CON PÍO IX, 16 octubre 1876

Ya en Madrid repite al P. Azevedo el revés que le han dado los ladrones y la ninguna inclinación a pertenecer a las Oblatas de Ciempozuelos. Conviene los dos en implantar los Ejercicios Espirituales en la Capital, más asequible a recibir señoras casadas y señoritas sin alejarse demasiado de sus familias.

En agosto y septiembre de 1876, (la dirección) del periódico católico de Madrid, “El Siglo Futuro”, y San Enrique Ossó (1840-1896), Fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, organizan una peregrinación a Roma, para consolar al Papa y reanimar la fe de los católicos en el Papado. Al P. Azevedo se le ocurre que Isabelita vaya a Roma a obtener la bendición para la Fundadora y para la fundación. A Pío IX le informaría su tío el Cardenal Antonio Caggiano después de notificarle el Padre las circunstancias que rodeaban a Isabelita con un espíritu todo de Dios y dispuesta a empezar una fundación por él aprobada y deseada.

Iba la peregrinación presidida por el Arzobispo de Granada, Don Bienvenido Monzón Martín (1820-1885). Isabelita se une al grupo que sale de la estación del Norte de Madrid el 3 de octubre de 1876 a las 10 de la mañana. La acompañan dos amigas, una fiel, Doña Leticia, y otra -cuyo nombre se silencia- que la traiciona. Pasan por Lourdes, días 6 y 7 de octubre. El 8 en Marsella; después pasan por Ventimiglia, por Pisa, y llegan a Roma a las 8 de la mañana del día 9.

Se dijo que en la peregrinación llegan a juntarse ocho mil españoles llegados de toda España. Se mascaba la fe y el amor al Papa y a la Iglesia. El día 15, fiesta de Santa Teresa, se celebra en la Basílica Vaticana la Comunión general. El Arzobispo de Granada, auxiliado por los Obispos de Oviedo, Don Benito Sanz, y de Vic, Don Juan José Castañer, más treinta sacerdotes en los diversos altares de la Basílica, repartieron la comunión por espacio de tres horas. Comulgaron unos siete mil peregrinos. En todos los rincones se veía a los sacerdotes oyéndolos en confesión.

El día siguiente, lunes 16, fue el anhelado día de la Audiencia General con el Papa. Isabelita llevaba *biglieto* de preferencia. Muy cerca de Pío IX se había colocado Isabelita con sus dos amigas. Después de los discursos del Arzobispo de Granada y del mismo Papa, llegó el momento de atender a las personas con asuntos reservados al Pontífice. Llegado el turno a Isabelita, preguntó el Papa en castellano:

- ¿Quién de estas damas españolas quiere ser Fundadora?

- Santísimo Padre -responde Doña Leticia- es mi amiga Isabelita, mostrando a la interesada.

- Bien, hija mía, dijo el Santo Padre, pero mira todos los Fundadores han sido santos... y tú ¿lo eres?

- Santísimo Padre, bendígame Vuestra Santidad para que lo sea, contestó Isabelita sobreponiéndose a la emoción.

Sonrió Pío IX y le dirigió palabras de aliento animándola a emprender la Obra que el Señor le inspiraba como agradable a sus ojos. Le imparte su augusta bendición avisándola de los muchos trabajos y sufrimientos que tendría que soportar.

Entre los peregrinos cercanos a Isabelita, que escucharon asombrados el breve diálogo, se comentó mucho la escena. Nadie asegura que el P. Azevedo estuviera presente, aunque no puede descartarse su presencia; pero felicitó y agradeció a su tío Cardenal el éxito de aquella pequeña audiencia. Isabelita y su Congregación, próxima a nacer, quedaban bendecidas para siempre, y el tiempo aclararía que la bendición surtió, surte y surtirá el efecto deseado. Porque Pío IX resulta profeta.

6. LA DISPARATADA E INESPERADA CALUMNIA

La estancia en Roma de los peregrinos se limitaba a nueve días. Isabelita emprende la vuelta a Madrid con el alma repleta de paz y de gozo. No esperaba la reacción pésima de la amiga traidora que, por celos y envidia, se atreve a calumniar a la futura Fundadora. Así discurría: Si Pío IX se interesó tanto fue porque el P. Azevedo, mediante su tío y su hermano, ambos Cardenales, le habían informado acerca de la nueva Fundadora. Y en esto acertaba. Pero disparataba al imaginar que el Redentorista se había movido tanto porque mantenía relaciones no santas con Isabelita. No le cabía en la cabeza otra razón. Ignoraba que la paternidad espiritual es muchas veces tan fuerte y más poderosa que la humana.

Lo peor de todo fue que no solo lo pensó, sino que acusó al P. Azevedo ante sus Superiores, y a Isabelita ante Doña Isabel. La calumnia trastorna a mamá, que la cree al pie de la letra, mientras que en su Comunidad de Redentoristas el P. Azevedo conserva su fama de santo confesor.

Jamás la mamá se había revuelto en tal alto grado contra su hija. Herida en su honor, en su fama y su buen nombre, la castiga severísimamente. La obliga a hacer todos los servicios domésticos y a servir a la misma criada. A las regañinas perseverantes Isabelita calla y obedece. Era la mejor señal de su inocencia. Hacía todas las labores con perfección; mas no omite ningún día su misa y su comunión en las misas de 11 ó 12 de la mañana, observando la ley del ayuno de entonces, que consistía en abstenerse de toda bebida y comida desde las 12 de la noche. Además, mamá le niega el saludo.

Una de las venganzas de Doña Isabel consistió en regalar a Doña Silvina, su amiga, las imágenes del Sagrado Corazón y de San José, las más queridas de su hija, a pesar de que la de San José era una talla atribuida a Alonso Cano (1601-1667), gran pintor y maestro de pintores, que Fernando VII había regalado a papá.

Isabelita llora amargas lágrimas en secreto. Reclamadas las estatuas, la amiga se las devuelve previo pago de su gran costo.

Mamá seguía impertérrita. Un día la amenaza y levanta su mano contra ella. Resulta imposible la convivencia. Isabelita, que conoce hasta las profundidades de su madre, y bien aconsejada, le escribe una carta, informándola de que se marcha a Sevilla con las Religiosas Filipenses. Nunca lo esperaba. Lloró y rabió; lo pensó y comprendió que la conducta de su hija probaba su inocencia. Ella no tenía que defenderse. La defendían sus buenas obras, llenas de caridad para con ella.

En Sevilla se recoge en la oración. Silencia el motivo de su retiro diciendo que quería hacer unos Ejercicios Espirituales. Doña Isabel se convierte al sentirse sola. Manda llamar a su hija, y ésta vuelve. Mamá, envuelta en lágrimas, la recibe con estas palabras:

- Hija mía, ¿por qué callabas cuando yo te trataba tan duramente? Toma, hija mía, aquí tienes el dinero y la casa de tu madre para que hagas lo que desees.

Tiernos besos y abrazos sellan la verdad del arrepentimiento.

CAPÍTULO VII

LA CONGREGACIÓN EMPIEZA SU ANDADURA

Con la aprobación del Papa quedaba señalada la ruta de Isabelita como Fundadora. La crisis familiar concluye felizmente con el apoyo y consentimiento maternos para que la hija se entregue totalmente a su proyecto. La aportación económica no llegaba de mamá, que era prácticamente la administradora de los bienes de su nena. Con la venia de mamá, se derrumbaba la muralla principal.

1. JESUITAS, SUCESORES DEL P. AZEVEDO

Isabelita da un paso demasiado atrevido al desprenderse de su Director, el P. Azevedo. No quiso dañarle en nada, precisamente cuando más lo necesitaba. Ella no sabía andar por el camino de la vida religiosa y menos por la vía augusta de dar a la Iglesia un Instituto religioso.

Hoy sorprende que el P. Azevedo acepte la resolución de Isabelita. A estas alturas parece haberla tomado dentro de la prueba que es cuando no debe resolverse nada. El tiempo le probará a la Fundadora la necesidad de un sabio Director. Seguramente que ella hubiera sufrido menos, andado más segura y modificado ciertas normas que brotaron de su modo peculiar de gobernar. No obstante, Dios lo quiso así. Pero el puesto del P. Azevedo, experto como pocos de su tiempo, hubiera sido decisivo. ¿Puede calificarse de cobardía este gesto? ¿No quisieron enfrentarse los dos a posibles y grandes críticas? El árbol se conoce por sus frutos.

Al retirarse el P. Azevedo, aconseja la orientación de los Jesuitas. Un sabio consejo si a aquellos no les prohibiera este maravilloso apostolado en favor de un Instituto femenino naciente el n. 22 de las “Reglas para los Jesuitas que predicán misiones”. Con este encargo Isabelita se dirige a la calle del Lobo, n. 34 -con entrada por la Carrera de San Jerónimo y final de la calle de las Huertas- donde reside el P. Antonio Zarandona (1804-1882), el Provincial, que la recibe con mucha amabilidad, le ofrece sabios consejos y le da algunos libros, entre ellos hay que suponer que le regala las Constituciones de la Compañía de Jesús, elaboradas por San Ignacio de Loyola (1491-1556) y sus Consejeros.

Pudo ocurrir que el P. Zarandona presentara a Isabelita al P. Balbino Martín (1834-1920), gran confesor y catequista. Lo primero en que convienen los dos jesuitas fue abandonar Ciempozuelos, como sede de la Congregación y de la Casa de Ejercicios Espirituales. Aquí no tendría vida ni recursos. Era necesario trasladarla a Madrid con tantas posibilidades de ejercitantas. Había que olvidarse de lo construido en Ciempozuelos, aun perdiendo tanto dinero. Excelente idea que Isabelita recoge agradecida.

Esta primera entrevista con los dos jesuitas debió de acontecer pasadas las Navidades de 1876-1877, puesto que el P. Luis Azevedo vuelve de Italia el 16 de diciembre de 1876 y con él trata Isabelita el delicado asunto de la calumnia y su abandono de Director. La resolución negativa se la pensarían mucho.

2. ERA PRIMER VIERNES Y FIESTA DE LA VIRGEN MARÍA, 2 febrero 1877

Decidida a seguir la orientación de los Jesuitas, Isabelita viaja a Toledo para informar al Prelado diocesano de sus planes de fundar un Instituto religioso femenino con una finalidad apostólica bien detallada. Regía la Archidiócesis -a la que entonces pertenecía Madrid- Don Juan Ignacio Moreno y Maisonave (1817-1884), creado Cardenal por Pío IX en 1868. Le gustó al Arzobispo el proyecto y le aclara el problema de mamá, de la que no debía apartarse nunca, pues había cumplido 71 años.



Casa primera, en la calle Claudio Coello, Madrid

Isabelita capta la nueva situación. Vive ahora con su madre en la calle Lagasca, n. 20. Alquila el piso principal del n. 7 de la calle Claudio Coello. Ha hecho las acomodaciones necesarias para poder comenzar a recibir a las señoras para los Ejercicios Espirituales. Y el día 20 de enero de 1877 distribuye en las parroquias madrileñas y entre sus amistades unas hojas de propaganda titulada: “Casa de Ejercicios Espirituales para señoras bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús”. Al final decía: “La casa está situada en

la calle de Claudio Coello, n. 7, principal". El mismo Cardenal Moreno se digna bendecir la capilla y celebrar la Eucaristía el lunes 29 de enero, fiesta de San Francisco de Sales, Fundador de la Orden de la Visitación de Santa María, a la que Isabelita quiso pertenecer en Roma. El Instituto próximo a nacer, llegaba con las mejores bendiciones del Papa y del Obispo diocesano.

Con 40 años, cumplidos en noviembre del año pasado, Isabelita -desde ahora Madre Isabel- empieza su Congregación el 2 de febrero de 1877, fiesta entonces de la Purificación de la Santísima Virgen María y primer viernes de mes. Con la Fundadora comienzan tres señoritas: Dorotea Soteras, Victoriana Sainz y Mercedes Vandarán, todas bajo el título de Señoras Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. Se ignora cómo empieza la Congregación, si con unos Ejercicios para sus miembros y dirigidos por la Madre Isabel o una tanda para señoras, dada por algún Padre jesuita.

La recién estrenada Fundadora imagina que las señoras ejercitantes se excederían en generosidad; pero el cepillo colocado para recibir los donativos no se llenaba. Confiada en la Providencia, esperó y expuso la situación a Don Sebastián Martínez, párroco de San Martín.

A tal prueba se añade otra peor. Durante los primeros meses advierte la Madre Isabel la rebelión, primero solapada y después abierta, de las tres cofundadoras, que no la reconocen como Fundadora. Ella pensó convertirlas. Al fin, Dios no le había dado otras compañeras para comenzar. Un día, disimulando no conocerla, le niegan la entrada en casa. Pide tinta y pluma para comunicar a mamá que era su hija la que llamaba a la puerta y no se lo conceden. Al final, entra. Le prohibían tratar con su mamá, con sus consejeros y con el confesor. No querían reconocerla como fundadora y la recriminaban y simulaban escandalizarse de que quisiera ser Religiosa y Fundadora viviendo con su mamá.

El futuro se nubla demasiado y no se aclara, hasta que las tres abandonan a la Madre.

3. LOS PRIMEROS PASOS

La cuestión económica se presenta apremiante. Comprobando que la casa de Claudio Coello no reúne las condiciones requeridas, retorna a la calle de Lagasca, n. 20, y alquila, además, el bajo de la casa contigua, n. 18, para capilla. El traslado y las reformas han sido costosos. Para aliviar los gastos, se le ocurre a la Madre Isabel abrir para señoras piadosas una pensión con estas condiciones:

“Las señoras pagarán 16 ó 20 reales diarios según el cuarto, y se les dará: por la mañana desayuno; al mediodía sopa, cocido, principio, ensalada y postres; por la noche, un plato de carne o pescado, una ensalada cocida y postres.

Si quieren traer sus camas o muebles, podrán hacerlo, pero sin que por eso se les rebaje el precio. Cuando enfermen, se les asistirá con esmero, pero el médico y las medicinas serán por cuenta de las señoras.

No se admiten enfermas.

El lavado y planchado de ropa es de cuenta de las señoras; pero, si quieren, las hermanas se encargarán de ello.

Por la noche no se recibirán visitas, ni tampoco podrán estar fuera de casa después de las ocho en el invierno y de las nueve en el verano.

En la capilla de la casa tienen misa diaria y pueden confesar y comulgar en la misma capilla”.

Siempre es la capilla con sagrario, cofre de la Eucaristía, la ilusión de la Madre Isabel. Ahora pide a la gente piadosa una aportación económica con una hoja que se reparte a domicilio. Podía cumplimentarse o con una limosna por una vez o mensual. Se pasó a recogerla casa por casa. Logra que el P. Vicente Albiñana Villalobos (1814-1888), franciscano y agente suyo de preces en Roma, le consiga la facultad para que en el oratorio sirviera la misa para cumplir el precepto dominical y los festivos, salvo las grandes Pascuas y las grandes fiestas del año litúrgico. También se concedía tener reservado el Santísimo. Sin Él, la Madre Isabel nunca concibió la Vida Religiosa.

El traslado a la calle de Lagasca se efectúa el 3 de agosto, primer viernes. Mamá y su sirvienta viven en habitaciones propias dentro de la misma casa. Las Hermanas y la Fundadora dejan el modesto traje secolar y se visten este hábito:

“Uno de lana negra, con esclavina del mismo género y color, terminada con una tira blanca en el cuello. A la cintura una correa ceñida con un ceñidor negro, cuyos extremos caían al lado izquierdo. Sobre el pecho la imagen de Jesús Crucificado. Pendiente de la cintura, al lado derecho, y formando una M, un rosario de seis decenas rematado con una medalla de metal dorado y grabados en ella los Sagrados Corazones de Jesús y de María. La sexta decena sería por las intenciones del Apostolado de la Oración, que no era bien quitárselo a la Santísima Virgen”.

Lo llamativo es el gran rosario. Nada se indica del velo y complementos de la cabeza. No llamaban la atención en la calle porque las demás Religiosas vestían de manera parecida.

M. Isabel con el hábito primero de la Congregación

Se notaba el progreso en el número de nuevas postulantes, que acallaron los murmullos de las tres cofundadoras. Llega de Zaragoza Martina San Román Aldabalde (1848-1920) en vez de ingresar con las Adoratrices; Lucía Serrano Pereda (1854-1938), fuerte columna de la Congregación; María Eulalia Hurtado Blanco (1858-1927), brazo derecho de la Fundadora; Adelaida San Juan Márquez, que le proporcionará graves disgustos y será expulsada en octubre de 1897; y, por fin, Tomasa Catalán Castaño, fugitiva en 1890 ante las insidias del P. Salvador Font, agustino. A todas comunica la Madre su espíritu propio de caridad, meta de su vida y



de su Obra. Les enseña sus métodos peculiares de ayudar a las ejercitantes y la manera de visitar a los enfermos en sus casas y de atender a los niños y niñas en la catequesis. Con los enfermos se desvivía. Si alguno en su pobre casa no tenía comida, en la cocina de la Madre se condimentaba y se le llevaba cuidadosamente preparada.

Pronto destina una habitación para la catequesis, que duraba dos horas diarias. Después, se amplía también para otras asignaturas de fe y de costumbres, que reanimaba a la gente en el conocimiento de Dios y en la vida cristiana. Peor caminaba la economía. El P. Balbino Martín cubría las escasas aportaciones de las ejercitantes y los gastos de la Comunidad con buenas limosnas.

4. DEFICIENTE ECONOMÍA

Por estos días, finales de 1877, el rey Alfonso XII comunica a los ministros su proyectado enlace con Doña María de las Mercedes de Orleáns (1860-1878), efectuado el 23 de enero de 1878 con gran alborozo del pueblo español, que cantaba lindas coplas a su belleza. A los pocos meses, 27 de junio, el pueblo lloraba desconsolado la muerte de su reina.

En casa se comentaban estos y otros acontecimientos, como la gran riada de Santa Teresa, 15 de octubre de 1879, que asola la Huerta de Murcia con su capital, donde manifestó su heroica caridad la M. Paula Gil Cano, Fundadora de la Congregación de Hermanas Franciscanas de la Purísima Concepción. Pocas semanas después, 29 de noviembre, Alfonso XII contrae nuevas nupcias con Doña María Cristina de Habsburgo-Lorena (1858-1929).

No encuentran mamá e hija salida a la arruinada economía. Quieren ahora recuperar un préstamo concedido a una señora de alta alcurnia, venida a menos. Todo inútil. Para remedio, piensan vender unos cuadros de mucho valor y lo consultan con el P. Antonio Zarandona, que indica a unos jesuitas franceses como posibles compradores. Responde el P. Zarandona que, aunque les hablará, no cree conseguir nada y aconseja -la carta va dirigida a la mamá, siempre vanidosa- que “lo que tienen que hacer es buscar para comer, y no hacer gastos que no sean indispensables”.

No habiendo tandas bastantes de Ejercicios y respondiendo las señoras con mediocre generosidad, se oteaba el horizonte bastante oscuro. Al jesuita le pareció un gasto innecesario las obras para la capilla, la ilusión grande de la Madre Isabel, que la quería preciosa y lo menos indigna de su Esposo. Se conserva un presupuesto del maestro de obras, de 4.740 reales. La capilla queda a su gusto y al de todos. En cambio, el Arzobispo de Toledo, a quien acude para conseguir la categoría de Oratorio público, no accede, y eso que el Visitador de la Capilla la encuentra perfecta en todo, con sagrario, ornamentos, vasos sagrados. Presidía una estatua del Sagrado Corazón de Jesús. Los motivos para negar la gracia se basaban no en razones pastorales: no estaba erigida canónicamente aquella Asociación de Señoras y la casa era alquilada, no propia. Se ordenaba tapiar la puerta de la capilla que daba a la calle.

Para la Madre Isabel la capilla era algo consustancial a su vida de consagrada, pero capilla con sagrario habitado por su Señor Jesús. La Eucaristía constituía el alma de su existencia. En esta idea insistía mucho en las conferencias que daba a las Hermanas. Les enseñaba a hacer la oración personal, una oración de diálogo y de petición, envuelta en el silencio y en el recogimiento, y unida al trabajo, al cumplimiento de los deberes. Como gota de agua que cae de continuo sobre el rosal y lo embellece y enriquece, así la Fundadora insistía sobre los puntos esenciales de la consagración al Señor mediante los tres votos de castidad, pobreza y obediencia. A estas instrucciones añadía la caridad fraterna, claro exponente del verdadero amor a Jesús.

Todo envuelto en el amor y consagración al Corazón de Jesús, la figura de su Cristo, y la meta de su amor y de su vida.

CAPÍTULO VIII

SE AFIANZA LA CONGREGACIÓN

1. CAMBIO DE RUMBO: COLEGIOS EN LOS PUEBLOS Y SUBURBIOS DE MADRID

Para presentarse en la sociedad y en la Iglesia, la Congregación debía ser reconocida por el Gobierno de Madrid y la Jerarquía Eclesiástica. No habían pasado tres años, cuando la Madre Isabel acude al Gobierno presentando su Obra con una doble finalidad: la perfección espiritual de sus miembros -a quienes llama Señoras- y el bien de sus prójimos. Es digno de atención que antes de indicar los primeros ideales apostólicos -Ejercicios Espirituales y enfermos en peligro de muerte preparándoles para recibir los Sacramentos y ayudándoles a bien morir- silencie la Catequesis y detalle con lujo su preocupación por la escuela y el pensionado para niñas ricas. Con la aportación de éstas se podrá mantener la escuela. La noticia -de noviembre de 1879- obliga a adelantar el cambio en la preferencia de apostolados. Comprende la Madre Isabel que los Ejercicios Espirituales no pueden ser el principal apostolado, puesto que no les suministran lo necesario para mantenerlas a ellas y a los mismos Ejercicios. He aquí la primera idea de la Madre Isabel presentada al Gobierno de Madrid para obtener su aprobación. Se dedican:

“Primero: A la enseñanza de niñas pobres en las Escuelas, que ya el Gobierno, la Provincia, el Municipio, u otras Sociedades particulares quieran entregarles a su cargo; y

Segundo: Tienen además en sus casas un pensionado de un corto número de niñas de clases acomodadas a las que se encargan de dar, así como a las primeras, una educación sólida, para que puedan formar verdaderas familias cristianas”²³.

²³ Estatutos de la Congregación de las Señoras Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. Madrid, 21 noviembre 1879. Archivo General de la Administración. Alcalá de Henares. Madrid.

Esto aprobaba el Gobierno el 21 de noviembre de 1879, que no quita de este Reglamento ni una letra. Todo indica que el Obispo Auxiliar de Toledo, con residencia en Madrid, Don Ciriaco Sancha y Hervás -su consejero en Cuba- había ya cambiado impresiones con la Madre Isabel respecto a la menor importancia de los Ejercicios Espirituales. Le urgía y le rogaba que diera su preferencia a la niñez del pueblo humilde y pobre, a los más necesitados de educación y cultura.

A Mons. Sancha le urgía lanzar las energías de la nueva Congregación a la mayor necesidad de la Iglesia, la educación y la formación de la niñez y primera juventud, una formación humana, culta y cristiana. Cuando el P. Francisco García Tejero la anime a seguirle en la Obra de las Filipenses de Sevilla, la Madre Isabel cita solo a Mons. Sancha como promotor de este proyecto: "Por su consejo dejamos la de Madrid y nos dedicamos a establecer colegios en los pueblos". Acaso este motivo influye no poco en negar a la Madre un oratorio público que la aferraría más a la Obra de los Ejercicios. El Obispo se alejaba de Madrid al designarle León XIII para la sede de Ávila el 27 de marzo de 1892.

A la Madre Isabel le había hablado el Señor por un Prelado de la Iglesia. Nunca jamás en su vida cambia la dirección de su Congregación, porque jamás duda de que orientación, tan nueva para ella y su Obra, había bajado del cielo. Ella había nacido para servir a la Iglesia haciendo el bien al mismo tiempo a la sociedad.

2. LA INOPERANCIA DE DOS JESUITAS

La gran preocupación de toda su vida se centra en dotar a su Congregación de unas Constituciones propias, meta que nunca alcanza, seguramente por faltarle un Director Espiritual sacerdote o un Instituto Religioso cercano y amigo.

Ahora, a los principios, entrevé la posibilidad. No cabe duda de que el P. Antonio Zarandona por medio del P. Balbino Martín pone en sus manos las Constituciones de la Compañía de Jesús. La pena es que estos dos jesuitas no dan un paso más adelante, es decir, no ayudan a la Madre en este menester. Ahora se piensa que la prohibición de la Compañía de ayudar a los Institutos femeninos, en este punto, favorecía poco a la Iglesia. El caso de la Madre Isabel lo prueba.

Con las Constituciones de los Jesuitas en la mano, la Madre Isabel solo sabe copiar unos párrafos al pie de la letra, que divide en capítulos según la materia y les da este título: Sumario de las Constituciones que pertenece a la espiritual institución que se debe observar en la Congregación de Señoras Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. Con la palabra Sumario da comienzo también el título de las Constituciones de los Jesuitas. Lo restante está calcado en ellas.

Este gesto de la Madre Isabel indica que ella quería asumir el espíritu jesuita para su Congregación; pero no lo consigue. El P. Zarandona fallece en marzo de 1882, y el P. Balbino Martín era destinado a Valladolid en el verano de 1880. En los años siguientes, apenas aparece un jesuita en la historia de la Madre Isabel, y se lamenta esta ausencia, porque ella no abandona nunca la idea de parecerse a los Jesuitas en cuanto a su formación espiritual y apostólica. Cuando al final de sus días

se vea libre de las influencias del Arzobispado de Toledo y del Obispado de Madrid, presentará estas Constituciones al Obispo de La Habana, Don Manuel Santander (1835-1907), para lograr de él la aprobación de sus Constituciones jesuitas. La guerra independentista de Cuba y la muerte de la Madre Isabel frustran este enorme deseo de su vida.

La labor de la Madre Isabel se había limitado a copiar de las Constituciones de la Compañía de Jesús aquellos párrafos que le convenían para las suyas, sin apenas añadir una palabra. El original permanece intacto sin que los Padres Zarandona y Martín pusieran una letra, ni una corrección, ni una añadidura.

Se ignoran las motivaciones de la Madre para no suplicar ayuda a sacerdotes técnicos en esta especialidad. Es un hecho histórico rarísimo entre las Fundadoras de su tiempo que no se sentían capaces de redactar unas Constituciones. Al comprobar que los dos jesuitas quedan indiferentes, de hecho, ante su imperiosa necesidad obedeciendo a sus normas propias con detrimento de un Instituto con proyección eclesial y apostólica ilimitada, no llamó a ninguna puerta, dejándose en brazos de la Providencia. Porque ella quería el espíritu jesuita y solo ellos podían trasvasárselo. A más de uno extrañará esta conducta cuando bien claro manifestó a Santa Vicenta María López y Vicuña en 1867 que le gustaba, apreciaba y seguía la espiritualidad de San Francisco de Sales en vez de la ignaciana que esta Santa había abrazado.

3. CAMBIO DE NOMBRE: NO ESCLAVAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, SINO HERMANAS DE LA CARIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

A la Madre Isabel, como a todo Fundador, le urge la aprobación de su Congregación como Instituto de derecho diocesano. Lo que vamos a relatar ahora se fundamenta en dos cartas: una, del 1 de noviembre de 1883, de la Madre al Cardenal Moreno, Arzobispo de Toledo, de cuya demarcación eclesiástica dependía todavía Madrid y su provincia, y otra del mismo Cardenal a la Fundadora del 7 de noviembre del mismo año.

De la carta primera se deduce que la Madre ha viajado a Toledo -se supone que en septiembre de 1883- y que han estudiado juntos dos problemas: el de las Constituciones propias y el del nombre del Instituto. Le presentaba la Madre Isabel las Constituciones que ella había entresacado de las de la Compañía de Jesús, por así decirlo, al pie de la letra. Se trataba de una doctrina muy segura, pero que debía adaptarla a la nueva Congregación hasta en el estilo, no del siglo XVI, sino del XIX. Además, faltaba la parte jurídica, doméstica y devocional. Se daba, casi únicamente, la parte doctrinal, verdaderamente magnífica. Sin llenar estos vacíos era imposible conceder la aprobación diocesana.

En cuanto al tema del título para la Congregación, la Fundadora insistía en el que le había dado desde el primer día: Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, ignorando, de hecho, que la hoy Santa Rafaela María Porras (1850-1925) se lo había dado a su Congregación y con él la había reconocido en la Iglesia el mismo

Cardenal Moreno y con él ya habían profesado sus miembros en 1877. Lo extraño es que la Madre Isabel ignorara este detalle, porque las Hijas de Santa Rafaela eran ya conocidas en los ambientes eclesiásticos. El caso es que el Prelado le indicó en la entrevista de septiembre la necesidad de cambiar de nombre, ofreciéndole al mismo tiempo otro: Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús. Es preciso confesar que el Cardenal Moreno hablaba inspirado. Nombre precioso, con un contenido carismático de altos vuelos, fundamentado en lo mejor del Señor Jesús, su Corazón, que acepta a las Hijas de la Madre Isabel como Hermanas suyas, bajo el contenido más veraz e inmenso de su Caridad. No obstante, de momento contraría a la Fundadora y a sus Hijas, pero lo acepta obediente. Después comprende el gran acierto del Prelado. Nunca la Madre Isabel siente la tentación de orillarlo o de cambiarlo. Hasta en las Constituciones que presenta al Obispo de La Habana al final de sus días las llamará Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús.

4. IMPOSICIÓN DE LAS CONSTITUCIONES DE LAS CARMELITAS DE LA CARIDAD

El tema de las Constituciones se resuelve de una manera original y curiosa. Naturalmente que las presentadas por la Madre no eran propias, sino de la Compañía de Jesús. No podían ser recibidas. Por la misma razón las que el Cardenal ofrece a la Fundadora tampoco eran propias de la Madre. Porque el Cardenal le presenta las Constituciones de las Carmelitas de la Caridad, fundadas en Vic, Barcelona, en 1825 por la hoy Santa Joaquina Vedruna (1783-1854). Tampoco ella las había escrito, sino el P. Esteban de Olot (1774-1828), religioso capuchino. En 1850 San Antonio María Claret (1807-1870), Director Espiritual del Instituto, a petición de la Santa, las retoca y completa.

Teológicamente el gesto del Prelado se explica mal. Cada Instituto religioso posee un carisma peculiar y diferente de todos los demás, y las Constituciones son el camino para lograr practicarlo. El Corazón de Jesús, con su Corazón rodeado y abrasado del fuego de la Caridad, no aparece en las Carmelitas. Pero en aquellos tiempos no se había iluminado la teología del Carisma del Fundador, tal como sale brillante del Concilio Vaticano II. El caso es que el Arzobispo de Toledo, por sí y ante sí, con la autoridad de su cargo, le aconseja que pida a la Superiora de las Carmelitas de la Caridad de Madrid sus propias Constituciones y su Reglamento Interior -o su Directorio- con el fin de que ella escribiera otras calcadas en las mismas y, en lo posible, iguales, porque ya habían sido aprobadas en 1876 de manera provisional en Roma, y de manera definitiva en 1880. Por tanto, la Madre Isabel se ahorra tiempo y podía su Congregación ser recibida en la Iglesia sin más requisitos.

Obediente, la Madre Isabel se pasa unas semanas leyendo, estudiando y recogiendo para sí y su Instituto las Constituciones de las Carmelitas de la Caridad.

Hace pocas variaciones “que no son sustanciales”, advierte la Madre al Prelado. Quedan, por tanto, sin apenas modificar, como lo prueba el cotejo de unas y de otras. De esta manera, demasiado fácil para el Cardenal e incompresible para la Madre Isabel, -a quien obliga a aceptar algo ajeno como propio con el fin de

obtener la aprobación diocesana- es recibida su Congregación. La Madre acoge a la fuerza estas condiciones, porque le urgía la cuestión. Una de las excusas presentadas por las tres cofundadoras para marcharse se apoyaba en que la Congregación se bamboleaba en el aire. Querían decir que carecía de toda aprobación oficial.

Lo más original, mejor dicho, lo único original que la Madre Isabel escribe en las Constituciones que le han prestado las Carmelitas -que ignorarán lo hecho por el Cardenal Moreno y por la Fundadora sin permiso de ellas- es el número primero, sobre el que fundamenta todo el manuscrito. Se trata del concepto de caridad que debe inundar al Instituto, a todos sus miembros y a todo su apostolado eclesial y social. Rezaba así:

“Jhs.- Constituciones de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús.

La caridad que el Espíritu Santo derrama en los corazones de las personas que son llamadas a la perfección, es la base de estas Constituciones; y esta misma caridad ha de ser el único móvil de vuestro corazón para que las observéis todas con exactitud, prontitud y alegría”.

Aun así, esta primera consigna -básica, imprescindible, clarificadora- tiene cierto sabor jesuítico con el número primero de las Constituciones de la Compañía de Jesús.

5. LA EXCESIVA CONDESCENDENCIA DEL CARDENAL MORENO, 7 noviembre 1883

El 1 de noviembre de 1883 -junto con la carta en que aceptaba el título para su Instituto y las Constituciones de las Carmelitas de la Caridad con las contadas variantes por ella introducidas- enviaba estas Constituciones la Madre Isabel, escritas de su puño y letra con una escritura de lujo, clarísima, sin un solo disparate, raspadura o corrección. Junto a ellas enviaba también el Reglamento. Los dos, Reglamento y Constituciones, son examinados por Don Antonio Tiburcio Acevedo, Arcipreste de la Catedral Primada de Toledo. Asegura que la Congregación está destinada “para la enseñanza cristiana de niñas internas y externas y ayudar a bien morir”. No afina cuando asegura que la Congregación viene practicando la enseñanza hace siete años, años que en noviembre de 1883 todavía no se habían alcanzado puesto que no lo habían ejercitado desde el primer día.

Lo extraño es que al informe positivo del Censor se añada: “Se aprobaron las Constituciones por vía de ensayo”. Los detalles propios de la Madre Isabel eran pocos y propios de un Directorio, no de unas Constituciones, salvo el número primero. Además, esas Constituciones estaban ya aprobadas por la Santa Sede. ¿Qué se aprobó en Toledo?

Lo que se aprueba era únicamente que puedan regirse y gobernarse por las Constituciones y Reglamento de las Carmelitas de la Caridad. No se da un Decreto en toda regla, sino que, al margen del escrito y oficio de la Madre Isabel suplicando la aprobación de las Constituciones, se lee sin emplear la palabra *aprobación* o el verbo *aprobar*:

Madrid, 7 de noviembre de 1883

Damos por ahora, y como por vía de ensayo, nuestra licencia para que la Congregación de Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, establecida en Torrijos, pueda regirse y gobernarse conforme al proyecto de Constituciones y Reglamento que acompañan, debiendo en su día, vistos los resultados, pedir la necesaria aprobación con arreglo a lo que previenen los sagrados Cánones.

El Cardenal Arzobispo de Toledo

Así lo acordó y firmó su Em^a el Cardenal Arzobispo, mi Señor, de que certifico.

D. José Fernández Montaña
Canónigo secretario”.

La Madre Isabel con sus hijas entienden este párrafo como verdadera aprobación de las Constituciones y del Instituto, creencia que nunca desmienten ni en la Curia Arzobispal Toledana, ni luego en la Curia Episcopal de Madrid. De todas formas, la conducta tan benigna del Cardenal Moreno reflejaba el cariño verdadero que profesaba a la Fundadora. No había demasiados motivos para tanta condescendencia, porque la Congregación contaba solo con un colegio y una Comunidad en Torrijos, Toledo, y únicamente constaba de ocho Hermanas, dos profesas: la Madre Isabel y la M. María Hurtado, las seis restantes eran novicias.

La Congregación había pasado una mala racha. Los informes aparecían con colores más que morados. Las tres cofundadoras habían abandonado la Obra y otra Hermana en Griñón, Madrid, y acababan de cerrar el colegio de Leganés, Madrid, fundado en 1880.

Con excesiva condescendencia el Cardenal Moreno profetizaba para la Congregación un futuro halagüeño, y creía que se fundamentaba sobre la Madre Isabel, verdadera piedra angular de la misma, colocada sobre el Corazón de Cristo Jesús.

6. LA APROBACIÓN DEL GOBIERNO ESPAÑOL Y LA INTERVENCIÓN DE LA INFANTA DOÑA ISABEL DE BORBÓN

Quedaba a la Madre Isabel el reconocimiento civil de su Congregación. Con su letra elegante y clara escribe al Ministro de Gracia y Justicia, el 1 de julio de 1884, suplicando esta gracia e informándole del tiempo de su aparición, los permisos del Cardenal de Toledo y del Gobernador de Madrid, los fines del Instituto y -creyéndolo de veras- que había merecido “la aprobación de su Emcia. Rvma., el Sr. Cardenal diocesano y que se las considera en el número de las Congregaciones Religiosas desde noviembre último”.

A los tres días el Arzobispo toledano informaba favorablemente y confesaba haber aprobado la Congregación, aunque, de hecho y en verdad, no había firmado ningún decreto. La recomendaba así:

“Visto el mucho celo y diligencia con que llevan a cabo estos benéficos actos de su Instituto en bien de los pueblos y de la misma Iglesia, les he concedido la aprobación canónica en cuanto me toca, en el último mes de noviembre del año pasado, y atendiendo al buen resultado que van dando en bien de la sociedad, no dudo en recomendar dicha Congregación a la bondad de V.E. a fin de que se sirva concederles la Real Cédula de reconocimiento en España para poder fundar Colegios en las provincias que conviniere y lo pidieren”.

El verano iba a retrasar la concesión. Además, el Cardenal Juan Ignacio Moreno y Maisonave fallecía el 28 de agosto de este año 1884 en Toledo. La mamá de la Madre Isabel se agravaba de sus males y moría en Madrid el 11 de diciembre siguiente, y la Madre Isabel pasaba días muy difíciles con su corazón, debilitado con tres serios ataques.

Pasada esta racha adversa, la Fundadora quiere asegurarse a conciencia del éxito de su empresa y visita a la Infanta Doña Isabel de Borbón (1851-1931), hermana del Rey Don Alfonso XII (1857-1885). Quería darle a conocer su Congregación y la necesidad de lograr el reconocimiento del Gobierno Español. Siempre generosa y espléndida, la Infanta la recibe el jueves 5 de febrero de 1885, con gran afecto, llevada de su religiosidad y de la admiración que sentía por las mujeres consagradas a Dios para trabajar en favor de los pobres. Tan generosa se porta con la Madre Isabel que la introduce a la presencia del Rey, quien la trata con extrema deferencia y quiere que conozca a sus dos hijas, las infantitas María de las Mercedes y María Teresa, a quienes llevan a la audiencia.

La Infanta Isabel regala a la Fundadora una foto suya y se la dedica. Al mes siguiente, 21 de marzo de 1885, se firmaba la Real Orden por la cual se autorizaba el establecimiento de la Congregación en España; y el 22 de junio de 1895 se publicaba en la Gaceta de Madrid, para que surtiera todos los efectos jurídicos y políticos.

Tan buena impresión le causa la Madre Isabel que cuando en 1888 la Asociación de Señoras Católicas de Madrid pregunten a la Infanta Isabel qué Congregación podía encargarse del Colegio de Santa Susana, de Madrid, reciben esta respuesta: “Esa Obra estaría muy bien en las manos de la Madre Isabel Larrañaga”. Y le hicieron caso.



CAPÍTULO IX

ÚLTIMOS AÑOS DE MAMÁ DOÑA ISABEL, 1880-1884

Llega esta historia a 1883 y 1884 cuando mamá Isabel alcanza los 78 y 79 años, edad que apuntaba a una ancianidad muy pronunciada para entonces. Su viudez tan larga, desde diciembre de 1838, la pérdida de seis hijos en su más tierna infancia, el alejamiento de su lado y de su hogar de sus dos hijos varones, Alejandro y Adrián, y el quedarse únicamente en casa con Isabelita habían puesto en la cabeza y en el corazón de Doña Isabel una corona de espinas que, con frecuencia, le apretaban la imaginación y hacían saltar lágrimas de sus ojos y palabras amargas de sus labios, y, a veces, coronado todo con hechos dolorosos.

1. INCREPACIONES DE MAMÁ

Isabelita -una vez pasada la mala racha de aquellos penosos días de la tremenda calumnia surgida por la entrevista personal con el Beato Pío IX- se comporta según los deseos de su madre; mas su madre no puede soportar, a veces, los altibajos de su corazón cuando imagina que su hija vuelca el suyo en las Hermanas de la Congregación o en las alumnas de sus colegios. Había días en que todo era poco para alabar y gratificar a su hija; pero otros, cuando le daban los celos, la maltrataba sin piedad. Lo que peor llevaba era verla entregada a personas, a su entender, de inferior nivel social, echándole en cara que la había educado para relacionarse con gente de más elevada alcurnia.

En cambio, la Madre Isabel llenaba los colegios con niñas de familias necesitadas, y para ellas gastaba su vida y sus energías. Pudo comprobarlo Doña Isabel en Leganés, Madrid, y en Torrijos, Toledo. Desde estas poblaciones viajaba a Madrid a verla y a comer con ella, lo que efectuaba una o dos veces por semana. Refiramos únicamente dos casos, exponentes de una gran letanía imposible de contar:

“En una ocasión, llegó de Torrijos más tarde de lo que pensaba su madre, que la esperaba a comer. Cuando llegó, ya estaba la madre comiendo. Al abrazarla, comenzó a increparla, diciéndole que se portaba como una mala hija, que prefería estar con todos antes que con ella, y así otras cosas por el estilo. Ella se mantuvo en pie junto a su madre sin contestar ni una palabra. Se le caían algunas lágrimas y, por fin, cuando ya su madre dejó de improperarla, se abrazó a ella diciéndole: Perdóname, mamáita, ya no volveré a hacerlo más”.

“En otra ocasión, sin pretexto alguno, se fue sublevando su ánimo y levantando la voz poco a poco, de modo que nosotras lo oíamos todo; la reprochaba en estos términos:

‘Prefieres estar entre personas que no te igualan en rango ni educación, ni en dignidad, viviendo entre privaciones y sufriendo mil disgustos; todo por seguir tu capricho, antes que estar al lado de tu madre, que tanto te quiere y donde no te falta nada, pudiendo ser una excelente madre de familia, que en esto yo te doy ejemplo...’, etc, etc. Y de este tenor otros mil reproches”.

Las increpaciones llegan a ser reprensiones severas, fuertes, agrias, durísimas, que destrozan el alma de la Madre Isabel.

2. UN LAMENTABLE SUCESO

Esta faceta dolorosa de la Madre Isabel no resulta pasajera, dura nada menos que casi ocho años, de 1877 a 1884, en que fallece la mamá. Fue un duro calvario que la hija sobrelleva con una paciencia y prudencia heroicas y que trae duras consecuencias para su salud, para su débil corazón físico que falla ante los injustos reproches maternos. En ocasiones, la tirantez es muy notable, con efectos fatales para la hija. El hecho más clamoroso se refiere, por los mismos testigos presenciales, de esta manera:

“En una de sus visitas semanales, encontró Madre Isabel a su mamá algo enferma, y en cama como consecuencia. Traía con ella de Torrijos a la Hermana Lucía Serrano, porque había de detenerse en Madrid algunos días en razón de otros asuntos. Su madre la recibió muy alterada, y así terminó el día. Amaneció el siguiente en creciente alteración y terminó despidiéndola de su casa y urgiéndole que se fuera en la misma mañana. Obedeció la hija a este duro capricho, y con la Hermana Serrano salió a la calle sin rumbo determinado. Con la mamá estaba por aquellos días la Hermana Martina Sanromán.

Madre Isabel necesitaba estar en la Capital unos días; además, debía esperar a conocer el rumbo del mal que afectaba a su anciana madre.

Se determinaron las dos a buscar un alojamiento en otro lugar.

La salud de Madre Isabel exigía que no fueran muchas escaleras las que hubiera de subir en sus entradas y salidas. Se determinaron por una vivienda en planta baja, a poder ser. Pasaron el día buscándola y, solamente a última hora de la tarde, encontraron una en la calle Martín de los Heros. Era húmeda y estaba totalmente desamueblada y desalojada. Dudaron, pero la aceptaron de momento, porque era la única solución. La Hermana Serrano se iba sintiendo apurada, porque notó que la Madre se sentía mal y temía que el corazón le hiciera alguna de las suyas. También el tiempo apuraba, porque el día iba declinando y tenían que buscar algún mueble y el alimento con que desayunar y comer, pues el día no había dado ni para eso.

Compraron lo que encontraron primero: tres sillas, y en ellas estaban dispuestas a pasar la noche. La Madre se sentía ya fatigada y se sentó en una de ellas. La Hermana Serrano volvió a salir a buscar algo que comer y dio con una pastelería. Compró unos merengues y volvió a ofrecérselos a la Madre para que comiera. Madre Isabel se rió de la ocurrencia, pero los tomó. Entre tanto, la Hermana encontró modo de hacer saber a la Hermana Martina el lugar de su alojamiento. La buena Hermana no necesitó más. Ayudada por la muchacha de Doña Isabel, muy afectada también por el lance de aquel día, sacaron la cama de la Madre por la ventana de la cocina sin que la señora se enterara y se la mandó a Martín de los Heros. Gracias a esta filial diligencia, no tuvo el suelo por lecho aquella noche de apuros y desconsuelos para las dos.

Con todo, el mal del corazón siguió adelante, y, muy entrada la noche, se agravó fuertemente.

La Hermana Serrano, en su soledad, recurrió a la portera, una mujer buena y servicial a toda prueba. De inmediato, llamó al médico de la Casa de Socorro, el Dr. D. Nicomedes Miñambre, que le aplicó algunos remedios, pero diagnosticó que no saldría del accidente. No obstante, la fatiga fue cediendo, el corazón recobró su ritmo normal y, en unos días de tratamiento y reposo, volvió a recuperar su actividad ordinaria y a olvidar uno más de los enojos de su querida mamá.

Nunca olvidó la Hermana Serrano a la buena portera, que en aquel trance les ofreció cuanto de caliente había en su casa, y con su buena voluntad en todo quería servirles. No le acepté más que un poco de café, decía ella, porque el disgusto y la emoción que me embargaban también a mí, me habían quitado la gana de todo. Y continuaba: "Como Madre Isabel hubo de guardar cama algunos días y preocupada por su mamá también quería saber de ella, cerraba yo su cuarto con llave y la dejaba sola mientras iba a saber de su mamá, cuidando, además de que ella no se enterara del incidente y de la situación en que estábamos las dos".

Cuando ya Madre Isabel se pudo levantar, buscaron otro lugar más conveniente y lo encontraron en la calle de Leganitos, nº 50, esquina a San Leonardo. Lo alquilaron por algún tiempo y en él se hospedaban cuando venían a Madrid. Entretanto, Madre Isabel dejaba en una de sus dependencias a dos mujeres pobres, para que, a la vez que cuidaban la casa, se remediaban ellas. Era una vivienda de planta baja como la anterior".

Tan lamentable suceso descubre lo duro de aquellos días. Mutuamente se herían. Mamá no entendía la conducta de su hija y aireaba sus derechos, olvidando la reconciliación por ella hecha al volver de Sevilla en diciembre de 1876 y los permisos por ella concedidos para que se entregara de lleno a la Obra. Solo la edad, que acrecentaba la debilidad mental de mamá, explica su conducta. La hija seguía el camino marcado por Dios con la bendición de su madre, que olvidaba tantas veces.

3. RESPUESTAS DE AMOR

La Madre Isabel, a partir de enero de 1880, reside en Leganés al frente del colegio que funda allí. Por tanto, abandona la compañía de mamá, pero con su consentimiento. Quedaba ésta con una criada de su entera confianza y con alguna Hermana o algunas niñas que la divertían. Cuando abre el segundo colegio en Torrijos, enero de 1881, y pasa a vivir allí, la hija persevera en velar por mamá y en atenderla con toda justicia y amor.

Volvía a Madrid frecuentemente, visitaba a mamá y comía con ella. Esto lo hacía una o dos veces a la semana, y todavía más si lo necesitaba o venía a la Capital para asuntos congregacionales. Nunca la perdía de vista. Admira cómo le disculpaba y disimulaba sus fobias y sus debilidades seniles.

Una de sus manías consistía en despreciar, minusvalorar y desechar ropas, joyas y alhajas para que no cayeran en manos de su hija, olvidando que la mayoría de todo esto lo había comprado con dinero de su hija, como ella misma lo reconoce en sus testamentos. A la Madre Isabel le hubieran venido, como lluvia de mayo, para remediar las necesidades de su Congregación.

Con las niñas que la acompañaban se portaba como verdadera abuelita. No les faltaban juguetes y trozos de vestidos con que divertirse, que con frecuencia eran de gran valor. Una vez, la Madre Isabel contempla con sus propios ojos cómo aquellas niñas -entre ellas Emilita García Ramírez- comenzaban a disponer en sus diversiones de unos retales muy ricos, uno de tisú y otro de nipsis bordado que parecía la delantera de un vestido. En este momento, entraba en el cuarto de los juguetes la Madre Isabel, y las niñas le enseñan contentísimas aquellos objetos, impropios de niñas y desusados para su diversión. La Madre se queda paralizada y con gesto apenado dijo:

- "Pero, ¿qué ha hecho mamá? ¡Si esto lo tenía yo para hacer un vestido a la Virgen del Sagrario del Colegio!".

No añadió una palabra más. Enseguida convence a las niñas para que le entreguen aquellas ropas y oculten a mamá que ella se las ha llevado. Ni una sola vez se manifiesta que la hija se venga de cualquier manera. Mamá fue siempre su madre. Habían pasado muchos años, mayo de 1867, en que la hija se había decidido a ingresar en la Orden de la Visitación de Santa María, dejando a mamá sola en el mundo. Después y siempre le dedicaba las mayores atenciones y caricias. Esta anécdota descubre quién era la hija para con su madre:

Un día llega de visita Doña Clara Arrazola, hija de Don Lorenzo, dirigido espiritual de San Antonio María Claret, Ministro y Presidente del Consejo de Ministros en el reinado de Isabel II. Mamá la invita a tomar chocolate, la merienda española en el siglo XIX, sin caer en la cuenta de que aquella tarde era parte del día de descanso de la criada y de la doncella. La hija se da cuenta del compromiso de mamá. Nadie puede hacer el chocolate. Disimuladamente la hija abandona la reunión y logra que la portera vaya a la tienda a comprar todo lo necesario para la merienda. En secreto prepara hasta la mesa y presenta el chocolate y sus complementos con toda delicadeza. Aclarado todo, Doña Clara y Doña Isabel se hacen lenguas de las dotes y delicadeza de tan improvisada cocinera.

4. EMOCIÓN DE MAMÁ EN LA PROFESIÓN RELIGIOSA DE SU HIJA, 8 septiembre 1883

Uno de los días en que Doña Isabel entiende a su hija y goza como verdadera madre cristiana del éxito de la educación y formación espiritual que ha volcado a raudales sobre ella, fue la mañana en que la ya Madre Isabel se desposa con su Señor Jesús de manera oficial ante la Iglesia, la Congregación por ella fundada y la sociedad. Aquel sábado, 8 de septiembre de 1883, fiesta del nacimiento de la Virgen María, gozó como nunca. Su corazón y su mente, plenamente abiertos y despiertos, la devolvían a su ser como gran madre, y hacían olvidar tantos días amargos. Mamá había cumplido el 1 de julio último 78 años.

La llevan a Torrijos. En la capilla del Colegio se celebra la ceremonia. Preside, por designación del Arzobispado toledano, el Coadjutor de la Parroquia, Don Lucio Dueñas. Asiste el Párroco, Don Fernando Joaquín Fernández, que luego no querrá ni sellar el acta ni firmar su presencia por desavenencias personales con Don Lucio. Doña Isabel asiste emocionada. Parece una fuente desbordada.

Contempla primero cómo toman el hábito de la Congregación seis postulantes: las jóvenes Marcelina Ariño, Felipa Martín, Adelaida San Juan, Martina San Román, Lucía Serrano y Mariana Martí. Las novicias estrenaban tocado blanco. Luego pronuncia su hija con voz clara la fórmula de la Profesión, y ella, como los asistentes, veía, cuando se arrodilló para pronunciar los votos ante el sacerdote, que tenía rotas las suelas de sus zapatos, rasgo que se comentó mucho en voz baja y que emocionó a mamá, y que se transmitió de generación en generación a todo el Instituto. Después de la Madre Isabel, profesaba la M. María Eulalia Hurtado. Todos oyeron que las dos añadían a su nombre la frase *del Corazón de Jesús* -Isabel del Corazón de Jesús Larrañaga, María Eulalia del Corazón de Jesús Hurtado. Mamá y los asistentes entienden la realidad y sublimidad del desposorio. El anillo de oro rimaba con la ceremonia esponsal. Se leía en su interior: Soy de Jesús. Acorde con aquella entrega, la Madre Isabel y su primera Hija se unían al Señor tomando la comunión.

Mamá, al abrazar fuertemente a su hija, la obsequia con una preciosa custodia. Fue para ella su domingo de Ramos.

5. FALLECE MAMÁ A LOS 79 AÑOS, 11 diciembre 1884

Como tantos veranos, aquel de 1884, mamá viaja al balneario de Puertollano, en Ciudad Real, famoso entonces por sus aguas minero-medicinales. Aquel año alarga la estancia y, cuando enferma, decide volver a Madrid. Avisa a su hija desde Puertollano que llegaba muy mala y que fuera a esperarla. Esto ocurría en el mes de septiembre.

Mamá guarda cama y recibe los últimos sacramentos de confesión, viático y unción de los enfermos. La hija, que no esperaba noticia tan dramática, siente que su corazón se le alborota. Sufre tres ataques, uno tan fuerte y un dolor tan agudo que, por dictamen médico, pasa una noche recibiendo distintas dosis de morfina. El doctor asegura que se trata de hipertrofia, excesivo grandor del corazón. Como madre e hija se mejoran, la Fundadora retorna a Torrijos, de donde había venido a Madrid, al domicilio de mamá, calle Lagasca, n. 20, cuarto, bajo. Todas estas noticias quedan anotadas en carta a Don Antonio Tiburcio Acevedo, Gobernador Eclesiástico de Toledo y supervisor de la Congregación, al comunicarle el 21 de octubre de 1884 que no había podido enviar al Ministerio de Gracia y Justicia de Madrid una copia de las Constituciones de 1883 para conseguir la Real Cédula de su aprobación por el Gobierno Español por la situación apurada de mamá y la suya.

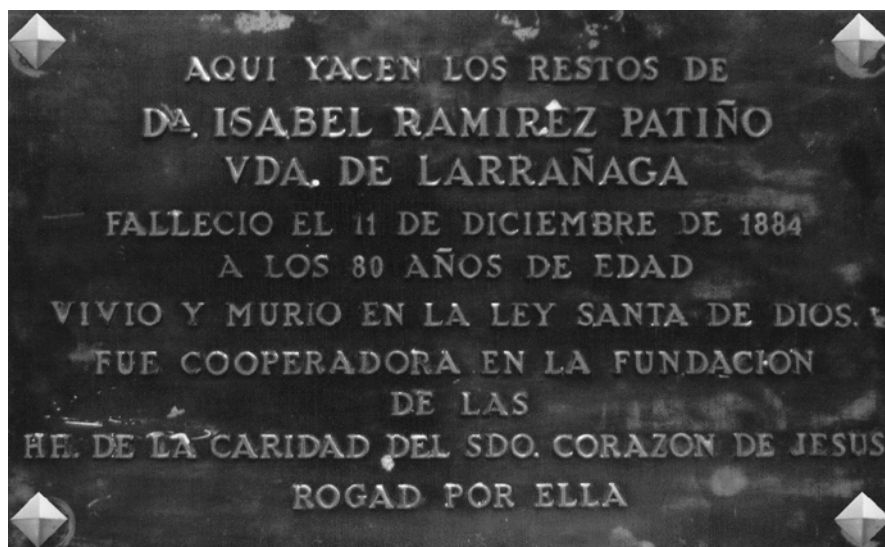
La Madre Isabel se vuelve a Torrijos y frecuenta la casa de mamá, que paulatinamente se va apagando. Como verdadera y amante hija, le cierra los ojos el 11 de diciembre de 1884 después de ayudarla a bien morir. Había cumplido el 4 de julio anterior 79 años. Ella sola quiso amortajar a su madre. A sus dos acompañantes en el momento de expirar -M. María Hurtado y Hna. Martina San Román- apenas les deja mover un dedo. A los médicos que llegan para embalsamar el cadáver, les advierte:

“Si a esta operación puedo asistir yo para cortar su ropa allí donde sea necesario y mi madre no ha de ser descubierta de modo inconveniente y, como ella, viva no hubiera consentido, se embalsama. Si no, no”.

La visten después de embalsamarla a la vista de su hija con el hábito de la Virgen del Carmen. Así vestía de ordinario. Aquellas tercianas de siempre le originaron una dispepsia atónica con infarto hepático que le causa la muerte.

A los pocos días, la Madre Isabel la llevó a enterrar a Torrijos, en cuya Parroquia se celebra una solemne Eucaristía, para colocarla después en un modesto panteón del cementerio local. Quiso dar la Madre Isabel a la misa y al entierro la categoría de primera clase con asistencia de tres sacerdotes: Don Lucio Dueñas, Don Pedro Alonso y Don Ramón Rojo. El párroco, Don Fernando Joaquín Fernández, acompaña y firma el Acta parroquial.

Se preocupó la Madre Isabel de conservar los restos de su madre. Los de su papá quedaron olvidados en Filipinas con seis hermanitos más. La hermana, Josefa Natalia, en el Cementerio de la Puerta de Bilbao, en Madrid, enero de 1847. Su hermano Alejandro se pierde de vista. Su hermano Adrián, fallecido en Lima en mayo de 1880, había quedado tan lejos. Únicamente se contaba ella en la tierra, y se empeña en conservar cerca a su mamá. Al marchar la segunda vez a Cuba, 30 de octubre de 1897, deja encargado que la trasladen a la tumba que se construía en la cripta de la Capilla del Colegio propio de Nuestra Señora del Carmen, en la población de Villaverde Alto, Madrid. Allí permanece, rodeada de muchas Hijas de la Madre Isabel, con su placa de identificación, hasta julio de 1936 en que los comunistas profanan la cripta y vierten sobre ella escombros y desechos sin cuento. Quiso Dios que el ataúd de Doña Isabel se salvara intacto y cerrado por quedar debajo de toda la maleza.



6. LA GRAN PERSONALIDAD DE MAMÁ ISABEL

Es de justicia lanzar un foco más de luz sobre la personalidad de Doña Isabel Ramírez. La grandeza de su alma se mide por el cúmulo de sufrimientos que abraza por conquistar el amor de su esposo. Contraer matrimonio en el recinto amurallado del Cuartel General de Huancayo, rodeados los novios por decenas de soldados con fusil y bayoneta calada, supone en ellos un amor más fuerte que la muerte.

Con solo 19 años la joven esposa se queda sin poder seguir a Andrés que se bate en retirada hacia Cuzco. Por aquellos pueblos y aldeas permanece perdida ayudada por sus coetáneos. Fueron los cuatro meses más duros de su vida. Solo el amor resiste tanto. En diciembre de 1825 logra abrazar de nuevo a Andrés. Con él emprende un larguísimo viaje a España en vez de quedarse en su patria.

En España, calamidad tras calamidad, 1825-1830. Lo mismo que en Filipinas, hasta que en 1835 se nombra al esposo Alcalde de Balanga, capital de la provincia de Bataan en la isla de Luzón. A los tres años, cuando la familia había llegado al nivel social codiciado, fallecía el esposo idolatrado. Con el mundo encima, llorosa y enlutada de pies a cabeza, retorna a España. El volcán de su corazón medio vacío ansía llenarse hasta rebosar de nuevo.

Después de ver morir a siete hijos -seis en la tierna infancia-, de ver ausentarse a otros para siempre, Alejandro, y de consentir forzada la marcha de casa de Adrián a Cuba, se queda sola con Isabelita, que tiene la suerte de heredar el corazón de su madre. Aquella fidelidad continua, finísima, impecable, nacida del amor. Un amor crecido en el dolor.

Dios premia a mamá Isabel con una hija hecha a la medida de su noble corazón. Fue el corazón quien la guía todos los días de su vida y quien en contadas ocasiones la extravía. Su lucha fue conseguir tener junto a sí el corazón de su hija. Lo que sufrió y aguantó para conseguirlo, porque no podía vivir sin amor. Ésta es la razón de los disgustos que propina a su hija, unos a sabiendas de sus legítimos derechos maternales y otra llevada de sus pequeños celos seniles.

La grandeza de la mamá como novia, esposa, madre y viuda se trasvasa a su hija, cuyo corazón, formado por su madre, dará sublimes ejemplos de caridad.

Mutuamente madre e hija se rozan, se purifican, se engrandecen. Gracias a su madre, su hija se cincela como gran obra de arte de caridad. Sin mamá, la Madre Isabel no hubiera logrado las cumbres de la Caridad.

CAPÍTULO X

**COLEGIOS EN LEGANÉS Y GRIÑÓN (MADRID),
EN TORRIJOS (TOLEDO) Y EN MADRID,
CALLE DEL REY FRANCISCO, 1880-1893**

El paso decisivo de la Madre Isabel de cambiar los Ejercicios Espirituales por la enseñanza en los pueblos y en los arrabales de Madrid es un consejo, repetido, y casi un mandato de Mons. Ciriaco Sancha y Hervás, Obispo Auxiliar del Cardenal de Toledo y residente en Madrid. Sin embargo, hay que suponer que la misma Fundadora advierte que todavía no existe ambiente para que las señoras se retiren a Ejercicios. Su número en cada tanda era pequeño y la generosidad no llegaba a cubrir gastos. Los dos Jesuitas, Padres Zarandona y Martín, podían haber adelantado la idea, puesto que dirigían con éxito aquel ministerio.

Consciente la Madre Isabel, se adelanta tímidamente a todos, según informa al Gobierno Español y éste aprueba el 21 de noviembre de 1879: enseñar a niñas pobres en las escuelas y a las del pensionado de casa.

Del acierto extraordinario de aceptar colegios en los pueblos lo proclama la estadística de la cultura de España en los tiempos de esta historia. El 50% de la población era analfabeta. El de los pueblos de la provincia de Madrid se puede intuir por esta estadística de Getafe, a cuyo partido judicial pertenecía entonces Leganés, donde va a establecer su primer colegio:

Evolución de la alfabetización de Getafe (1860 - 1900)

Año 1860			Año 1877			
Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	
Población	1.902	1.551	3.453	1.964	1.709	3.673
Saben leer	78 (4,10)	162 (10,44)	240 (6,95)	89 (4,53)	161 (9,42)	250 (6,82)
Saben leer y escribir	904 (47,52)	242 (15,60)	1.146 (33,18)	1.021 (51,98)	522 (30,54)	1.543 (42)
No saben leer	920 (48,37)	1.147 (73,95)	2.067 (59,86)	854 (43,48)	1.026 (60,03)	1.880 (51,18)

Año 1887			Año 1900			
Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	
Población	2.017	1.699	3.716	2.336	2.108	4.444
Saben leer	48 (2,37)	87(5,12)	135 (3,63)	74 (3,16)	82 (3,88)	156 (3,51)

Saben leer y escribir	1.101 (54,58)	502 (29,58)	1.603 (43,13)	1.445 (61,85)	964 (45,73)	2.409 (54,20)
No saben leer	868 (43,03)	1.110 (65,33)	1.978 (53,22)	817 (39,97)	1.062 (50,28)	1.879 (42,28)

Nota²⁴

1. EL PRIMER COLEGIO EN LEGANÉS, MADRID, 1880-1883

Leganés, a 12 kilómetros de la Puerta del Sol, de Madrid, es la primera población que muestra el Obispo Sancha a la Fundadora. Contaba unos 3.820 habitantes, la mayoría trabajadores. Lo más notable, la parroquia de San Salvador, una de las obras más hermosas del barroco español.

Para abril de 1880 ya tenía alquilada en la calle de la Lenteja una casa para colegio. El día 24 pide al Cardenal Moreno permiso para oratorio privado, concedido a la semana siguiente. Pronto se llena el colegio y al curso próximo lo traslada a otra casa mayor. Inaugura el internado con 12 niñas, 9 huérfanas gratuitas y tres de pago: Emilia Colsa, hija del Senador Don Enrique; Leonor López del Plano y Emilia García Ramírez, futura religiosa con la Madre Isabel. Su mamá se había quedado en la calle Lagasca, n. 20, de Madrid, acompañada de la Hna. Martina San Román. Aquí estrenan hábito las Religiosas, pero sin toca.

Las tres cofundadoras son las maestras, inteligentes y bien preparadas: Victoriana Sainz, Dorotea Soterías y Mercedes Vandarán. El año escolar de 1882 termina con satisfacción de todos. En el interior hay preocupación por la deficiente economía y por los sacrificios inherentes a una fundación hecha mirando a la Providencia. De la venta de las alcachofas compraban carne, pan y otros alimentos. La huerta daba buenas hortalizas. Todas, también la Madre Isabel, comían con gusto y sin remilgos las pencas exteriores que se pelaban como inservibles para la venta de la estimada cabezuela.

La Hna. Soterías, la sustituta de la Madre Isabel, alardeaba de un rigorismo sin piedad y hacía sufrir a las Hermanas. Un día, con la Madre Isabel, hicieron dulce de membrillo. Retirada la Madre, se dijeron las Hermanas que la habían estado ayudando:

- Esto está bendito, porque lo ha hecho la Madre. Lo probamos. Apenas lo habían probado, llega la M. Soterías y les grita por aquella falta de mortificación. La Madre lo oye y calla; pero la M. Soterías se acerca a ella reclamando un castigo. Mientras las Hermanas huían cabizbajas y mustias, oían cómo la fundadora decía en voz baja:

- Mire, bastante castigo es ya el saber que yo conozco su falta.

La M. Soterías durante unos días mantiene su enojo y larga la cara. Entendía el ascetismo radical como una obligación, cuando el espíritu de la Madre Isabel se

²⁴ PASCUAL HERNANDEZ, ALICIA: *Leer, escribir, contar y rezar. La escuela en los pueblos de Madrid en el siglo XIX*. Comunidad de Madrid. Madrid, 2003, 30.

apartaba de fuertes mortificaciones. En las horas de más calor mandaba a las Hermanas a sacar agua con la noria, o les racionaba la comida y las corregía fuertemente. Hizo bien la Hna. Soterías en dejar el colegio e irse a su casa para ingresar luego en un convento de clausura. Las otras dos súbditas, Victoriana Sainz y Mercedes Vandarán, no pueden resistir ni esta vida ni ninguna que llevara consigo una ligera carga y un yugo llevadero (Mt 11, 30). Sentían añoranza de la capital, no se acostumbraban al pueblo ni a las privaciones de una fundación, y entre ellas imaginaron que la Madre Isabel cualquier día quedaba bajo los escombros de la Obra y ellas con la Madre.

Al verlas alejarse de su compañía, la Madre Isabel miró al cielo y prorrumpió en un acto de fe y de confianza en Dios que la había llamado. Cerró el Colegio de Leganés y guardó en su corazón aquella primera deserción. Nunca sus labios pronunciaron una palabra ni manifestó el menor resentimiento contra las tres cofundadoras. Dios le daría el personal adecuado.

2. MAL ENSAYO EN GRIÑÓN, MADRID, 1882

La falta de experiencia se nota. De Leganés envía la Madre Isabel a Griñón a las Hermanas Lucía Serrano y Balbina Leñero. Griñón, con unos 3.000 habitantes en 1880, necesitaba un colegio para niñas huérfanas. Allí se ensayaba por una buena señora de la población. Balbina era una piadosa viuda que se había presentado en Leganés. Sin noviciado se la envía de prueba. No se había despojado de la autoridad, ni de los gustos propios, y toma la obra como suya. Y a su aire lleva el pequeño colegio. No se conserva ni la calle en que funciona ni el número de huerfanitas.

Cuando la Fundadora envía a la M. María Hurtado a visitar en su nombre el colegio, Balbina se niega a abrirle la puerta. Rogada por la Hna. Lucía, la admite. Por sí y ante sí había puesto a su nombre todas las cosas. Enterada la Madre Isabel, ordena que regresen a Leganés la M. Hurtado y la Hna. Lucía. Balbina prosigue su encargo por poco tiempo. Falta de recursos, entrega las huérfanas a un centro benéfico de Madrid, y ella rueda de convento en convento haciendo de demandadera y de portera: Agustinas Misioneras de Ultramar, Trinitarias de la calle del Marqués de Urquijo, de Madrid. Fallecía en las monjas Calatravas de Madrid en 1923 con 80 años.

Otra buena lección para la Madre Isabel. Necesitaba formar en serio a sus Hijas antes de darles responsabilidades apostólicas. Primero ser religiosas. La Fundadora debía haber preparado el colegio de Griñón, como en las restantes fundaciones. Porque las huerfanitas le interesaban mucho, como lo mostraría al aceptar en 1889 un colegio en el barrio de las Ventas de Madrid.

3. LOS PRIMEROS AÑOS GLORIOSOS DE TORRIJOS, TOLEDO, 1881

También Mons. Sancha la anima a fundar en Torrijos, distante de Toledo 28 kilómetros, con unos 2.800 habitantes en 1880. Estos días prometía crecer por el ferrocarril inaugurado el 20 de julio de 1876 de Madrid-Torrijos-Talavera de la Reina. Disponía de Juzgado, Notaría, Correos y Telégrafos, Cuartel de la Guardia Civil de Caballería y de Carabineros y Registro de la Propiedad.

A Doña Teresa Enríquez Alvarado, Duquesa de Maqueda, llamada por el Papa Julio II (1443-1519) la Loca del Sacramento, se debe el actual templo parroquial, de tres naves y bello estilo gótico. Existe otra iglesia, dedicada al Santísimo Cristo de la Sangre, que atraía tanto a la Madre Isabel que ante Él celebró muchas de las Profesiones de sus Hijas.



Ermita del Santísimo Cristo de la Sangre. Torrijos

El 2 de enero de 1881, la Madre Isabel entra en Torrijos y abre colegio con notable éxito. Don Manuel Velasco, sacerdote y pedagogo, sufraga los gastos del parvulario mixto, de niñas y niños. Comprendiendo un futuro halagüeño, la Madre Isabel lanza un prospecto de propaganda por Torrijos y por Madrid informando de la admisión de señoritas y niñas educandas, medio pupilas y externas. Recibirían educación completa religiosa, académica, social y doméstica. Se mencionaban la lectura, doctrina cristiana, historia sagrada, escritura, gramática castellana, aritmética, geografía e historia. Más los complementos: música y piano, francés, inglés, italiano y toda clase de labores. Un colegio digno de Madrid.

Las internas abonarían 200 reales al mes; 100 las mediopensionistas y 24 las externas. Las asignaturas de adorno se pagarían aparte; música y piano, 40 reales; lenguas, 30 y dibujo, 40. El estilo era elegante como en la capital de España. Por estas colegialas podrían atender a las alumnas gratuitas que eran mayoría. He aquí el menaje que debían llevar las internas:

Las internas, a su entrada, llevarán un catre de hierro, jergón, colchón, dos almohadas, tres mantas, una alfombrita para delante de la cama, una silla, seis sábanas, seis fundas de almohadas, seis toallas, seis servilletas, un vaso de plata o de metal blanco y un cubierto, todo con su marca; una caja con peines, cepillos, etc.; la ropa de su uso necesaria para estar siempre aseadas, un uniforme según modelo que se enseñará en el Colegio y una cajita con enseres de costura. Darán 100 reales por los demás muebles pertenecientes al Colegio.

La Madre Isabel toma la dirección y las clases de adorno y complemento. La ayudan en las restantes asignaturas las Hermanas María Hurtado, su mano derecha, Marcelina Ariño (1855-1895) y Adelaida San Juan, buena pedagoga y la alumna más aventajada en música de la Fundadora. Una idea que ésta lleva clavada ahora y siempre y en todos sus colegios consistía en que ninguna pensionista debía abandonar el colegio por su deficiente economía. Lo que intentaba era que desde niñas se acostumbraran a amar a Dios y que conservaran la inocencia a través del catecismo y los ejercicios de piedad, de devociones, de participar en la misa no solo domingos y fiestas, sino también algunos días entre semana.

Al cerrar Leganés, trae a Torrijos a las Hermanas fieles y las alumnas internas. En 1881 el colegio ya es insuficiente. El 10 de noviembre lo compra por 2.500 pesetas. Todavía alquila otro local mayor. Del resultado de aquel centro escolar diría el Alcalde de Torrijos, Don Cástor Montero, el 18 de julio de 1884 que “está dando los mejores resultados en la enseñanza”.

Puso el colegio bajo la advocación del Corazón de Jesús. Consigue una amplia capilla con el Santísimo reservado, con un Cristo de la Agonía al que la Madre profesa gran devoción y al que recomienda sus enfermos. Establece la Congregación Mariana para niñas y jovencitas. Hasta lo dota de un capellán, Don Lucio Dueñas, convertido del carlismo en un santo sacerdote.

Los primeros años fueron fecundos y el colegio y la labor de las Hermanas fueron muy apreciados. Aquí instala la Madre Isabel el Noviciado de su Congregación, y ella será la primera Maestra y la primera que profesa. Años después, el colegio caerá en picado y ocasionará a la Madre grandes disgustos, tema que se aclara en páginas posteriores.

4. AL BARRIO DE ARGÜELLES DE MADRID, CALLE DEL REY FRANCISCO, enero 1886-junio 1893

Al extremo oeste de Madrid se encuentra el Barrio de Argüelles en honor de Don Agustín Argüelles (1776-1844), asturiano y notable político del siglo XIX, tutor de la Reina Isabel II en 1840. En los días de esta historia el barrio es un arrabal de Madrid.

Un día del otoño de 1885, la Hna Lucía Serrano salía de la Parroquia de San Marcos -calle de San Leonardo, n. 10- después de oír la misa. Se le acerca un caballero muy bien vestido para conversar con ella. Se trataba del Sr. Administrador de los Marqueses de Berna, que le habían dado la encomienda de buscar Religiosas para abrir una escuela para párvulos de la Parroquia de San Marcos. La Hna. Lucía escuchó atentamente la propuesta y respondió al atento caballero que comunicaría su encargo a la M. Fundadora.

Don Juan Gil-Delgado Zapata era el Marqués de Berna, con quien la Madre Isabel se entrevista, y acuerdan la fundación. Comenzó ofreciendo el mejor material pedagógico de la época. Al Barrio de Argüelles le supo a gloria la noticia. El 8 de enero de 1886 comienza el colegio en la calle del Rey Francisco, n. 17, esquina a la calle de Ferraz; el 25 de marzo siguiente se inaugura con misa cantada de acción de

gracias en la Parroquia a las 10 de la mañana. La revista titulada La Semana Católica de Madrid informaba a toda España de este acontecimiento.

Ya al final del primer curso ascendía la matrícula a más de 100 escolares. También el Barrio de Argüelles necesita la alfabetización. Una estadística fidedigna y moderna lo indica:

Evolución de la alfabetización de Madrid Capital (1860 – 1900)

Año 1860			Año 1877			
Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	
Población	149.558	148.869	298.426	196.763	207.053	397.816
Saben leer	4.859 (3,24)	10.013 (6,72)	14.872 (4,98)	3.469 (1,81)	9.380 (4,53)	13.749 (3,45)
Saben leer y escribir	95.799 (64,05)	55.111 (37,02)	150.910 (50,66)	136.471 (71,53)	98.518 (47,58)	234.989(59,06)
No saben leer	49.900(32,69)	83.744 (56,25)	132.644 (44,44)	50.823 (26,64)	99.155 (47,88)	149.978 (37,70)

Año 1887			Año 1900			
Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	
Población	223.061	247.222	470.283	247.910	291.925	539.835
Saben leer	2.702 (1,21)	9.423(3,81)	12.125 (2,57)	3.359 (1,35)	10.276 (3,52)	13.635 (2,52)
Saben leer y escribir	160.650 (72,02)	123.718 (50,04)	284.368 (60,46)	188.585 (76,06)	173.204 (59,33)	361.789 (67,01)
No saben leer	59.435 (26,64)	113.597 (45,94)	173.132 (36,79)	55.300 (22,30)	108.443 (37,14)	163.743 (30,32)

Nota²⁵

La Madre Isabel añadía a sus colegios el internado, particularmente para las huérfanas. En 1891 se contaban 22 niñas internas y más de 100 párvulos que recibían gratuitamente o casi gratis la educación cristiana, académica y social. Esa gratuidad exigía donativos. El Patronato del Colegio no alcanzaba con los gastos, puesto que el alumnado superaba el convenido. Por ello la Madre Isabel acude repetidamente al Ministerio de Fomento para solicitar ayuda económica para éste y los restantes colegios.

Tan notoria fue la generosidad de la Madre que llega a advertir al Gobierno, para más estimularle en enero de 1889, que tienen asiladas “un crecido número de niñas desvalidas, algunas de dos y tres años, siendo ésta la única Congregación de

²⁵ PASCUAL HERNANDEZ, ALICIA, *o. et l. cit.*

su clase que acoge a niñas tan pequeñas, y no pudiendo recoger mayor número de niñas que todos los días se presentan solicitando su maternal cuidado”.

El llamamiento era muy notable y cayó en tierra bien preparada, porque el Ministerio de Fomento ayudaba alguna vez al año con pequeñas limosnas. También acudían a señoras cristianas. A la Condesa de Bornos en febrero de 1889 le pedía la M. María Hurtado 10.000 pesetas para pagar una deuda.

Siempre le preocupó a la Madre Isabel la espiritualidad de sus Religiosas y la formación cristiana de las alumnas de sus colegios. En el de la calle del Rey Francisco se empeña en tener capilla pública. Se pone como condición que la pieza destinada a ello debía continuar siendo siempre capilla. Conviene en ello la propietaria del inmueble, Srta. Doña María del Milagro Noriega, lo que concede ante Notario el 22 de diciembre de 1886, pero antes de un año retiraba la Srta. Noriega este privilegio. Por ello, el Obispo Sancha y Hervás no concede a la capilla la gracia suspirada de oratorio público.

Para el servicio litúrgico y sacerdotal procuró excelentes religiosos, como el Capuchino P. Fermín de Velilla, que todas las semanas iba desde la Glorieta de Cuatro Caminos al Barrio de Argüelles para oír las confesiones de la Comunidad. Cuando éste, a finales de 1888 es destinado a Alicante, le suplen los Padres Carmelitas Descalzos con generosidad admirable, porque les prestaron gratuitamente los servicios espirituales.

Aquel colegio se queda pequeño, y la Madre Isabel quiere ampliarlo con un terreno colindante. Por desgracia se entera de que llega tarde. Ya estaba vendido. No le interesa permanecer allí y busca por el Barrio de Argüelles otro local más amplio. Ocurrió que a la Srta. Noriega le interesaba vender a la Madre Isabel su inmueble y le duele demasiado al enterarse de que la Madre no pretende comprarlo. En represalia la amenaza con cobrarle un trimestre más si al terminar el plazo no le entrega la finca tal como la había recibido al alquilarlo.

El apuro fue enorme, porque la obra hecha: tirar tabiques, abrir ventanas, acomodarlo para habitaciones, comedores y capilla era demasiada obra para devolverlo como si nada hubiera ocurrido. En tres meses Dios sabe los apuros y molestias que la Madre Isabel soporta, porque la Srta. Noriega se pasaba los días molestando a los albañiles presentándose a cualquier hora con personas extrañas alegando posibles inquilinos que querían ver la casa o compradores que necesitaban conocerla o solo porque la señorita deseaba comprobar si aquel tabique quedaba al milímetro de como lo alquiló siete años antes.

Nunca la Madre Isabel quiso pleitos con nadie. Prefirió siempre la paz y la armonía. Ella se ganó al maestro de las adaptaciones anteriores y a los mismos obreros, de manera que el día tope, a las 8 de la tarde, la Madre entregaba las llaves a la Srta. Noriega que, contrariada y amargada, exclamaba: “Con esta mujer no se puede”.

La Madre dejaba desairada a la Srta. Noriega, porque había hallado cerca otra casa y la había comprado. El 29 de junio de 1893 se trasladaba con las Hermanas y el alumnado a la Calle del Tutor, n. 34, a cinco minutos andando de la calle del Rey Francisco, n. 17.

CAPÍTULO XI

TRASLADO A LA CALLE DEL TUTOR, 1893. OTRO COLEGIO MÁS EN LOS SUBURBIOS DE MADRID: EL DE SANTA SUSANA, EN LAS VENTAS DEL ESPÍRITU SANTO, mayo 1889

1. SE ADEUDA CON 80.000 PESETAS, 16 junio 1893

Un día de marzo o de abril de 1893 pasaba la Hermana Martina San Román (1848-1920) por la calle del Tutor, de Madrid, y lee un anuncio que informaba de la venta de una finca nueva y grande, con patio y jardín. Tenía fachada a las calles del Tutor y del Buen Suceso, y al lado opuesto se erguía la iglesia del Buen Suceso.

A la Madre Isabel, resuelta a abandonar el colegio de la calle del Rey Francisco, le falta tiempo para salir a ver el inmueble del que le habla la Hermana San Román. Le parece providencial. Se entera del propietario, Don Santos de la Hoz y Sánchez, un sacerdote entrado en años. Muy interesado en vender su propiedad, accede a ver a la Madre, la cual le entera de su proyecto: quiere trasladar aquí el colegio de la calle del Rey Francisco, pero se trataba de niñas de bajo nivel económico y de huerfanitas.

La primera oferta subió a 100.000 pesetas. No esperaba la Madre aquellos números, y se le baja el alma a los pies. Tampoco el vendedor habla de facilidades: quiere el dinero en mano. Fácilmente la Madre invoca a San José, su administrador en los casos más fuertes. Y se le ocurre llamar a unas niñas internas que saludan al sacerdote con toda finura y educación:

- Háganos alguna rebaja -le ruega la Madre- por amor a estas niñas huérfanas y muy pobres.

- Le ruego a Vd., Madre, -contesta muy emocionado- que pidan por mí, que quizá sea ésta mi salvación.

Don Santos le pide solo 70.000 pesetas, cantidad que acepta la Madre Isabel, aunque no podrá pagarla en toda su vida. Aquí salta en grado heroico la fe en la Providencia. Quien la llamó a esta misión la ayudará, porque no puede dejar en la calle a aquel centenar largo de niñas pobres.

Así fue. Dios le presenta a Doña Joaquina de Acosta y Pinós, que acepta ayudar a la Fundadora. Le presta 80.000 pesetas, las 70.000 para la compra del inmueble, y las 10.000 restantes para los flecos: notaría, impuestos de Hacienda, gastos de escritura, etc. Era un gran favor que podía ahogar a la Madre. La prestamista exige el 6% de intereses pagados trimestralmente y por adelantado, es decir, 1.200 pesetas, y al año 4.800. El 16 de junio de 1893 Doña Joaquina, viuda de 75 años, pone en manos de la Madre las 80.000 pesetas en billetes del Banco de España.

La operación se hace en el domicilio del Notario Don Julián Pastor. A continuación, se presentaba Don Santos que, juntamente con la Madre Isabel y la M. María Hurtado y ante el mismo Notario, verificaban el acto de la compraventa del inmueble de la calle del Tutor.

A sus 59 años Don Santos temblaba de emoción y de gratitud. El Notario tenía redactado el documento, que primero describe la finca, relata su historia y termina con la enumeración de los cargos. Vendía Don Santos, en pleno dominio y libre de toda carga y gravamen a la Madre Isabel y a la M. María Hurtado, la casa de la calle del Tutor, n. 34, de Madrid, por donde tiene la entrada con otra en la fachada de la calle del Buen Suceso. Recibía de las Madres en el acto 70.000 pesetas en billetes óptimos del Banco de España y los cuenta ante el Notario.

Con el dinero, Don Santos recibía las oraciones de una Santa y de unas niñas inocentes que le consiguen del cielo las mayores gracias para su alma.

Con lo sobrante de la compra, la Madre Isabel puede instalar 23 lámparas de incandescencia en la casa y colegio, una gran novedad antes de expirar el siglo XIX, por 750 pesetas. A uno de aquellos electricistas le agradó una novicia a la que dirigió palabras laudatorias, envueltas en vulgares piropos. Extrañada la Madre, despidió al obrero, que consigue la solidaridad de sus compañeros hasta hacer una huelga de brazos caídos. Por nada cede la Madre, amparada por su gran amigo Don Mariano Arrazola, hijo de Don Lorenzo, muchos años Ministro de Gracia y Justicia y Presidente del Gobierno. Triunfa la Madre. Pasados unos años, uno de aquellos obreros relataba los sucesos y confesaba su aprecio por la Madre Isabel:

- "¡Qué señora aquella! ¡Qué talento de mujer y qué varonil era!".

Se conserva todavía aquella factura, y otra de 118,15 pesetas gastadas en vinajeras, arandelas, tubos para el sagrario y candeleros. Porque aquí, como en todas sus casas, la capilla con el sagrario es lo más querido de la Madre.

Doña Luisa Pujalte Díaz, primera alumna de este colegio, recordaba que eran 28 ó 30 colegialas internas. De la calle del Rey Francisco se trae la clase subvencionada por el Marqués de Berna y abre clases nuevas. Entre todas, no pasaban de 120 las alumnas. El problema era la educación y manutención de tantas personas.

Se sabe que los Condes de San Luis -recordemos a Doña Isabel Sartorius, hermana del Embajador de España ante la Santa Sede en 1867- tenían delicadezas con este centro, lo mismo que los Marqueses de Berna, cuya fotografía adornaba el recibidor. Los comerciantes de la calle Princesa se acordaban de vestir más de una vez a aquellas huerfanitas. Para poder pagar los intereses de aquella losa de las 80.000 pesetas -1.200 cada tres meses- la Madre se las veía y se las deseaba. Pasaban los días veloces. Todavía se conservan algunos recibos de estos pagos trimestrales. Apurada, la Madre Isabel enviaba a sus Religiosas de dos en dos por toda España postulando para esta casa. Una de aquellas postulantes nunca pudo olvidar la vez que llegó a Galicia. Su compañera cae enferma y deben permanecer en casa de unos piadosos señores adonde las había recomendado el Cura Párroco. Es de justicia citar entre los bienhechores al Marqués de la Cañada, Don Francisco

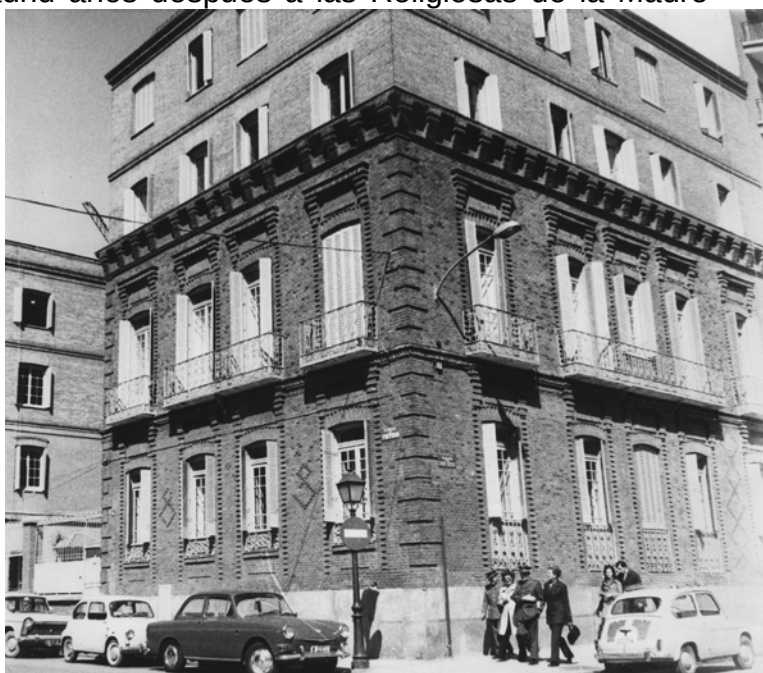
Cea Bermúdez, hijo de Don Francisco (1772-1850), gran político español del siglo XIX.

2. LA PESADA LOSA DE LA DEUDA

Como se cuenta más adelante, la Madre Isabel muere en La Habana, Cuba, angustiada por la deuda de esta casa de Madrid. Solo en sus últimos días -enero de 1899, cinco años largos desde la fundación en Cuba- entiende que su fe en Dios, su Padre, era recompensada. El sacerdote que la atendía espiritualmente le pregunta si conserva alguna pena que le amargue en aquellos momentos. Confiada en la amable y santa amistad de Mons. Manuel Menéndez, le confía su angustia: la enorme deuda que deja a su Congregación. “Yo me encargo de ella” fue la respuesta generosa.

Mas pasaban los meses y el olvidadizo P. Menéndez no pagaba nada, hasta que un día del mes de agosto de 1899, seis meses después de dar su palabra, la Madre Isabel, preocupada desde el cielo por aquella su casa de Madrid, se le aparece al sacerdote y le pide cuentas de su informalidad. Inmediatamente se informa de la cuantía de la deuda y envía a Madrid 50.000 pesetas, las que le habían indicado las Hijas de la Madre Isabel, porque no se atrevieron a confesarle que eran 80.000. El 22 de septiembre de 1899 entregaban las 50.000 al heredero de Doña Joaquina de Acosta, Don Antonio de Távira y Acosta. La anécdota era referida por el mismo P. Menéndez en Madrid años después a las Religiosas de la Madre Isabel. El resto lo pagaron éstas con plena formalidad en años sucesivos.

Edificio primitivo, calle del Tutor,
Madrid



3. POCAS NOTICIAS MÁS

La casa de la calle del Tutor de Madrid fue la preferida de la Madre la Isabel y en ella fija su residencia cuando abandona el colegio de la calle del Rey Francisco. Traslada aquí algunos enseres de familia, como la imagen de San José con el Niño Jesús de la mano, talla atribuida a Alonso Cano (1601-1667) de un metro de alto, que sería quemada en 1936 por los republicanos. En la capilla coloca un Viacrucis de marfil, original de Filipinas, de 0,35 metros. En la casa se veían vajillas, ropas y diversos objetos, grandes reliquias de la Madre. Logran salvarse de la horda marxista tres lienzos: San Miguel, la Divina Pastora y San Antonio.

Al cerrar el colegio de Torrijos, 1897, trajo la imagen de la Virgen del Sagrario, Patrona de Toledo, muy querida allí. Siempre estaba iluminada con una lámpara, hasta que roban lo mejor de la casa en 1936.

De esta casa, gran reliquia de la Madre, el 18 de noviembre de 1894 sale la primera expedición de Hermanas para Cuba. Tres años después, el 30 de septiembre de 1897, la Madre Isabel se despide del sagrario de su capilla preferida, porque se marcha a Cuba a reconfortar a sus Hijas, presas de la fiebre amarilla. Aquí se celebran las exequias por la Madre en febrero de 1899, y hasta 1910 esta casa era reconocida como la Casa Principal de la Congregación.

Millares de niños se formaron en este formidable colegio. En 1910, gracias a un bienhechor, se levanta una planta sobre el ala izquierda del edificio. En 1913 se amplía el internado de niñas. Debido al cambio del Barrio de Argüelles, con moradores de cierta edad y falta de matrimonios jóvenes, la casa se prepara con nuevas plantas para recibir estudiantes universitarias. Se traslada la clase subvencionada por el Marqués de Berna al colegio de Villaverde. Desde 1969 se dedica esta casa a estudiantes universitarias. Por culpa de la rapiña de 1936 el archivo no ofrece más matices.

4. EL COLEGIO DE SANTA SUSANA EN EL BARRIO DE LAS VENTAS DE MADRID, 15 mayo 1889

No se sabe si sucede en la primera visita que hace la Madre a la Infanta Isabel de Borbón aquel 5 de febrero de 1885 o en alguna otra cuando queda edificada al ver a aquella mujer consagrada a Dios que llevaba la toca bien zurcida. De momento se extraña, pero después la admira. Tenía que ser una santa, porque no le importa el qué dirán ni le recombe el amor propio.

El caso es que la Serenísima Infanta se acuerda de la Madre Isabel en el momento en que le consulta la Asociación Católica de Señoras de Madrid sobre la Congregación femenina que pudiera dirigir con éxito un colegio que, con dinero de Doña Susana Benítez, se había construido en el barrio madrileño de las Ventas del Espíritu Santo. No duda un momento y les indica que la Congregación de la Madre Isabel Larrañaga.

Doña Susana Benítez, viuda de Parejo, cubana, dama riquísima, otorga testamento en Madrid el 24 de noviembre de 1882, ordenando en la cláusula séptima que dejaba 300.000 pesos para un colegio de niños y niñas pobres en Madrid, 100.000 para la construcción del edificio y 200.000 para atender con sus intereses a los gastos del Establecimiento, del cual se encargaría la Asociación Católica de Señoras de Madrid.

El lugar escogido estaba en el barrio madrileño de las Ventas del Espíritu Santo. Se coloca la primera piedra el 31 de mayo de 1887 con los planos del arquitecto Don Francisco Rabanal y Fariñas, asistiendo el Obispo de Madrid Don Ciriaco Sancha, el Alcalde y la Presidenta de la Asociación Católica de Señoras, la Excm. Sra. Doña María Isabel Queipo de Llano y Gayoso, Condesa de Superunda. Doña Susana había ya fallecido el 30 de abril de 1885.

Aquel gran colegio tenía en medio la capilla y a uno de los lados el pabellón para niños y al otro costado el de niñas, encomendadas a las Religiosas de la Madre Isabel, y los niños a los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Con toda solemnidad se inaugura el 15 de mayo de 1889, festividad de San Isidro, Patrono de Madrid. A los pocos días, el 24, visitaban el colegio Su Majestad la Reina Doña María Cristina de Habsburgo-Lorena (1858-1929), acompañada de las Altezas Reales Doña Eulalia y Doña Isabel, la misma que había dicho a la Condesa de Superunda que encomendara la Obra a la Madre Isabel: “Esa Obra estará muy bien en sus manos”.

El colegio era muy funcional, y quedó dotado del material pedagógico más moderno y del menaje necesario. Contaba con 30 plazas para niñas internas y dos clases para externas, una de párvulos de ambos sexos y otra para niñas mayores. Se conservan todavía las listas de las 12 niñas ingresadas el 21 de mayo y de las 8 recibidas en junio y julio. Cada una estaba prohijada por una personalidad madrileña, como la Infanta Doña Eulalia, la Princesa Pignatelli o Don Mariano y Doña Clara Arrazola.

Durante el primer curso, 1889-1890, ascendió la matrícula a 107 alumnas, aunque el Cardenal de Toledo, Don Miguel Payá y Rico, informaba a León XIII el 1 de junio de 1891 de que en el Asilo de Santa Susana se educaban gratuitamente 36 niñas internas y 110 externas, dirigidas por ocho Hermanas. Pronto establecen la Asociación de las Hijas de María, en la cual ingresa la futura Beata Francisca Aldea, Hija de la Madre Isabel.



Colegio Santa Susana. Madrid.

La labor didáctica es lo primero. Sin embargo, los domingos y fiestas las Religiosas de la Madre Isabel, ayudadas por las Señoras de la Asociación Católica de Madrid, daban catequesis a niños y adultos de la barriada de las Ventas. En torno al colegio se irradiaba toda clase de ayuda a las clases menesterosas. Aquel colegio parecía un faro luminoso que lanzaba sus destellos a muchos kilómetros cuadrados, luces de fe, de evangelio, caridad y solidaridad. El alma de todo era la Madre Isabel. Una de aquellas primeras alumnas presenta el entorno histórico y social del Barrio de Las Ventas, en el cual ella se encontraba. Declaraba en el Proceso Informativo de Canonización de la Madre Isabel Doña Francisca Llovet y Ferreres:

“Mis hermanas Josefa y Concepción y yo nos dedicábamos a ir vendiendo fruta por las casas. Al levantarse el Colegio de Santa Susana, vinimos nosotras a ofrecerle nuestra fruta, y desde entonces fuimos nosotras las que vendíamos la fruta a esta casa. Durante quince o veinte años estuvimos trayendo aquí la fruta y, por tanto, tratando y viendo a la Sierva de Dios, y nos dedicamos a esto hasta que nos fuimos casando las hermanas.

Traté con la Sierva de Dios no todos los días, pero sí de vez en cuando y sobre todo los domingos, puesto que aprovechábamos la ocasión para oír Misa después de traer la fruta.

Nunca oí hablar mal a nadie de la Sierva de Dios. No volví más por el Colegio de Santa Susana y, por tanto, dejé de tratar a la Sierva de Dios, desde el momento en que me casé. Ya he dicho antes que el motivo de conocer a la Sierva de Dios fue el de traer fruta al Convento. Antes de tener esta relación con el Colegio, ya había oído hablar de cómo la Sierva de Dios hacía muchas obras de caridad y socorría a muchos necesitados sobre todo en esta parte de Las Ventas.

Esta zona estaba por entonces poco poblada y había mucha gente necesitada y, como es natural, de unos a otros se comunicaba cómo podían socorrerles. Nosotras teníamos a nuestro padre muy enfermo e imposibilitado en la cama. Le pedimos que nos socorriera y, además de mandarnos a otras personas bienhechoras, como la Duquesa de Sevillano, ella misma nos daba todas las semanas garbanzos, judías, arroz, patatas, de las cosas que ella tenía en casa, y más tarde, cuando fue prosperando la casa de Santa Susana y disponía de más medios, nos daba también dinero. Y esto por espacio al menos de cinco años.

Y puedo certificar que, esto mismo que hizo con nosotras, lo hizo con otros muchos de Las Ventas. Es más, todos los días, a la hora de la comida del mediodía, venían a la casa de Santa Susana bastantes pobres, veinte o treinta, que venían no solo de Las Ventas, sino de Canillejas y de Pueblo Nuevo. Muchas veces la Sierva de Dios estaba presente durante el reparto y pendiente de lo que se le daba a cada uno.

Todos hablaban muy bien de la Sierva de Dios. Nunca hablé ni con las Religiosas ni con las alumnas acerca de la Sierva de Dios. Siempre la vi muy amable con todos; unas veces risueña, otras veces un poco más seria, pero siempre amable y caritativa.

Cuando fui a visitar a la Duquesa de Sevillano, por encargo de la Sierva de Dios, me dijo que ésta era muy buena y que se alegraba muchísimo de que nos hubiese mandado a su casa. Era de porte muy llano y sencillo y puedo decir que la vi siempre igual desde el primer día hasta el último que la traté.

Siempre que la veíamos, nos recomendaba con mucho interés que tratáramos bien a nuestro padre, que le cuidásemos con paciencia y que ya tendríamos recompensa después con el buen comportamiento de nuestros hijos”²⁶.

El colegio de Santa Susana en su larga andadura de más de un siglo persevera en sus afanes didácticos y apostólicos. Pasó con nota sobresaliente los asaltos de los republicanos en 1936 por ser un centro educativo católico, que hubo que rehacer en 1939 y años siguientes. Los Hermanos de la Salle lo dejaron al comenzar el curso de 1974-1975, pero continuó bajo la dirección de la Asociación Católica de Señoras de Madrid, hasta que en el curso de 1990-1991 lo encomienda a las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús. Desde esta fecha, las Religiosas de la Madre Isabel se encargan de todo el colegio, extendiendo su radio de acción a mayor número de alumnos de ambos sexos.

²⁶ Francisca Llovet y Ferreres. Proceso Informativo de Canonización de la Madre Isabel, folios 228-229.

CAPÍTULO XII

COLEGIOS EN FUENSALIDA, TOLEDO, junio 1890, Y EN VILLAVERDE ALTO, MADRID, mayo 1895

1. AL CONVENTO ALCANTARINO DE FUENSALIDA, TOLEDO, junio 1890

A solo 32 kilómetros de Toledo se encuentra Fuensalida, una población de 3.200 habitantes en 1890. La Madre Isabel reside en Torrijos, a 5 kilómetros de Fuensalida. Y un día se le ocurre ir a esta villa a mendigar para su colegio. Naturalmente, se presentó al Párroco, Don Bruno Aguilar, para suplicar su licencia. Al tiempo le ofrece uno de aquellos impresos en que presentaba su proyecto de Torrijos, con el deseo de alcanzar una limosna. Pronto comprende el sacerdote la categoría de mujer que tiene delante y, a su vez, le revela una de las ambiciones que le bullen en su interior: dotar a Fuensalida de un colegio de Religiosas para la educación cristiana de la niñez. Al ver las buenas disposiciones de la Madre, Don Bruno se encargaría de todo lo demás. Así fue.

En el pueblo, se hallaba un convento, solitario y ruinoso, famoso en toda la redonda por haberlo habitado en diversas temporadas San Pedro de Alcántara (1499-1566), el fraile hecho de raíces de árboles, según Santa Teresa de Jesús. Juan Álvarez Mendizábal (1790-1853) lo había malvendido con su desamortización, y los actuales propietarios lo veían cada día más solo y arruinado. Eran los hermanos Manuel y María Isabel García y Don Silvestre Castaño Suárez. Los tres, a una palabra de Don Bruno, quieren donárselo a la Madre Isabel. Su conciencia quedaba tranquila de una vez y se libraban de aquel peso enorme.

Los propietarios, el Párroco y el Ayuntamiento se empeñan en hacer realidad aquellos proyectos de tanta utilidad para el pueblo. Hechas las obras indispensables en el convento, el 7 de julio de 1890 se bendecía e inauguraba la escuela y demás dependencias por el Párroco, asistiendo el Alcalde, el Ayuntamiento y el pueblo en pleno, que felicitaba a los generosos donantes.

Al frente de la Comunidad pone la Madre Isabel a la Hermana Paula Mochales. Desde el 1 de julio, en que abren las puertas del colegio, se llena de niños, que llegan poco después a 300, de ambos sexos. Ya en septiembre el Ayuntamiento priva al colegio de la subvención prometida, aunque en noviembre acuerda incluir en la lista de beneficencia a las Hermanas, para caso de enfermedad.

Al año siguiente, el 25 de junio de 1891, se hace la escritura de donación a favor de la Madre Isabel de aquel edificio en mal estado de conservación, con cerca y algunos olivos, con una fanega de extensión y valorado en 1.000 pesetas. La pensión anual por su disfrute subía a 3 pesetas en monedas de plata.

A su vez, la Madre Isabel se comprometía a emplear el edificio para la enseñanza de párvulos y de niñas; si ella no pudiera cumplir este fin, se encargaría de buscar otras Religiosas para el mismo objeto. En el caso de tener que abandonar

el establecimiento por causas ajenas a su voluntad -como ocurrió en 1936- podrá volver a encargarse del mismo y con el mismo destino de enseñar a párvulos y niñas.



Colegio de Fuensalida
Edificio primitivo

Muchos años después, Doña Baldomera Sánchez, nacida en Fuensalida y admitida en el colegio con 10 años, recordaba la gran educación cristiana: Ejercicios Espirituales anuales, rezos de mañana y noche, antes y

después de comer y de cenar y antes de las clases, más misa y comunión por las mañanas. Añadía, además, que todo era gratuito: “Tanto los parvulitos, que estaban solamente durante el día, como las colegialas externas e internas, recibíamos la educación e instrucción gratuitamente”.

2. CON LA SOMBRILLA ABIERTA EN LA BENDICIÓN DE LA CAPILLA DEL COLEGIO DE FUENSALIDA, 2 julio 1894

Una noticia luctuosa aparece en la historia del colegio de Fuensalida. El fallecimiento de la Hermana Asunción Setién, burgalesa, de 33 años, vencida por la tuberculosis el 1 de abril de 1892, lunes de la semana de Pasión. Día de luto para el pueblo, que acude en masa al entierro que Don Bruno le hace de segunda clase. Con notable delicadeza queda sepultada en la capilla del cementerio.

Era costoso preparar en la vetusta iglesia franciscana una capilla pública que la Madre quería dedicar al glorioso Patriarca San José, su protector en asuntos caseros. Por suerte, el Párroco Don Bruno Aguilar se ponía de su parte. Había construido la capilla en la parte baja del coro de la iglesia y levantado un retablo, puesto el altar y confesonario. Todo muy lindo y decorado, sobre todo el sagrario, algo mimado por la Madre Isabel.

Con el placet del Párroco, el Cardenal de Toledo, Don Antonio Monescillo y Viso (1811-1897), daba los permisos reglamentarios. En Madrid le faltaba el visto bueno de los párrocos, los verdaderos culpables de negarle a sus oratorios de Comunidad el carácter público. Por ello, Don Bruno informaba a Toledo de la conveniencia de la capilla como oratorio público, “y de ello -subrayaba- no se sigue perjuicio al derecho parroquial”. Todo se conseguía, incluso tener reservado el Santísimo Sacramento.

El corazón de la Madre Isabel no le cabía en el pecho. El 2 de julio de 1894, su Señor Jesús tenía una morada más y su Hijas una fuente de amor, de fortaleza y de paz. La Madre se traslada desde Madrid. Al llegar, la campana es volteada con

mucha alegría. Visitada la capilla, da un paseo por la huerta. Pegaba muy fuerte el sol, y una señora, de entre tantas que la acompañan, le ofrece una sombrilla, que toma agradecida. De nuevo suena la campana porque va a comenzar la misa. En la mente y en el corazón de la Madre se alza la figura de su Señor Sacramentado que la llena de gozo amoroso. No se da cuenta de que lleva en las manos la sombrilla abierta y, sin cerrarla, con ella desplegada entra en la iglesia, llega a su sitio y se arrodilla devotamente. Advertida de la distracción, le recogen la sombrilla. La Superiora, M. Luisa Pujalte, comentaba la anécdota: Es que la Madre Isabel perdía la noción de todo ante la idea de dar gloria a Dios y de que el Santísimo Sacramento tuviera un lugar más de culto y de adoración. Don Bruno se convence más de la santidad de la Madre Isabel. Queda emocionado y edificado.

Pero Don Bruno sabía mucho más de los grados de oración de la Madre por otro hecho que las hermanas Balaguera le habían contado. Se llamaban Natalia, Jacoba y Rosario. A Natalia le extrañó el gran recogimiento de la Madre en la iglesia y se lo comunicó al Párroco. Se colocaba muy cerquita “para contemplar a mi sabor - confesaba más tarde- su profunda devoción y, mientras más la estudiaba, más me atraía”. Un día, decidida a pedirle su ingreso en su Instituto, Natalia la visita con sus dos hermanas. La Madre le pregunta sobre su preparación académica:

- Aunque algo sí sé, para enseñar a las niñas no sé nada.
- No importa, si sabe ser obediente y humilde, lo demás viene después.

Se indicaba que con esas virtudes estudiaría mucho y bien. Natalia presenta a sus dos hermanas:

- Jacoba quiere venirse conmigo y Rosario va al convento de clausura de aquí.
- Esta, Rosario, su hermana no será nunca religiosa.

En efecto, Rosario es admitida en el convento y, aunque sale por enfermedad y retorna, debe abandonarlo sin lograr nunca realizar su vocación. En cambio, Natalia ingresa en 1890 y Jacoba dos años más tarde. Ambas entran a formar parte de la Congregación de la Madre Isabel y brillan con mucho esplendor como se nota a lo largo de estas páginas.

Las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús perseveran en Fuensalida. Han formado a millares de alumnos. Volvieron en 1939, pasada la guerra de liberación. Reconstruyeron el colegio. Levantaron en 1974 un nuevo pabellón. Hoy es un gran colegio, orgullo del Instituto y de Fuensalida, que, agradecida a la labor educativa más que centenaria, ha dado el nombre de la Madre Isabel a una calle de la población.

3. EN VILLAVERDE ALTO, MADRID, 17 mayo 1895

Estamos en 1895. Villaverde Alto, perteneciente al Partido Judicial de Getafe, distaba 6 kilómetros de Madrid. Contaba unos 1200 habitantes, vivía de los productos de su huerta, que vendía en la capital. Se llegaba a Villaverde en tren o en coche de línea. Costaba el coche 0,50 pesetas, y 0,70 el tren en primera clase, 0,60

en segunda y 0,35 en tercera con asiento de madera. Tan cercano a Madrid, en Villaverde se reparaban y reconstruían los vagones, para lo cual había abierto la Compañía de Ferrocarriles unos talleres que daban trabajo a 150 obreros. En la plaza de la villa se levanta la hermosa parroquia dedicada a San Andrés Apóstol, el Patrono. Sacaban en procesión y en lindas carrozas a la Virgen del Carmen cada 8 de septiembre, y a la Virgen del Rosario el primer domingo de octubre.

Quiso Dios que a principios de 1895 se encontrara en un tranvía de Madrid la Hermana Luisa Pujalte y Doña Rosalía, viuda de Pierod. Ésta pasó el rato contando a la Hermana que en Villaverde dirigía un pequeño colegio que pensaba dejar y que radicaba en una propiedad de Don Rufino Rascón y Ortiz, canónigo y capellán de Su Majestad la Reina Regente Doña María Cristina de Habsburgo. “Si a su Congregación le interesa -concluye Doña Rosalía- se alegrará el Sr. Canónigo, pues quiere que su casa sea morada de las vírgenes del Señor”.

A Doña Rosalía llamaban la Madre Rosalía porque proyectaba fundar un Instituto religioso y estaba construyendo una capilla en el interior de la finca de Don Rufino. Vio la Madre Isabel la obra y su emplazamiento y luego se entrevistó con el Sr. Canónigo, que, edificado por la presencia digna y discreta de la Madre, le cede su finca, pero en propiedad. La finca era pequeña. Constaba de cinco casitas familiares, tres de las cuales estaban alquiladas. Las otras dos eran mayores y con piso alto, ambas colindantes y quedaban situadas al fondo de la finca, y eran las ocupadas por Doña Rosalía.

Había una hermosa huerta, parte de cultivo y el resto muy ajardinada. Descollaba un pino gigante acompañado de algunas higueras y de un hermoso emparrado. Para el riego se veía una noria con abundante agua y un borrico para sacarla y llenar la alberca. Enseguida, después de contemplar la finca, de solos 904 metros cuadrados, se le ocurre a la Madre tomarla para un pequeño colegio y para descanso de sus Religiosas y curación de las enfermas. Allí, lejos de la urbe, se respiraba salud, silencio, paz y aire purísimo.

El 17 de mayo de 1895, el Canónigo Rascón donaba a la Madre Isabel la finca para la enseñanza de niñas pobres. A 5.000 pesetas llegaba el valor de la misma. Se impone la carga de celebrar cinco misas rezadas y el pago de los derechos de la escritura e inscripción en el Registro de la Propiedad.

Una de las casas primitivas del Colegio de Villaverde



Se reducía el colegio minúsculo a una clase gratuita de párvulos y a una Comunidad de tres Hermanas. A la Madre Isabel le interesa la capilla y quiere preparar una cripta para enterrar en ella a las Hermanas de la

Congregación y trasladar aquí los restos de su mamá. Logra bendecirla el 23 de noviembre de 1895 con la mayor solemnidad. La misma Madre Isabel armonizó los cantos y dirigió el coro, formado en parte por las alumnas de sus colegios de Madrid. Presidía el altar mayor un lienzo de la Virgen del Carmen pintado por ella en los lejanos años de 1874 ó 1875. El tamaño era de 2 por 1,80 m. En el reverso conservaba todavía una patente del Obispo de Málaga, Don José Nepomuceno Cascallana (1785-1868), que concedía 50 días de indulgencia a los fieles que rezaran ante aquella imagen una Salve. El cuadro fue destrozado por los republicanos en 1936.

Un detalle que emociona a los presentes fue la presencia de dos niños acólitos a los que la Madre había preparado con túnica y roquete para la ceremonia. Eran hijos del Administrador del Sr. Rascón. El más pequeño de los dos, Agustín Rodríguez Duque, ya anciano, mostraba orgulloso una fotografía de aquella ceremonia con su indumentaria roja y blanca, porque la misma Madre Isabel, con sus manos de santa, la había santificado.

Esta casa de Villaverde dependía para los efectos canónicos de la casa de Tutor de Madrid. Las niñas de los colegios de Madrid se llegaban por temporadas a reponer su salud y a descansar. Lo mismo las Hermanas. Para estos viajes venían y marchaban en la tartana de casa arrastrada por el asnillo que movía, con los ojos tapados, la noria.

La Madre Isabel ansía incluso trasladar aquí el Noviciado por la soledad, el sol y los aires sanísimos. La asistencia espiritual llegaría de Madrid, tan cercano y bien comunicado. Mas el Obispo de Madrid se lo desaconseja por la multitud de obreros, entonces no siempre respetuosos con las Religiosas. Aquellos dorados sueños se realizan de 1924 a 1936, y de 1954 a 1993, cuando el florido Noviciado de la Congregación se establecerá en los nuevos pabellones levantados.

4. EL SACERDOTE DON INOCENCIO ROMO LA CONOCE EN VILLAVERDE

Don Inocencio Romo García, sacerdote de la diócesis de Ávila, pasa a la de Madrid. Desde el primer día que conoce a la Madre Isabel, queda encantado de sus cualidades y sobre todo convencido de su santidad. En Madrid y en Villaverde la trata cuanto puede y su testimonio resulta muy valioso porque la retrata de cuerpo entero, sin faltarle el detalle de sus manos al verla tocar el piano o el armonium. Habla así:

“Como yo estaba de cura en Villaverde por entonces, al verla por aquella huerta-jardín en mis visitas, observaba cuán satisfecha y gozosa se hallaba en medio de todas las niñas; se complacía en verlas jugar, seguía sus conversaciones y no se cansaba nunca de verlas a su alrededor.

Aunque no llegué a penetrar su trato íntimo con las Hermanas, advertí, sin embargo, que ellas estaban satisfechas y orgullosas de su Madre Fundadora. La bondad caritativa de su corazón no se puede expresar con palabras.

En su trato revelaba encantadora sencillez, y su conversación serena y concisa, unida a tan singular delicadeza, atraía irresistiblemente.

Madre Isabel era mujer de extraordinario talento y de tan arrogante figura, que al contemplarla sentada en una silla cuando la visité alguna vez en la casa de la calle de Tutor, aquí en Madrid, me pareció estar delante de la Madre Santa Teresa. Me gustaba pasar conversando con ella los ratos que podía, y no perdía ocasión de visitarla cuando sabía que estaba en Villaverde. Era en extremo amiga de complacer; como me gustaba tanto la música y ella era una eminencia tocando el piano, hizo transportar allí el órgano de la casa de Madrid para satisfacer mi deseo de que tocara en la capilla de aquella casa de Villaverde.

Su conversación era tan amena, su trato tan agradable, tan espiritual en todo que, a poco de conocerla, se convencía uno de que aquel ser era todo de Dios.

En sus expresiones y en todo su continente revelaba un aire de gran distinción y un aspecto de mucha nobleza. Su trato atraía y cautivaba de tal manera que conocerla y amarla era todo uno. Era un alma extraordinaria, y aquí está dicho todo”.

El P. Romo condensaba toda la personalidad de la Madre Isabel en esta frase: “Su corazón era todo Caridad”. Y sobre sus cualidades musicales confesaba “que no sabía qué admirar más cuando tocaba el piano: si la interpretación que daba a la pieza que ejecutaba o la hermosura y belleza de sus manos”.

5. EL COFRE PRECIOSO DE LOS RESTOS DE LA MADRE ISABEL Y DE LAS DOS PRIMERAS BEATAS DE LA CONGREGACIÓN

Nadie entiende que el Gobierno republicano consintiera que sus milicianos destruyeran en 1936 este centro educativo donde se formaron millares de niños y de niñas pobres. Pero, ¡era un centro católico! Solo quedó en pie, aunque muy deteriorada, la capilla y un pabelloncito de 4 aulas escolares. Lo demás eran escombros y ruinas.

En el subsuelo de la capilla la Madre Isabel había hecho construir una pequeña cripta para el último reposo de sus Hijas y de su mamá. Así fue. Las Hermanas Pujalte Sánchez trasladan, a finales de 1898, los restos de Doña Isabel Ramírez de Larrañaga desde la Sacramental de Torrijos, y desde Madrid las de las Hermanas Bruna Sen y Marina Ripa. La Madre Isabel no se entera de este acontecimiento con que querían sorprenderla cuando retornara a España.



Beatas Mártires Rita Dolores y Francisca

Con los años, el 17 de junio de 1955, se inaugura la nueva capilla, grande y hermosa, para el servicio de la Comunidad y del gran colegio. Un mes antes se habían trasladado aquí, desde el Cementerio de la Almudena de Madrid, los venerables restos de las mártires



Madres Dolores Pujalte Sánchez y Francisca Aldea Araujo, beatificadas por el Papa Juan Pablo II el 10 de mayo de 1998. Hoy se veneran en un lateral, cercano al altar mayor de esta capilla.

Acaso la Madre Isabel soñó reposar ella misma en Villaverde. Aquellos posibles sueños se realizan cuando el 18 de junio de 1961 llegan sus santos restos traídos desde La Habana, Cuba, donde había fallecido 62 años antes.

Aquel minúsculo colegio de mayo de 1895 se ha convertido después en un gran centro. Fue colegio de párvulos, de primaria, de bachillerato elemental y superior; de EGB, BUP y COU. Hoy, con más de un millar de alumnos de ambos sexos, es un Centro de Educación Infantil, Educación Primaria, Educación Secundaria y Bachillerato.



*Colegio Ntra. Sra.
del Carmen.
Villaverde Alto Madrid.*

CAPÍTULO XIII

DOS GRANDES DISGUSTOS

Como todo Fundador, fotocopia lejana del Crucifijo, la Madre Isabel siente en su cuerpo, en su corazón y en su alma los desgarros del sufrimiento causado por su vocación-misión, especialísimos para el Cuerpo Místico de Jesús. Para la Madre Isabel Dios escoge sufrimientos íntimos, más dolorosos que todos los demás. Nos fijamos solamente en tres orillando otros muchos originados por el abandono de muchas Hijas, particularmente las tres primeras Hermanas que con ella principiaban la Congregación el 2 de febrero de 1877.

1. EL ATAQUE FRONTAL DEL P. SALVADOR FONT, AGUSTINO, 1890

El primer dolor, y fortísimo, se lo propina un sacerdote agustino, el P. Salvador Font y Massaguer (1844-1908), que zarandea de tal manera a la Congregación que la expone a naufragar. La historia del P. Font es larguísima. Se trata de un agustino, repleto de cualidades personales, reconocidas por lo más selecto de Manila, Filipinas, y de la Capital del España. Acaso las largas estancias del Padre en las lejanísimas Islas Filipinas atraen la simpatía de la Madre Isabel y lo admite como capellán en el colegio de Santa Susana, cercano a la residencia agustina, sita al final de la calle de Goya en Madrid.

En los primeros meses de 1890, el P. Font consigue que las Agustinas Contemplativas de Barcelona vengan a abrir un noviciado para vida apostólica y un colegio en la calle del general Pardiñas, n. 20, de Madrid. Lo tenía bien meditado y preparado. Se le ocurre completar el número de novicias con las novicias de la Madre Isabel y con algunas ya profesas. Incluso trató de convencer a la Madre para que fusionase su Congregación con las Agustinas Misioneras de Ultramar. En un primer momento, la Fundadora queda como hipnotizada por la palabra grandilocuente del Padre y llegó a permitir, a modo de prueba, que se confeccionara en casa para uso propio un hábito como el de las Agustinas. Lo que prueba que el P. Font absorbería la Congregación de la Madre Isabel.

El P. Font se entrometía demasiado no solo en el colegio de Santa Susana, sino en el de la calle del Rey Francisco, n. 17, esquina a la calle Ferraz del Barrio de Argüelles. Confesaba a las dos Comunidades y se entretenía más con las jóvenes profesas y con las novicias. Triste es decirlo, pero en el confesonario traza sus líneas de acción, precisamente obligando a sus confesadas a guardar el más profundo sigilo. Ni el P. Font ni las nueve Hermanas conquistadas por él dieron nunca una pista delatadora de su huida silenciosa y maquinada.

Dotado el P. Font de un temperamento fuerte, impulsivo e intransigente, se decide a luchar contra la Madre Isabel cuando ésta, asesorada por el Cardenal Payá, Arzobispo de Toledo, le replica que no accedía a sus deseos de fusión.

La fama de la Madre Isabel rueda por los suelos de Madrid en boca de muchas señoras de la aristocracia que seguían los pasos del sabio y gran

predicador. De ellas se aprovecha para alcanzar el éxito de sus proyectos. Un día llegó a manifestar en voz alta y en un arrebató de ira:

- A ésta (a la Madre Isabel) yo tengo que verla con una cesta y un pañuelo en la cabeza”.

Las aldeanas de los pueblos se llegaban a Madrid a vender verdura en sus cestos adornadas con un vulgar pañuelo en la cabeza. Además, la frase denotaba la destrucción de la Congregación, su disolución y el alejamiento de su Fundadora, reducida a una simple cristiana. Por más que insistió el P. Font ante el Obispo de Madrid, Don Ciriaco Sancha y Hervás, nada consigue. Harto conocía el Prelado a la Madre, de su santidad y de su ayuda tan desinteresada a la diócesis de Madrid. Pero este rechazo del obispo acrecienta la labor de zapa del agustino.

Conquistó a nueve, pero tentó a muchas más para que abandonaran a la Madre Isabel. Quería dejarla sola sin ninguna de sus Hijas. Recordaba la M. Luisa Pujalte aquellos días en que el P. Font quería lavarles el cerebro:

“Nos bamboleó con toda suerte de ideas y de sugerencias contra Madre Isabel y su obra. La zahirió con todo lo que pudo. Tanto es así que a mí me cogió un día mi hermana, -Madre Dolores-, y me dijo:

“Mira, no hagas caso de cuanto dice y propone el P. Font. Tú, con Madre Isabel y nada más. Diga él lo que diga, deséchalo a un lado, y firme donde estás”.

Estas palabras tan terminantes de mi hermana me tranquilizaron y poco más volvió a molestarme. Y repetía: “Pero ¡cuánto nos hizo sufrir el bendito Padre... cuánto!”.

2. NUNCA UNA CRÍTICA NI UN DESAHOGO CONTRA EL P. FONT NI CONTRA LAS NUEVE FUGADAS

Parece ser que la obra del topo, que subterráneamente socava el edificio sin ser notado hasta que se derrumba, se descubre bien avanzado el año 1890. El derribo de la Madre Isabel debía venir del Obispo, que examinaría las acusaciones y destituiría a la Fundadora y la alejaría de sus casas y colegios. El P. Font no advierte que también debería informar al Arzobispo de Toledo, puesto que en su archidiócesis existía el prestigioso colegio de Torrijos. Pero en Toledo el agustino era menos conocido. En Madrid, en cambio, gozaba de grande y merecido prestigio.

Por otra parte, las acusaciones alegadas en contra de la Madre Isabel -que era el blanco y solamente ella con su Instituto, no las Hermanas ni los colegios- carecían de base. En esto el sabio P. Font fracasa. Alegaba grandes irregularidades en la casas, indisciplina y graves irreverencias en la iglesia. Le faltaron las pruebas. Lo de las graves irreverencias lo sabe porque un día, rezando Vísperas en el coro, la que dirigía el canto de las antífonas desentonó exageradamente y aquellas jóvenes soltaron la risa, con escándalo del P. Font que, por fatalidad, estaba en la iglesia.

Repetidas veces la Madre Isabel es llamada al Obispado de Madrid y escucha las correcciones con paz y tranquilidad. Nadie le daba el nombre del delator y ella no

sospechaba de la persona, y quedaba extrañada. Ni por asomo le pasó nunca la figura del P. Font, hasta que un día, a la pregunta de la Madre, Mons. Sancha le revela de quién venían las delaciones, y que marchara tranquila, porque se fiaba de ella y no le quitaría el Reservado del Santísimo, como pretendía el enemigo.

La Madre respira tranquila, pero la obra demoledora fructificaba. Un día se fugaba una novicia o religiosa, y al día siguiente se repetía la escena, y así salieron cinco. Otra mañana se fugan tres, todas del Colegio de Santa Susana, y la última de la calle del Rey Francisco.

Pepa, una señora rica conocida, se presenta a las 9 de la mañana con un coche por la calle de Bocángel, adonde daba la puerta escolar para la entrada de las alumnas que venían a esa hora. De esta manera se fugan las cuatro últimas Hermanas:

“Salían de casa por la puerta de entrada a las clases, mientras estaba abierta para que entraran las externas. La noticia de la salida de las tres se recogió por la madre de una alumna que entró a preguntar si la Hermana Tomasa, profesora de la niña, volvería pronto, porque la había visto subir con otras dos a un coche que se había parado cerca de la puerta hacía unos momentos. Entonces la Sierva de Dios se dio cuenta de la fuga de esas tres como de otra que, en inteligencia con éstas, se fue más tarde de la casa de la calle Rey Francisco, sabiéndose después que la contraseña del P. Font para decirles que ya estaban admitidas en las Agustinas de Ultramar, era venir él precisamente para celebrar la Santa Misa en nuestra iglesia. Con este motivo quedó descubierta la estratagema del P. Font y se terminaron las huidas”.

Se lleva tres profesas y seis novicias, casi una tercera parte de los miembros de la Congregación. Reacciona la Madre Isabel siguiendo la norma de Jesús cuando Judas se marcha de la Cena del Jueves Santo sin pedirle permiso. Ni una sola palabra de reproche. Pronunció las palabras de Job: “El Señor me las ha dado, el Señor me las ha quitado” (Job 1, 21). Y ella y sus Hijas, que la escuchaban con emoción, terminaron llorando. Ni un reproche para el P. Font ni para las fugadas. Ella no quería más Religiosas que las que el Señor le diera. Y si el Señor había permitido que le quitaran nueve religiosas, se conformaba plenamente con la voluntad de Dios porque su alegría e ilusión era cumplir con la voluntad de Dios.

Cuando años más tarde refería esto la M. Fernanda Granda Muñoz, testigo de la escena, no pudo contener las lágrimas y las dejó correr generosamente. Lo que más admiraron todas fue que la Madre no hizo, ni ahora ni nunca, una manifestación, crítica o desahogo contra el P. Salvador Font, ni contra las fugadas.

3. MAL ORIENTADA PARA OBTENER LA APROBACIÓN PONTIFICIA DE SU INSTITUTO Y DE SUS CONSTITUCIONES, 1891

Pronto la Madre Isabel olvida la derrota enorme que le causa el P. Font, aunque ve el noviciado casi vacío y disminuido el personal. No le importa la caída estrepitosa de su fama ante las numerosas y selectas amistades del sacerdote. Por los frutos conoceréis el árbol, dijo el Señor (Mt 7, 17).

Un poco azorada reacciona, y para borrar los efectos desoladores pretende presentar una imagen de fortaleza de su Congregación. Pasada la tormenta, inaugura el 6 de junio el colegio de Fuensalida y el 18 de marzo del año siguiente, 1891, reorganiza la Congregación nombrando Superiores para las cuatro casas existentes y se empeña en conseguir la aprobación pontificia de su Instituto.

Para esto último debieron quitarle la idea. La Madre Isabel corría demasiado. El único que tenía que haberla frenado era el Arzobispo de Toledo, Cardenal Don Miguel Payá y Rico (1811-1891), que al mismo tiempo desempeñaba el cargo de Vicario General Castrense y ostentaba el título de Patriarca de las Indias Occidentales. Además, su edad llegaba a los 80 años.

Pasada la Pascua de 1891, 29 de marzo, la Madre Isabel prepara su entrevista con el Cardenal Payá. No se sabe por qué se olvida del Obispo de Madrid, Mons. Sancha, pues tenía dos casas en esta Diócesis, la de Santa Susana y la de la calle del Rey Francisco, y otras dos en la Archidiócesis de Toledo, Torrijos y Fuensalida. Los dos Prelados deberían informar a la Santa Sede del estado de la Congregación. Se advierte la ignorancia jurídica de la Madre Isabel ocultada por sus sanísimas intenciones eclesiales y congregacionales.

El Cardenal Payá, a sus años, tampoco da la sensación de saber el mecanismo propio de Roma para estos casos. En la entrevista de Toledo, el Arzobispo da su pleno consentimiento a la súplica de la Fundadora, desconociendo u orillando la derrota de Madrid con la fuga de nueve Hermanas que, sin licencia, ni del Prelado ni de la Superiora General, se salen por la puerta falsa. Ello suponía una mala información o una fortísima tentación. Solamente esta tragedia debía haberle hecho reflexionar al Cardenal. Además, solo tiene la Congregación 26 Hermanas profesas y 6 novicias, cuatro casas y colegios, con 70 niñas internas, 480 párvulos externos y 110 niñas mayores de siete años, pero -y este dato era el más elocuente- todos educados gratuitamente, aseguraba el Cardenal Payá a León XIII (1810-1903), Papa desde 1878 y sucesor del Beato Pío IX.

No se nota que la Madre goce de un excelente perito, porque en la carta que dirige al Papa, fechada el 5 de mayo, se entretiene en presentar una parte de su corta historia y se extiende en implorar a León XIII nada menos que siete gracias. La primera -que no pudo complacer a Mons. Sancha- que fueran los Arzobispos de Toledo los Superiores natos y canónicos de la Congregación. Esta carta suplicatoria aparece firmada por la Madre en Torrijos, Toledo, y halagaría mucho al Cardenal. Éste da otra carta a la Fundadora fechada el 1 de junio. Con solas estas dos cartas la Madre emprende viaje a Roma para alcanzar la anhelada aprobación pontificia. Hay que reconocer que el Arzobispo toledano recomendaba encarecidamente al Sumo Pontífice la Congregación de la Madre Isabel, suplicándole que accediera benignamente a sus deseos y que concediera gustosamente las gracias que le pedía, incluida la que a él le tocaba: “que puesto que ha sido fundada en esta diócesis, los Arzobispos de Toledo sean los Prelados de la Congregación”.

4. ESTANCIA EN ROMA Y BREVE CONVERSACIÓN CON LEÓN XIII EN UNA AUDIENCIA PÚBLICA, septiembre 1891

Con demasiadas esperanzas emprende el viaje a Roma, acompañada de su Vicaria, la M. María Hurtado. De Madrid salen al anochecer del día 3 de agosto de 1891 en el tren expreso de Santander para llegar a Torrelavega sobre las 8 de la mañana del día siguiente. Aquí se detiene ocho días para pasarlos con su entrañable amiga de Lima, Carmen Iriarte, su encantadora prima, ahora religiosa de los Sagrados Corazones en Torrelavega. Sería una de las contadas vacaciones en su vida de religiosa.

Llegada a Roma, se encuentra con el disgusto de ver las Oficinas de la Santa Sede cerradas por vacaciones. Lleva consigo su carta de petición, la recomendación del Cardenal Payá y las Constituciones de 1883, las de las Carmelitas de la Caridad. A lo mejor pensó que bastaba la carta del Cardenal. No se sabe por qué se dirigió a la Secretaría de Estado en vez de a la Congregación de Obispos y Regulares, a quien correspondía resolver el asunto. El hecho es que el día 2 de septiembre, miércoles, se presenta en la Secretaría de Estado, a cuyo frente se hallaba el Cardenal Mariano Rampolla (1843-1913), antiguo Nuncio en España, que a la muerte de León XIII (1903) salió elegido Papa en el Cónclave por mayoría de votos, pero fue vetado por el Cardenal austriaco Puzyna en virtud del privilegio de su patria. En su lugar presidirá la Iglesia San Pío X, que lo primero que hace es derogar el privilegio austriaco.

Naturalmente, el mismo día 2 la Secretaría de Estado pasa a Obispos y Regulares la documentación de la Madre Isabel, que se queda aguardando esperanzada. Los días siguientes se entretienen en visitar los Santos Lugares de Roma ya conocidos por ella en las dos estancias anteriores de 1867 y 1876. Sin embargo, le gusta repetir sus sentimientos cristianos y dar este placer a su Vicaria. Visitan las cuatro Basílicas Mayores: Santa María la Mayor, San Juan de Letrán, San Pablo Extramuros y la de San Pedro en el Vaticano. Visitarían las catacumbas de San Calixto, la tumba de Santa Cecilia y el Castillo de Sant'Angelo. Se fueron tres veces a la iglesia de la Santa Cruz donde se custodia la reliquia de la Cruz en la que fue crucificado y murió Jesucristo. En esta iglesia se encuentra la Escala Santa que, según se cree, es la misma escalera por donde subió Jesús a la Casa de Pilatos y que trajo a Roma la madre del Emperador Constantino, la piadosa Emperatriz Elena. La Escalera Santa tiene 28 peldaños y se acostumbra a subirlos de rodillas. Tres veces la sube de rodillas la Madre Isabel, cuyo delicado corazón se ahogaba al llegar a la última. Aquí compra dos clavos tocados a los de Nuestro Señor, y los lleva a España encerrados en un relicario de plata y cristal.

Un día del mes de septiembre asisten las dos, la Fundadora y la M. Hurtado, a una Audiencia pública de León XIII. Entonces, cada peregrino, o los peregrinos escogidos, pasaban ante León XIII, besaban el pie y la mano del Papa, y recibían su bendición, y dos guardias nobles del Vaticano le tocaban el hombro indicándoles que debían levantarse y partir. A la Madre Isabel le pasa lo mismo que a Santa Teresita con el mismo Papa León XIII el 20 de noviembre de 1887. Antes de levantarse, se dirige al Papa en perfecto italiano, con acento sereno y humilde:

- "Santísimo Padre, concédame Vuestra Santidad una bendición para mi Congregación".

- ¿Quién es su Fundadora?, le interrogó León XIII.

- "Santísimo Padre, la más indigna hija de Vuestra Santidad".

- Bien, hija mía, pues... será Vd. una santa como todas las Fundadoras lo son".

Nada contestó Madre Isabel. El Vicario de Cristo la bendecía y posaba su augusta mano sobre la cabeza de la humilde Fundadora y de su compañera, Madre María Hurtado".

5. MALAS NOTICIAS DE LA AUDIENCIA PRIVADA CON LEÓN XIII, primera quincena de octubre de 1891

A lo largo de septiembre le llega la concesión de las gracias que pedía en la súplica a León XIII, y, avisada de que la respuesta a la aprobación pontificia tardaría muchos días, decide viajar a Loreto, en la provincia de Ancona, de la Italia central. En la Basílica mariana del siglo XV se venera la supuesta casa de la Virgen en Nazaret, lugar de la Encarnación del Verbo, reconstruida en mármol en 1510 por Donato Bramante (1444-1514). Según piadosa tradición, los ángeles transportaron a Loreto esta Santa Casa. Aquí permanecen la Madre Isabel y su Vicaria nueve días, y toma tal devoción por la Virgen de Loreto que será la gran propagadora en Madrid y en su Congregación.

Apenas vuelta de Loreto a primeros de octubre, la Madre Isabel se encuentra con la invitación a una audiencia privada con León XIII. Ni la Madre ni su Vicaria informan de su contenido. Mala señal. Algo se sabe por los efectos. A la Madre le da un ataque cardíaco:

"Al salir de la audiencia papal, Madre Hurtado notó lentitud en los pasos de Madre Isabel y, al mirarla, encontró demudado el rostro por la fatiga de su mal de corazón; rápida buscó ayuda antes de que cayera y, de inmediato, fue llevada a la farmacia del Vaticano, donde le prestaron los auxilios necesarios.

Este incidente causó gran revuelo en el Vaticano y llegó hasta oídos del Santo Padre, quien mostró interés y preocupación por la salud de nuestra Madre Isabel".

A los dos días, las medicinas surten efecto y puede reemprender su vida normal.

Filosofando sobre los hechos, sorprende que sea el Papa y no la Congregación de Obispos y Regulares, la encargada de estos asuntos, quien comunique a la Madre la dilación de la aprobación. La culpa de este enorme sonrojo y derrota no viene de la Fundadora, sino de Toledo, de los asesores del Cardenal Payá, despistados en el caso presente. Aconsejan a la Madre viajar a Roma con unas Constituciones, mejor, sin unas Constituciones propias. Eran ajenas, las de las Carmelitas de la Caridad. Por tanto, nada tenían que aprobar en Roma. Ya había recaído sobre ellas la aprobación pontificia, la temporal en 1876 y la definitiva en

1880. Sin unas Constituciones propias resultaba inútil ningún esfuerzo. A la Congregación le faltaba un elemento esencial. De momento, caminaba con unas andaduras prestadas. Sin embargo, la Madre Isabel pensaba al revés. Que eran propias, aprobadas por el Cardenal Moreno en 1883. De ahí que no movía un dedo para escribir otras. Solo al final de sus días, quiere afrontar esta necesidad imperiosa. Ahora se explica el tremendo disgusto. Para ella, el Papa no había aprobado las Constituciones. Hay que creer que les daría las verdaderas excusas, excusas que las dos asistentes callaron siempre.

Esta era la gran razón. ¿Hubo más? A lo largo de septiembre la Congregación Romana pudo informarse mejor. Si el Instituto trabajaba en dos diócesis, Toledo y Madrid, ¿por qué faltaba la carta de recomendación de Mons. Sancha, testigo del ataque del P. Font y de la salida de nueve Hermanas? El hecho denotaba que la Congregación pecaba de inmadura. Posiblemente Mons. Sancha informó a ruegos de la Santa Sede. Por otra parte, ni el número de Hermanas, de novicias y de obras apostólicas con solo cuatro casas apoyaban una aprobación pontificia.

Ahora puede explicarse el hecho de que la Madre Isabel no acceda a peritos ni a Directores Espirituales, una vez que la calumnian con el P. Azevedo. De peritos queda bien escarmentada ahora.

Mientras se restablece para volver a Madrid, se fotografían las dos, porque la M. Hurtado llevaba la pena de irse de Roma sin un recuerdo. El 15 de octubre de 1891 entraban en el colegio de la calle del Rey Francisco, en Madrid. Traía un corazón de metal que ella colocó sobre el pecho de la Virgen del Patrocinio de la capilla. Aquel corazón podía abrirse por la parte superior, y en él depositó un papel donde escribió el nombre de sus Religiosas y de las niñas que ingresaban en sus colegios. Y solía decir: “Así os quisiera yo ver siempre: metiditas en el Corazón de nuestra Madre”.

CAPÍTULO XIV

EL TERCER GRAN DISGUSTO: EL CIERRE DEL COLEGIO DE TORRIJOS, 1897

Desde los primeros meses de la fundación, los graves disgustos le vienen de su Hijas, por la intromisión, regularmente, de sacerdotes, lo cual es casi una regla general en los Institutos femeninos durante siglos. Por esta causa, se supone que la Madre Isabel no es partidaria de mantener sacerdotes con fuertes relaciones en sus Comunidades.

1. DOS PÁRROCOS EN CONTRA

En Torrijos, Toledo, ocurre lo mismo. El Párroco que encuentran al llegar en enero de 1881, Don Fernando Joaquín Fernández (1817-1891), no simpatiza mucho con la vida religiosa, a pesar de haber pertenecido a la Orden Franciscana, de la que sale forzosamente por la desamortización de Mendizábal en 1835. Como confesor

de la Comunidad, se permitía desautorizar a la Madre Isabel, fomentaba entre las Hermanas la desunión y la rebeldía. Excitaba a la desobediencia a la Madre. Don Lucio Dueñas, sacerdote de Torrijos, acusaba al Párroco de todo esto y de que por él “algunas Hermanas trataron de deponer a la Prelada Fundadora, la que después de usar los medios propios de Madre, las expulsó de la Congregación”. Esta postrera alegación es de septiembre de 1887, que no ha podido ser iluminada o por la prudencia caritativa de la Madre o por la quema de los archivos en 1936. Hubo una Hermana que se negó a confesar con el Párroco porque la incitaba a la desobediencia y así lo manifestó a Don Antonio Acevedo, Visitador de Religiosas del Arzobispado de Toledo. Incluso negó la comunión a alguna Hermana varias veces con frívolos e infundados pretextos.

Ésta y más acusaciones envía Don Lucio Dueñas al Cardenal de Toledo. Seguramente que por ellas Don Fernando era relevado de su cargo en noviembre de 1887, pero en su lugar se nombraba Párroco de Torrijos a su sobrino Don Vicente Barajas. Era más de lo mismo.

Se sabe que la mayoría de las Hermanas gozaban de plena juventud y que el noviciado de la Congregación continúa en Torrijos hasta que por estos y otros motivos se traslada a Madrid, colegio de la calle del Rey Francisco. Don Vicente sigue la ruta de su tío. Sobre todo, le duele que la Madre viaje tanto a Madrid. La quería en Torrijos y que olvidara sus deberes de Superiora General.

Nótese que es Don Vicente quien desde noviembre de 1887 rige la parroquia y que Don Fernando no marcha de Torrijos al declinar el cargo, sino que se queda como Capellán de la iglesia del Cristo de la Sangre, tan querido y visitado por los fieles. Uno y otro, Don Vicente y Don Fernando, perseveran en criticar a la Madre. Se ignoran las razones de la intolerancia. Don Fernando olvida que la Madre le había entregado en mano 2.500 pesetas por la compra del colegio, porque -siguiendo las cláusulas testamentarias de los antiguos propietarios- a él como Párroco, le vendía la propiedad del edificio.

Las proclamas de los dos contra la Fundadora se concretaban en repetir que mejor estaba en Torrijos dando clase que no viajando de acá para allá, que la echaran a un lado, que no la obedecieran... Al fallecer Don Fernando en junio de 1891, su sobrino arreció en sus diatribas, sobre todo cuando la Madre Isabel partió para Cuba en diciembre de 1895.

Aun las gotas de agua, por pequeñas que sean, si caen por mucho tiempo sobre una dura roca, llegan a horadarla. Es lo que ocurrió con la Superiora de Torrijos, la M. Adelaida San Juan, y su Vicaria la Hermana Felipa Martín. Las dos sucumbían a las erróneas doctrinas de los Párrocos, sobre todo de Don Vicente Barajas.

2. LOS CELOS DE LOS PÁRROCOS SOBRE DON LUCIO, EL CARLISTA

Al lado de los dos Párrocos aparece la figura opuesta de Don Lucio Dueñas García-Cano (1817-1901). Fue en sus buenos años un célebre Carlista, convertido ahora a Dios de todo corazón. Se llamó Carlista al partidario de los derechos de Don

Carlos María Isidro de Borbón al trono de España. Era hermano de Fernando VII. Cuando éste muere sin sucesión masculina en 1833, Don Carlos, llamado Carlos V, pretendió el trono apoyándose en la Ley Sálica de Felipe V de 1713, que prohíbe a las mujeres acceder al trono de España, ley que deroga Fernando VII y que todavía se respeta en España. Don Carlos mantiene sus derechos y también los suyos la madre de la futura Isabel II, Doña María Cristina de Nápoles, lo cual suscita nada menos que tres guerras carlistas, 1833-1875.

Don Lucio se implica en 1860 en la famosa conspiración de San Carlos de la Rápita, Tarragona, y, al ser interceptada la avanzadilla que marchaba a Cataluña, es encarcelado; pero luego es liberado en un canje de prisioneros. En 1869, el cura Don Lucio recibe el mando de las tropas carlistas de Toledo, Ávila y Extremadura. No pudiendo moverse ante la superioridad del enemigo, disuelve su pequeño batallón y solicita el indulto. Se le conmuta dos veces la pena de muerte, la cadena perpetua, y es desterrado a Francia. Un año después, regresa a España y recluta en Torrijos una partida de 32 hombres, aumentada hasta 84. Con ellos triunfa y llega hasta Fuensalida, detiene los trenes en Aranjuez y se presenta a las puertas de Toledo, pero no logra penetrar en la ciudad. Derrotado y hecho prisionero cuando quiere esconderse en Madrid, es deportado a Cuba en diciembre de 1872. Dos años después, regresa a España y es canjeado por otros prisioneros isabelinos y retorna a su ministerio sacerdotal. En 1880 se encuentra en la Parroquia de Torrijos. En adelante, vive muy pobremente y mantiene sus ideas cristianas y sacerdotales en plenitud.

Ahora puede explicarse que los dos Párrocos de Torrijos minusvaloren a Don Lucio, a quien miraban de lado. Ni la Madre Isabel ni sus Religiosas miran a Don Lucio como Carlista, sino como sacerdote, cumplidor ahora con mucho celo de sus obligaciones de capellán del colegio y de la comunidad.

Esto no pudo agradar a los Párrocos y pudo enfrentarlos con el antiguo soldado; pero a las Religiosas el Arzobispo de Toledo no les da otro que haga de capellán, cargo que ellos desearon. En la Curia Arzobispal de Toledo le valoran más que a los Párrocos, puesto que en el momento de profesar la Fundadora no delegan en Don Fernando como Párroco, sino en Don Lucio, lo cual molesta demasiado, y Don Fernando no asiste a la ceremonia. He aquí el documento que hace sospechar cuanto acaba de indicarse referente a la Profesión religiosa de la M. María Hurtado que emite su profesión el 8 de septiembre de 1883, en la Eucaristía que celebra don Lucio. El acta de la Profesión de la Madre Isabel desapareció en 1936.

“Don Lucio de Dueñas, Presbítero, Coadjutor de la única iglesia Parroquial Sacramental de esta Villa de Torrijos, Provincia y Arzobispado de Toledo, certifico:

Que en el día ocho de septiembre de los corrientes, en virtud de orden del Ilustrísimo Señor Deán y Vicario General Eclesiástico, refrendada por el Sr. Teniente, al tiempo de la Comunión, en la Misa que celebré en la Capilla Oratorio de la Congregación de Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, canónicamente establecida, recibí los Votos y Profesión de la *Hermana María Eulalia Hurtado y Blanco*.

Con el fin de que lo pueda acreditar ante el Excmo. Reverendísimo y Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo, Primado de las Españas, y demás que la sea conveniente,

expido la presente que con el sello de la Parroquia a cuyo Jefe consta la autorización del Señor Vicario General, a que hago referencia, firmo en Torrijos, a siete de diciembre de mil ochocientos ochenta y tres.

El Coadjutor

Lucio de Dueñas".

Don Fernando no solo no asiste a la Profesión, sino que se niega a poner el sello de la Parroquia, a pesar de que Don Lucio se lo lleva y se lo pone delante en la mesa. Lo normal hubiera sido que el Vicario General delegara su autoridad en el Párroco. Don Lucio comentaba al Cardenal de Toledo, Don Juan Ignacio Moreno, la conducta del Párroco:

"No es de extrañar este proceder, pues con sus actos tiene acreditada su animadversión a dicha Congregación y a los Srs. Acevedo y Aceves, de Toledo, autorizados por Su Santidad y Vuestra Eminencia para la Dirección General de la repetida Asociación".

El cuidado de la naciente Congregación no se encomienda a los Párrocos, sino a Don Lucio.

3. TRATO INDISCRETO Y EXCESIVO CON EXTRAÑOS

La Hermana Adelaida San Juan y Márquez forma parte de la primera Comunidad de Torrijos casi desde los primeros años. Lo mismo hay que decir de la Hermana Felipa Martín Martín. Ambas toman el hábito en la ceremonia de la Profesión religiosa de las Madres Isabel Larrañaga y María Hurtado, presidida por Don Lucio, y ambas profesan en la iglesia del Cristo de la Sangre de Torrijos el 24 de diciembre de 1885. En esta fecha Adelaida tiene solo 22 años, y 26 Felipa.

Adelaida poseía un talento sobresaliente. Ninguna Hermana la supera en dotes musicales y es la mejor discípula de la Fundadora en el piano, en el armonium, en el canto y en la dirección de coros. Era muy espiritual y estaba muy capacitada pedagógicamente. Cuando la Madre Isabel comienza la fundación del colegio de la calle del Rey Francisco en Madrid, la deja de Directora en Torrijos, y el 18 de marzo de 1891 la nombra Superiora, y a la Hermana Felipa, su Vicaria. Las dos caminan ya juntas.

En ellas calan, gota a gota, las ideas transmitidas por los dos Párrocos, centradas casi exclusivamente en la desobediencia, en el alejamiento de la Superiora General y en la infravaloración del espíritu religioso. A sus 28 años, ya Superiora, se le suben los humos a la cabeza.

La tradición ha dejado en el ambiente un aire bastante impregnado de tufo desagradable. Pero antes es menester subrayar el prestigio que, gracias a Adelaida, envolvió al colegio, que hubo de alquilar locales más amplios hasta que abandonó paulatinamente la observancia de las normas particulares. La acusan de aseglarada, de trato indiscreto y excesivo con personas de la vecindad, que la obligaban a abandonar sus deberes escolares. De este trato, indiscreto y excesivo, se pueden

presumir algunas suposiciones un tanto maliciosas. Quienes tocan este tema en el Proceso de Canonización de la Madre Isabel insinúan algo que no detallan: que un sacerdote estaba mal de la cabeza, y al que hubo que orillar; que Adelaida había sido cortejada por el padre del dentista de Torrijos. Se ignora si estos reflejos se ocultaron por las monjas debido a naturaleza tan delicada o a sueños del viejecito delator.

Sobre todo, a partir de 1894, se notó más el declive de la observancia en la Comunidad y en la atención al colegio, la indisciplina y la relajación. Como resultante, llega la disminución del alumnado con la deficiente economía, malestar ascendente en la Comunidad y deserción comunitaria. Un día se le ocurre a Adelaida llevar a una sobrinita suya con su niñera sin permiso alguno, se entiende como internas. Otro día se presenta en Madrid ante la Fundadora pidiéndole dinero que nivelara los gastos con los ingresos. La Madre, espantada de lo que oía sabiendo que aquel colegio de Torrijos aliviaba antes otras necesidades de la Congregación, solo pudo darle una alhaja para que la pignorara y se remediara de momento. Otro día envió, por sí y ante sí, a la Hermana Gregoria Ramos, muy joven, a acompañar a la Hermana Petra Torres a postular por Madrid con el encargo muy encarecido de no hospedarse en ninguno de los dos colegios de la Congregación - como estaba mandado en las Constituciones- sino en casa de unos familiares de Adelaida. Quiso la mala suerte que se encontraran con el sacristán del colegio y se saludaran. Entendieron que éste informaría a la Madre de todo y se vieron forzadas a visitar a la Madre Isabel que, al verlas, se quedó pasmada. Retuvo a la Hermana Gregoria consigo, pues, por su juventud, no debía postular por los pisos, y se encaró con la Hermana Petra -cosa rara en su vida- y le dijo una frase muy común en la época para indicar la bajada de clase social: En lugar de llevar una toca, debería llevar un pañuelo en la cabeza.

4. LAS HERMANAS ADELAIDA Y FELIPA EXPULSADAS DE LA CONGREGACIÓN

La Madre Isabel intenta sin éxito la conversión de las Hermanas Adelaida y Felipa. Exhortaciones, consejos, ayudas económicas no surten efecto, ni el trato repleto de cariño hacia ellas. Se mantienen las dos viviendo el espíritu mundano. Con esta espina lacerante parte la Madre Isabel a Cuba en diciembre de 1895. Desde tan lejos sigue al día la andadura de Torrijos. La quema del archivo en 1936 impide saber los informes pesimistas que recibía de Madrid.

Forzada por aquella situación penosa -si se atiende al cuchicheo del pueblo sobre el trato excesivo o indirecto de Adelaida- la Madre abandona Cuba el 30 de junio de 1896 y llega a Madrid el 15 de julio. La Hermana Adelaida se desplaza a Madrid a darle la bienvenida y dirige con elegancia y soltura el coro, que ofrece a la Madre Isabel selectas y piadosas canciones. Y retorna a Torrijos.

En pos de ella viaja la Madre. Quiere encauzar aquella vocación. Se ha dicho que no quisieron abrirle la puerta y que ella lo aguantó sin guardar resentimiento; que la recibieron muy fríamente, que la trataron con escasa cortesía, pero que la

Madre no se dio por aludida ni mostró desagrado alguno. Adelaida le contestaba con cierta arrogancia y se encasquilló en su mala conducta.

Todavía la Madre no se siente derrotada. Se la trae al Colegio de la calle del Tutor de Madrid, junto a ella. Solo resistió dos meses, con la excusa de que no le probaba el clima de Madrid, y la destina a Fuensalida, Toledo. Tampoco sirve de escarmiento y de enmienda. Les propone a las dos ir a Pinar del Río, en la Isla de Cuba, y rechazan la propuesta. Era una rebeldía total. La solución solo podía terminar con la expulsión.

La Madre escribe a las dos una carta, de la cual se conserva milagrosamente el borrador. Consta de tres párrafos. El del medio -el segundo párrafo- permanece tachado por la Madre. Es de notar que en él se concretan las causas principales de la expulsión: no edificaban al pueblo, no daban buen ejemplo y daban motivos de escándalos. ¿No alude la Madre a tratos excesivos e indiscretos con el párroco Don Vicente o con el padre del dentista o con los dos? Es una pregunta. Leamos el borrador de la carta:

“Madrid 3 de octubre de 1897

Mis queridas en J.C. M.M. San Juan y Felipa: en la forzosa e imprescindible necesidad de mudar todo el personal de esa casa de Fuensalida y en la imposibilidad de que vengan Vds. a esta casa, ni a Pinar del Río, como se lo he propuesto, y Vds. no solo no se han prestado sino han manifestado casi abierta oposición, y como mi deber

(todo este párrafo aparece tachado: no es hacer otra cosa que no sea velar por la gloria de Dios, edificando en los pueblos, dando buen ejemplo y no dando nunca ocasión a que alguien se escandalice, porque exigen en las religiosas ciertas)

es procurar la gloria de Dios, el buen nombre de la Congregación y la salvación de las almas y aunque sea poniéndome una piedra sobre el cora(zón)”²⁷.

Fíjese el lector que la última palabra del documento es “cora”, palabra incompleta. Entera es “corazón”. Acaso la Madre, por la emoción y las lágrimas, no puede terminarla. Se ignora cuántas lágrimas le cuesta la expulsión de Adelaida y Felipa. Adelaida acepta la salida sin poner un solo reparo. En cambio, Felipa pareció sentir su marcha, y la Madre le ofreció el perdón siempre que aceptara empezar su vida religiosa volviendo al Noviciado. Tenía que aprender a ser religiosa auténtica. No lo acepta y las dos dejan la Congregación en 1897.

5. SEGUNDO COLEGIO CERRADO POR CULPA DE SUS RELIGIOSAS, 1897

Lo peor de todo es la otra parte de las decisiones de la Madre Isabel: el cierre del colegio de Torrijos, un gran colegio, con gran prestigio y porvenir. No podía la Fundadora dejar que el nombre de su Congregación y de sus Religiosas fuera arrastrado por los suelos, ni que sus Hijas escandalizaran con su conducta a la población. Clausurando la Comunidad y el colegio, se calmaría poco a poco la crítica y, andando el tiempo, se disiparía aquel mal ambiente.

²⁷ Madre Isabel Larrañaga a las Hnas. San Juan y Felipa. Madrid, 3 octubre 1897. AGHCCJ.

Era la segunda vez que cerraba un colegio por causa de sus Hijas. El de Leganés se abandonaba en 1883. Dos centros de evangelización perdidos, dos centros de cultura y de formación desaparecidos. Nadie sabe el dolor que inunda el corazón y el alma de la Madre Isabel. En la Congregación nadie critica semejante decisión y se alaba la prudencia, fortaleza y caridad de la Madre, de cuyos labios no sale una nota desafinada para calificar la conducta de Adelaida y Felipa.

A estas alturas, no se explica que la Madre quisiera volver a Torrijos con el tiempo. El dar esperanzas de retorno es una fórmula para atenuar o minusvalorar la dureza de la clausura del colegio. De volver dentro de unos años, revolvería de nuevo el fondo de las causas y oscurecería y mancharía a las Hermanas. Recuérdese cómo muchos años después el padre del dentista removía los hechos más negativos del Párroco -se supone que Don Vicente, pues Don Fernando muere en 1891- y el propio enamoramiento.

Con harta pena la Madre Isabel da la orden de clausura, y se cierra en 1897, según asegura el archivero diocesano de Toledo, Don Ignacio Gallego Peñalver. Posiblemente a primeros de ese año, una vez que saca de Torrijos a Adelaida y a Felipa y las reúne en la Comunidad de la calle del Tutor, de Madrid, donde ella reside.

Allí, en Torrijos, quedaba, a medio construir, la casa de nueva planta para colegio que por falta de recursos económicos se veía con las paredes casi terminadas y la capilla muy adelantada y abandonado bastante material que había reunido para la obra. Después de mucho pensarlo y trabajarlo, toda la posesión se vendía en octubre de 1902 a Don Evaristo Carrillo y Muñoz, un carpintero de Torrijos.

CAPÍTULO XV

PARA AYUDAR A LA IGLESIA CUBANA EN VÍSPERAS DE LA GUERRA DE SU INDEPENDENCIA, Septiembre 1894 - octubre 1895

Desde la prudencia humana resulta un disparate mayúsculo que la Madre Isabel llevara a sus Hijas a Cuba, envuelta en la guerra durísima de la Independencia.

Para estas fechas se recrudecen las anteriores tentativas independentistas, particularmente a partir de 1874. Don José Julián Martí (1853-1895) exponía el 6 de enero de 1892 las bases de la Constitución de la República Cubana. No verá los días de gloria, como Padre de su Patria, pues caía luchando en la batalla de Dos Ríos en mayo de 1895.

Durante 1894 el Gobierno Español, presidido por Don Antonio Cánovas del Castillo, envía a Cuba unos cien mil soldados. El 5 de febrero de 1895 se da en Baire un nuevo grito de independencia y el día 24, tres semanas después, se alzan

en armas las regiones de Oriente y de Matanzas. El 25 de marzo, desde la Isla de Santo Domingo, José Martí y Máximo Gómez (1833-1905) lanzan la señal de guerra con el manifiesto llamado de Montecristi. Lo mismo hace el 1 de abril en la Playa de Duaba, cerca de Baracoa, Antonio Maceo (1848-1896). José Martí es reconocido como Jefe Supremo, Máximo Gómez como General en Jefe y Antonio Maceo como Jefe de Oriente.

Las Religiosas de la Madre Isabel salen de Madrid para Cuba el 18 de noviembre de 1894; al día siguiente se embarcan en La Coruña, y el 4 de diciembre de ese año llegan a La Habana. Cuba ardía, de hecho, en una guerra durísima, aunque de manera oficial, por así decirlo, comenzó la guerra el 25 de febrero de 1895.



Mons. Santander, Obispo de La Habana

1. DECISIÓN INCREÍBLE, A PESAR DE LA GUERRA, Septiembre-noviembre 1894

Orillado el aspecto humano, tan crudo, un Fundador mira a su misión recibida de su Cristo y Señor. Se ignora cómo el Obispo de La Habana, Don Manuel Santander y Frutos (1835-1907), se entera de la Congregación de la Madre Isabel, y en el verano de 1894 se entrevista con la Fundadora en Madrid. El Prelado le ofrece fundar en la ciudad de Pinar del Río, perteneciente a su diócesis y distante unos 176 kilómetros de La Habana. No se sabe si había hecho el mismo ofrecimiento a otras Congregaciones femeninas. Había llegado él a La Habana el 5 de diciembre de 1887 y conocía bien las necesidades de sus fieles. Es de presumir que habla a la Madre de la guerra y de sus enormes inconvenientes.

La Madre Isabel toma el ofrecimiento episcopal como un deseo de su Señor Jesús, al que no puede ni debe desagradar. Si Él lo quería, Él guardaría a sus Hijas, las defendería y haría fructificar sus esfuerzos y su apostolado. Solo la fe de una gran santa es capaz de leer hasta este grado el texto: Amarás a Dios con todo tu corazón, y al prójimo como ti mismo (Mc 12, 30 y 31). Es lo que la Madre había escrito en sus primeras Constituciones copiadas de las de la Compañía de Jesús:

“Nuestra vocación es para hacer vida en cualquier parte del mundo donde se espere mayor servicio de Dios y ayuda de las almas, dedicándonos a la enseñanza, muy particularmente de niñas pobres y párvulos de ambos sexos”.

Había que cumplir las Constituciones y ésta era la primera invitación para ir a cualquier parte del mundo. Esta parte del mundo era Cuba.

Informadas las Religiosas, casi todas se ofrecen para viajar a Cuba, aun imaginando oír el retumbar de los cañones y el silbido aterrador de las balas. La Madre las felicita por su disponibilidad y empieza a seleccionar en su mente el

nombre de las enviadas, que fueron: Madre María Hurtado, como Superiora; Hermanas Natalia Balaguera y Epifania Mochales, las tres profesas; y tres novicias: M^a del Pilar Molina, Celestina Zaldo y Jacoba Balaguera, las dos últimas coadjutoras, destinadas a los quehaceres domésticos, y las cuatro primeras dedicadas a la enseñanza.

En la Curia Diocesana de Madrid se preguntan si podrán fundar en Cuba sin dejar medio vacíos los cuatro colegios de Madrid y de Toledo. Responde la Madre que arreglarán el personal de tal manera que en cada casa quedarán, al menos, seis o siete Religiosas. Con semejante información, el Arzobispo-Obispo de Madrid, Don José María Cos y Macho (1838-1919), que solo había estado dos años de Arzobispo en Santiago de Cuba, 1889-1891, y desde este año, 1891, regía la diócesis madrileña hasta 1902, en que es trasladado al Arzobispado de Valladolid, les daba su permiso el 5 de octubre de 1894, sin expresarles su extrañeza, ni los peligros de muerte, ni sobre los obstáculos que encontrarían por las vicisitudes de la guerra. Sabían todo la Madre y sus Hijas, y se entregan a servir a Cristo y a la Iglesia cubana, en esas lamentables circunstancias, porque son llamadas no en tiempos de paz. Los hechos demostrarían la realidad sobrenatural que ellas abrazaban apartando las negras cortinas de la realidad terrena.

2. LES EMBALÓ UNA VIRGENCITA DEL AMOR HERMOSO

Aquella fundación carece de dinero, ni para el viaje. Pero la Madre Isabel llama un día a la M. Hurtado y a la Hermana Natalia Balaguera y les pone en las manos un estribo de plata que ella había empleado en Lima y unas joyas de mamá. Con este lindo peso se presentan en el Monte de Piedad de Madrid, y con el dinero pueden embarcarse y llegar a Pinar del Río.

Todas las Hermanas reconocen el acierto de escoger a la M. María Hurtado para ser la responsable de la fundación cubana. Desde el día de su Profesión, 8 de septiembre de 1883, su vida quedaba entrelazada con la de Madre Isabel. Las dos caminaban juntas en el gobierno de la Congregación. Era su mano derecha, la hija más fiel, la mejor conocedora de su Instituto, de su carisma y de las Hermanas.

Madre María Hurtado, fundadora en Cuba

Se emocionaba la Fundadora al saber la ayuda que prestaba a Cristo y a su Iglesia de Cuba. Ella misma preparaba lo que habían de llevar. He aquí una de sus delicadezas de verdadera Madre y Fundadora. Lo refiere la Hermana Natalia, una de las expedicionarias:

“La misma Madre nos embaló en el equipaje, con mucha delicadeza y cuidado, como lo solía hacer en todas sus cosas, una Virgencita del Amor Hermoso,



la que nos entregó con estas palabras: 'Hijas mías, yo no puedo ir ahora, pero esta Madre va en mi nombre como Superiora y Fundadora; ámenla mucho y ella les ayudará'.

Este gesto de santa y esa Virgencita del Amor Hermoso serían decisivas. La Virgencita suplía a la Madre Isabel, y lo hizo a las mil maravillas.

Como debían salir las Hermanas el 18 de noviembre de 1894, domingo, para La Coruña, la Madre celebra su 58 cumpleaños -que cumplía el día 19- el domingo anterior, día 11, fiesta entonces del Patrocinio de María. El día mismo de la partida lo pasan de Retiro con el Santísimo expuesto, hasta casi la hora de salir de casa, en la calle del Tutor, n. 34, de Madrid. Les da la plática el Canónigo de Málaga, Don José Piña, que conoció a la Madre en 1863 cuando llega a España después de residir en Perú y en Cuba, y que había pasado largas temporadas en La Habana. A todas las viajeras les impone la medalla del Sagrado Corazón de Jesús. Entre los objetos religiosos que llevan en sus equipajes, se anota -según la revista La Semana Católica de Madrid- una hermosa escultura del Sagrado Corazón de Jesús, obra del distinguido escultor Don Ángel Zamorano, y notable por la corrección de sus líneas y la dulzura de su rostro.

Toman en la estación del Norte el tren expreso, que salía sobre las 7 de la tarde, para llegar a La Coruña a las 8 de la mañana del 19 de noviembre de 1894. De la estación del ferrocarril, al puerto, donde hallaban anclado y esperándolas el moderno Vapor Alfonso XIII, que aquella misma noche abandonaba las amarras y con los silbidos estrepitosos de costumbre se adentraba en el Océano Atlántico. Quince días tarda en atravesarlo, y el día 4 de diciembre atracaba en el Puerto de La Habana.

El Prelado había enviado a recibirlas a unas buenas señoras. Con ellas se dirigen al Palacio Episcopal la M. María Hurtado y la Hermana Epifania Mochales. La alegría del Obispo se manifestaba en el modo de recibirlas y en las atenciones que les prodiga. Las cuatro Hermanas restantes habían quedado en el barco para tener todo el equipaje preparado cuando volvieran de ver al Obispo. Al comunicarles éste que no se detuvieran en La Habana por la epidemia de fiebre amarilla, que se enseñoreaba de la ciudad aquellos días, se deciden marchar a su destino, Pinar del Río, la capital de la provincia de su nombre.

3. GRACIAS AL GOBERNADOR DON MANUEL RODRÍGUEZ SAN PEDRO

El día 5 por la noche llegaban en tren a Pinar del Río, una ciudad fundada en 1571 por el español Melchor de Rojas. Pocos años después de llegar las Hermanas, en 1902, el municipio tenía 50.000 habitantes, de los cuales unos 11.000 correspondían a la cabecera y los restantes a los barrios y aldeas del entorno.

El Párroco, Don Manuel Gómez Gil, muy entrado en años, recibió el día 5 un telegrama del Obispo anunciando la llegada de las Hermanas; pero calló su contenido y no movió un dedo para nada. Ni puso en práctica las consignas del Obispo. Por su parte, las Hermanas le entregaban un mensaje del Prelado. Al verlas, se queda como petrificado. Nada había preparado. Menos mal que el sacristán, que

había acudido a la casa del Párroco, al ver el alboroto y curiosidad de la gente, se ofreció a llevarlas al mejor hotel de la ciudad, llamado Hotel Ricardos. Aquí permanecen hasta que pueden entrar en la casa que les había cedido el Ayuntamiento.

Mientras las Hermanas cruzaban el Atlántico, se reunía el Ayuntamiento de Pinar del Río el 28 de noviembre de 1894. El Alcalde, Don José María Suárez, cede a las Hermanas la casa de la Calle Mayor, n. 69, suficiente para vivienda y para colegio, sobre todo para colegio por el bienestar cultural que enriquecería la formación integral de la niñez. Algunos concejales no opinaban como el alcalde. Uno dijo que el Sr. Álvarez Abreu había destinado el inmueble para varones. Como detalló que era solo para niños, podía admitir niños y niñas. Otro alegó que no había presupuesto para el mobiliario de la escuela, mas como el Sr. Álvarez Abreu había dejado dinero y no se había gastado, su oposición carecía de fundamento. Puesto a votación el asunto, resultó por mayoría de votos ceder interinamente a las Hermanas la propiedad del Ayuntamiento, sito en la calle Mayor, n. 69, a pesar de los votos contrarios de dos concejales.

Esta resolución se envía al Párroco Don Manuel González Gil, “que tanto interés y celo -anota el Ayuntamiento- ha demostrado en facilitar a la expresada Hermandad (léase Congregación de Religiosas) casa y cuanto más les ha sido necesario”.

No se entiende por qué el Párroco se cruza de brazos. ¿Por la edad, por enfermedad o por intuir su cese como Párroco al desvelar que no podría atender a las Hermanas y a la ciudad y que la presencia de aquéllas impondrá a su vida, ya gastada, un ritmo ajeno a sus fuerzas?

El local era grande y muy céntrico, pero había sido almacén de víveres. Se puede imaginar el estado de abandono. Por fortuna, el Gobernador, Don Manuel Rodríguez San Pedro -nótese que todavía Cuba pertenecía a la corona española- se esmera en prestar gratuitamente el personal necesario para la limpieza, traslado del material escolar y los muebles para la casa y el colegio. En pocos días el inmueble queda preparado, más tarde de lo que habían soñado, empeñadas las Hermanas en comenzar el 10 de diciembre de 1894, fiesta de Nuestra Señora de Loreto, nombre que ostentaría el colegio.

El Sr. Rodríguez San Pedro se vuelca en ayudar al Colegio. Su hija, Herminia, sería una de las primeras y mejores alumnas. Con semejante apoyo, se abren tres clases: una de párvulos de ambos sexos, otra para niñas de color mayores de siete años y la tercera para niñas blancas de la colonia española que no eran cubanas. Era así el estilo de Cuba en aquella época, estilo que tardaría muchos años en poder remediarse. Con la tercera clase de niñas blancas se pagaría la segunda de niñas de color enteramente gratuita.

Por su parte, el Ayuntamiento sufraga los gastos del hotel Ricardos. Fácilmente se abre el colegio el lunes, día 21 de enero de 1895, fiesta de la virgen y mártir Santa Inés, modelo y patrona de la juventud femenina.

4. COLEGIO Y CAPILLA

Toda la ciudad de Pinar del Río se enteró al día siguiente de la llegada de las Hermanas para abrir un colegio. En toda la Provincia de Pinar del Río no había un solo establecimiento privado para la enseñanza. Doña María Josefa Gispert de Carballal, que vivía en la misma calle Real o Mayor, recordaba 57 años después en el Proceso de Beatificación de la Madre Isabel:

“Pronto corrió la voz y tuve la dicha de contarme entre las primeras alumnas allí ingresadas. Al frente de las monjitas, estaba la M. Hurtado, gran corazón y ejemplo de carácter.

Además del colegio para pensionistas al que yo asistía, abrieron las Hermanitas una escuela para niñas pobres, en la que recibían el bendito pan de la instrucción sin distinción de razas las niñas pinareñas que no podían pagar.

Cupo, pues, a este colegio la gloria de ser el primer establecimiento dedicado a la enseñanza en la provincia de Pinar del Río, y en él cursaron sus estudios las hijas de las más distinguidas familias de aquella localidad”.

No se olvide que un mes después, el 25 de febrero, se declaraba oficialmente la postrera guerra de la independencia cubana. En este ambiente se desarrollan los hechos.

Ya el 3 de marzo la M. Hurtado suplica al Ayuntamiento la licencia de obras en el colegio, como la edificación de algunos departamentos de mampostería al fondo del patio, construcciones de tapias para seguridad del alumnado y renovación de suelos. No se acometerían las obras de momento, sino según se recaudaran los fondos necesarios. Además, para el material escolar de libros, cuadernos y labores de las alumnas gratuitas, el colegio recibiría 200 pesos anuales, fruto del capital fundacional legado por Don Francisco Álvarez Abreu. Hay que advertir que una vez instaladas las Hermanas en el inmueble propiedad del Ayuntamiento y cedido a las Religiosas, aquel se olvida del capital dejado por el Sr. Álvarez Abreu y no aporta un centavo más. Sería, acaso, por las circunstancias sociopolíticas surgidas por la guerra de la independencia cubana.

A pesar de la guerra, era de tal magnitud el hambre de cultura en las gentes de Pinar del Río que el colegio se llena y se colma. Todos los días, aun mientras en el campo resuena el estruendo del cañón, las Hermanas abrían las puertas, las mamás presentaban a sus hijos y las clases funcionaban. Le sobraba razón a la Madre Isabel para enviar a sus Hijas a Cuba. Tan entusiasmadas están que escriben a la Madre pidiendo refuerzos “por el campo catequístico que se nos abría, tan amplio como quisiéramos”. Comprende la Madre que Cuba entra muy dentro de su carisma apostólico con tanto o más legitimidad que los barrios de Madrid.

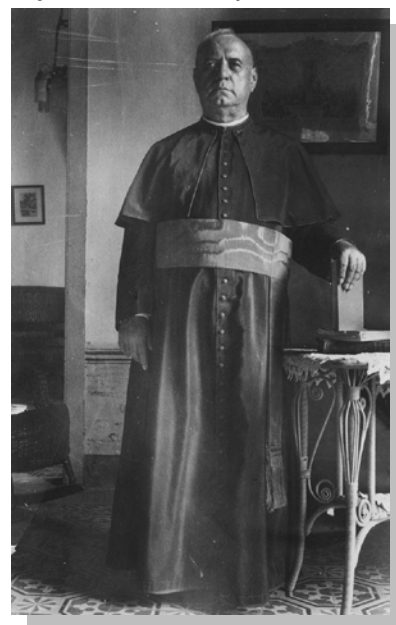
Era una saeta clavada en su corazón, deseoso de ayudar al Corazón de su Cristo en la iglesia cubana, tan necesitada. Y el 12 de marzo de 1895 llegaba un refuerzo de cuatro Hermanas: Paula Mochales, Lucía Serrano, Pilar Gallo, profesas, y la novicia Gregoria Ugalde. Son ya 10 Hermanas.

Quedaba por resolver la atención espiritual de las Hermanas. Don Manuel, por su edad y achaques, pasaba en el campo la mayor parte del tiempo, y el capellán del Hospital Municipal se encontraba, más o menos, en las mismas circunstancias. Del templo, en ausencia del sacerdote, se retiraba el Santísimo y la iglesia quedaba cerrada. Por otra parte, las Religiosas habían preparado con amor y con mimo su capilla, que permanecía sin misa y sin el Santísimo en el sagrario. A sus instancias, el Obispo de La Habana aconsejaba paciencia y calma. Y aquellas Hermanas se preguntaban si valía la pena instalarse en Pinar del Río, sin sacerdote y sin misa y sin la comunión, la mayor parte de los días, pues al anciano párroco le era imposible atender a sus obligaciones.

Cuando menos lo esperaban, un día se presenta en el colegio un sacerdote, llamado Don Manuel Menéndez, preguntando por la Superiora. Lo recibe la M. Hurtado cordialmente. Después de los saludos, sabe la M. Hurtado la razón de aquella visita:

“Yo soy el nuevo Párroco según la voluntad del Obispo. De momento, estoy de Capellán en un ingenio; pero muy pronto me haré cargo de la Parroquia de Pinar del Río. Solo espero que el Párroco actual cese, porque en breve tiempo saldrá para España”.

P. D. Manuel Menéndez



En pocos días se resolvía el problema, porque la M. Hurtado el 17 de marzo de 1895, a los dos meses de abrir el colegio, informaba al Prelado de que tenía arreglada la capilla con todo lo que se requiere para el culto divino y hasta con una campana, y que había abierto una puerta a la calle para recibir a los fieles. A los tres días mandaban de La Habana las licencias pedidas de celebrar la Eucaristía y el Reservado del Santísimo Sacramento “con tal que haya misa diariamente y que no se perjudiquen los derechos parroquiales”.

Con todas las prisas posibles, el día 29 de mismo mes de marzo, viernes anterior al Primer Domingo de Pasión, el P. Menéndez bendice el local destinado a capilla pública, a continuación, celebra la primera Eucaristía y deja en el Sagrario el lindo copón, cofre bendito del Señor Jesús.

CAPÍTULO XVI

PRIMERA ESTANCIA DE MADRE ISABEL EN PINAR DEL RÍO, 12 diciembre 1895 – junio 1896

1. “ES MI DEBER ESTAR DONDE MIS HIJAS PADECEN”

La guerra de Cuba se agrava cada día desde el momento en que los insurrectos reciben todo el apoyo y una inmensa ayuda en material bélico de los Estados Unidos de América. Pinar del Río es invadida, además, por la fiebre amarilla, y una a una las Hermanas caen en cama víctimas de la epidemia y próximas a morir. Nadie sabe cómo se entera la Madre, que en pocos días prepara el viaje, sin oír las serias advertencias de sus amigos. Ella podía fallecer o por la fiebre amarilla o por la guerra, y ¿cómo se defendería la Congregación?

Uno de los amigos que intenta disuadirla del viaje fue Don Mariano Arrazola, hijo de Don Lorenzo, gran político en el reinado de Isabel II, que desempeñaba en el Ministerio de Gracia y Justicia la Sección de los Asuntos Eclesiásticos. Sor María Isabel, hija de Don Mariano, recordaba que la amistad con él “era la de un verdadero hermano” desde que vinieron de América en 1863:

“Mi padre quería disuadirla, pues le parecía una temeridad; pero ella tenía un fervor y un deseo de hacer bien a las almas que nada la hacía desistir de sus planes”.

Además, la salud de la Madre Isabel declinaba. El mismo viaje marítimo de 15 días nada la favorecía. Mirando únicamente a la voluntad de su Cristo, desembarca en La Habana el 12 de diciembre de 1895. Sus Hijas, al verla con la sonrisa en los labios, se quedan como anonadadas y se atreven a lanzarle esta corrección:

- “Madre, ¿por qué ha venido en tan malas circunstancias?

- Vengo, nos contestó, -recordaría siempre la M. Natalia Balaguera- porque es mi deber estar donde mis Hijas padecen, para ayudarlas y consolarlas o padecer con ellas”.

La respuesta fue más benigna que la de Cristo a Pedro, que, aparte, le increpaba para que no aceptara su misión redentora en la cruz:

- “Quítate de mi vista, Satanás. Tropiezo eres para Mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres” (Mt 16, 23)”.

La Madre quería acompañar a sus Hijas, ya convalecientes de la fiebre amarilla; quería participar de su pobreza, porque vio enseguida que aquella fundación se edificaba sobre la pobreza. Todo esto multiplicado por aquella durísima guerra. No obstante, la Madre Isabel trataba de disimular sus primeras impresiones, poco gratas, a las Hermanas de Madrid:

“Aquí con la dichosa guerra, todo está paralizado; tenemos en trato una casa muy buena con su huertecita y todo, y nada se puede hacer, porque todos estamos a

la expectativa de lo que vendrá a parar esto, y no hay oficinas ni nada, nadie se ocupa más que de las noticias, aunque sean inventadas en el café, y como decía ayer una negra: parece que tenemos fiestas reales. Confío en el Señor que pronto acabará. Los insurrectos hacen lo que quieren y las tropas no los persiguen; en fin, esto está como aquello...

No pasen Vds. ningún susto por nosotras, que aunque entraran aquí los insurrectos (que con la ayuda de Dios no entrarán), a nosotras no nos harían nada, pues en ninguna parte se han metido para nada con las monjas y menos siendo Hermanas de la Caridad. No ceso de dar gracias a Dios de haberme traído, porque con mi serenidad están estas Hermanas muy tranquilas”.

Para las Hermanas la presencia de la Madre constituía un escudo seguro y magnífico. Seguramente ellas no podrían haber vivido su vida consagrada en aquel mundo de combates, de inestabilidad, de peligros, de nuevos apostolados, de contacto con la sociedad sufrida sin la presencia de su Madre y Fundadora, la única que podía resolver tantos problemas.

2. LA VIRGEN DEL AMOR HERMOSO NO QUISO PERDER LA PULSERA DE ORO QUE LE REGALÓ LA MADRE ISABEL

De lo acertado de aquel viaje dijo la M. Natalia: “Nosotras con ella allí, creíamos tenerlo todo”.

Los efectos de la guerra se sentían en la Comunidad y en el Colegio. Estaban empeñadas en cumplir su palabra de dar el catecismo y la enseñanza primaria a las niñas de Pinar del Río. Comenzar de cero resultaba desalentador. Frenadas en su carrera por la escasez de todo género, se les ocurre a las Hermanas una feliz estratagema. La Madre Isabel les había puesto en la maleta la Virgen del Amor Hermoso que veneraban en el colegio de la calle del Tutor, de Madrid. Pero aquella Virgen ostentaba en su muñeca una pulsera de oro que la Fundadora, en su juventud, había lucido también en su muñeca. A espaldas de la Madre las Hermanas tramaban rifar la pulsera, animadas por una frase suya alentadora: “La Santísima Virgen nos sacará de todos los apuros”. Después de oír estas palabras, como titubeando revelan a la Madre sus proyectos, y ella, llena de confianza, les dijo sin vacilar:

“Pues tomen una papeleta (de la rifa) para la Santísima Virgen y (la pulsera) volverá a sus manos”.

Dicho y hecho. Se verifica el sorteo en el Ayuntamiento. Nadie sabe lo ocurrido en la Comunidad. Aquella papeleta descansaba como las restantes. Y aquella papeleta resultó la agraciada. Al comprobar, ya en casa, el acierto, la Madre se afianza en la Providencia, en la seguridad de su misión en Cuba y en el fruto espiritual y social de sus esfuerzos, y exclamó:

“¡Qué bueno es Dios!, nos ha remediado en esta necesidad y a su Santísima Madre la dejó con la pulsera”.

Nunca olvidarían sus hijas esta profecía que nadie de carne y hueso (cf Mt 16, 17) le pudo adelantar. De esta manera, las Hermanas, que, obedeciendo a la Madre, habían salido por la ciudad a vender papeletas, recibían el premio y la alegría a la pena causada por la incertidumbre de la pérdida de aquel costoso y lindo adorno de la Virgen. Lástima que años más tarde, en 1960, los partidarios de Fidel Castro robarían la imagen con su rica pulsera.

Las Hermanas contaban también que, en la primera visita del Obispo de La Habana, Don Manuel Santander, al Colegio de Pinar del Río, no pudo menos de sonreír ante los cubiertos de madera que usaban ellas en la mesa del comedor. De momento nada dijo, pero en la primera ocasión les mandó unos cubiertos de metal plateado. “Agradecemos el detalle, pero nos sentíamos contentas con los anteriores”. En verdad que aquella Comunidad de las Hijas de Madre Isabel cumplían a perfección su carisma espiritual y apostólico.

A pesar de la guerra, el colegio se esforzaba por seguir la normalidad. Una niña, Herminia Rodríguez San Pedro, hija del Gobernador, descubría sus primeras impresiones que a su edad no captaba todas las duras realidades, y presentaba así a la Madre:

“Ingresé en el Colegio del Sagrado Corazón en Pinar del Río en el mes de enero de 1896. En aquellos días invadió la Provincia Maceo; así que empezó la guerra en Vuelta Abajo y empezó una vida anormal, ya que nunca había llegado la guerra hasta esta Provincia. Tan pronto ingresé en el Colegio, conocí a la Madre Isabel (la Madre Generala), que poco antes había llegado de España.

Como siempre estaba atenta a todo lo concerniente a nosotras, tuve oportunidad de tratarla mucho, pues, como yo estaba medio pupila, la veía fuera de clase y, aunque le agradaba mucho la disciplina, siempre era benevolente y dulce aun cuando hubiéramos faltado en algo. Siempre se la veía ocupada en alguna labor y, cuando sus achaques no le admitían estar en estas actividades, estaba haciendo encaje de bolillos, y zurciendo se pasaba buenos ratos.

Tocaba mucho el piano y, cuando lo hacía, todas la oíamos con mucha atención, pues atraía, debido a que vertía en el piano todo el sentimentalismo religioso que tenía dentro de sí: Misas, Salves, cánticos religiosos, todo esto nos lo acompañaba ella, siempre dispuesta a organizar fiestas en honor de la Santísima Virgen y su Divino Hijo.

En estos primeros meses ella dedicaba mucho tiempo al Hospital de Sangre, pues las Hermanas se turnaban en atender a los heridos y el Colegio, que en aquella época tenía muchas alumnas y también el aula de niñas pobres que también funcionaba con una buena matrícula, en la mayoría niñas de color”.

3. “MI CAPITÁN, AQUÍ ME TIENE A MÍ Y A MIS HIJAS PARA CUIDARLOS Y ASISTIRLOS”

La postrera noticia que añade Herminia ha podido causar mucha extrañeza: que la Madre Isabel pasaba mucho tiempo en el Hospital de Sangre de Pinar del Río.

El 10 de enero de 1896, casi un mes después de llegar la Madre, desembarcaba en La Habana el General Don Valeriano Weyler (1838-1930) para reprimir duramente la insurrección. Maceo se había establecido, precisamente, en la provincia de Pinar del Río y Weyler intentaba arrojarlo al Oriente para librar a La Habana del peligro. Por estos días habían entablado los dos ejércitos contrarios sangrientos encuentros. En la tarde del 17 de enero empezaban a pasar delante de la casa soldados y ambulancias con heridos. A la Madre se le estremeció el corazón. Seguramente que su imaginación la trasladó a las batallas perdidas por su papá en Maipú, Chile, el 5 de abril de 1824; o la de Ayacucho, Perú, el 6 de agosto de 1824, en las que cae herido. Aquellos soldados le hablaban de papá, y a su alma cristiana de hijos de Dios y hermanos suyos. Sin poder contener su dolor, sale a la calle, se coloca en medio de los soldados y dice a voz en cuello a su capitán:

- "Mi capitán, aquí me tiene a mí y a mis Hijas para cuidarlos y asistirlos.

- Cuando los coloquemos -responde el Capitán- ya vendremos a buscarlas".

"Y fueron a preparar la sala de la Audiencia, pues como fue el ataque inesperado y no tenían Hospital de Sangre, les cogió desprevenidos. Mientras tanto, todos quedaron en la calle, incluso gran número de heridos. Viéndolos nuestra Madre tan sedientos y fatigados, sacó un jarro de agua y vaso, y se metió entre los caballos a darles agua, y nos mandó a nosotras hacer lo mismo, hasta terminar el agua que habíamos comprado para nuestro gasto, pues allí hay escasez de agua.

A las diez de la noche, fueron dos jefes a buscar a las primeras Hermanas, que fueron Epifania Mochales y Celestina Zaldo. Después nuestra Madre ordenó fuéramos a relevarlas de dos en dos. Estando allí de fijo el Capellán del Regimiento de San Quintín, tenía a la Madre al corriente de todo y seguía todos los trámites de la guerra y sentía su derrota, lo que hacía aumentar más sus sufrimientos, tantos que la mayor parte de las noches las pasaba en vela y en oración, y, al no haberla detenido nosotras por razón de su enfermedad, hubiera pasado muchas de estas noches a la cabecera de los enfermos".

Cinco días después de estos hechos, el día 22 a las 7 de la noche, notificaba la Madre Isabel a sus Hijas de Madrid:

"Den muchísimas gracias a Dios por haberme traído y por habernos elegido para hacer el bien que estamos haciendo, pues nos hemos hecho cargo del Hospital de Sangre y estamos asistiendo a 28 heridos".

Caridad y solidaridad tan pronta e inmediata no podían prestar las Hermanas si su Fundadora viviera en España, puesto que antes deberían haber informado de la tremenda realidad que palpaban. A la Madre se le salta el corazón con aquellos espectáculos, únicos en su vida. Mucho quería ir al Hospital a cuidar a aquellos heridos. Menos mal que las Hermanas se lo impedían y por ella se turnaban siempre dos Hermanas hasta que en 21 de junio de 1896 eran trasladados a La Habana. Pero la Madre les ayudaba mucho más, y con su oración de santa les conseguía de su Dios y Señor el perdón y la curación. La M. Natalia, que presenciaba todo esto, aseguró que, ya que no iba al Hospital a ayudar a las Hermanas, lo hacía en casa continuamente orando por ellas, y mandó que cuando salieran de allí curados fueran a casa y los exhortaba a dar gracias a Dios, a confesar, a comulgar y a oír misa, y casi todos lo hacían.

4. EL SARGENTO SALAS, EX SEMINARISTA Y MASÓN

La Madre Isabel pone a disposición de las autoridades militares hasta su casa de Pinar del Río. El General Weyler había puesto su Cuartel General en Pinar del Río durante los primeros meses de 1896, mientras luchaba contra Maceo, uno de los más valientes jefes de los insurrectos. Presentamos esta noticia por el caso del Sargento Salas.

Se llamaba Manuel Salas Merino, natural de Martos, en Jaén, con 27 años en junio de 1896, en los días de esta historia. Llevaba meses en el Hospital porque había sido alcanzado por las balas el 17 de enero durante la batalla del Puente de Tairones. Quedó inutilizado del brazo derecho. Había olvidado su vida educada de estudiante y los buenos días de seminarista. Se había alistado en el Ejército en 1890. En el Hospital escandalizaba por su conducta. A punto estuvo de ser encarcelado por muchos años si la Madre Isabel no hubiera intercedido por él ante el General Weyler. Cuenta el caso la M. Natalia que, enviada por la Madre Isabel, se presenta con la M. Hurtado, ante el mismísimo General Weyler:

“Ingresó un día entre los heridos del hospital un sargento, muy grave de una pierna, conocido por su apellido de “Salas”. De buenos principios cristianos, se había dado a la irreligión y a otros vicios, y hacía gala de flamante masón. Con nadie tenía paz; en sus accesos de cólera insultaba a cuantos le rodeaban y no ocultaba a las Hermanas el odio irreconciliable que hacia ellas sentía. Se permitió la Hermana Mochales dirigirle unas palabras amables, y por toda respuesta le largó un airado bofetón que burló la ligereza de la Hermana y la intervención del oficial de guardia.

De mal en peor, llegó la noticia de sus desmanes a la superioridad y se le formó consejo de guerra. El desgraciado, enfurecido y empedernido, quería suicidarse. A la Madre Isabel le apenó mucho esta situación del Sr. Salas y lo encomendaba al Señor con todo su corazón.

En esta oportunidad nos mandó a la Madre Hurtado y a mí a que fuéramos en su nombre a solicitar del Capitán General (Sr. Weyler) el perdón para el infortunado sargento, advirtiéndonos que a nadie dijésemos nada del objeto de nuestra visita hasta llegar a la presencia del General.

Y hecho así, le expusimos sencillamente que la Madre Isabel nos enviaba para solicitar de su bondad una gracia:

- “Cuanto esa señora me pida lo tiene ya concedido, si está en mi mano”, contestó el General.
- Pues, Señor, le suplica el perdón para el Sargento Salas, insistimos nosotras.

Se quedó suspenso unos momentos y añadió como admirado:

- “Veremos cómo se puede arreglar”.

Y el perdón llegó aquel mismo día antes de la caída del anochecer.

Al acercarnos por la mañana a su cama lo encontramos llorando como un niño.

- "Quiero que me perdonen, Hermanas, exclamó de repente, y que su Madre Superiora me diga qué quiere que haga yo para pagarle tanto favor; nada le negaré".

Ella le pidió que se arrepintiera de su desordenada vida, y que se enmendara empezando por amistarse con Dios en los Santos Sacramentos.

- "Sí, lo haré, y, si puedo, ha de ser en su misma capilla".

Por entonces su conversión pareció sincera y sentida. Cobró gran afecto a la bendita Madre y, cuando trasladaron el hospital a La Habana, se despidió de todas con muestras de honda gratitud y diciendo a la vez:

- "Tuve una madre muy buena y dos hermanas religiosas, que siempre pidieron y lloraron por mi conversión; pero la divina Providencia me deparó para alcanzarla a la santa Madre de Vds."

Fue ascendido el Sargento Salas a Segundo Teniente de Infantería, pide ingresar en el Cuerpo de Inválidos, y consigue pasaporte y permiso para regresar a España en el Correo del 10 de octubre de 1896.

5. PROFETIZA LA MADRE ISABEL LA MUERTE DE MACEO Y QUE NO ENTRARÍA VICTORIOSO EN PINAR DEL RÍO

En Cuba la Madre Isabel resplandece con el don de profecía, en el sentido de conocer los hechos venideros. En el caso que ahora se narra intervienen la Madre Isabel, Maceo -uno de los jefes independentistas- y el General Weyler. Sabemos que es enviado a Cuba en enero de 1896 y que había planificado sus operaciones de modo que en dos años estaría vencida la insurrección. Con la muerte de Maceo logra recluirla a la parte Oriental de la Isla. Se dijo que Don Práxedes Sagasta (1825-1903), Presidente del Consejo de Ministros de Madrid, claudica ante los Estados Unidos -el gran valedor de la independencia de Cuba- porque le habían prometido suspender la ayuda si lo retiraban a España. Así fue. El 30 de octubre de 1897 llegaba su sustituto, el General Don Ramón Blanco (1833-1906). Estados Unidos incumple su promesa, y el General Blanco tiene que entregar Cuba al gigante del Norte de América el 1 de enero de 1899. En la historia se califica la acción de Weyler en Cuba de sanguinaria.

Don Antonio Maceo (1848-1896) ardía en ira contra los españoles. En aquella guerra había perdido a su padre y a sus ocho hermanos. Era mestizo. Su valor resplandeció sin paliativos y por ello era adorado por la gente de color en Cuba. La prueba es que se enfrenta a las fuerzas españolas con un ejército de 2000 hombres, con los cuales invade la Provincia de Pinar del Río, y está a punto de conquistar su capital. El Comandante Don Francisco Cirujeda (1853-1920) se le enfrenta en Punta Brava con solo 480 españoles. Nadie pensaba en una victoria española. El hecho fue que Cirujeda puso todo su empeño en eliminar al Estado mayor de Maceo y lo consigue. Maceo caía muerto por dos balazos que le atraviesan el cuerpo el 7 de diciembre de 1896. Nunca entró victorioso en Pinar del Río por más que la rondó y se esforzó con sus hombres, que tuvieron que abandonar el campo de batalla y el cuerpo de su ídolo.

Pocos saben que la Madre Isabel había profetizado este fatal desenlace para Maceo, que vomitaba furor y venganza contra aquellas monjas que cuidaban a los heridos españoles. Refiere la Hermana Jacoba Balaguera, que escucha a la Madre:

“Entre las niñas que teníamos en la clase, había una hija de un insurrecto, y Maceo, primer cabecilla de la insurrección, venía avanzando hacia la ciudad de Pinar, y mandó un recado, con el padre de esta niña, diciendo:

- Di a las monjas que cuidan a los heridos, pues las Siervas estaban en el Hospital Municipal, que, en cuanto tome la ciudad, la primera casa que mandaré quemar será la suya.

Contestación enérgica y varonil de nuestra Madre:

- “Pues dígle a ese señor que cuando quiera; que si es la voluntad de Dios que muramos con la casa quemada, si no la quema él, la quemará otro, y que en todo caso moriremos contentas; pero antes que vea si el Señor le va a permitir entrar, si no, en vano amenaza, y que mire no vaya a sucederle lo contrario”.

Por curiosidad vale la pena completar este notición con la información que el Comandante Cirujeda enviaba a sus superiores militares. Tomamos los datos del Archivo General Militar de Segovia.

Desde Punta Brava informaba de que “según documento y diario de operaciones y otros efectos hay probabilidades de que en el combate de hoy (7 diciembre 1896) ha muerto Maceo que había pasado la Trocha”. Al día siguiente, fiesta de la Inmaculada, refería Cirujeda lo terrible de la operación militar del día precedente y ya asegura la muerte de Maceo:

“Reconocí la Costa hasta Polier sin novedad. En este punto oí fuego muy nutrido por mi izquierda, decidí acudir en su dirección resultando que el Fuerte Zugasti de Hoyo Colorado se vio precisado a hacerlo contra un grupo grande de enemigo que pasó a su alcance. Reconocido terreno y oído confidencias, me aseguraban aglomeración hacia San Pedro; fui allá y al llegar a dicho punto enemigo en más de 2.000 parapetados en gruesas cercas de piedra me rompió con fuego certero, tomadas posiciones de San Pedro que parapetados en iguales defensas que la Matilde Claudio Hernández, que tomé de una en una a bayoneta y machete.

Aproximándose noche con gran impedimenta de muertos y heridos y escaso de municiones, decidí venir aquí.

Hecho reconocimiento en el campo de combate, recogí todos los muertos, heridos y efectos del Estado; el enemigo dejó más de 40 muertos e innumerable número de caballos muertos y heridos, armamentos y efectos.

Dos de los muertos deben ser personas de gran significación. Según carta de uno de ellos escrita en los últimos con lápiz, manifiesta muere por no abandonar el cadáver de su General Maceo y el diario de operaciones acusa pasó la Trocha el día 4.

Nosotros tenemos que lamentar la muerte de 3 soldados de San Quintín: Los Tenientes Amores y Peralta de San Quintín, el de igual clase Moya de la guerrilla Peral, Sargento; 5 cabos y 16 soldados de San Quintín, 1 Cabo y 4 guerrilleros de

Peral y 1 de Punta Brava heridos, 18 caballos muertos de heridas de bala, de ellos 5 de Oficiales, el que yo montaba dos balazos”.

El Comandante Cirujeda prestaba todos los detalles, incluidos los objetos personales de Maceo, no ajeno a los lujos de su dignidad como Comandante General de las tropas cubanas. Añadía Cirujeda:

“Recogidos y examinados más objetos del cadáver de Maceo, tengo en mi poder a disposición de V.E. un reloj de oro, unos gemelos magníficos de casa Moreaud Toyno de París con estrellitas de cinco puntas encerrado en un gran estuche de bayeta con una correa, un cuchillo de monte con cabo de ébano y guarnición de oro al parecer e incrustaciones Rumbo y Gales de Nácar y un impermeable en bastante buen uso; todo ello ocupado al cadáver del mulato por el práctico Santana”.

Ascendió Cirujeda a General de División y fallecía en Madrid el 27 de agosto de 1920. Para poco sirvió esta victoria de Punta Brava, porque Weyler era relevado en octubre de 1897 por orden de Sagasta a pesar de lograr acorralar al enemigo en la parte oriental de la Isla. Su sucesor, el General Don Ramón Blanco (1833-1906), resultó ser el último Gobernador de Cuba y entregaba la Isla a Estados Unidos. La misma Madre Isabel contemplaba con sus Hijas, desde la azotea de la Casa de La Habana, el 1 de enero de 1899, cómo se arriaba deprisa y corriendo la bandera española y enarbolaban con toda solemnidad y muy despacio la bandera de la independencia, entre aplausos y vivas a Cuba libre y tocando el himno de Bayamo. Todo esto pasó ese día en el Morro de La Habana.

6. HERMANITAS, ¿LLEGAREMOS A GANAR LA GUERRA?

Todavía se pueden contar más rasgos de la vida de la Madre Isabel en Pinar del Río, todos envueltos en las penalidades de la guerra. Ella consigue que las alumnas del colegio sientan apenas o palpen las calamidades y abre el colegio todos los días y se imparten las clases con toda normalidad, como si nada importante ocurriera. Pero se rezaba todos los días por la paz de Cuba.

Hay que recordar que las Hermanas alternaban la misión del colegio con el hospital. Incluso la Madre Isabel suplía y hacía los turnos de día cuando sus ocupaciones lo permitían. Una Religiosa suya, la M. Pilar Cilleruelo Neira, refería que a su tío José Neira lo asistió la Madre cuando cayó herido en la guerra de Cuba. De los testigos de aquellos desgraciados días se infiere que los cuidaba como una verdadera madre y que suplía a la madre natural. Por eso la querían todos.

Nadie crea que la Madre y sus Hijas atendían únicamente a heridos y enfermos españoles. Cuidaban lo mismo a cubanos, a los insurrectos, a los hijos de éstos, a los mulatos y a los de raza negra. En aquel colegio y en aquella casa solo se veía a hijos de Dios, consigna evangélica que la Madre repetía constantemente a sus Hijas.

Además de los soldados heridos, la Madre y sus Hijas llegan a preocuparse y a atender a los niños de los insurrectos, no solo recibéndolos en su colegio, sino a los que la guerra había espantado de sus hogares y quedado sin padres o éstos

permanecían en poblaciones conquistadas por los cubanos. Para remedio de tanto mal las autoridades habían adaptado una casa grande, llamada Hotel, y situada a las afueras de la ciudad. De aquellos niños y niñas cuidaban las Hermanas. Cuántas veces sus padres y familiares se colaban entre las tinieblas de la noche, saltaban las tapias y se introducían en el albergue. Se lo consentían las Hermanas no sin recibir la reprimenda de los españoles. Callaban aquéllas para cumplir el Evangelio y dárselo a conocer, sobre todo a quienes pensaban que solo se preocuparían de los españoles, como, pensaban, era lo más natural.

“Sé que la Sierva de Dios demostró verdadera caridad para con los revolucionarios cubanos. Como el jefe de estos revolucionarios era un tal Maceo, que venía incendiando y arrasando todo lo que pillaba a su paso, cerca de Pinar del Río había un Hotel, mejor dicho, en el mismo Pinar del Río, que lo utilizaron para enfermos y niños; y la Sierva de Dios con sus Hermanas del Instituto se ofreció a las autoridades para atenderlos.

Y referían las Hermanas que esto les ocasionaba muchos conflictos, porque los insurrectos cubanos, burlando la vigilancia, por las noches, saltaban las vallas y se introducían en el Hotel, porque querían ver a sus hijos o a sus enfermos. Y entonces las Hermanas se lo consentían y, además, les alimentaban, dándoles lo que podían, porque venían desfallecidos. Y esto lo hacían con tanta caridad y bondad que los mismos revolucionarios llegaron a pensar que estaban a favor de ellos, y así les preguntaban: “Hermanitas, ¿llegaremos a ganar la guerra?”.

El rasgo vale por un gran libro. Llegaron a creer que se habían pasado al bando contrario de los insurrectos. Póngase de fondo el grado de caridad de la Madre Isabel, a quien su cabeza le traería los sufrimientos de papá en Chile y en Perú en circunstancias parecidas. Solo brilla la caridad más pura y cristiana. Lo confirma una alumna del colegio que, aunque niña, se le queda bien grabada en el alma aquella conducta, tan extraordinaria y también tan inusitada en el mundo. Nada de ojo por ojo y diente por diente (Mt 5, 38):

“La conducta de la Sierva de Dios y de las demás Hermanas fue de una caridad exquisita para los contendientes de ambos bandos. Ella no hablaba de política, ni en el Colegio se solía hablar de ella. Ellas asistían a los apestados y a los heridos con verdadero espíritu de caridad cristiana”.

Mons. Severiano Sainz Bencomo (1871-1937), desde 1915 Obispo de Matanzas, se complacía en publicar la finura de la Madre Isabel con dos hermanos suyos que lucharon con los insurrectos, que fueron apresados y puestos en libertad por la intercesión de la Fundadora ante los altos Jefes de La Habana, con quienes mantenía fuerte amistad.

A la Madre Isabel no le importó nunca la raza, el color, la asignación política, ni la pertenencia al ejército español o a los ejércitos de los insurrectos cubanos.

7. ¿CÓMO TE REÚNES CON GENTUZA, LOLINA? YO NO JUEGO CON ESA NIÑA

La preocupación de la Madre Isabel abarcaba enfermos, heridos, niños y niñas de cualquier color, españoles o cubanos. Es precioso escuchar cómo se insiste en la atención a los cubanos insurrectos:

“Con los revolucionarios cubanos la Sierva de Dios demostró verdadera y concreta caridad, porque los heridos que caían prisioneros eran igualmente asistidos por las Hermanas y por la Sierva de Dios en los hospitales. Y, además, tenía en sus colegios hijas de revolucionarios cubanos a las que atendía sin acepción de personas”.

En Cuba, en aquellos tiempos, lo normal era separar en clases distintas a las niñas pobres de las ricas, y a las niñas negras o mulatas de las blancas. Lo mismo ocurría en España y en el mundo civilizado. En Estados Unidos de América no se conseguiría esa igualdad hasta bien pasada la mitad del siglo XX. En Europa se había logrado antes.

Sin embargo, la Madre Isabel con sus Hijas insistía mucho en que todos, todos eran hijos de Dios. Esas diferencias se dan entre los hombres. Nuestra diferencia reside en nuestra conducta. Ante Dios somos iguales y ante Él nuestra desigualdad son nuestras obras, la bondad o malicia de las mismas. En cualquier colegio, como en aquel de Pinar del Río, se daban casos de exaltación racial, lo mismo que en la calle o en las reuniones de sociedad.

Doña Dolores Montagú y Vivero, en 1896 alumna del colegio de Pinar del Río, recordaba muchísimos años después un caso de xenofobia entre las chicas, y la presencia sería de la Madre Isabel, que les da una lección magistral, apoyada en la sociología y en el Evangelio. Preferimos no recortar el extenso testimonio, porque la señora nos presenta la aureola que nimbaba a la Madre Isabel entre las alumnas de aquel centro escolar.

“En enero de 1895, ingresé como alumna en el colegio de Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, en Pinar del Río.

Mi hermana Andrea y yo formamos parte del grupo que pudiéramos llamar Alumnas Fundadoras de ese plantel, primero de educación religiosa que existió en nuestra ciudad, y al que tanto bien le debe la sociedad pinareña. Nuestra Superiora Local fue la Rvda. Madre Hurtado, mujer de gran preparación cultural, de dotes, de carácter y excelente organizadora, a la que todas quisimos y respetamos mucho.

En diciembre del propio año, vino a Pinar del Río la Fundadora de la Institución, Rvda. Madre Sor Isabel del Corazón de Jesús Larrañaga y Ramírez. No quiero hablar del establecimiento de nuestro Colegio ni de las vicisitudes pasadas por nuestra inolvidable Madre Generala (como le decíamos a la Rvda. Madre Fundadora) porque ya están relatadas por pluma muy autorizada y muy superior a la mía, tan modesta. Solo quiero consignar la impresión de superioridad, bondad, carácter y verdadera santidad, que la Rvda. Madre dejó grabada en mi mente de niña y más tarde robustecida en mi criterio de mujer.

Era nuestra Madre Generala de una gran inteligencia, de una bondad inextinguible, siempre afable y contenta, reuniendo dos condiciones de carácter tan difíciles de encontrar en un ser humano, por superior que sea: dulzura y absoluta firmeza. Su única preocupación, la finalidad de su vida era el bien de todos, la propagación de la fe, atraer al seno de la Religión cristiana a todas las criaturas, descreídas y desviadas unas, o simplemente ignorantes otras. Su infinita compasión por los errores ajenos, la constante devolución del mal por el bien, su inagotable caridad cristiana le valieron conversiones tan destacadas como la del Sargento Salas. A este fin dedicaba ella su existencia.

Dos incidentes de mi vida escolar dejaron huella indeleble en mi cerebro infantil, permaneciendo en el primer plano de mi conciencia durante toda mi vida, hasta hoy que ya estoy en la vejez. En el fondo del patio de recreo estaba el aula de las niñas pobres. A veces coincidíamos en nuestros juegos, pero la mayor parte de los días no nos veíamos. Una tarde, en que estaban todas las aulas de descanso, yo me acerqué a hablar con una niña pobre, mulatica inteligente, estudiosa y que me era muy simpática. Un grupo de ellas nos rodeó y todas quedamos en conversación un rato. Mis compañeras de aula quisieron jugar a la “rueda” y me llamaron. Como yo nunca fui orgullosa, me levanté del asiento llevando de la mano a mi amiguita mulata, cuyo nombre no recuerdo, pero que le decían Nena. Una de mis compañeras, muy orgullosa de su nombre y relaciones familiares, me increpó duramente:

- ‘¿Cómo te reúnes con gentuza, Lolina? Yo no juego con esa niña’.

Un grupo de compañeras se unió a ella y las “pobres” se agruparon en actitud hostil. Mi hermana, yo y el resto del aula primera (así se denominaba el aula de las niñas pudientes) nos quedamos entre ambos grupos tratando inútilmente de promediar. Dos Hermanas cuidaban del orden a la hora del recreo. Una de ellas fue a avisar a la Superiora y enseguida llegó al patio la Madre Generala. Un absoluto silencio siguió a su aparición. Con aquel su continente sereno, ecuaníme y tranquilo se acercó a nosotras. Dirigiéndose a mi compañera de aula, con voz suave, pero de la que irradiaba autoridad, le dijo:

‘¿Cómo es eso, hija mía, te olvidas de que todas las criaturas somos hijas de Dios? Aunque para el orden del Universo es preciso que haya jerarquías, porque tiene que haber gobernantes y gobernados, personas capaces de realizar altos trabajos y otros que desempeñen trabajos inferiores, todos, todos son dignos de respeto y todos son necesarios para la existencia común. La posición elevada es material y transitoria; el que hoy la goza puede sufrir reveses y encontrarse mañana poco menos que en la indigencia. Hay clases sociales más elevadas que la tuya. ¡Cuánto sufrirías si las puertas de los nobles y los reyes se cerraran ante ti, con palabras de menosprecio! “No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti”, así nos dijo Cristo. Solo existe una diferencia: los buenos y los malos, y aún para éstos debemos tener una gran compasión, tratarlos con bondad y paciencia, para traerlos a arrepentimiento de sus faltas y al reconocimiento y acatamiento de la existencia y la voluntad de Dios’.

Sus ojos brillaban iluminados por una luz interior, sus facciones bondadosas revelaban convicción, fe inquebrantable. La niña había bajado la cabeza y sus ojos se nublaron de lágrimas. Con rápida percepción de los movimientos espirituales, sonrió la Madre, puso la mano sobre el hombro de la niña y dijo alegremente:

- ‘Pero si tú no necesitas que te diga todo esto, tú eres una niña inteligente y buena (lo cual era cierto), solo has cedido a un momento de mal humor, que ya está olvidado. Vamos, a la rueda, quiero verlas a todas jugando’.

Una encantadora reacción se produjo entre las niñas. Con intuitivo tacto, todas corrimos cantando a cogernos de las manos y pasó el momento difícil. Ella nos contempló con una sonrisa indefinible y se retiró; nunca he podido olvidarlo”.

8. DIOS, EL MÁS SEGURO Y EL MEJOR PAGADOR

Para poder derramar tanta caridad y ayuda en Cuba, la Madre Isabel con sus Religiosas mantuvieron estrechas relaciones con las únicas autoridades, las civiles y militares, más con éstas por permanecer en su tiempo envueltas en la guerra. De hecho, hasta los Capitanes Generales las conocían. El General Martínez Campos, Don Arsenio (1831-1900) mandaba los ejércitos españoles a la llegada de las Hermanas en 1894, y en él había puesto el Gobierno de Madrid su confianza, porque el 10 de febrero de 1878 firmó la Paz de Zanjón, por la que se otorgaba amnistía y libertad a enjuiciados y prisioneros. Con tan buenos informes, Don Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897) en marzo de 1895 le nombra Capitán General de Cuba. Aquí se cumple el refrán de que nunca segundas partes fueron buenas, y el 18 de enero de 1896 declina el cargo en el General Weyler.

Cuenta la Hna. Jacoba Balaguera que al llegar a Cuba fue a visitar al General Martínez Campos de parte de la Hermana Martina San Román con una carta suya. Las recibió con mucha finura, pero fríamente. Mas, después de leer la carta, cambia de semblante y les confesó que conocía a la Hermana Martina, porque era amiga de su esposa, la cual le trajo de Filipinas el manto y el vestido blancos para la Virgen del colegio del Tutor. Les recordó también que Martina había hecho las curas a un hijo suyo que se había fracturado una pierna y que entonces moraba en La Habana.

De manera tan natural y sencilla se habían ganado al General Martínez Campos, cuya historia militar había sido notabilísima, como el hecho de haber proclamado en Sagunto, a finales de diciembre de 1874, como Rey de España a Alfonso XII. Fue el primer protector del Colegio de Pinar del Río. Después, su sustituto el Capitán General Weyler, que se empeñó en gratificar a la Madre Isabel por la labor tan eficaz y humana realizada con los soldados de España.

Preparaba la Madre Isabel su retorno a Madrid para mediados de julio de 1896, pero antes el General Weyler envía en su nombre al Comandante Villalobos para informar a la Madre de sus deseos de condecorarla. Casualmente, la Madre y el Comandante se conocían. Había éste mandado a sus hijos al colegio de Torrijos y aquí hizo su hija la Primera Comunión.

Para el Comandante Villalobos constituye una alegría ser el enviado por el Capitán General. También lo fue para la Madre. Los dos recordarían los años vividos en Torrijos, y ella se enteraría de la suerte de los niños. A la Madre no le caería de sorpresa la iniciativa de los militares. Era de justicia; pero la Madre responde como una discípula de Jesús: solo había cumplido con su deber de cristiana (Cf Lc 17, 10). Todo lo había presidido el amor de Dios y el amor a los hombres, sus hermanos. No le acepta un solo centavo y, al proponerle una condecoración militar, la rechaza. Rechaza todo, hasta una mención en el Diario del Ejército o una crónica en el Diario de la Marina o en los periódicos españoles.

Villalobos no supo qué responder porque no pasaba lo mismo entre sus compañeros de armas, ansiosos por una cruz honorífica, por ascender un escalafón, por gozar de un sueldo mayor, por verse citados en la prensa civil o militar. Aquella mujer era distinta. Dios -le dijo- es el más seguro y el mejor pagador.

Arreciaba la guerra. La Madre Isabel no pudo tomar el tren para La Habana, porque no funcionaba, al ser tiroteado por las guerrillas de Maceo. Se sube a una sencilla barca y hace por mar el trayecto hasta La Habana arriesgando su vida. El 30 de junio de 1896 se embarca para España y llega a Madrid el 15 de julio.

CAPÍTULO XVII

SEGUNDA ESTANCIA EN PINAR DEL RÍO, 18 noviembre 1897 a marzo 1898

Había vuelto a Madrid porque le urgía arreglar el problema, muy agudo, del colegio de Torrijos, donde la Superiora, la M. Adelaida San Juan, y su Asistentia, la Hermana Felipa Martín, habían perdido el espíritu religioso y arruinado el colegio. En Madrid dedican a la Madre Isabel una preciosa velada. Los cantos eran dirigidos por la M. Adelaida, la mejor discípula de la Madre en música. Las niñas pequeñas le cantaron una canción que tenía esta simple letrilla, que repetían después de cada estrofa:

En este momento
todas le damos la bienvenida
y pedimos que le hagamos
en el cielo compañía.

En España decide cerrar, con harta pena, el colegio de Torrijos y expulsar a las dos Hermanas citadas, rebeldes a toda reconversión. Organiza la Congregación, establece el Noviciado en el Colegio de Santa Susana, nombra Maestra de Novicias a la futura Beata M. Rita Dolores Pujalte Sánchez, publica el Manual de Oraciones. Cada colegio y cada casa quedan gobernadas por sus Superiores y Directoras respectivas. Su Congregación quedaba en los poderosos brazos de Jesús.

1. DIECISÉIS DÍAS DE CÁDIZ A LA HABANA, 30 octubre a 15 noviembre 1897

Debía la Madre afianzar la fundación cubana y acompañar a sus Hijas, envueltas en guerra y cuya suerte debía correr como verdadera madre. Su estado de salud le advertía que debía quedarse, porque aquel corazón, muy debilitado ya por la edad y los disgustos, no podría sobrellevar los sobresaltos de la guerra. Sus Hijas de Madrid la apremiaban a quedarse alegando que se quedaban solas y desamparadas. Nadie logra disuadirla. Les dijo:

- Me voy porque Dios lo quiere y me voy tranquila, porque aquí queda en mi lugar un alma cándida y buena, la M. Dolores Pujalte Sánchez.

Cuba necesitaba más refuerzos que España. Aquel campo agrietado por la falta de agua espiritual que no podían regar los contados sacerdotes y religiosas que lo querían cultivar, precisaba más apóstoles. No va sola la Madre. Lleva consigo a cinco más: la Hermana María Elvira, profesa, y las novicias Dolores Cuns, Dolores Fiz, Josefa Yuste y María Pastor, una postulante de 16 años. Por este grupo se advierte que quiere que se formen religiosas en el ambiente social, eclesial y evangélico que van a cuidar.

Abandona Madrid con aquellas cinco mujeres jóvenes y llegan a Cádiz el sábado 30 de octubre de 1897. El transatlántico Alfonso XIII las esperaba lejos del puerto. Llovía a mares. El cielo lloraba demasiado como si presintiera que la Fundadora no retornaría nunca, a pesar de que ella tenía pensado lo contrario. No había decidido quedarse para siempre en Cuba. Terminada la guerra y ordenados los colegios, regresaría a España.

No pudo la Madre darle muchas vueltas a este tema, porque el aguacero se adueña de la lancha, la bambolea el viento y el oleaje altera su curso hasta que llegan al Vapor Alfonso XIII empapadas de agua. Saltan al barco con la ayuda de los marineros, las llevan a sus camarotes y empieza la batalla entre aquellas seis mujeres. Cinco contra una. Vence la Madre. Las cinco empeñadas en que ésta fuera la primera en cambiarse de ropa. Nunca lo consiente una madre. La Hermana Dolores Fiz, una de las novicias empapadas de agua, recordaba:

“Cuando embarcamos en Cádiz para venir a Cuba a primeros de noviembre de 1897, llovía torrencialmente y nos mojamos de pies a cabeza. Su caridad la llevó - como siempre- a procurar el bien de todas antes que el suyo, haciendo que nos mudáramos y acomodáramos todas antes que ella, no obstante su delicada salud y su edad de 61 años, y ser nosotras jóvenes y sanas”.

Al ir al comedor a cenar cayeron en la cuenta del panorama desolador. Casi todo el pasaje era militar, jefes y soldados. Las contadas mujeres eran sus esposas y alguna que otra mujer familiar. Aquellas seis religiosas fueron recibidas como ángeles enviados por el cielo. La moral estaba por los suelos, porque la derrota se mascaba una vez que los Estados Unidos de América del Norte declaraban la guerra a España.

No sabemos el nombre del Capitán del Alfonso XIII, pero debía de ser muy conocido de la Madre Isabel o acaso familiar lejano. La Hermana Dolores Fiz, que viaja con la Madre, decía:

“No recuerdo quién fuera el Capitán del navío, pero sí sé que conocía a nuestra Madre, y en sus conversaciones la tuteaba y hablaba con mucha deferencia y afecto.

Gustaba verla en su trato con aquel pasaje, y para dar ocasión a sus palabras de celo y apostolado, varias veces le regaló frutas y postres para que obsequiara a unos y otros, y también para proporcionarle el placer de ejercitar de algún modo más la caridad, pues conocía lo muy inclinada que era al bien”.

Con esos postres y chucherías la Madre se acercaba a los soldados y les animaba a cumplir con su obligación cristiana. Les hablaba de Dios y les animaba y

les levantaba su decaída moral. También la Madre se prodigaba con las esposas y familiares de los Jefes militares durante aquellos 16 días que duró la navegación hasta La Habana. En aquel viaje iban un farmacéutico y cuatro médicos y el General Don Cristóbal Mas y Bonneval, nombrado el 3 de agosto de 1897 Subinspector de Sanidad Militar de Cuba. Su esposa, Doña Claudia Prieto y Alcalde, tenía dificultades para peinarse, y la Madre se ofreció para prestarle este pequeño servicio, que ella aceptó agradecida. “Hasta el final del viaje -contaba la Hermana Dolores Fiz- la misma Madre Isabel unas veces y otras alguna de nosotras llenábamos cada día esa atención”.

Nada extraño que surgiera entre la Madre Isabel y aquellos señores y sus esposas una entrañable y verdadera amistad, de la que todos se beneficiaron durante aquellos difíciles días en Cuba. Todos veían a aquellas seis mujeres tener sus rezos como si estuvieran en casa: el rosario, el oficio parvo de la Virgen con la meditación de la mañana. Y todos los días, a no ser que el mareo se lo impidiera. Porque aquella travesía resultó dura, particularmente para la Madre, que sufre el mareo más que cualquiera de sus Hijas, pero atendidas con todo cuidado por su Fundadora, que, como siempre, se preocupaba ante todo por ellas, y ella era la última. Por otra parte, nadie indica que el “Alfonso XIII” gozara de un Capellán que celebrara diariamente la Eucaristía.

2. DE NUEVO EN PINAR DEL RÍO, noviembre 1897 a marzo 1898

Aquel lunes 15 de noviembre de 1897 esperaba la M. María Hurtado en el muelle del puerto de La Habana a la Madre Isabel y a sus compañeras. Tenía preparados unos coches de personas amigas. De esta manera se llegan a la casa de Don Ramón García Rey donde van a tomar algún día de descanso. Pocos fueron, puesto que la Madre celebra el viernes 19 su 61 cumpleaños en Pinar del Río, rodeada de sus Hijas, del profesorado, padres de las alumnas, amigos y autoridades civiles y militares. Hubo misa cantada, con comunión general del colegio, y luego velada con poesías, cánticos en coro y ofrendas de las niñas.

Nadie, que se sepa, interroga a la Madre Isabel por qué retorna a Cuba cuando la guerra, salvo milagro, está perdida para España. Las Religiosas se serenán y se animan. Todas muy unidas se preparan a lo peor.

La Madre organiza el Noviciado. Nombra Maestra de Novicias a la M. Epifania Mochales Miranda, conocedora del ambiente por haber llegado en la primera expedición de 1894. Excelente religiosa, había seguido las directrices de la Fundadora en el Hospital de Pinar del Río donde estuvo a punto de recibir un bofetón del forzado sargento Salas. Componían el Noviciado cinco novicias y una postulante: Dolores Álvarez, Dolores Fiz, Dolores Cuns, Josefa Yuste, Amelia LLópiz, y la postulante María Pastor.

Causa mucha extrañeza la carta que la novicia Josefa Yuste escribe a Madrid, silenciando los horrores de la guerra, a la que ni menciona. Lo pinta todo de color de rosa. Han pasado unas Navidades con mucho turrón, sin perderse veladas con piano a cargo de la Madre. Describe un poco la casa, no el colegio, y el corral. Han dado paseos por el campo, celebran los primeros viernes gracias a la presencia del P. Menéndez, que muchos días les da la meditación a las 5 de la mañana antes de

la misa. Para darles envidia a las de Madrid que sufren el crudo invierno les informa del clima cálido del que gozan en Pinar del Río. Así se expresa Josefa Yuste, que, presa de tuberculosis galopante, moriría en octubre de ese año:

“Pinar del Río, día 18 de Enero de 1898

Mi querida en J.C. Madre Sánchez:

Tengo el grandísimo gusto de escribirle esta cartita para que vea Vd. que cumplo lo que le ofrecí y al mismo tiempo comprendiendo que también tendrán ustedes deseos de saber de nosotras; gracias a Dios estamos muy contentas, a pesar de tener que ir todas las noches con la cruz auestas. Si viera Vd. cuánto nos reímos cuando vamos todas las Hermanas en fila con nuestras camas; para nosotras no es ningún trabajo, al contrario, lo tomamos como un rato de recreo.

Estas Pascuas las hemos pasado muy divertidas. La Rvma. Madre ha tocado muchos días el piano para que bailásemos; hemos comido mucho turrón y un guanajo. Me acuerdo mucho de Vd., porque creo que le había de gustar mucho esta casa; parece una casita de campo; tenemos un patio bastante grande, con muchos plátanos y varios árboles frutales, también tenemos un cerdito, una cabrita, gallinas y pollos, patos y muchas palomas tan domesticadas que andan por toda la casa.

Un día hemos ido en coche, la Rvma. Madre y Madre Hurtado, María Pastor y yo; pasamos un buen rato, porque el paseo era muy hermoso, está lleno de árboles frutales y la Madre Isabel nos ha prometido que, cuando sea el tiempo de la fruta, iremos por la mañana temprano a coger mangos y guayabas.

Los primeros viernes de mes, tenemos un bonito ejercicio al Corazón de Jesús; viene el P. Menéndez y nos da la bendición con el Santísimo; todos los días tenemos misa y muchos se aparece el P. Menéndez a las cinco de la mañana para hacernos la meditación, que concluye siempre con una buena plática.



Colegio de Pinar del Río

No se pueden imaginar la temperatura que hay aquí; cuando nos vamos a acostar nos da pena no quedarnos un rato en el patio a disfrutar de la hermosura de la noche con

la luna, que no se pueden ustedes figurar lo bonito que hace con tantos plátanos que tenemos; de tal modo no sentimos frío que algunas noches se nos olvida cerrar la ventana del cuarto y después de acostarme tengo que levantarme a cerrarla.

Mis cariñosos recuerdos a las Hermanas y besos a las niñas y con un fuerte abrazo a la Madre Pujalte, y Vd. recibe el cariño de su humilde sierva en J. C.

Sor Josefa del C. de J.”.

3. VISITABA NUESTRAS AULAS Y NOS PRESIDÍA EN LA CAPILLA

Pinar del Río quedaba en cierto sentido alejada del campo de batalla una que vez que Maceo había sido encontrado muerto en la batalla de Punta Brava el 7 de diciembre de 1896. Los frentes se habían centrado principalmente sobre las puertas de las grandes ciudades de La Habana y de Santiago.

Por esto, el colegio funcionaba con casi entera normalidad, abría todos los días y se dictaban las clases como si nada pasara. El 2 de febrero de 1898 se celebró una gran fiesta, recordando el 21 aniversario del nacimiento de la Congregación en la calle de Claudio Coello de Madrid. Durante la misa, celebrada por el P. Menéndez, la Madre Isabel y la Hermana Yuste lucen sus dotes artísticas en el piano y en el armonium. Por la tarde, en el salón de actos, se presenta El Triunfo de María, zarzuela religiosa. María Pastor, la postulante que aún no había tomado el hábito, aparece en el escenario con el papel de la Virgen María, y la Hermana Yuste corre con la parte musical. La Madre Isabel se reserva, molestanda por su débil corazón, y la M. Hurtado lo organiza todo a las mil maravillas con el aplauso de la Madre. Las alumnas con sus familias y todas las autoridades de Pinar del Río quedan muy complacidas. Era la postrera fiesta de su vida ante la derrota de España que se avecina.

Hay que informar que la Madre trajo de España con mucho cariño y solicitud una tacita y una campanilla de la Santa Casa de Loreto y un clavo grande, con su relicario y todo, tocado en uno de los clavos de Nuestro Señor Jesús comprados en Roma por la misma Madre en 1891. Además, para poner su colegio cubano a la altura de los de Madrid en punto a catequesis, se llevó en las maletas el material escolar que pudo: un compendio completo para las clases de párvulos, la Historia Sagrada y el Catecismo en estampas grandes y muy bien policromadas y otros libros y objetos para la enseñanza de las niñas mayores.

Aliviada del trabajo por su cargo con pocas Hermanas y solo un colegio, la Madre gastaba mucho tiempo en la formación de las niñas. Por fortuna, varias de aquellas alumnas, pasados ya sus 70 años, recordaban los pasos de la Fundadora. Decía una que “visitaba nuestras aulas y nos presidía en la capilla y se ocupaba de la educación de las niñas en el colegio”.

Las niñas se fijaban en todo: que vestía siempre con mucha humildad y que de ordinario llevaba el hábito y la toca muy zurcidos. Siempre les llamó mucho la atención verla sentada al armonium y al piano, porque no les pasaba por la imaginación que una Superiora General y Fundadora supiera tocar, ensayar los cánticos y dirigirlos.

Doña María Rodríguez Herrera confiesa que llegó a mantener con ella amistad y trato frecuente, porque “como yo almorzaba en el colegio, todos los días después del almuerzo me sentaba en una banquetita que la Madre Isabel tenía siempre a sus pies y allí rezaba con ella el santo rosario”.

Mucho se les graba que era optimista y alegre, bondadosa y, sobre todo “que siempre estaba sonriente”. Cuando reprendía, lo hacía con un tono amable y caritativo. Con todas se manifestaba amable; pero tampoco olvidan que su temperamento era enérgico con suavidad. Especialmente recordaban que a las

niñas de la clase de pobres las trataba muy bien y con mucho cariño las llamaba, inventaba cuentos y anécdotas que las hacía reír. Los parvulitos la miraban como a una santa y, cuando iba a la clase a ver cómo les explicaba la Hna. Balaguera el catecismo, ellos se embobaban mirándola y ya no atendían a nada.

4. CONSEJOS Y EJEMPLOS PARA LAS ALUMNAS

Los meses que permanece en Pinar del Río durante las dos estancias de la Madre, les deja a las chicas huellas indelebles acerca de las virtudes humanas que debían presidir su vida de futuras mujeres de la sociedad pinareña y cubana.

Pronto captan que no se dejaba influir por simpatías o antipatías, porque trataba a todas de igual manera. No mostraba preferencias. Esto las sorprendió mucho y se les clavó en la mente, porque había sobradas excusas para comportarse de manera contraria. Por ejemplo: amaba mucho a las niñas, pero, si se quiere perfilar totalmente este amor, confiesan que manifestaba preferencias por las pobres. Socorría con limosnas y alimentos a los niños pobres que acudían a las puertas del colegio. Tenía reservada una clase gratuita para párvulos pobres y de raza de color. Había ordenado que todo menesteroso que llegara a casa fuera socorrido con alimentos o limosnas.

No es menester recordar el número de niños menesterosos que llamaban a la puerta. A la Madre se le caía el alma viéndolos con la carita sucia, mal vestidos y mendigando. Los más pequeños eran las niñas de sus ojos. Lo mismo cabe afirmar de los que contrajeron la fiebre amarilla o fueron heridos en el frente de batalla. Sin distinguir a los cubanos de los españoles ni a los insurrectos de sus perseguidores, a todos cuidaba y curaba ella misma y sus Religiosas. Doña Herminia Rodríguez San Pedro, alumna estos días, se atreve a afirmar que “estaba dispuesta a dar su vida por cumplir la caridad para con el prójimo” y sin hacer distinción entre los de uno y otro bando. Veían a la Madre salir al portal a reprender a los soldados españoles que proferían blasfemias contra la Sagrada Eucaristía, contra la Virgen o los Santos. Bien les advertía con caridad que se hacían merecedores de grandes castigos del cielo.

A estos maravillosos ejemplos, añadía la formación espiritual, algo esencial para un cristiano, seguidor de Cristo desde el Bautismo. Llega a afirmar Doña Herminia que la devoción predilecta de la Madre Isabel era la Eucaristía. La veían frecuentemente en la capilla haciendo visitas al Señor. Les inculcaba la comunión frecuente con la santa misa. Les explicaba este misterio y aconsejaba que comulgaran los domingos y las fiestas. Insistía mucho sobre la misa, particularmente a las externas. La misa diaria se celebraba a las 7 de la mañana, y preguntaba a las alumnas externas que llegaban a las 8 para empezar las clases: ¿No podíais venir a las 7 y asistir a la misa del colegio? Todas veían el esmero grande que ponía en la celebración del culto divino.

Mucho recomendaba a las alumnas algunos rezos: el Trisagio a la Santísima Trinidad, particularmente en tiempo de tempestad o de tormentas; el rosario que diariamente lo rezaba con María Rodríguez Herrera; el mes de mayo, cómo lo

preparaba y lo celebraba adornando personalmente el altar y dirigiendo las oraciones y tocando el armonium.

Ponía especial énfasis en la devoción a la Virgen, les hablaba mucho de ella, les instaba a imitar sus virtudes, particularmente la pureza y la humildad. Celebraba sus fiestas con la solemnidad posible y atendiendo personalmente el adorno de la capilla y de la imagen de la Virgen; gozaba, sobre todo, oyendo los cánticos de las niñas que ella misma les había enseñado o ensayado acompañándolos con el armonium.

Mucho les inculcaba la devoción personal al santo Ángel de la Guarda, a quien debían encomendarse diariamente y en especial en los peligros de alma y de cuerpo. Igualmente insistía mucho en la presencia de Dios. En muchos lugares del colegio había puesto carteles con letra grande: “Dios me está mirando”. Era un método precioso e intuitivo para mantenerse en gracia de Dios, alabarle y darle gracias.

“Nos recomendaba tener gran confianza en Dios”.

“Teníamos que agradecer a Dios todo lo que nos manda, lo mismo bueno que malo, porque todo lo ordena para nuestro bien”.

No consentía la mentira. Dios era nuestro Padre cariñoso.

5. NO SE COMETIÓ LA INJUSTICIA

En los colegios, como en todas las colectividades, se pueden cultivar los mayores actos de caridad y de justicia y, al revés, grandes actos contra estas virtudes. Por simpatías o antipatías, mirando a la pobreza o a la riqueza de los padres o por compromisos sociales o por el prestigio del centro educativo y otras causas de influencias internas o externas, ocurren acontecimientos turbios y se levantan tormentas entre los colegiales y sus familias con la dirección del colegio.

En Pinar del Río ocurrió un hecho en el que intervinieron las autoridades civiles con la dirección del colegio y hasta el mismo Sr. Obispo Don Manuel Santander. Y todo por conceder el premio a una alumna que lo había merecido según las normas de los exámenes, o a otra colegiala, inferior en las notas, pero que había proclamado el discurso de salutación en la gran velada con derroche de gracia y simpatía. Téngase en cuenta que las dos eran hermanas y, por tanto, sus padres no quedaban en mal lugar. Había entre las alumnas partidarias de la gran oradora que levantaban la voz y querían imponer a todas su opinión.

Ante el tumulto, aparece la Madre Isabel y da a todas unas magníficas lecciones de justicia y de paz. El hecho fue muy comentado durante años y merece ser conocido, según lo cuenta Doña Dolores Montagú y Vivero, la niña que podía haber sido preterida:

“Había finalizado el curso quedando en los primeros puestos María Joaquina Álvarez Prida, yo y María Rumayor (no recuerdo si otras niñas también), mereciendo cruces de oro, o sea, los primeros premios. Yo era lo que ahora llaman “una niña

filomática”; pero mi hermana Andrea, aunque siempre estaba en la sección de las más adelantadas, nunca se preocupó de calificaciones altas o bajas, ni optó a ningún premio.

A la fiesta de fin de curso fueron invitadas las Autoridades Civiles y el Ilmo. Sr. Obispo Santander. Mi hermana era una niña hermosa, blanca, rosada, de pelo negrísimo y rizado y ojos grandes y parlanchines. Tenía mucha gracia y despejo y fue elegida para pronunciar el discurso de salutación. Lo pronunció haciendo derroche de gracia y simpatía. Fue tan celebrada y aplaudida, que las Autoridades y Presidencia del Acto la hicieron subir al estrado para felicitarla. El reparto de premios se efectuaría el próximo domingo en la Iglesia Parroquial, después del catecismo.

Aunque ya se habían terminado las clases, seguimos concurriendo al Colegio dos o tres días hasta que llegara el domingo.

Al día siguiente hubo gran agitación entre las niñas, porque se decía que las Autoridades le habían pedido a la Madre que le diera un primer premio a mi hermana, porque, aunque no era de las primeras, había obtenido calificaciones altas, y, como yo era su hermana, podía quitárseme el premio para que ella lo obtuviera, no lastimando así a mis padres, ya que una de las dos sería premiada. También se rumoreaba que, en el caso de una negativa, se corría el riesgo de que le retiraran al Convento la concesión de ocupar la casa gratuitamente.

Cuando yo llegué al Colegio, me encontré a María Rumayor indignada y al resto de mis compañeras dispuestas a protestar. Mi hermana (a quien yo adoraba) quería ir a renunciar al premio (en caso de que se lo otorgasen) por no haberlo merecido. Agobiada y helada de angustia, yo suplicaba a mi hermana que no apoyara la rebeldía de nuestras compañeras y dejara que nuestras profesoras resolviesen, pues me parecía imposible que aquello fuera cierto. Inconscientemente habíamos alzado la voz, y en esto apareció la Madre Generala. Tenía una expresión de profunda tristeza, las manos fuertemente cruzadas. Con aquella voz, siempre suave y persuasiva, se dirigió a nosotras:

‘No quiero volver a oír una palabra sobre este asunto. Es cierto que se nos ha pedido un primer premio para Andrea, pero yo he contestado negativamente, en la forma más cortés, y expresando al mismo tiempo la gratitud de nuestra Institución por la ayuda que se nos presta, pero tratando de hacer comprender la imposibilidad de cometer una injusticia. ¿Qué decepción, qué duda no se infiltraría en sus mentes juveniles, si sus profesores fuesen capaces de faltar a la rectitud y a la justicia de que está impregnada nuestra santa Religión? Tratamos de prepararlas a Vdes. para que sean madres cristianas, los pilares del hogar cristiano futuro. Si de todo esto se deriva un perjuicio material, lo soportaremos y Dios proveerá. No puedo faltar a los dictados de mi conciencia, y ninguna adversidad me haría desistir de la dedicación de mi vida a la propagación de la fe, a la salvación de las almas, a la mayor gloria de Dios’.

Hizo una pausa; estaba transfigurada. Todas teníamos un nudo en la garganta.

-añadió-, ni un comentario más. Su Ilustrísima, el Sr. Obispo, se ha hecho cargo de resolver este asunto y nosotras tenemos el deber de acatar su decisión’.

Al retirarse, la vimos entrar en la Capilla. No le retiraron la concesión al Colegio.

La elevación de alma, la rectitud, espíritu de sacrificio, la fe inquebrantable y el infinito amor a Dios de la Madre Generala, se han quedado grabados para siempre en mi corazón”.

CAPÍTULO XVIII

EN LAS CUMBRES DE LA CARIDAD Y DEL DOLOR EN LA HABANA, marzo a diciembre 1898

No se entiende hoy que Mons. Manuel Santander, Obispo de La Habana, quiera fundar otro colegio en la capital de su diócesis estando en plena guerra, cercada la ciudad por la poderosa escuadra naval de los Estados Unidos con las fatales consecuencias y privaciones, con la inseguridad de la calle, la penuria de alimentos y de medicinas y sin futuro para el centro, el cual sobrevivía o no según la voluntad de los vencedores. Cuando el Obispo llama a la Madre para mostrarle sus deseos, debió de quedarse sin palabra porque esperaba que le pediría una obra benéfica para recoger huérfanos de la guerra o para asistir a los hospitales nuevos, carentes de personal asistencial. La situación se presentaba tan adversa que el mismo Obispo Santander publicaba el 22 de abril de 1898 una circular dirigida a los Capellanes Castrenses para ponerles en estado de alerta ante la posibilidad de un ataque de los insurrectos contra la Capital, contra La Habana.

Según narra la historia, Mons. Santander nunca supone la derrota, a pesar de la declaración de guerra de los Estados Unidos. Aun así, no estaban los tiempos para abrir un colegio; pero la Madre no podía negarse a un Prelado de la Iglesia que la llamaba, precisamente, en tiempo de guerra, a prestar ese servicio a la iglesia cubana.

1. LE SEGUNDA FUNDACIÓN DE CUBA: LA HABANA, marzo 1898

Mons. Santander y la Madre Isabel se entrevistan en La Habana pasadas las Navidades. Los dos se envuelven en el manto de la Providencia. A mediados de febrero de 1897 vemos a la Madre con la Hermana Epifania Mochales buscando una casa en La Habana, y la encuentran en la céntrica calle Ancha del Norte, n. 149. El 1 de marzo formaliza el contrato con los dueños. El Obispo se compromete a pagar el alquiler durante tres meses. De Pinar del Río llegan, para limpiarla y asearla, las Hermanas Dolores Fiz y Josefa Yuste. Las cuatro se hospedan, como siempre que llegan a La Habana, con la familia García Rey. El lunes 21 de marzo, se trasladan a la calle Ancha del Norte. Allí faltaba todo. Este relato descubre aquella gran pobreza:

“Quedaron en La Habana dos Hermanas, y marchó nuestra Madre Fundadora y la M. Hurtado con las demás Hermanas a Pinar del Río. Al día siguiente, dijo Don Ramón García al criado que fuese a ver si las Hermanas necesitaban algo y si estaban bien instaladas. Al volver el muchacho, empezó a hacer exclamaciones, diciendo: ¡Qué pobrecitas!

Entonces Don Ramón, alarmado, le preguntó, pero di pronto: ¿les ha sucedido algo a las Hermanas? No, señor, le contestó, pero allí no hay ni una silla, ni cama, solo vi un pucherito pequeño y, a fuerza de preguntarles, porque ellas decían que habían dormido bien, pude sacar en consecuencia que habían dormido sentadas en unos poyetes que había en los balcones; que era una casa sumamente reducida.

Entonces Don Ramón marchó en seguida a ver a un señor que tenía muebles, al que él le había hecho siempre mucho gasto, y le dijo: vaya, muchas sillas

tiene Vd. aquí, muchas camas, etc., ¿no querría hacer una obra de caridad? Y aquel señor le dijo que para eso había que estar siempre dispuesto. Y, al contarle Don Ramón la situación de las Hermanas, cargó un carro de sillas y de toda clase de muebles, que fue tan abundante que ella cree que sería muy poco lo que tendrían que comprar las Hermanas; que cayeron allí, como suele decirse, de pie”.

Del Obispado llegaron también algunos muebles. Pronto entienden que la casa es pequeña para poder establecer en ella las clases de un colegio; pero, al menos, se habían instalado y el tiempo abriría mayores horizontes. Y así fue. En junio encuentran dos casas unidas en la misma calle, números 180 y 182, y a ella se trasladan después de prepararla conforme exigía un colegio. El trabajo para las Hermanas, sin excluir a la Madre, se deja suponer. Aquí comenzaría el nuevo curso. Madre Isabel con las Hermanas y el Obispo no ven la realidad. Ciegas en su misión, piensan que serán respetadas por todos.



Colegio de La Habana

2. OTRA GRAN IMPRUDENCIA: NUEVO ENVÍO DE HERMANAS EN LA FASE FINAL DE LA GUERRA, marzo 1898

La Madre Isabel sigue cometiendo grandes imprudencias mirándolas desde la tierra. Acaso ninguna Fundadora ha fundado colegios clásicos en medio de la guerra ni mandado venir a la fundación a Hermanas en un barco que debía navegar por la noche con las luces apagadas por temor al enemigo y cuya tripulación era solo de soldados destinados a los frentes de batalla, y ellas, las Religiosas, las únicas mujeres de la nave. Son hechos solo comprensibles desde la galaxia celestial en que se vive. No se piensa que las hermanas podían morir en la travesía por los torpedos de los barcos de guerra enemigos.

Una vez que la Fundadora acepta la nueva proposición, necesita más personal y lo pide a Madrid. Léase esta carta de la Madre a su representante en Madrid, la Beata Dolores Pujalte Sánchez, en la cual no se cita ni la palabra guerra. Como si vivieran en Cuba dentro del mismísimo paraíso terrenal:

“J H S

Pinar del Río, 10 de Marzo de 1898

Mi querida en J. C. M. Sánchez:

Por la carta que he escrito a la M. Pujalte verá V. cómo tenemos casa en la Habana y necesitamos vengan más Hermanas. Por la de usted que recibimos ayer veo que no ha entrado ninguna que se la pueda fiar la clase; así que si ustedes no

encuentran otras mejores (aquí las iremos también formando) manden, por mandato mío, a la hermana María Luisa Muñoz, Hna. Segovia, Hna. Petra López, Hna. no sé cómo se llama, pero es la que fue de Mont Blanch días antes que nos viniéramos, y, si les parece, la Hna. Soledad Vázquez.

Mucho me alegro tengan tan buen Capellán, lo que es preciso es que dure. Cuando reciba ésta, ya habrán tomado el santo hábito las nuevas postulantes; mándeme una lista de todas las que están en Santa Susana, de sus nombres, edad, pueblo y si tienen padres, y hasta aunque ligeramente dígame sus habilidades o disposición.

Cuando las novicias hayan pasado un año en el Noviciado, mándelas a la calle Tutor, porque si están siempre en Santa Susana se acostumbrarán a esa vida y después no quieren ir a otra parte, y precisamente nuestro Instituto es para esparcirnos por todas partes, para enseñar la Doctrina Cristiana, que buena falta hace en todos los pueblos.

Este año, Dios mediante, el viernes de Dolores estaré en La Habana ¡quién nos había de decir el año pasado cuando pasé el día tan agradable con ustedes que este año estaría estableciendo una nueva casa en La Habana! El año que viene ¿dónde estaré? Dios lo sabe...

Mucho me alegraré y espero en Dios será así, que pase usted su día con felicidad; desde aquí la acompañaremos y pediremos al Sagrado Corazón de Jesús le dé lo que mejor le convenga para su santificación.

Mis cariñosos recuerdos a todas, y usted lo que quiera de su sierva en J. C.

Sor Isabel del C. de J."

En Madrid obedecen a la Madre y preparan una expedición de Hermanas, conforme a las órdenes recibidas: Margarita Segovia, profesa, Concepción Vázquez, María Contijoch y Petra López, novicias. Se embarcan las cuatro en el Vapor Reina Regente el 20 de marzo de 1898. Cuando ya habían abandonado las aguas territoriales españolas, se enteran el capitán del barco de la declaración de guerra de los Estados Unidos, 21 de abril, y prosiguen la navegación con mil precauciones, como navegar a oscuras por la noche. Es menester repetir que las cuatro Religiosas eran las únicas mujeres del barco, lo cual significa que ni las esposas de los militares -fueron aquellos militares los últimos destinados a la guerra de Cuba- quisieron o pudieron acompañar a sus esposos, por el peligro cierto de apresamiento por la poderosa flota estadounidense o por la cercanía de la muerte en medio del océano. Años más tarde, la Hermana Margarita Segovia, una de las cuatro religiosas viajeras, aportaba alguna noticia del viaje y la llegada a Puerto Rico, desviación obligada por la presencia de las naves enemigas. Habla en tercera persona:

"El viaje lo hicieron con muchos sobresaltos, por la noche y casi a oscuras para evitar el ser sorprendidas, por ser el vapor español. En este solo iban militares y las Hermanas, las que tuvieron muchísimas atenciones de parte de la tripulación; incluso los de la casa consignataria al llegar a Puerto Rico pusieron un cablegrama a la Madre diciéndole que habían llegado bien. Nuestra Madre les mandó otro animándolas y exhortándolas a que tuvieran paciencia al ver que se prolongaba su llegada. Ellos mismos fueron a hablar con el Gobernador Eclesiástico, (los Sres. Obispos ya se habían venido a la Península),

siendo alojadas por éste en el convento de las Siervas de María, donde estuvieron los cuatro meses, mostrándoles estas religiosas toda clase de atenciones.

El 12 de mayo fue el primer bombardeo de Puerto Rico; muy de mañana empezaron a arrojar bombas explosivas, de las cuales uno de los fragmentos que pesaba más de trece libras cayó en la Iglesia en el momento en que las Hermanas estaban haciendo oración; quedaron envueltas de los escombros, en medio de un gran pánico y sobresalto. Afortunadamente no les pasó nada y cesó el bombardeo a las 9 al ser repelido por nuestra artillería. La paz se firmó el día 13 de agosto”.

Los yanquis detuvieron el barco en Puerto Rico y las Hermanas quedan como todo el pasaje militar, a disposición del enemigo. Menos mal que el Gobernador eclesiástico las reclama, son liberadas y recogidas por otras Religiosas españolas, las Siervas de María. Quiso Dios que no las matara la metralla mientras oraban en la capilla. Al fin, pueden salir de Puerto Rico y llegar a La Habana el 8 de septiembre de 1898, cinco meses largos después de haber abandonado España. La misma Madre Isabel, con las Hermanas y muchos amigos, las esperaban en el muelle, y desde aquí no las lleva a casa sino al hospital para atender a los enfermos y heridos.

3. COMIDA DIARIA A 40 O 50 NECESITADOS SIN DISTINCIÓN DE RAZA NI DE TENDENCIA POLÍTICA ALGUNA

Es necesario añadir que en la postdata de la carta de la Madre Isabel a la M. Pujalte, se lee una buena noticia que aporta la M. Hurtado:

“Nuestra Rvma. Madre, gracias a Dios está bien, y la pobre con mucho trabajo, está bastante más delgada que cuando vino y no se le hinchan los pies”.

La noticia es del 10 de marzo de 1898.

Un mes antes de que abrazaran a las cuatro Hermanas desviadas a Puerto Rico, la Madre había conseguido la gracia más grande para ella: una habitación para capilla y un sagrario donde reposar el Amado de su alma. El Obispo Santander premia con su presencia y bendición el gesto heroico de la Madre y de sus Hijas de acceder a sus deseos de abrir el colegio. Fue el 5 de agosto de 1898, fiesta de Nuestra Señora de las Nieves cuando las visita, bendice la capilla y celebra la primera Eucaristía y deja reservado el Santísimo Sacramento. “Con Él en casa - recordaba la Hermana Dolores Fiz, asistente al acto- la Madre era feliz”.

Curiosamente, entre las mayores noticias conservadas de los trabajos en La Habana, apenas se menciona al colegio, y se anotan las grandes obras de caridad que prodigan en la ciudad. En ella habían recogido las autoridades militares cientos y cientos de habitantes de otras poblaciones que huían de los horrores de la guerra. Nadie supo decir el número de refugiados, faltos de comida, amontonados sin higiene y expuestos a las epidemias.

Para aminorar tanta desgracia alquiló otra casa para proporcionar comida a cuarenta pobres, porque el hambre se había enseñoreado de la situación. La Hermana Dolores Fiz, testigo presencial, afirma:

“La gran caridad de la Madre no podía sufrir aquello y, dando de lado a las necesidades de la propia casa y a las suyas mismas, pensó solo en atender a las del prójimo con cuantos recursos pudimos allegar. Unas veces con los pequeños haberes de la Comunidad y otras implorando la caridad ajena, fue repartiendo día a día comida sana y buena a 40 ó 50 necesitados sin distinción de raza ni de tendencia política alguna; y así hasta que terminó la guerra”.

Malos días para llamar a las puertas mendigando para los más necesitados. La Madre con sus Hijas, auténticas Hermanas de la Caridad, supieron pedir con modales tan evangélicos que nunca les faltaron alimentos y lo necesario para prepararlos y presentarlos a los pobres hasta la entrega de la Isla. Principalmente, se valió de los Supremos Jefes militares, cuya amistad aprovechó para pedir y recibir grandes cantidades y socorros con que paliar las necesidades de tanta gente.

Si se desbordaba con las gentes necesitadas, delante llevaba siempre a sus Hijas de Pinar del Río, que pasaron muy malos días durante unos meses desde la declaración de guerra de los Estados Unidos, 21 de abril de 1898 y hasta que desbloqueó aquel puerto el 13 de agosto del mismo año. Las Hermanas fueron socorridas por la Madre Isabel con cuanto pudo. Enviaba en el tren a la Hermana Dolores Fiz con provisiones y, milagrosamente, siempre llegó ella, se salvó ella con los auxilios. La Hermana Jacoba Balaguera lo repetía muchas veces:

“Se fundó la casa de La Habana, y nuestra Madre se trasladó a ella, y al poco tiempo de su traslado tuvimos en Pinar del Río cuatro meses de bloqueo, y todos los días tenía que pasar alguna avería en el tren; unas veces que habían volado el tren, otra que lo habían tiroteado, y nuestra Madre, sabiendo la necesidad en que estábamos, mandaba una Hermana (Hna. Fiz) de vez en cuando con una cesta de provisiones, y nos admirábamos de que el día que iba la Hna. el tren llegaba a su hora y sin ocurrirle nada, y todas lo atribuíamos a las oraciones de nuestra Madre, que continuamente oraba por nosotras y alcanzaba del Señor lo que le pedía para sus hijas queridas como nos llamaba”.

Esta imprudencia tan constante es menester asegurarla con el testimonio de la Hermana Fiz. No puede nadie extrañarse de que un Fundador proteja con su carisma recibido del cielo a sus discípulos, llamados, como él, para cumplir una misión, misión que no se realizaría sin un auxilio especialísimo. Anota la Hermana Fiz:

“Mucho trabajamos y sufrimos en aquel tiempo; y la Madre parecía que se multiplicaba. Ni se olvidó de las Hermanas de Pinar del Río. La ciudad, medio sitiada, era igualmente presa del hambre, y las comunicaciones con ella harto difíciles.

No obstante, les mandaba de cuando en cuando una cesta de provisiones que yo misma me encargaba de llevar. Y, a pesar de la frecuencia con que ocurrían siniestros y averías en el ferrocarril, en los viajes que yo hice por entonces no ocurrió ninguna desgracia, y todas unánimes lo atribuíamos a las oraciones de nuestra querida Madre, pues estábamos convencidas de que siempre oraba por nosotras”.

La valentía de la Hermana Fiz se parecía a la de su Madre Fundadora, segura de que protegía a su Hija cuando la ponía en tanto peligro.

4. EN LOS GRANDES HOSPITALES DE LA HABANA

No podían la Madre Isabel y sus Hijas quedarse de brazos cruzados ante los heridos en el frente de batalla. Si en Pinar del Río derrochan la más fina caridad, en La Habana la multiplican.

Hasta La Habana habían trasladado los heridos de Pinar del Río en junio de 1896. Había que reorganizar las fuerzas, los médicos, los auxilios. Por ello, los hospitales rebosaban de militares heridos. Sabemos que cuando llegan de Puerto Rico las cuatro Hermanas las acompañan a los hospitales. Las meten de sopetón en un ambiente para ellas desconocido, con el que iban a convivir varios meses. Con la Hermana Fiz visitaba la Madre los hospitales de San Ambrosio y de Alfonso XIII. Ella enferma, añadía a su sufrimiento los sufrimientos de aquellos soldados faltos de cariño. La Hermana Fiz añade a tanta caridad el detalle de ser ellas tan pocas hasta que llegaron las de Puerto Rico:

“Y, no obstante su poca salud, quebrantada a la vez por el sufrimiento moral de la situación, hallaba tiempo también para visitar a los enfermos y heridos, soldados en casi su totalidad, en los Hospitales de San Ambrosio y de Alfonso XIII, llevándoles el consuelo de la religión cristiana y aliviando muchas de sus necesidades. Y esto con solo la ayuda de tres Hermanas, pues las que habían de completar la Comunidad, salidas de España en abril, estaban detenidas en Puerto Rico por el bloqueo que ocasionó la intervención yanki en aquella guerra. Tal detención aumentó mucho sus sufrimientos y preocupaciones en los cuatro meses largos que duró”.

La Hermana Dolores Fiz ha comprendido en demasía las caridades de la Madre en los Hospitales de La Habana. De saberlo todo, habría que llenar un volumen. Cada soldado herido contaba su propia historia, repleta de anécdotas, iluminadoras de sus lances en los frentes de batalla, de sus heridas, de sus días y semanas de dolor en aquellos catres duros y fuertes. La paciencia de la Madre en escuchar tantas cuitas, sus consejos, su ternura que se desbordaba con cada uno, sus exhortaciones a reemprender la vida cristiana, sus encuentros con los sacerdotes para recomendarles a aquellos pobres soldados, lejos de su madre y seres queridos, entretenían a la Madre Isabel muchas horas.

Por fortuna, en el Proceso de Canonización de la Madre se encuentra el testimonio muy elocuente de Don Cruz Melara Yagüe, practicante de medicina en aquellos grandes hospitales, de larguísimas salas repletas de camas y heridos y enfermos, y testigo de los hechos. Las palabras del Sr. Melara revelan un poco la faceta de la Madre Isabel atendiendo maternal y cristianamente a los enfermos, heridos y convalecientes. Dice así:

“DECLARO: Que en el año 1898 conocí en La Habana, Cuba, a la Rvma. Madre Isabel del Corazón de Jesús Larrañaga, a quien vi varias veces visitando a los soldados enfermos y heridos en los Hospitales de Alfonso XIII y San Ambrosio Madera cuando yo ejercía en los mismos mi profesión de Practicante de Medicina.

Las visitas preferentes de esta Religiosa eran para los atacados de fiebre amarilla y paludismo, males predominantes, vómito negro, en los más de los hospitalizados en dichos lugares.

La caridad y la bondad de esta mujer en tales visitas no hay palabras con que describirlas; era lo que no se puede decir.

Con sus palabras, tan llenas de espíritu cristiano, transformaba por completo el ánimo de aquellos muchachos enfermos y desalentados por los reveses de la guerra; los animaba y levantaba su espíritu como nadie más sabía hacerlo.

Cuando en su nostalgia los soldados de España, vencidos y lejos de los suyos, estaban, además, enfermos, era natural la pena que se unía a su abatimiento. Recuerdo aún algunas de las expresiones que la Madre Isabel les dirigía con tanta amabilidad y fruición:

“Pero si la caridad está aquí, y con ella Dios Nuestro Señor; yo soy ahora tu madre y Él tu todo. ¿Qué necesitas?”

Y los tranquilizaba como solo una santa sabe hacerlo.

Recuerdo perfectamente de dos enfermos de la ciudad de Cáceres, llamados Nicolás Nevado y Germán Cuenca, atacados de vómito negro, y los cuales sentían una gran angustia al tener que morir fuera de España, y dicha Religiosa, con sus palabras de consuelo, cariño y resignación cristiana, alcanzó que su muerte fuese altamente en conformidad con la Voluntad de Dios.

También hago constar que, durante las horas nocturnas de guardia que tenía, se preocupaba grandemente de que no les faltase café, tabaco, licores y su trozo de “Panetela” (trozo de bizcocho conocido con dicho nombre en aquella tierra) para que de esta forma pasaran la noche más agradablemente.

De la misma forma indico la gran influencia de dicha Religiosa con los mandos militares, entre los que recuerdo: los generales Pando, Arola, Linares y Vara del Rey²⁸, siempre pretendiendo el mejor trato de los superiores para los soldados en conformidad con la idea que ella tenía de la caridad cristiana.

Con aquella confianza que les inspiraba su trato amable y lleno de caridad, ellos se atrevían a pedirle un escapulario, otros un libro, para todos tenía.

A pesar de tantos años transcurridos, jamás se me ha borrado de la mente el continente de grave religiosidad y nobleza de aquella religiosa, Madre Isabel del C. de J. Larrañaga, Hermana de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús.

La frase que tengo para resumir la gran caridad de la expresada religiosa es: “Que de buena se caía a pedazos y no se puede decir más”.

5. PAÑO DE LÁGRIMAS

A vista de pájaro nos damos cuenta de la triste situación de la Madre Isabel y de sus Hijas en Cuba. Las dos casas, la de Pinar del Río y la de La Habana, se mantienen bajo mínimos. Demasiadas privaciones en alimentos y vestido, pero sobre todo la intranquilidad en el presente y en el porvenir. Sin paz, sin seguridad en la calle. Viven en el vacío. No obstante, la Madre Isabel trasvasa el perfume envidiable de su fe en Dios que las ha trasplantado a Cuba para sus fines en aquellos momentos.

Ahora la Madre se presenta con tal finura divina y maternal que causa enorme admiración, porque es Hermana de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús. Está hermanada con la Caridad infinita del Corazón Deífico de Jesús. Hablan los testigos:

“Siempre era la última en todo lo que fuera satisfacer las propias necesidades. Había sufrido con tanta paz y alegría las muchas estrecheces ocasionadas con la fundación del colegio de La Habana y de los meses del bloqueo

²⁸ Se trata del General don Luis Manuel Pando Sánchez, en estos días luchando en Cuba, que era contrario a Weyler y favorable al General Ramón Blanco (1833-1906), último Gobernador de Cuba y el encargado de entregar Cuba a los norteamericanos; el General Don Arsenio Linares Pombo y General Don Joaquín Vara del Rey (1840-1898) que muere en la acción El Caney defendiendo la plaza de Santiago de Cuba.

en la capital, que edificó y admiró a todas las Hermanas, no obstante tener tan conocidas sus excelentes virtudes. En todo momento de lo que había proveía a todas con maternal equidad, y que solo cuando todas tenían, cogía para sí. Incluso, llegó a dormir en el suelo con mucho contento”

Otro dato. El ambiente pesimista que mascan. Por españolas no pueden salir a la calle con la cabeza alta. El mismo Obispo, Mons. Manuel Santander, sufre durísimas sátiras y reconvenciones. Nadie ha tocado este tema respecto a las Hermanas. Sin embargo, se sienten temblorosas. La Madre quería contrarrestar el panorama de la derrota española:

“Me contó, la misma Hna. Zaldo, la preocupación que le causaba a Madre Isabel el cansancio y tristeza que algunas veces advertía en sus Hijas, por las muchas penas y trabajos que pasaban con motivo de la guerra de la independencia de Cuba y epidemia desarrollada entonces. La Madre, incansable, ayudaba a todas con gran desvelo y caridad, a pesar de su delicada salud que preocupaba a todas. Entretanto, en esos momentos, la Madre no perdonaba medio para distraerlas con palabras de aliento y jocosidad, a fin de renacer en ellas la serenidad y paz que necesitaban en medio de tantos males.

Una vez, viendo la preocupación reflejada en algunas Hermanas al ir al comedor y sentarse a la mesa a tomar los alimentos, nuestra Madre Isabel, con naturalidad y presteza tomó unos palitos y comenzó a comer con ellos, exactamente como lo hacen los chinos, con lo cual las Hermanas, sin poderse contener, prorrumpieron en risas, olvidando al momento los sinsabores”.

Siempre se muestra la Madre esperanzada. Sabe intuir el malestar de aquellas mujeres jóvenes, sus Hijas, cuyo dolor es imposible ocultar y triturar. Pero ella se presenta siempre tranquila. La Hermana Margarita Segovia -la valiente que se mete con tres Hermanas en el Vapor Reina Regente entre centenares de soldados y padece el aislamiento en Puerto Rico y que se ve envuelta por los cascotes de la bóveda de la iglesia causados por los abusos de la escuadra yanqui- contaba la recepción de la Madre, desbordante de gozo al poder abrazarlas y tenerlas en su compañía sanas y salvas:

“No se cansaba la Madre de dar gracias a Dios porque ya nos tenía a su lado, ni de llenarnos de atenciones y muestras de santo afecto, y en su júbilo repetía muchas veces: ‘pobrecitas, ¡cuánto habrán sufrido!’. Mas nosotras comprendíamos que ella había sufrido mucho más”.

6. A LA AMARGURA DE LA DERROTA, LA MUERTE DE LA HNA. JOSEFA YUSTE, 21 octubre 1898

A todo esto, se va a añadir un acontecimiento muy luctuoso. Dios va a probar a la Madre Isabel pidiéndole, como a Abraham, la vida de su Hija Josefa Yuste, la niña de sus ojos en Cuba. La purificación era grandiosa. Antes pide al Obispo de La Habana que abrevie el tiempo de su noviciado para que pueda profesar pronto, porque la tuberculosis galopante la empuja al sepulcro.

El 18 de septiembre, aquel año domingo y fiesta de los Dolores de la Virgen, se tiene la profesión de la Hermana Yuste y de la Hermana Dolores Álvarez en Pinar del Río. La Madre viaja a esta ciudad y sufre en su interior lo que nadie sabe. Volvía

a La Habana con la imaginación alarmada pensando que en cualquier momento podían comunicarle la muerte de su Hija. Solo tenía 21 años y era la gran esperanza de la Congregación en Cuba después de la M. María Hurtado, por sus virtudes y sus excepcionales cualidades. He aquí cómo la Madre Isabel prepara el fatal desenlace y arregla, como una madre sabe arreglar, todos los hilos del problema. Se queda la Hermana Yuste en Pinar del Río al cuidado de la Hermana Celestina Zaldo, como enfermera. La Hermana Dolores Fiz, presente, informa:

“La Hna. Yuste, que era una de las cuatro que habíamos estado en la nueva fundación de La Habana, fue atacada de una tuberculosis galopante y falleció el 21 de octubre. Había sido alumna de la misma Madre Isabel y una de las mejores en la música. La Madre tenía en ella muy fundadas esperanzas en orden al Instituto, por lo que sufrió mucho con su pérdida; aunque la sufrió con heroica paciencia y santa conformidad.

Quando ya vio que el mal no tenía remedio, solo pensó en su preparación espiritual para la eternidad. Hizo su Profesión algo anticipadamente, y la Madre dispuso su traslado a Pinar del Río para su mejor asistencia y comodidad; y para evitar los peligros de la enfermedad, a la joven Hermanita María Pastor, que entonces era postulante, la trajo a La Habana con la Hermana, joven también, Jacoba Balaguera, a quien encargó de la clase de parvulitos para distraer la atención por su traslado”.

Todo se amontona sobre el corazón de la Madre Isabel pendiente de un hilo de Pinar del Río. La noticia no llegaba. Llegó tres días después de haber fallecido. Temían que su débil corazón, tan empobrecido con tantos golpes, se arruinase y terminara de latir.

En medio de tanta amargura, Dios prepara a la Madre y a sus Hijas un ángel de Dios, el sacerdote Don Manuel Menéndez, pieza clave y angular en la Congregación en Cuba. Lo manifiesta en los últimos días y momentos de la Hermana Yuste. Ante la terrible noticia sabe dar a su pluma tal tono de fe, de firmeza y de amor que la Madre Isabel fue bebiendo la amargura del cáliz con los ojos mirando a Aquel que le concedió la maternidad espiritual para bien de la Iglesia. Esta es la carta magnífica que el P. Menéndez escribe a la Madre dándole los detalles de la muerte de aquel ángel. La redacta desde Pinar del Río el 21 de octubre de 1898, día de la muerte:

“Pinar del Río Octubre 21 de 1898

Rma. Madre Isabel:

Mi muy amada hija en Cristo. Acabo de presenciar un triunfo, en el que la toca a Ud. la mejor parte después de Dios Ntro. Señor. Una hija suya, la hermana Yuste, ha triunfado y digo que ha triunfado, porque el Señor la ha favorecido con la perseverancia final y con solo esto puede Ud. darse por satisfecha y contenta de haber fundado la Congregación de Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús.

Figúrese Ud. que ha pasado a vida mejor con todos los requisitos del que muere en el Señor y, por tanto, una santa virgen más en el cielo rogando por Ud. en particular y, en general, por toda la Comunidad.

Después de recibir el Smo. Viático hace días, vino comulgando los días de comunión sin perder un día, hoy a las 4,30 de la mañana me vienen a buscar la Madre Hurtado y hermana Zaldo; llego, le doy la absolución, la sagrada Comunión, extremaunción y le aplico la indulgencia plenaria y todo lo recibe como una santa en su sano juicio y con edificación de todos; a continuación celebro misa, por la enferma in agonía constituta; ya revestido, se lo digo a la enferma y me dio un 'Dios se lo pague' que me enterneció; concluida la misa, manifiesto el Smo. Sacramento, rezo el Sto. Rosario y cuando la bendición con el Smo. se agravó más, pide perdón a todas; y empieza la agonía, le rezo las Letanías y recomendación del alma y terminando y volando ella al cielo fue uno. Laus Deo.

Ahora ¿quién puede dudar de la bondad de Dios Ntro. Señor?

¡Cuando aún no había digerido la Sagrada Forma y recibido la indulgencia plenaria la lleva su Divino Esposo!!!

Por eso vuelvo a repetir, ha sido un triunfo y yo me complazco por tener una hija espiritual que ruegue por mí en la mansión de los justos.

Demos gracias a Dios por tanta bondad y denos a nosotros su Divina Majestad una muerte semejante.

Dispénsame, amada hija, que sea tan lacónico, tengo que preparar un lugar a este cuerpo exánime y quiero que vaya con toda pompa a pesar de la regla de Ud., pues es mi voluntad y sé que también es la de Dios que ensalza a los humildes".

El problema venía de darle o no la carta del P. Menéndez con la fatal noticia. Resistieron uno, dos y tres días. Solo tres días por si lograba enterarse por otras vías, lo cual sería un baldón. Al fin, se valieron de una persona ajena, el Canónigo Don Juan Álvarez, que iba a celebrar la Eucaristía el día 24 ante una imagen del glorioso Arcángel San Rafael que se veneraba en la capilla del colegio. Así se hizo, y, después de los saludos, el sacerdote fue deslizándose, como quien quiere y no quiere, hasta suponer la muerte de la Hermana Yuste. Aun así, una vez que entendió la mala noticia, su corazón empezó a flaquear por algunos instantes. Entre la agotadora fatiga decía sobreponiéndose a la pena que la embargaba:

"¡Si mi gozo está solo en que se cumpla la voluntad del Señor!".

Frase admirable que completaba de otra manera escribiendo al Carmelita Descalzo P. Víctor de la Cruz, a quien le habla de la "preciosa muerte de nuestra amadísima Hna. Yuste: ¡Quién me lo había de decir! Pero ¡bendito sea el Señor, y que disponga de mis Hijas!".

No le cabe a la Madre Isabel más amargura. A la derrota de España en Cuba, se añade la muerte de su Hija más querida.

7. SU 62 Y POSTRER CUMPLEAÑOS EN LA TIERRA, 19 noviembre 1898

Alguna vez la Madre Isabel había confiado al P. Menéndez una nube que le pasó por la frente en aquellos días muy negros de La Habana, donde solo palpaba heridos, enfermos, hospitales, calles vacías, hambrientos en los comedores, militares derrotados, críticas mordaces a toda autoridad... No daba para más el ambiente. Ella y sus Hijas medio encerradas en sus casas, porque tenían que cerrar muchos días los colegios. El futuro se presagiaba negro para la Iglesia y para las Órdenes religiosas.

Sabedor el P. Menéndez de tan oscuro horizonte, asegura en la carta de pésame que solamente con la muerte tan santa de la Hermana Yuste debía darse por contenta y satisfecha de haber fundado la Congregación. El árbol se conoce por los frutos (Mt 7, 17). No puede un árbol bueno dar frutos malos. Se convenció la Madre Isabel de que Dios la colmaba de frutos de santidad, de apostolado en los colegios y hospitales y de cultura en los pueblos.

Ahora ya la Madre nota que arrastra los pies. El golpe de la partida al cielo de la Hermana Yuste la obliga a mirar a las alturas. Le han herido su corazón maternal. Se esfuerza por rehacerse. De los recuerdos de la Hermana Yuste le llevan una foto que la Madre Isabel le había dedicado y no quiere que se pierda. Advierte que la Hermana María Pastor, la postulante que se trajo de España, vestiría pronto el hábito de la Congregación y le da la misma foto para que heredara la vida y virtudes de la finada, para que recogiera su antorcha luminosa:

“A mi querida hijita en JC María Pastor:

Que el Señor en mi vejez me da el consuelo de conceder la inapreciable gracia de la vocación religiosa a mis amadísimas educandas; tú, querida mía, estás con nosotras desde los siete años, y pronto vestirás el hábito de esposa de Jesucristo; confío en el Señor que te concederá la gracia de la perseverancia final y que tengas una muerte como la dueña de este retrato, tu compañera, nuestra inolvidable Hermana Yuste, que ha muerto casi en olor de santidad.

Habana, 18 de noviembre de 1898, víspera de tu toma de hábito.

Sor Isabel del C. de J.”.

Al día siguiente le daba el hábito y la abrazaba con amor de Madre. Era el 19 de noviembre, en que había llegado al año 62 de su vida. Lo celebraba en la noche oscura de La Habana, tragando a escondidas sus lágrimas y celebrando una pequeñísima fiesta, que no llega a fiesta entera, aunque profesa la Hermana Dolores Fiz, y se sienta por última vez ante el armonium. La misma Hermana Fiz recordaba el acontecimiento con estas contadas palabras:

“Cuando yo hice mi profesión, el 19 de noviembre de 1898, vivíamos todas días de mucha pena, no solo por la situación política de Cuba, cuya guerra terminaba por entonces, sino por la pérdida de la virtuosa y joven Hermana Josefa Yuste, recién fallecida, y en quien la Madre tenía muchas esperanzas en orden al Instituto; y por las circunstancias poco favorables que ella preveía para la Religión Católica. No obstante, ese día, como olvidándose de todo lo que la abrumaba, corrió por sí misma con la parte musical en la función religiosa y nos hizo a todas un día grato e inolvidable”.

Un año más tarde, la M. María Hurtado recordaba llorando lo que había pasado ese día con menos penas y los quehaceres de su Madre Fundadora:

“¡Quién me lo había de haber dicho! Hace un año que estaba yo preparando la capilla para gran fiesta, y la pobrecita me regañaba porque aquella noche no me acosté hasta la una arreglándolo todo, porque profesaba la Hna. Fiz y tomaba el hábito la Hna. Pastor, y dejé hasta la mesa puesta. Ella, la pobrecita, tocó el piano e hizo los honores a las madrinas y demás personas, andaba tan contenta luciendo los regalos que le habían hecho, ¡y....este año qué distinto! También me ocupo de la capilla, pero no para una fiesta como el año pasado, sino para una misa de réquiem; en fin, ella desde el cielo pedirá por nosotras”.



Ahora toca narrar la muerte de la Madre Isabel, pero queremos imaginar que todavía vive, queremos alargar aquella vida. Antes, como si le diéramos más días, nos detenemos en exponer su personalidad humana, pedagógica, espiritual, sobrenatural y apostólica.

Última foto de la Madre Isabel

CAPÍTULO XIX

EN POS DE JESÚS VIRGEN, POBRE, HUMILDE Y OBEDIENTE

Desde que Isabelita abre los ojos a la vida, se inclina por caminar en pos de Jesús lo más cerca que pudiera. Día a día se convence más de que ha nacido para Él. Su mamá, Doña Isabel, la envuelve en un clima espiritual, cuyas consecuencias no supo prever; pero cuando ve que su hija va derecha a vivir en un convento, abre los ojos demasiado tarde.

1. TODA, SOLA Y SIEMPRE DE SU SEÑOR JESÚS

La historia prueba esta línea recta hacia Jesús porque la peruana y prima de Isabelita, Carmen Iriarte, lo decía en una carta de 1884:

“A pesar de tu silencio para conmigo desde que nos separamos, abrigaba en mi corazón la esperanza de que tu corazón, consagrado a Dios en mi querida patria de manera tan particular, no había de pertenecer sino a Él”.

Esto explica que la mamá hiciera pronto las maletas y abandonara Lima en agosto de 1862 temerosa de que se encerrara allí en un convento, acaso en el de las Religiosas de los Sagrados Corazones, en cuyo colegio de Belén da clases con grande éxito. Su Director Espiritual, el franciscano P. Pedro Gual, debió de recibir la promesa segura de no cambiar de ruta el día que fue a despedirse. La bendición del P. Gual aseguraba de por vida la resolución que él había apoyado.

Mamá se opone frontalmente. Pasea a su hija por medio mundo para quitarle de la cabeza esa disparatada idea. En La Habana el futuro Cardenal Don Ciriaco Sancha y Hervás la confirma en su vocación religiosa, aunque sin nombrar el Instituto religioso y sin resolver el problema de la soledad consiguiente de Doña Isabel.

Vueltas las dos a Madrid, en agosto de 1863, la mamá se empeña en casar a su hija. La gran tentación que le presenta aparece cuando en enero de 1867 viajan a Roma y aceptan acudir a las recepciones que el Embajador de España ante la Santa Sede, Don Luis José Sartorius, primer Conde de San Luis, ofrece a la flor y nata de la sociedad de Roma. Cuando el 11 de febrero del mismo año 1867 Sartorius da la recepción solemne por la presentación pública de las credenciales a Pío IX, la mamá y su hija alternan con lo mejor y más selecto de los invitados. Isabelita, aun con sus 31 años, despide una belleza atrayente, y ella lo sabe. Para aquella velada memorable su mamá la presentaba elegantísima con unos pendientes preciosos, cuajados de perlas y brillantes, que eran la atracción de aquellos curiosos caballeros. Apenas lo nota, Isabelita se planta detrás de una columna y se los guarda en su bonito y moderno bolso. Isabelita, por la ley del contraste, quiere ya huir del mundo y se plantea su ingreso en la Orden de la Visitación de Santa María de Roma. Mamá rompe esos delirios alegando la débil salud de su hija, y su soledad. En junio de 1867 se encuentran las dos de nuevo en Madrid.

Aquí mamá se mete de nuevo a casamentera. No cede. A un joven y rico banquero madrileño, que colmaba de regalos a Isabelita, le respondía ésta:

- Entonces, ¿para qué sirve el dinero?
- Para todo lo que Vd. quiera menos para comprarme a mí.

En aquella guerra de tantos años, 1862 a 1876, gana Isabelita. Mamá solo abandona el campo de batalla cuando su hija huye de casa y se refugia entre sus amigas las Filipenses de Sevilla. Al verse sola por las noches, la llama y hace las paces. Su hija empieza el 2 de febrero de 1877 su Congregación religiosa.

Jamás quiso Isabelita resaltar sus atractivos. Sus ojos eran bonitos y penetrantes y los cubría con unas gafas. Sus manos y sus dedos llamaban poderosamente la atención y se ponía guantes. Cuando fue calumniada injustamente por las relaciones con su Director Espiritual, el P. Luis Azevedo, redentorista, de acuerdo con él rompe todo trato sacerdotal para siempre, y nunca jamás quiso gozar de un Director Espiritual.

Toda, sola y siempre fue de su Señor Jesús.

2. TODO LO HACÍA BIEN, HASTA EL BARRER

Su castidad aparece envuelta con un voto y, al mismo tiempo, practicaba una virtud de pobreza admirable. Su Señor Jesús, siendo riquísimo, voluntariamente vivió y murió envuelto en pobreza.

Bajando a detalles, se sabe que tenía un solo hábito, pero zurcido y remendado y tan limpio y tan cuidado que parecía nuevo. Su calzado sencillísimo. El día de su Profesión religiosa, 8 de septiembre de 1883, al arrodillarse ante el sacerdote que presidía en el altar, aparecieron rotas las suelas de sus zapatos. En su habitación presidía, elegante, la pobreza. Nada de objetos lujosos o superfluos. La cama, las ropas y el mobiliario sencillo e igual que todas las Hermanas. El catre en que murió en La Habana el 17 de enero de 1899, era de madera y tan malo que lo hubiera comido la carcoma.

Viajaba como la gente pobre de la época. Si tomaba el tren, iba en tercera clase, la última. No buscaba regalo ni comodidad. A veces iba en burro o en carreta. El burrito que sacaba el agua de noria de sus colegios la llevaba y traía gozoso en la tartana a Madrid. Al fundar la casa de La Habana en marzo de 1898, quedaba tan contenta porque para dormir carecía de ropa, de colchón, de cama y tenía que pasar la noche tumbada encima de una tela o de una tabla en el suelo.

Nunca estaba sin hacer nada. Lo mismo guisaba en la cocina que planchaba, cosía, zurcía, fregaba, limpiaba los cristales y barría los pasillos. “La he visto planchar y guisar. Y ¡lo hacía tan bien!”. “La Madre Isabel todo lo hacía bien, hasta el barrer”. Aun en el tiempo en que la enfermedad la aquejaba más, se dedicaba a zurcir y coser la ropa o a hacer otros trabajos menos fuertes. “Yo nunca la vi sin

hacer algo y, además, era tan sencilla que hacía las cosas más humildes con toda naturalidad". Así la han visto quienes convivían con ella.

Logró la Madre Isabel desapegar su corazón de los bienes terrenos. Aunque necesitó siempre dinero para sus colegios, no exigía a los padres de las alumnas la cuota reglamentaria, si no podían pagarla. No le importaba recibirlas gratuitamente. Y a las amigas que le advertían de la imposibilidad de mantener los centros de educación, respondía sinceramente: Dios proveerá, Dios proveerá.

En un Jueves Santo logró poner una mesa petitoria en la iglesia de San Ginés de Madrid. Le pidió una amiga que durante la hora de la comida la supliera otra persona. Acudió la Madre Isabel convencida de que las limosnas irían para sus colegios, donde se educaban centenares de niñas gratuitamente. Al llegar la hora de sustituir a la caritativa señora, ésta recogió para sí todo lo recaudado. A la M. Hurtado, que protestaba, le dijo: Dios nos lo dará por otro lado.

La práctica de tanta pobreza edificaba a todos. Para responder a quienes hayan leído en estas páginas lo de un solo hábito y remendado, escuchen lo que afirma una testigo de vista:

"Sé que la Sierva de Dios vestía pobremente, que tenía un solo hábito y éste remendado; sin embargo, era muy limpia, lavándose el hábito muchas veces de noche o aprovechando la circunstancia de que estuviera enferma. También he oído referir en el Instituto que llevaba la toca zurcida y no le importaba presentarse así ante las personas muy encumbradas de la alta sociedad. Y se comentaba que, en una ocasión, así fue a visitar a la Infanta Doña Isabel de Borbón, quien mostró su extrañeza, pero se edificó de la Sierva de Dios".

3. LAS VIOLETAS DESPIDEN SU PERFUME AL SER PISADAS

Ahora hemos mezclado la pobreza con la humildad. Vale la pena proseguir confundiendo la humildad con la pobreza. Curiosamente, a la Madre Isabel le impresiona más que otras la imagen de Jesús arrodillado ante sus discípulos para lavarles los pies.

Ciertamente cultivó y practicó la humildad, porque no dejaba de ocuparse en trabajos viles y bajos; y cuando alguna religiosa pretendía sustituirla, no lo consentía, alegando que, si el Señor se abajó a lavar los pies de los apóstoles, con mucha mayor razón ella, que era pecadora, debía ocuparse de los oficios humildes. Llegó a reconocerse como pecadora y ser despreciable.

A todas sus Hijas las quería "humildes como violetas". La violeta común es de color morado y se cultiva en suelos sombríos y húmedos. "Cuando las pisan -decía la Madre Isabel- despiden el perfume". Quería que sus Hijas se parecieran a las violetas y que, cuando las pisaran y humillaran, despidieran el olor de la humildad, y que sus buenas obras se conociesen por su perfume. Lo mismo su Instituto. Se recordará que el Capitán General de Cuba, Don Valeriano Weyler, intentó premiar a la Madre Isabel por la gran obra de caridad en Pinar del Río. Le ofreció, por medio del Comandante Villalobos, dinero, que bien lo necesitaba, alguna distinción o cruz honorífica o relatar en la prensa sus hazañas benéficas:

- Dígale a su General, Sr. Comandante, que mis Hijas y yo todo lo hemos hecho por amor de Dios, que es el mejor pagador. Queremos ser todas nosotras humildes como las violetas.

La Madre Isabel estaba convencida de que cuanto más grande fuera la santidad, más profundo tenía que ser el cimiento de la humildad, pues ésta se convierte en el fundamento de toda santidad y perfección. Y predicaba a sus Hijas:

“Piensen que en la vida religiosa nada vale si falta la virtud; pues para el Señor lo que cuenta es la humildad, la sinceridad, la obediencia y todo lo que sea grato a sus ojos. Si falta esto, todo se desvaloriza, lo espiritual y lo material”.

4. OBEDIENTE Y SUMISA COMO UNA NIÑA

La obediencia es fruto carísimo de la humildad. Quedó la Madre Isabel bajo el cuidado de su mamá hasta sus 40 años, cuando funda la Congregación el 2 de febrero de 1877. Aún después de esta fecha, la cuidó como verdadera hija hasta su muerte, 11 de diciembre de 1884.

Sentía Isabelita el tirón del claustro, que su madre rompía constantemente, primero por su manía perseverante de casarla y después por sentirse sola en el mundo. Luchó cuanto pudo por verla casada, aunque se alejara de su casa, pero no consentía se fuera a un convento. Esta lucha entre madre e hija, lucha durísima e ininterrumpida, las llenas de ratos amargos durante muchos años. A pesar de todo, Isabelita permanece con mamá hasta que en diciembre de 1876 huye a Sevilla porque su madre intenta pegarle. Es la única excepción. De esta suerte, Doña Isabel probó que la compañía de su hija le era tan esencial como el corazón que le latía en el pecho.

La Madre Isabel acierta a conocer y realizar su misión cuando obedece: primero al P. Azevedo, cuyo mandato a fundar acepta; después al Obispo Don Ciriaco Sancha y Hervás, que le señala el rumbo apostólico principal de su Congregación: los colegios en los pueblos y en los arrabales de las grandes ciudades. Para ello abandona sus propios proyectos de los Ejercicios Espirituales y los enfermos terminales.

Después de despedirse mutuamente el P. Azevedo, su segundo gran Director y ella en diciembre de 1876, no busca más Directores. Dios le habla ocasionalmente por los Obispos de las diócesis en que trabaja o debe trabajar. Heroica se presenta la Madre Isabel al seguir los deseos del Obispo de La Habana, Don Manuel Santander, de fundar en Cuba mientras se luchaba duramente por la independencia de la Isla y ardía en guerra con las graves secuelas de hambre y de muerte. Se da el caso, por decirlo así, inaudito de que las cuatro Hermanas eran las únicas mujeres del Vapor Reina Regente. Todos los demás pasajeros eran soldados con sus oficiales, última remesa y ayuda de España a su Ejército de Cuba.

El último Director se lo presentó el Señor en sus postreros años, mientras permanece en Pinar del Río, Cuba. Se llamaba Don Manuel Menéndez, que la asiste con acierto y cariño en los últimos días. Confesaba este sacerdote a sus Hijas:

“Ante el director espiritual, ante el confesor, vuestra Madre Fundadora era como una niña, de obediente y sumisa. Bastaba su mandato o su opinión para que depusiera su juicio o sus opiniones; era humilde hasta el último grado”.

5. LAS PENITENCIAS EXTRAORDINARIAS

La Madre Isabel recibe un cuerpo frágil con un corazón demasiado grande para poder cumplir a perfección sus obligaciones físicas. Pudo ser ésta la causa de no sobresalir en la historia como gran penitente.

Guiada por su primer Director, el P. Pedro Gual, en Lima, 1855-1862, castiga su cuerpo con cilicios y disciplinas guardadas y tomadas en los lugares más recónditos de la casa para salvar el finísimo olfato de mamá. De esta manera, el P. Gual le prohíbe disciplinarse con la brida del caballo.

Se sabe que “amó y practicó las penitencias”, pero apenas se detallan ni el número ni la clase; que tenía la cintura llagada por el uso del cilicio, y que usaba el cilicio y la disciplina con moderación. No tomaba vinos ni licores en las comidas. Nadie la vio beberlos ni fuera de las comidas. Sus penitencias principales se referían a la cama, habitación, vestidos, alimentos y el horario y el reglamento comunitarios y, sobre todo, la convivencia con las Hermanas, la dirección del Instituto y la fundación de nuevos colegios o su penoso cierre.

Otro detalle más oculto ocurría durante la noche. En los tiempos en que le fallaba el corazón y precisaba medicarse o prepararse alguna bebida o alimentos, ella misma lo hacía, sin permitir que ninguna Hermana la atendiera.

Sufrió y aguantó mucho en silencio. Ella ha callado este asunto y solo Dios se enteró de los grandes sufrimientos que le proporcionaron las tres cofundadoras que la abandonan a los pocos años de la fundación; el P. Salvador Font, que le arrebató hasta 9 Hermanas, tres profesas y seis novicias; y el grave disgusto de la deserción de las Hermanas Adelaida San Juan y Felipa Martín, responsables del colegio de Torrijos. Este enorme desfile de Hijas la obliga a cerrar los colegios de Leganés y de Torrijos. Solo Dios sabe las lágrimas que le costó su maternidad espiritual como Madre Fundadora. Tantos dolores morales resonaban en aquel débil corazón que latía seguro y fuerte con la paz interna y la fortaleza que le suministraba el Corazón de su Cristo, al que estaba conectada.

No se excedía en las penitencias corporales, aunque las aceptaba voluntariamente, sobre todo las que le venían sin buscarlas, como el dormir en el suelo, en marzo de 1898, al abrir el colegio de La Habana. Prefería las que trae consigo la vivencia exacta de la vida religiosa, que es un continuo ejercicio de mortificación para los sentidos, el corazón, la imaginación y sobre todo para la propia voluntad. En este punto de las penitencias prefería, a los caprichos propios, los sacrificios y privaciones autorizadas por las Constituciones y el Directorio.

La Beata Rita Dolores Pujalte se excedía ella misma en las mortificaciones exteriores y, en un principio, como Maestra de Novicias, metía a éstas por su mismo camino. La Madre Isabel frenó su carrera. Recordaba una de sus novicias:

“Entre nosotras se decía que Madre Isabel ya le había ido un poco a la mano en años anteriores, recomendándole moderación para sí misma y para con sus súbditas, y advirtiéndole que una gran penitencia era ya cumplir con perfección, por amor a Dios, las obligaciones de la obediencia y de toda la vida religiosa.

Me consta que Madre Isabel amó y practicó también las penitencias penales y siempre fueron practicadas en la Congregación. Lo que aquí se advertía a Madre Dolores era la moderación y la prudencia en su práctica, y la situación de las personas, distintas y diferentes en cada caso”.

Lo que sí exigía la Madre Isabel era el permiso de la Superiora y del confesor, de los dos. A veces, el confesor no conoce todas las circunstancias físicas y psicológicas tan bien como la Superiora.

CAPÍTULO XX

CON Y POR LA EUCARISTÍA

Adentrarse en el espíritu de la Madre Isabel es una tentación digna de ser consentida. Llegó a ser su alma un cofre, un sagrario de la Divinidad, un pequeño cielo. Es aquí donde se lamenta la ausencia de los escritos espirituales autobiográficos de la Madre Isabel, robados y quemados por los republicanos de izquierdas en Madrid durante el mes de julio de 1936. Los suplen de alguna manera los testimonios de los testigos. Aun así, la brillantez y el esplendor de aquella alma la presentan radiante de amor y felicidad.

1. POR LA FELICIDAD DE UNA COMUNIÓN

La Eucaristía llega a constituir el Sol de su vida. Cada día entendía mejor el Evangelio de San Juan:

- “Yo soy el Pan de la Vida”.
- “Mi Carne es verdadera comida y mi Sangre verdadera bebida”.
- “El que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en Mí y Yo en él”.
- “Yo vivo por el Padre, también el que me come vivirá por Mí” (Jn 6,48, 55 -57).

La fe de la Madre Isabel es iluminada de modo extraordinario por estas verdades. Su Cristo le concede gustar, es decir, saborear el mayor don espiritual de la tierra, que es comulgar y estar a los pies del Sagrario, al estilo de María, la hermana de Lázaro (Lc 10, 39).

Muchas temporadas logra comulgar diariamente, favor que le concedió el P. Azevedo a finales de 1870. Según donde moraba debía acomodarse a los tres días

que marcaban las Constituciones. En aquellos tiempos pasados había que estar en ayunas, desde las doce de la noche precedente, de sólidos y líquidos, aun del agua, para poder comulgar, y solo por las mañanas, no a partir de la primera hora de la tarde. Por nada de este mundo perdió una comunión. Cuando el 15 de julio de 1896 llega a Madrid después del larguísimo viaje desde Pinar del Río y de La Habana, van las Hermanas a la estación del Norte de Madrid a esperarla, y la llevan a casa en los taxis de la época, los cansinos coches de caballos:

“Todas entramos en la capilla unos momentos, pero la Madre se quedó un tiempo más mientras las Hermanas iban preparando la mesa para cenar, y, como si no se dieran cuenta de la hora que era, lo hacían sin mucha prisa. La Madre llegó al comedor y las urgió que trajeran algo ligero que atenuase la debilidad, pues no habían tomado nada desde la comida, y que a la cena era preferible la comunión del siguiente día.

Hubiera sido capaz de acostarse, casi en ayunas como estaba aquel día, antes de perder su comunión”.

“Recuerdo que, en más de una ocasión, cuando no era día de comunión en nuestras casas, me invitaba para que la acompañara, como en efecto hacía, a comulgar en la Iglesia del Buen Suceso, que está próxima a nuestra casa de Tutor”.

Aun cuando estaba enferma, recibía la Sagrada Comunión esperando a la hora que fuera. Una Hermana asegura: “Veía que comulgaba todos los días con gran fervor”.

La quema de los documentos del Archivo General en julio de 1936 nos ha privado de los apuntes espirituales de la Madre Isabel, donde revelaría sus ansias incontenibles de recibir a su Señor Jesús, los sacrificios que merecieran recibirlo, las gracias que le suplicaba para sí y para muchas de sus Hijas, a quienes les hablaba de la felicidad de una Comunión:

“Nos hacía reflexionar en la felicidad tan grande de poder comulgar, por lo que debíamos imitar cuanto pudiéramos la pureza de los ángeles, que gozan de Dios viéndole, pero no recibéndole.

A nosotras nos edificaba la reverencia y amor que se advertía en ella cuando se acercaba a recibir la Santa Comunión”.

2. LA CAPILLA, SU CACHITO DE CIELO

A la Madre Isabel la capilla, con el sagrario habitado por su Señor Jesús, le parecía el cielo. Decía: “Esto es en la casa un cachito de cielo”. Por eso, “con Él, con el sagrario en casa, era feliz”. La fe la confirmaba en la presencia eucarística, una presencia real y viva.

Se supone que ésta era la razón de ponerse cerquita del sagrario para desahogar su corazón de sus impresiones gozosas y dolorosas. “La he visto llorar alguna vez en la capilla arrodillada delante del sagrario”. “La veíamos con mucha frecuencia y durante largo tiempo haciendo la visita al sagrario”. Algunas Hermanas testigos midieron el tiempo que pasaba: “Sé, por haberlo visto, que hacía frecuentes visitas al Santísimo por espacio de media hora”.

Iba a ver a su Jesús “aun en horas de descanso”. Tenía mucho de qué informarle, sobre todo de sus preocupaciones y sus penas, que fueron muchas y frecuentes. Esto se cuenta cuando se entera de la muerte del Senador del Reino, Don Enrique Colsa, su paño de lágrimas, su gran consejero y bienhechor:



Oratorio del Colegio de Villaverde

“Hacia fines de 1893 o primeros del 94, falleció inesperadamente, o al menos sin saber que estuviera enfermo, D. Enrique Colsa, caballero de mucha piedad, y a quien la Madre encomendaba varios de sus asuntos. Con alguno de ellos fue una mañana la Hermana Martina San Román a su casa, y volvió apenada diciendo que D. Enrique había muerto.

Como era su costumbre al recibir alguna impresión fuerte, se retiró a la Capilla. Le sobrevino la fatiga y a

los pocos momentos volvía a salir; no pudo llegar hasta fuera y, cerca ya de la puerta, se sentó en una silla que encontró a mano.

Yo me quedé mirándola con pena de verla sufrir y como a ella no se le escapaba nada, no sé si por disimular o porque yo no sufriera, pues también quería mucho a dicho señor, de cuya hija había sido condiscípula mucho tiempo, el caso fue que, mirándome dulce y cariñosamente, como llena de resignación, me dijo: “Mira, esto me pasa porque tú no eres buena”. Yo me eché a llorar retirándome y, entonces, con más cariño aún, me retuvo diciendo:

“Ven, que no es que eres mala; es que se ha muerto D. Enrique. Pide por él y encomiéndalo a Dios”.

Sin decir más enjugó algunas lágrimas, y, cuando la fatiga fue cediendo, volvió a su actividad normal y siguió la marcha del día con la paz y tranquilidad normal en ella y con la misma entereza de carácter que le era propio aun en medio de cualquier tribulación”.

Era una constante en su vida cuando tenía alguna preocupación y, como tantas la ahogaban, frecuentaba mucho la capilla para pedir luz, ayuda y fortaleza con el resultado apetecido. “Si alguna vez se advertía en su rostro algún signo de preocupación y disgusto, esto desaparecía al salir de la capilla después de su visita a Jesús Sacramentado”. Su Amor Sacramentado la oía, la escuchaba, le solucionaba el problema o, por lo menos, le concedía la paz y la paciencia. Bien se lo sabía. Aquel que la había llamado convivirá con ella. Porque la Congregación la llevaban entre los dos: Cristo y ella.

Nadie sabe lo que pasaba entre los dos. Ella permanecía “con la mayor devoción”, “se advertía el gran espíritu de adoración que la informaba”, daba muestras “de un gran recogimiento y atención”.

“Sobre la Sagrada Eucaristía no tengo palabras para decir con cuánto amor, veneración y respeto la adoraba y gustaba de su presencia en la capilla de sus casas”.

Exhortaba a sus Religiosas, a las alumnas y amistades a visitar con frecuencia al Santísimo. “Después de la comida y de la cena, se hacía la visita al Santísimo en acción de gracias porque se había querido quedar con nosotras en nuestra casa”. Quería que antes de salir de casa se fuera a la capilla a decirle que se ausentaban y que cuando retornaban a la Comunidad se entrara a comunicar a Jesús que ya estaban de vuelta. Lo mismo que se estila en las familias bien avenidas en el amor.

Antes de ir a acostarse, le daban a Jesús las buenas noches: “Descansemos en paz en el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo”. Este era el último acto del día. Así se despedían ella y sus hijas del Sagrario antes de entregarse al descanso. Pero ella, no se despedía, bajaba de nuevo a pasar algunas horas de la noche con quien la amaba:

“Después que las Religiosas y las alumnas se habían retirado al descanso, ella solita bajaba a la Capilla para hacer adoración delante del Santísimo”.

3. LO MEJOR PARA SU SEÑOR SACRAMENTADO

Las genuflexiones que hacía la Madre Isabel ante el Santísimo descubrían el Amor de su corazón a su Dios, el Amor de su vida, y demostraban la profunda fe que ella vivía. Y, cuando pasaba a ponerse de rodillas al banco, guardaba tal compostura que proclamaba a todas y daba la impresión, con su recogimiento y atención, de que estaba delante del mismo Dios.

La Hermana Natalia Balaguera la vio en la iglesia de Fuensalida, Toledo, y quedó admirada de tanto recogimiento. Se ponía cerquita de la Madre Isabel para observarla bien y a su gusto, y comprobó el estado subido de oración que mantenía ante el Señor. No dudó ya del Instituto al que debía pertenecer. Ingresó en el Noviciado de Torrijos con aquella que le había probado en la iglesia su maravillosa ante el Sagrario.

Tratar a Jesús de la manera más amorosa fue un estímulo constante de la Madre Isabel, lo mismo que la esposa a su esposo. “Era muy amante del esplendor de la liturgia”. Aquellos objetos que debían servir a su Señor Jesús en la Eucaristía, en el altar, como corporales, amitos, albas, casullas, cálices, copones, custodias y aun los sencillos purificadores, las flores y velas, etc., debían ser lo más dignos. Limpieza, aseo y hasta lujo. Eran para su Señor, que se merecía todo, costase lo que costase. Sus Religiosas quedaban edificadas:

“Tenía especial veneración a las cosas sagradas. Y así, todos los utensilios y objetos que hacían referencia al Santo Sacrificio de la Misa y al Sagrario, procuraba que fueran de la mejor materia posible y estuviesen todos limpios y aseados. Y era tan exquisita en esto, que las Hermanas antiguas referían que la Sierva de Dios era la última que daba el retoque y el visto bueno a todo”.

“No tenía reparo alguno en gastar lo que fuere necesario para el esplendor de los cultos litúrgicos; así se preocupaba de que tanto los objetos como los enseres del culto estuvieran limpios y fueran de la materia que mandaban las rúbricas. Y ella misma, personalmente, vigilaba para que esto se cumpliera; e incluso ella misma hizo ornamentos preciosos para el culto, como casullas, albas, manteles, etc.”

Todo debía ser a gusto de la Madre Isabel, probando su cariño de esposa. Aun en Cuba, donde se veía rodeada de pobreza, en lo referente al culto del Señor era muy espléndida y no escatimaba nada para que se hiciera con toda solemnidad, porque, decía, que “lo mejor tenía que ser para el Señor”. A su Señor no le podía faltar nada, tenía que poseer todo.

Así formaba a sus Religiosas. En Santa Perpetua de Mogoda, Barcelona, la Superiora del Colegio, M. María Elvira, se empeñó en poner para el Señor una capilla lo menos indigna, a pesar de las críticas, por la mediana economía:

“Esta Madre quería siempre para el culto lo mejor y lo más bueno. En el Colegio de Santa Perpetua de Mogoda (Barcelona), no descansó hasta que tuvo en la capilla un altar de mármol muy bueno y un sagrario de metal dorado, labrado y de muy buen gusto, cuando todavía los de este género eran escasos, y esto teniendo aquella casa muy baja economía.

Alegaba en favor de estas mejoras que la Madre Fundadora siempre quería lo mejor para el culto divino, y que en él todo fuera bueno.

Sobre los actos del culto y de la piedad decía, invocando también el sentir de Madre Isabel: “Dios el primero”, si es que el tiempo por alguna cosa no llegara para todo. Y añadía: “Otra cosa podrá dejarse, lo de Dios no”. “Así lo hacía Madre Isabel”.

Otro rasgo muy típico de la Madre Isabel se refiere a la parte musical en los cultos litúrgicos. Ella se encargaba de ensayar los cánticos, y siempre que podía tocaba el armonium y, además, sentía gran complacencia en ello. Le emocionaba a la Madre escuchar las campanas, las plegarias y cánticos de los fieles que acompañaban al Viático a un enfermo terminal, tal como se estilaba en aquellos tiempos. Al pasar por delante de la casa, la Madre Isabel subía corriendo a la sala de piano, lo ponían junto al balcón, tocaba la Marcha Real y se encendían dos velas.

Así se portaba también en las Procesiones del Corpus, tan solemnes y concurridas. En frente del colegio de la calle del Tutor de Madrid se alza la Parroquia del Corpus Christi:

“Cuando la festividad del Corpus Christi, en la infraoctava, salía la Procesión del Santísimo de la Iglesia del Buen Suceso, en Madrid, y pasaba por la calle del Buen Suceso donde se ponía un altar, al lado de nuestro Colegio, vestía a las niñas de blanco para que salieran a acompañar al Santísimo, y ella abría el balcón y en el armonium tocaba la Marcha Real”.

El 17 de junio de 1887, festividad del Corpus, la Madre Isabel asistió a la Procesión con todo el colegio y luego escribía a una alumna desde Torrijos: “Acabamos de venir de la Procesión, que ha estado preciosa. Nuestras niñas han ido de blanco y estaban muy monas”.

Respecto de la misa, a la que todos los días asistía, la vivía con amor extremo, aun estando enferma. Nunca se privaba de la misa en la que participaba “con el mayor recogimiento”. “Ella misma arreglaba el altar”, lo mismo que una esposa. Los domingos y días festivos procuraba Exposición solemne del Santísimo Sacramento, en cuya presencia ella y sus Hijas alargaban la oración más que los demás días.

En consecuencia:

“Sufría muchísimo por la frialdad de los hombres para con la Eucaristía; practicaba el espíritu de reparación a la Eucaristía por medio de la Hora Santa, que mandó se practicara mensualmente”.

Nos invitaba a crecer en el amor de Dios y nos mostraba su pena por el desafecto de los hombres para con Dios en la Sagrada Eucaristía. Nos aconsejaba que reparásemos con el amor de Dios y con sacrificios y buenas obras las ofensas de los hombres a la Sagrada Eucaristía”.

4. EL SAGRARIO EN TODAS SUS CASAS

Consecuente con su fe, con su conciencia teológica y con su experiencia eucarística, en todas las fundaciones la Madre Isabel se esfuerza por todos los medios para conseguir de los respectivos Obispos la gracia de tener reservada en sus capillas la Sagrada Eucaristía. Hoy es una obligación, a tenor del Canon 608 del Código de Derecho Canónico. La Madre Isabel daba a sus hijas el medio más seguro y el mejor para vivir con la perfección posible su consagración a Cristo en la Congregación. El desposorio con Cristo exige tenerle continuamente en la misma casa.

En la casa primera no consigue capilla de carácter público por la negativa del Arzobispado de Toledo ante la oposición de los párrocos a las capillas públicas en las casas y colegios de religiosas. Gastó mucho dinero en la preparación de la capilla, que se quedó en privada y solo para la Comunidad.

Funda el primer colegio en Leganés, Madrid, en abril de 1880, y el día 28 pide ya la licencia de Oratorio privado que se concede a los pocos días, el 11 de mayo. Al año siguiente abre otro colegio en Torrijos, Toledo, y el 18 de diciembre de 1882 mandan al Arzobispo, Cardenal Moreno, la petición, y cuatro días más tarde bendecía el Párroco, Don Fernando Joaquín Fernández, el Oratorio.

Llega el año 1886, y en la calle del Rey Francisco, Barrio de Argüelles, estrena colegio. Cómo lucha para gozar de una capilla privada negándole el privilegio de capilla pública. Mucho le cuesta, pero lo consigue.

“Al abrir este colegio, el primer pensamiento y la primera actividad de Madre Isabel fue, como en los anteriores, preparar la Capilla lo más dignamente posible para que nuestro Señor Sacramentado tomara posesión de todo como único Dueño. Tardó más de lo que ella pensaba en lograr una satisfacción tan legítima, y, cuando

lo tuvo en su Sagrario, estableció la costumbre de visitarlo en Comunidad después de la comida y de la cena, como una explosión de gratitud por tan gran merced.

Aquel que había dicho: “Mis delicias son estar con los hijos de los hombres” (Prov 8, 31), ya estaba en su casa. Al contemplarlo de rodillas, la emoción embargó su ánimo y las lágrimas asomaron a sus ojos sumidos en adoración”.

Al trasladar el Colegio de la calle del Rey Francisco a la del Tutor, pide el privilegio de tener reservado el Santísimo en el Oratorio, y se lo conceden. Después de fundar en junio de 1890 en Fuensalida, consigue también al año siguiente idéntica gracia. La misma conducta para el colegio de Villaverde, Madrid, en noviembre de 1895, logrando tener reservado el Santísimo el 16 de abril de 1896. En Cuba se sigue la misma norma y poseen el Santísimo en Pinar del Río en marzo de 1895.

Y en La Habana rebosa de gozo al tener a su Señor en el Sagrario el 5 de agosto de 1898: “Con Él en casa, ya era feliz”, dijo la M. Dolores Fiz, al verla después del acto inaugural.

No entendía la Madre Isabel una casa religiosa sin un sagrario habitado por el Señor Sacramentado.

5. EN LA PRIMERA COMUNIÓN DE LAS NIÑAS

La experiencia adquirida por la Madre Isabel en tantos años de catequista desde 1855 en Lima, Perú, la impele a dedicarse ella y sus Hijas a preparar a las niñas para su Primera Comunión con todas sus fuerzas y con toda ilusión. El primer beso de Jesús Sacramentado a una niña imprime carácter, se le queda cálido para siempre en el corazón. Por mucho que las tormentas de la vida zarandeen la barquilla de su alma, con la vela blanca de su primer encuentro con Jesús nunca se hunde.

Desde los primeros días de la fundación, 2 de febrero de 1877, se ejercitan todas en la catequesis, todas, la Fundadora y sus Hijas, y, por tanto, también en la catequesis de Primera Comunión.

La Madre Isabel tuvo en sus manos y en las de sus Hijas muchos centenares de niñas a las que señalaron con el dedo y con el corazón que su Señor Jesús habitaba en el Sagrario como Pan de Vida y como Amigo y compañero para toda la vida. Una de sus grandes ilusiones fue prepararlas para la Primera Comunión. Era ésta una labor en la que ella intervenía o totalmente o en parte, según sus ocupaciones.

Desde joven, en Lima y en Madrid, se interesó siempre por mentalizar a los niños de la Catequesis en lo relativo a la Eucaristía y se esforzó siempre en acompañarlos a la Primera Comunión, previas las instrucciones del Catecismo. En todos sus colegios exige tanto interés. Los funda para cristianizar al alumnado. El acto de la Primera Comunión constituía la joya del año escolar.

La Madre Isabel sienta escuela. Ella misma personalmente examinaba a las niñas con el fin de ver si estaban suficientemente preparadas, porque tenía predilección especialísima por el acto de preparar a las niñas a la Primera Comunión. Y “¡con qué fervor lo hacía y qué bien las preparaba!”.

Por muy atareada que estuviera, se interesaba del mejor modo posible por cada grupo, de manera que ninguna tanda o grupo se acercaba al Comulgatorio sin que ella hubiera intervenido, de modo que, aunque ella no pudiera prepararlas directamente, siempre intervenía o examinando a las niñas o haciéndoles alguna instrucción. Su ilusión: que se dieran cuenta de la grandeza del misterio, del Señor omnipotente y bueno que iban a recibir y de las disposiciones necesarias para ello. Por lo menos reunía grupo por grupo para insistir en lo que las niñas iban a hacer y cómo lo debían hacer.

Uno de sus métodos consistía en llamarlas a su habitación una a una o en pequeños grupos:

“Antes de hacer las niñas la Primera Comunión, en cuya preparación intervenía siempre la Madre de algún modo, cuando no era ella misma quien lo hacía, acostumbraba a llamarnos a su habitación de una en una, y a veces dos o tres juntas, para hablarnos más confidencialmente sobre la grandeza de este acto, que nos encarecía de mil modos, y nos invitaba a reflexionar, diciéndonos: “Piensa bien, hija mía, que vas a recibir a todo un Dios, ámale mucho y sé siempre muy buena”.

De esta manera conocía las disposiciones de cada una y les daba los últimos retoques con el fin de que hicieran una provechosa Primera Comunión. Les recomendaba, al fin, que comulgaran con frecuencia y que se acercaran al comulgatorio con total limpieza y pureza de alma. Con tal fervor les hablaba, que las pequeñas se dejaban poseer por la idea de recibir al Señor de tal modo que nada les importaba o muy poco el vestido o el atavío exterior, aunque la Fundadora y las Hermanas procuraban vestirlas lo mejor posible.



CAPÍTULO XXI

CON LA MADRE DE DIOS

Después de Jesús, su Madre, la Virgen María, constituye el gran amor de la Madre Isabel en la tierra. Cuántas veces agradeció a Jesús el rasgo de amor a los hombres de darnos por madre a su misma Madre mientras expiraba en la Cruz (Jn 19, 27).

La respuesta a tanta generosidad de Jesús la concretó la Madre Isabel en mil maneras de amarla y de hacerla amar.

1. DETALLES DE HIJA

Cuantos conocieron a la Madre Isabel declaran que la devoción que profesaba a la Madre de Dios superaba los fervores ordinarios y normales. Para ella, cualquier título o advocación de la Virgen le hablaban de su Madre, la Virgen, la mejor de las madres que en el mundo han sido. En Torrijos, Toledo, veneraba a la Virgen del Sagrario; en el colegio de la calle del Tutor, de Madrid, a Nuestra Señora del Sagrario, a la Virgen del Patrocinio y a la Virgen del Amor Hermoso, estatua que ella misma embolsó y se llevaron sus Hijas a Cuba; a la Virgen del Carmen, tan querida de mamá Doña Isabel, en el colegio de Villaverde, Madrid, y en el de Santa Susana, de Madrid. A la Virgen de Loreto le consagró amores especiales y difundió mucho su culto.

Cuando la Madre Isabel hablaba de la Virgen, se emocionaba. Todos los sábados cantaba la Salve con sus Hijas, y ella misma la armonizaba. No perdía ocasión para inculcar a todos el verdadero amor a la Virgen, y a cuantos la rodeaban imbuía profundamente en esta devoción. Pasaba ella muchos y largos ratos en oración con la Virgen, sobre todo cuando los disgustos hacían llorar a su corazón. Su Madre, la Madre de Jesús, había probado muchos sinsabores y sabía mucho de penas.

Por ello, la Madre Isabel desahogaba su alma con la Virgen y ésta le comunicaba la paz interior y la conformidad, también los ánimos para seguir adelante sin desmayo:

“Observé y me pareció que cualquier acto de piedad, una función de Capilla o unos momentos parada ante una imagen de la Santísima Virgen, eran suficientes para hacerle olvidar los sinsabores que el enemigo iba poniendo a su paso o al de su Obra en cuantas ocasiones podía, y como que la resarcían con creces de todos ellos. Casi puedo asegurar que antes de media hora de haber sufrido una contrariedad o un disgusto, la veíamos ya con toda tranquilidad, como quien goza de una gran paz interior y la refleja en sus más menudas acciones. ¡Y cuántas penas le han proporcionado las criaturas por permisión divina! Y ¡cuántas persecuciones ocultas”.

Nada de extrañar que aquellas imágenes se le transformaran en el centro de su alma como si fueran una repetición verdadera de su Madre Santísima, y que se esmerara en arreglarlas y adornarlas imaginando que lo hacía con la misma persona de la Virgen:

“Siempre que podía, tomaba parte en el arreglo de la Capilla y para las fiestas era ella quien le daba los últimos retoques. ¡Cuántas veces después de terminar estas faenas, parándose delante de la imagen de la Santísima Virgen, que en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús de Madrid estaba en el centro, exclamaba con el rostro radiante de fervor: ¡Qué hermosa está!”.

2. EL ROSARIO Y OTRAS DEVOCIONES

La Madre Isabel publica en Madrid, en noviembre de 1896, el devocionario para su Congregación, titulado *Ejercicios Cotidianos de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús*, un librito de 69 páginas. En él concreta las pequeñas devociones a la Santísima Virgen, pero en latín, al estilo de la época: María, Hija del Padre; Salve, Reina de los Cielos; Regina Coeli; y la Salve a la Virgen. Añadía otras muy recitadas entonces: “¡Oh Virgen y Madre de Dios! Yo me entrego por hija tuya”; y “Bajo tu amparo nos acogemos”.

En las fórmulas de los primeros votos, de su renovación y en la fórmula para la Profesión Perpetua, quería que la Virgen acompañara a sus Hijas: “Prometo delante de la Santísima Virgen María”. Abrían y terminaban los recreos con un Ave María. Rezaban diariamente el Oficio Parvo de la Santísima Virgen María, celebraban todos los años la novena de la Inmaculada con Exposición Mayor del Santísimo Sacramento, privilegio que la Madre Isabel alcanza de la Santa Sede para todas sus casas. En todas se rezaba el Angelus a la mañana, al mediodía y al atardecer, cuando la campana de la torre parroquial avisaba puntualmente la hora de obsequiar a la Virgen con aquella plegaria.

A partir del siglo XIII, después de que Santo Domingo de Guzmán (1172-1221) lo extendiera por Europa, todos los Religiosos y Religiosas han rezado el Rosario. En la Congregación de la Madre Isabel se rezó en vida de ella un rosario de seis misterios, de esta manera: 1) entre los misterios gozosos ponía la Adoración de los Reyes Magos en vez de la Presentación de Jesús en el templo de Jerusalén (misterio cuarto); la huida a Egipto en el quinto y el Niño perdido y hallado en el templo el sexto; 2) entre los dolorosos, el quinto era cómo el Señor fue crucificado en medio de dos ladrones, y el sexto cómo expiró Nuestro Señor en el Monte Calvario por nuestro amor; 3) dentro de los gloriosos, el cuarto trataba de la muerte de la Santísima Virgen, el quinto de su Asunción y el sexto de su coronación como Reina y Emperatriz de cielos y tierra.

Terminado este Rosario, se añadían las Letanías de Nuestra Señora y varias oraciones a San Joaquín y a Santa Ana, a San José, a San Ignacio de Loyola y a San Agustín, Doctor y Padre de la Iglesia. Se pedía por el Papa, los Superiores, Fundadores, Hermanas, por el Rey, los padres y demás obligaciones con los difuntos, y concluía con un Credo y una Salve.

De ordinario, se rezaba a las 6,30 de la tarde, una vez terminadas las clases. Quiso la Madre Isabel que en el hábito cada Hermana llevara colgado un Rosario de seis misterios con las cadenas del engarce largas. Explicaban así el rezo del sexto misterio:

“Como en la Asociación del Apostolado de la Oración había obligación de rezar una decena de Avemarías por las intenciones del mes, la Sierva de Dios no quería que esta decena fuese la que correspondía al quinto misterio del Rosario, pues decía que era quitarle diez Avemarías a la Virgen; por lo que, para cumplir con la obligación de ser socio del Apostolado de la Oración, había que rezar una decena más”.

Logra la Madre Isabel rezar el Rosario con los obreros que trabajaban en sus casas. Aprovechaba el final del trabajo y, si no tenían prisa, los invitaba a tomar una copita y rezaba el Rosario con ellos.

3. EN EL MES DE MAYO

A lo largo de muchos siglos, los católicos han celebrado el mes de mayo -el mes de las flores- en honor de la Madre de Dios. Su Hija, la Madre Isabel, vibraba con todo su corazón y hacía vibrar a las Hermanas, a las alumnas y a sus amistades.

Se preparaban cánticos, altares, flores, poesías, plegarias, invitaciones, más visitas a la Virgen. Toda solemnidad era poca. La Madre Isabel tocaba el armonium con tal fervor que lo transmitía a todas. Aquellas ceremonias y aquel ambiente mariano se recordaban muchos años después:

“Se celebraban todas las fiestas de la Virgen y especialmente el mes de mayo. Ella personalmente atendía el adorno de la capilla y de la imagen de la Santísima Virgen y ella misma tocaba el armonium en todas estas solemnidades.

En el mes de Mayo le agradaba que la obsequiáramos con altarcitos particulares, visitas fuera de las ordinarias, mejor imitación de sus virtudes, sobre todo de la obediencia a las Hermanas, en la caridad y en el respeto de todos, cosa que siempre y mucho nos recomendaba.

Y en nuestras oraciones nos decía que pidiéramos a esta Madre Santísima mucha fortaleza, que habríamos de necesitarla en tantas dificultades como tendríamos en la vida. ¡Qué bien nos hablaba de Ella! ¡Y qué devoción la envolvía cuando la veíamos en la capilla o en la oración!”.

Era verdad. La Madre Isabel no solo animaba a sus Religiosas y alumnas sino también a sus amistades. Las niñas, que se fijaban en todo, recordaban que acudían a la capilla grandes amigos, incluidos de la nobleza:

“Igualmente practicábamos el mes de mayo en una forma tan solemne y con tal esplendor, que aún lo recuerdo a pesar de los años. En ese ejercicio intervenía la Sierva de Dios tocando el armonium y ensayando a las colegialas mayores y señoras, incluso marquesas y otros títulos, que cantaban con ella en ese ejercicio de las flores”.

4. LA VIRGEN MADRE DE DIOS PARA SUS ALUMNAS

En el mes de mayo explotaba al exterior el amor a la Virgen. A lo largo del año se cultivaba con todo entusiasmo. La Madre Isabel quería infiltrar en cada niña la devoción a la Madre de Dios, segura de que, si lo conseguía, les prestaba una tabla de salvación para esta vida y la eterna. Porque la Madre de Dios es verdadera Madre de cada una, y una madre se gasta y desgasta por el bien y la felicidad de sus hijos.

Sabía la Madre Isabel infundir la devoción a la Virgen de un modo persuasivo. Recomendaba a las niñas que saludaran a la Virgen con una leve inclinación de cabeza cuando pasaran delante de una imagen suya. Quería que iniciaran el recreo con el rezo de un Ave María. Cuando se encontraba con alguna alumna en un tránsito, con frecuencia le preguntaba: “¿Quieres mucho a la Santísima Virgen?” Y les exhortaba a que la amaran y quisieran más cada día. Terminaba con estas palabras: “Tenéis que quererla, tenéis que quererla”.

De ordinario, cuando hacían alguna travesura, después de corregirlas, como lo haría una buena madre, solía decir: “Anda, vete a decírselo a la Santísima Virgen y ante ella pide al Señor que te perdone”. Un caso:

“En sola otra ocasión solía llamar a las niñas a su cuarto, así en particular, cuando habíamos cometido una falta de mayor importancia y entonces, invariablemente, preguntaba a la interesada:

-¿Para qué crees que te llamo?, a ver, ¿dime?

- Te llamo, me dijo a mí una vez que hube de ir con otra niña, porque te he visto doblando ropa fuera de su lugar y en hora de clase, y no habéis dicho nada a la Hermana de esta ausencia, ni tenéis ningún permiso”.

Nos impuso un castigo pequeño y con unción tan amable, que lo cumplimos gustosas, y además, le pedimos perdón. Para que consiguiéramos ser mejores nos mandó pedirselo a la Santísima Virgen rezándole tres Avemarías. Con gesto humilde nos fuimos contentas de aquella entrevista que nos había robado el corazón una vez más”.

A sus Hijas les daba el mismo consejo: “Repréndanlas y exhortenlas como lo haría una buena madre, con mucho amor y con buenas palabras y animándolas a que vayan ante la Virgen a rezar un Ave María para que las ayude a corregirse si la falta fuera importante”.

Para inculcar más y más la devoción mariana en las niñas se valía de encomendarles que rezaran por sus intenciones. “Te encargo que tú, con las niñas que quieran, hagáis una novena de las Tres Avemarías con los brazos en cruz por mi intención”. Es que tenía mucha fe en la oración de las niñas.

Estableció en sus colegios las Congregaciones Marianas y la Asociación de las Hijas de María, que floreció mucho en los colegios de Torrijos, de la calle del Tutor y de Santa Susana. Con ellas celebraba con gran solemnidad no solo el mes de mayo, sino las fiestas de la Virgen del Amor Hermoso y la novena de la Inmaculada Concepción de María.

Abreviadas así las relaciones filiales de la Madre Isabel con la Virgen y de su empeño en extender la devoción mariana en la Congregación y en las alumnas de sus colegios, se advierte la falta de sus apuntes espirituales, donde se encontrarían materiales importantísimos para exponer la gratitud a Jesús por haberle dado por Madre a su misma Madre, y la maravillosa correspondencia de ella a tanto favor y, sobre todo, las repetidas y encendidas plegarias en cada una de las penas y sinsabores de la vida.

CAPÍTULO XXII

LAS PRINCIPALES DEVOCIONES DE LA MADRE ISABEL

1. EL CORAZÓN DE JESÚS

El Corazón de Jesús es para nosotros los hombres la fuente y el modelo de la caridad perfecta. Su atractivo para el hombre reside en su Corazón de carne, unido hipostáticamente a la Persona del Verbo. El amor humano del Corazón de Jesús es al mismo tiempo también divino, puesto que en Jesús se hallan indisolublemente unidas las operaciones divinas y humanas.

A la Madre Isabel el Corazón de Jesús la arrastra hacia Él con su amor humano y su amor divino, los dos entrelazados. Por la pérdida de sus escritos particulares no se podrá nunca presentar la idea que la Madre poseía del Divino Corazón. Solo algunos testimonios lo relacionan confundido con la Eucaristía, concepto arrebatador para quien crea ciega y confiadamente que bajo las especies sacramentales permanece vivo y resucitado con su Humanidad Sacratísima y su Divinidad el mismo Jesús, porque entonces su Corazón continúa latiendo incesantemente por su Amor a Dios y a los hombres. Parece que la Madre Isabel encontró en la Eucaristía al Deífico Corazón de su Jesús, repleto de Amor y fuente donde bebió sin interrupción su Amor a Dios y a los hombres. La Madre Isabel, toda Caridad, permanece incrustada, como el sarmiento a la vid, en la Eucaristía, cofre del Corazón de Jesús.

La Madre quería que sus Hijas se despidieran todas las noches del Corazón de Jesús, presente en la Eucaristía. “No quería que nos retiráramos nunca a descansar sin despedirnos de Él (del Corazón de Jesús) en el Santísimo Sacramento”. Es normal. Recuérdesse que todas las Religiosas de la Madre Isabel añaden a su nombre su pertenencia al Corazón de Jesús. La misma Fundadora se firmaba Isabel del Corazón de Jesús Larrañaga. Se trata de un detalle lógico de su carisma espiritual.



Declaraban sus Hijas: “Quiso que todas nosotras, después de nuestros nombres, añadiéramos *del Corazón de Jesús*, pues quería que todas fuésemos de Él”. La razón esponsal aparece clarísima.

Recuérdese que cuando el Cardenal Moreno le ofrece el cambio del nombre del Instituto, el de Esclavas del Corazón de Jesús por Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, debió de entrever la riqueza del contenido: ser Hermanas, primero; de la Caridad, con mayúscula, segundo; y del Corazón de Jesús. Le pareció un favor inmenso de su Señor Jesús. No se trataba de un simple título, sino de una mística realidad que ella y sus Hijas debían esforzarse por alcanzar. Hermanas de la Caridad quiere decir unirse, parecerse, juntarse, repetir la Caridad del Corazón de Jesús y asemejarse a Él por la Caridad, el ser completo del Corazón de Jesús. Para una mujer, nacida para amar y ser amada, no puede haber mayor felicidad ni mayor vocación.

La Madre Isabel añadía otros detalles:

“Procuraba inflamar a los demás en esta devoción diciéndoles que siempre confiaran en el Sagrado Corazón de Jesús y que esperasen alcanzar la gloria por los méritos de Jesucristo y en sus buenas obras. Ella confiaba en todo en el Sagrado Corazón de Jesús, y en esta confianza decía a las Religiosas que, aunque ella faltase, la Congregación subsistiría, a pesar de las dificultades que hubiera de afrontar para conseguir su fin”.

He aquí una profecía de la Madre Isabel que el tiempo se encarga de cumplir.

Lo importante es saber que la devoción a la Eucaristía en la Madre Isabel se confundía con la devoción al Corazón de Jesús. La Eucaristía para nosotros es el misterio del Amor de Jesús a Dios y a los hombres. El Corazón de Jesús es el símbolo de ese Amor a los hombres. La Eucaristía contiene la Humanidad Santísima de Jesús con su Corazón vivo y latiendo de Amor hacia Dios y a los hombres.

“La fiesta mayor que hacíamos, con asistencia de la misma Madre, era la del Sagrado Corazón de Jesús, y hasta ella misma ayudaba en todo lo que contribuyese al mayor esplendor de este culto”.

La Madre introduce la costumbre de celebrar el mes de junio y la fiesta del Corazón de Jesús con mucho fervor, devoción y esplendor, y los primeros viernes de cada mes. Aconsejaba esta devoción a sus Hijas, a sus alumnas y amistades. Hacía la Hora Santa todos los primeros viernes de mes y a veces durante algunos días más. Quería que el amor del Corazón de Jesús se extendiera y difundiera por todo el mundo. El Corazón de Jesús, es decir, su Amor, constituía su ilusión en la tierra y cada día al despertarse soñaba con Él, se entregaba a Él y quería vivir de Él y con Él:

“Le pregunté alguna vez de dónde sacaba la paciencia y la amabilidad para tratar a tantos y tantas cosas, y me contestó, con encantadora sencillez envuelta en un doble sentido, que cada mañana, al levantarse, sacaba del armario lo que necesitaba para el día, dejando entender que se refería a este Divino Corazón”.

2. EL VIACRUCIS Y LA PASIÓN DEL SEÑOR

A la Madre Isabel le gustaba mucho besar el Crucifijo y recomendaba esta práctica. Se besa al que se ama. Pero Jesús, el Amor de la Madre Isabel, fue crucificado por nuestros pecados. El Corazón de Jesús fue traspasado por una lanza (Jn 19, 34).

Estas son las razones por las cuales la Madre Isabel recorría el Camino de la Cruz, el llamado Via Crucis. Recuérdese que al Corazón de Jesús se le representa - conforme a las apariciones a Santa Margarita María de Alacoque (1647-1690) del 27 de diciembre de 1673- con el Corazón abierto por la lanza, rodeado por una corona de espinas y con la Cruz clavada encima y presidiendo.

A la Madre Isabel le conmovía mucho el meditar los dolores de Jesús. Precisamente en su capilla particular de Madrid tenía un Vía Crucis de marfil, traído seguramente por mamá de Filipinas, y las dos lo recorrían fervorosas. En Comunidad, ella misma hacía el Viacrucis con sus Hijas y lo dirigía personalmente y lo practicaba ella en particular con mucha frecuencia. Lo recomendaba a las alumnas y a sus Religiosas. Durante la Cuaresma se hacía el Viacrucis diariamente en Comunidad en todas las casas. En los ratos que pasaba con sus alumnas en Cuba –recordaban- “continuamente nos hablaba explicándonos la historia de la Pasión del Señor”. Llevada de su devoción por los misterios de la Pasión de su Señor Jesús, el 24 de febrero de 1898 se agregó a la Asociación del Viacrucis perpetuo, según la cédula que se conserva.

De siempre, la Madre Isabel siente amor y compasión por los dolores de Jesús. Alguien ha compendiado así unos cuantos datos:

“Se conserva la solicitud en que la Sierva de Dios en el primer año de la fundación pedía la erección del Viacrucis en la casa de Lagasca. En la capilla de la casa de Torrijos puso la Sierva de Dios un “Cristo de la Agonía”, al que se le daba culto, y al que ella tenía gran devoción y encomendaba sus enfermos. En una ocasión prometió a una niña de Santa Susana llevarla al Cristo que se venera en una capilla del pueblo de Torrijos si sanaba, y la llevó. En esta misma capilla (pienso que por devoción) hacían la profesión las primeras Hermanas de la Congregación después de ella.

Cuando volvió de Roma el año 91, trajo para todas las casas de la Congregación clavos grandes tocados en algún clavo de la Pasión del Señor. Se conserva la patente del clavo que hay en la Casa de La Habana. Hasta la guerra (1936) hemos conservado un pequeño Calvario que ya tenía la Sierva de Dios en el Oratorio de su casa”.

3. SAN JOSÉ, PROTECTOR ECONÓMICO DE TODAS SUS CASAS

La Madre Isabel recibe de su mamá la devoción a San José, el Esposo de la Virgen María. Se cuenta que en el oratorio privado que mamá Isabel instala en su casa tenía una bella imagen de San José, y que en uno de sus arrebatos contra su hija regaló la imagen a Silvina, una amiga suya. Con su dinero la recupera Isabelita.

Se veneraba en el colegio de la calle del Tutor de Madrid hasta que los milicianos la roban y queman en julio de 1936.

Era una imagen de unos 0,90 metros de altura. Llevaba San José de la mano al Niño Jesús en su regreso de Egipto y pasaban bajo una palmera. El Niño miraba a su copa distraídamente. Esta imagen recibió muchas y apuradas súplicas de la Madre Isabel. Uno de los casos más recordados se refiere a la casa del Tutor de Madrid. Se recordará que Doña Joaquina de Acosta prestó a la Madre Isabel 80.000 pesetas para comprar la casa. Cada tres meses debía darle el 6%, 1.200 pesetas, de intereses. Un día, la Madre no poseía ese dinero y encargó a su San José la ayuda necesaria:

“Y a los pocos días se presentó un señor en la portería; por cierto, que Sor Natalia Balaguera era la portera, y le entregó un sobre cerrado diciéndole que se lo entregara a la Madre Superiora. La M. Natalia hizo ademán de pasarlo a la sala de visitas, pero el señor le contestó que él no tenía necesidad de ver a la Madre Superiora, sino de entregarle ese sobre. Cuando lo abrió la Sierva de Dios, vio que había en él justamente la cantidad de dinero que ella necesitaba para pagar la deuda. Y, llorando de gratitud, lo comunicó a las Hermanas y niñas, diciéndoles que había sido San José”.

“Bien sabía yo –concluyó la Madre- que San José nos socorrería como otras veces. Ahora tenemos que seguir rezando para darle gracias y pedir por los bienhechores”.

Era una costumbre en la Madre Isabel. Había confiado a San José la economía de su Congregación, porque -afirmaba- fue el buen administrador de su familia en Nazaret y que desde el cielo le gustaba continuar con ese oficio en favor de las Comunidades religiosas. Por eso le constituyó como Protector económico de todas sus casas. En ello, las niñas de sus colegios jugaban un buen papel y, cuando se veía en un gran apuro, se encomendaba con las niñas a San José. La portera del colegio de la calle del Tutor, la Hermana Lucía Serrano, recordaba este hecho:

“Una mañana llegó al colegio un dependiente de una tienda de comestibles con una factura que debía pagársele de inmediato. La Hermana Serrano presentó la factura a la Madre Isabel, que estaba escribiendo en su despachito de la planta baja, no lejos de la portería. La Madre miró la factura e indicó a la Hermana que tomara el dinero de un cajoncito que había en la misma habitación. Ella obedece, cuenta el dinero y ve que no hay bastante, ni con mucho, para pagar. Lo advierte a la Madre, quien cesa un momento en su escritura, y dice tranquilamente a la Hermana:

“Vaya Vd, con las niñas y recen a San José”.

La Hermana va y obedece y, terminada una corta oración, vuelve donde está la Madre Isabel. En el mismo momento un señor llegó a la puerta del despachito, saluda, entrega un sobrecito y se retira. La Hermana Serrano está suspensa porque las llaves de la puerta las tiene ella y no se ha abierto a nadie sino al dependiente de la tienda que está esperando afuera. Ante ella la Madre Isabel abre el sobre, en el cual encuentra la cantidad de dinero que faltaba para pagar la factura dicha. Entrega todo a la Hermana para que despache al cobrador, a quien, en efecto, hace el pago y vuelve rápido junto a la Madre, porque está toda emocionada (la Hermana); la Madre Isabel la invitó a dar gracias a San José y luego reanudó su trabajo con toda naturalidad, como si el hecho ocurrido fuese lo más ordinario en la vida”.

4. SAN JOSÉ, FORMADOR DE SUS NOVICIAS

Cada año festejaba la fiesta de San José con toda solemnidad, precedida de una novena. Como siempre andaba apurada, mandó la Madre Isabel que todos los meses se celebrara una novena al Glorioso San José, que debía comenzar el 11 de cada mes. También mandó la celebración de la novena del Patrocinio de San José. Las novenas, del 11 al 19 de cada mes, eran sencillas. En Fuensalida, Toledo, consigue celebrar la novena con el Santísimo Expuesto, gracia que los Obispos gravaban con un buen donativo. En todas las capillas e iglesias de su Congregación se veneraba la estatua de San José. También la Madre Isabel era devota de los Siete Domingos en honor de San José, práctica muy valorada entonces.

Se recordará que San José le habló claro cuando estaba levantando en Ciempozuelos, Madrid, en 1876, la Casa de Ejercicios Espirituales. Cada domingo sobrevenía un percance. Una vez le desapareció el dinero que tenía preparado para los obreros. Al fin, suspendió la obra, que dejó a la altura de las ventanas.

La fundación de Fuensalida, en 1890, quedó bajo el patrocinio de San José. Allí quiso establecer el Noviciado:

“Aunque sin terminar las obras, quiso la Madre que se bendijeran, ceremonia que realizó el Sr. Párroco y asistimos todas las Hermanas y las niñas. Al llegar a la parte que había de ser noviciado, la Madre rezó la oración a San José, poniéndolo bajo el Patrocinio de este glorioso santo, y entre los ladrillos del muro colocó una estampa suya”.

El detalle de encomendarle las novicias fue una idea propia de la Madre Isabel, porque San José formó a Jesús para su misión redentora. Le enseñó a orar y a leer las Sagradas Escrituras. Le dio los mejores ejemplos de todas las virtudes: de virginidad, pobreza, obediencia, laboriosidad y sociabilidad; sobre todo, de oración y de contemplación en el trabajo y en la vida ordinaria. Siguió en esto la Madre Isabel el ejemplo de Santa Teresa de Jesús (1515-1582): “En especial, personas de oración -enseñaba la Santa- siempre le habían de ser aficionadas. Quien no hallare Maestro que le enseñe oración, tome este Glorioso Santo por Maestro y no errará el camino”²⁹.

Ese carisma de Formador de Jesús quería la Madre Isabel que lo ejercitara desde el cielo para que formara a las Novicias en el amor a Jesús y a María, asignatura en la que brilló él como nadie. Como nadie consagró su vida entera a cuidar de Jesús y de María. En el Devocionario de su Congregación la Madre Isabel presentó una bellísima oración a San José, donde expone sus virtudes y su valimiento ante Dios Nuestro Señor y donde le encomienda de manera especial su alma, sus Religiosas y, sobre todo, las novicias de entonces y de siempre:

“Dios te salve: por el suavísimo Corazón de Jesús, ¡oh bienaventurado José! Esposo amantísimo de la Virgen y Madre de Dios, Padre encargado del sustento de Nuestro Señor Jesucristo, llave feliz que cerraste la serie de los Patriarcas, profundísimo en la humildad, firmísimo en la fe y en la esperanza, ardentísimo en la caridad, celosísimo de la salvación de todos, altísimo en la contemplación, purísimo

²⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, cap. VI, n. 8.

en la virginidad, muy parecido en todo género de virtudes a tu Esposa la Madre de Dios: ruega por mí y por todas las mías, especialmente por las novicias recibidas y por recibir en nuestra Religión, por su multiplicación, acertada instrucción, adelantamiento y perfección, para que crezca en número y en mérito la porción escogida del Señor. Amén”.

No podía la Madre Isabel olvidar de encomendarle a San José -que mereció estar acompañado en su hora postrera por Jesús y por María, su fidelísima Esposa, la Virgen- los momentos decisivos de su existencia y de pedirle le consiguiese una buena muerte. En el Devocionario para su Congregación incluye una preciosa oración pidiendo a San José una protección especial para conseguir una buena muerte.

5. CON EL SANTO ÁNGEL DE LA GUARDA

La Madre Isabel creía en la existencia de los Ángeles Custodios, porque el mismo Jesús nos avisa en el Evangelio para que no escandalicemos a los niños, pues “sus ángeles -sus vigilantes- están viendo siempre el rostro del Padre “(Mt 28, 20). Esto opinaba y enseñaba a sus alumnas:

“Nos infundía una gran devoción al Santo Ángel de la Guarda, diciéndonos que era el amigo que Dios nos había dado para que nos protegiese y cuidase de que fuésemos buenos, que él estaba atento para librarnos de todos los peligros, sobre todo cuando nos hallábamos lejos de nuestros padres, y por eso habíamos de encomendarnos a él todos los días”.

En consecuencia, recomendaba a las niñas que recordaran que el Ángel de la Guarda estaba cerca de ellas, contemplando hasta sus más íntimos sentimientos y pensamientos, y que no hicieran nada de que pudieran avergonzarse ante él, que no pecaran, y hasta les aconsejaba que lo consultaran todo con su Ángel de la Guarda.

En el colegio se le recordaba diariamente con pequeñas poesías que las niñas conservaban en su memoria. Confesaba una anciana de 80 años: “A pesar de mi edad, aún las recuerdo y enseño a mis nietos”. Esas oraciones se recitaban en la mañana y en la noche y antes de empezar las clases.

Insistía tanto la Madre Isabel en guardar buena amistad con el Ángel porque estaba convencida de que realmente Dios nos lo ha dado a cada uno. Era voz común entre las Hermanas que trataba con su Ángel de la Guarda familiarmente y que era ésta su devoción después de la devoción a la Virgen y a San José. Confesaba llanamente a sus Religiosas que cuando quería avisar a una Hermana que estaba lejos, pedía a su Ángel que inspirase al Ángel de la otra Religiosa lo que ella quería que hiciera o dijera, para que le transmitiera su inspiración, y que muchas veces lo conseguía. Y contaban varios casos. Este hecho le sucedió a la M. María Hurtado. Entonces el teléfono no se usaba corrientemente:

“Madre Isabel estaba unos días en el Colegio de Santa Susana, en Madrid, y sentía necesidad de tratar algunas cosas con Madre María Hurtado, que se encontraba en el de la calle de Tutor, y no sabía cómo avisarla para que fuera a

dicho colegio. Encomendó su deseo al Santo Ángel de su Guarda, y quedó esperando. Al rato se presentó Madre Hurtado diciéndole:

“No pensaba salir, pero me asaltó el pensamiento de que Vd. me necesitaba para algo y no pude resistir a este impulso. Si ha sido una ilusión mía, me vuelvo rápido”.

Dijo Madre Isabel:

- “No, no, quédese. Mi Santo Ángel la avisó”.

Y se sumió en silencio unos momentos dándole gracias”.

Naturalmente que también la psicología puede explicar este hecho como fenómeno telepático. Pero el caso más sonado sucede con la M. Luisa Pujalte, que ella misma refiere para probar el dicho de que la Madre trataba familiarmente con su Ángel:

“Cierta día iba yo al centro de Madrid y me hizo un encargo con mucho interés de que lo cumpliera antes de regresar a casa. Preocupada por otros asuntos, no me acordé hasta el momento de subir al tranvía para regresar a casa. Referí este olvido a la Madre y cómo había vuelto para hacerlo. Espontáneamente y con toda naturalidad, como sin pensarlo, me dijo:

- “Mi Ángel de la Guarda tenía a esa hora el encargo de recordárselo a Vd., y siempre me cumple lo que le mando”.

Con aquella afirmación me quedé yo convencida de lo que las Hermanas decían”.

CAPÍTULO XXIII

ORAD CONTINUAMENTE

1. PARA ORAR, LA CAPILLA

A Jesús le encantaban los montes como lugares más cercanos a su Padre y a los cielos, y le gustaba orar solo allí. Pero también oraba con sus discípulos y con las gentes. La Madre Isabel, impulsada por el amor a la soledad, se iba a la capilla ante el Sagrario para derramar su corazón amoroso -lleno de gratitud, de dolor o de cariño- ante Aquel a quien adoraba su alma. Ignoramos el fondo de su oración, las maneras como se adentraba en el Corazón de su Cristo. Solo podemos aportar signos externos sin poder profundizar en aquellas místicas horas pasadas con Él en la capilla, preferentemente, con su Señor Sacramentado.

Se recuerda que entraba muchas veces a la Capilla. La llamaba su “cachito de cielo”, porque moraba allí Sacramentado su Señor Jesús.

“Cuando estaba en la capilla haciendo oración, su actitud era de gran recogimiento: las manos cruzadas y la mirada fija en el sagrario, parecía extática”. “Las veces que yo la vi en la capilla me conmovió por su recogimiento y fervor”.

Servía de ejemplo a todas. Era consciente de que estaba delante de Dios.

Hablan las Hermanas de largas horas en la capilla, y, con cierta malicia, le preguntaron un día qué hacía tanto tiempo ante el Sagrario. La respuesta es sencilla e inteligente para las demandantes; pero ella silenciaba los grandes ratos amorosos con el Amado:

“La Sierva de Dios no solo practicaba la hora reglamentaria de oración mental, sino que, además, se pasaba *largas horas en la oración*. Tanto que alguna vez le preguntaron:” ¿Qué hace Vd., Madre, tanto tiempo en la capilla?”. Y a lo que la Sierva de Dios respondió: “Presentar al Corazón de Jesús, a la Virgen y a San José las Hermanas y las niñas; porque sin ellos nada podría yo realizar en los fines de nuestro Instituto”.

La misma respuesta dio a quienes, extrañadas del excesivo tiempo que gastaba en la Capilla durante la noche, quedaban intrigadas y querían saber la razón de aquel misterio. Naturalmente que la Madre persevera en ocultar los motivos verdaderos. Solo los amantes pasan juntos tantas horas a solas:

“La Sierva de Dios no dedicaba mucho tiempo al sueño, porque, me refirió la M. Josefa García, que en una ocasión le preguntaron las Hermanas a la Sierva de Dios qué hacía en la Capilla a ciertas horas de la noche. Y ella les contestó que ofrecía y presentaba al Señor las Hermanas y las niñas para que el Señor velara por ellas”.

2. EN LAS AFLICCIONES, LA ORACIÓN

Sabemos que la Madre Isabel “hacía constantes visitas al Santísimo”. Trataba sus asuntos con el Señor, el primero que los sabía. Nada hacía sin consultar con Él. Siempre que se la informaba de algo importante que ella tenía que decidir, acudía a Dios.

En la vida de todo Fundador se acumulan grandes dificultades y obstáculos. Al fin, siguen muy de cerca a Jesús, camino del Calvario. Precisamente en estas circunstancias es cuando la Madre más necesitaba de Dios y se sentía más pobre y pequeña. Los problemas de los hombres y de la economía se los confiaba a la Providencia de Dios, porque la Madre Isabel no tuvo muchos amigos ricos. Poco a poco, como las hormigas, recogió y guardó las pequeñas limosnas que le llegaban. Aquí se mostró siempre valiente, confiada en que ella no se había metido a Fundadora por propio capricho, sino llamada por el mismo Jesús. Llena de experiencia, presentaba a sus Hijas el fruto de la oración:

“Insistía cerca de las Hermanas repitiéndoles que, a pesar de las dificultades y de los quehaceres, aunque fuesen muchos, no dejaran nunca la oración y que no esperaran nada sin la oración y que con la oración todo lo esperasen. Y así, ella no se mostró demasiado preocupada por el dinero para sus fundaciones. Siempre se

mostró optimista y cristianamente alegre, aun en las situaciones difíciles en las cuales nunca se dejó vencer del desaliento y la tristeza”.

Pocas Fundadoras, como ella, sufrieron el abandono de sus Religiosas. Dos colegios, el de Leganés, Madrid, y el de Torrijos, Toledo, los cierra por culpa de sus Hijas, y nueve Hermanas le arrebató en pocas semanas, el año 1890, el P. Salvador Font. Su comportamiento, el de una Santa. Su Señor Jesús sabía muy bien por qué le enviaba esas pruebas, las mayores para una Fundadora. Al enterarse de la última Hermana fugada buscando al P. Font, procedió así:

“Dominó su amargura toda la comida y, al terminar, dirigió a la Comunidad allí reunida palabras tan conmovidas que a todas hizo llorar; pero en ellas ni una alusión de queja ni resentimiento para nadie: el Señor se las había dado y permitía que se las quitaran... Solo deseaba su gloria”.

Cuando el 21 de octubre de 1898 fallece en Cuba la Hermana Josefa Yuste, de solo 21 años, la mayor esperanza de la Congregación en la Isla, se echó en los brazos de Dios: “Dios me la dio, Dios me la quitó. ¡Si mi gozo está en que se cumpla la voluntad de Dios!”.

Dios le arrebató un apoyo insustituible en sus apuros con el Gobierno, con abogados, con personalidades de Madrid. Nos referimos a su Consejero, benefactor y asesor Don Enrique Colsa, Senador del Reino:

“Como era su costumbre al recibir alguna impresión fuerte, se retiró a la capilla. Le sobrevino la fatiga y a los pocos momentos volvía a salir, no pudo llegar hasta fuera, y cerca ya de la puerta se sentó en una silla que encontró a mano... Enjugó algunas lágrimas y, cuando la fatiga fue cediendo, volvió a su actividad normal y siguió la marcha del día con la paz y tranquilidad normal en ella y con la misma entereza de carácter que le era propio, aun en medio de cualquier tribulación”.

Para la Madre Isabel la oración era el medio más apropiado para recobrar la paz interior. Bastaba derramar su alma al Señor Sacramentado, a su Madre, la Virgen, para proseguir su vida normal, el horario de todos los días. Al fin, cumplía el consejo de Jesús: “Venid a Mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y Yo os aliviaré” (Mt 11, 28). Esta era su conducta:

“Me consta que no se dejaba llevar del desaliento en las dificultades, antes bien, cuando se hallaba oprimida por ella, le bastaba una *rato de oración* para rehacerse enteramente. Cuando le advertían que el Instituto podría decaer por las muchas caridades que hacía ella o la poca importancia que daba a la contribución económica de las alumnas, ella contestaba que Dios proveería”.

3. SE PUEDE ORAR HASTA EN LA PUNTA DE UNA LANZA

Otro hecho histórico en la Madre Isabel llega de su vivencia de permanecer en la presencia del Señor durante todo el día. Quien vivió mucho tiempo a su lado, confesaba:

“Siempre me pareció, y lo aseguro con plena convicción, que tenía presencia de Dios continua y no la perdía ni siquiera en las horas de recreación; fuera de la

capilla era frecuente verla elevar su mirada al cielo con una placidez en el rostro como si se arrobara”.

Todo apunta a un estado de unión mística. Era contemplativa en la acción. Se pasaba el día en oración, en medio de sus ocupaciones cotidianas. “Se le notaba en su actitud y en la mirada y en la compostura que siempre guardaba”. No salía de su habitual recogimiento durante todo el día. En una ocasión le preguntaron por qué permanecía tan recogida. La respuesta se limitó a un solo aspecto, el apostólico, silenciando el místico, el que más podía interesarnos:

“Contestó que estaba pidiendo al Señor, a la Santísima Virgen y a San José ayuda para ella misma y para todas las Hermanas y para todo el Instituto, porque sin esta ayuda ella no podía nada”.

Aun en Cuba, una de sus alumnas le notó este aspecto de su espiritualidad y declaró que “practicaba la presencia de Dios”. Se puede afirmar que la vida de la Madre Isabel fue una oración constante y perseverante. Un sacerdote notó aquel recogimiento donde parece que las mujeres se disipan más, porque les gusta enterarse de todo y quieren mirarlo todo. Ocurrió el hecho en un comercio de Madrid:

“Por Sor Gregoria Ramos, que fue religiosa de nuestro Instituto y se lo refirió a las Hermanas antiguas, sé que un tío suyo sacerdote, llamado D. Fidel Ramos, un día coincidió con la Sierva de Dios en un comercio de Madrid, y le llamó la atención ver a aquella religiosa *tan recogida* que se despertó en él la curiosidad de saber quién era, porque, además, quería cerciorarse si aquella actitud de la Sierva de Dios era una cosa accidental o, por el contrario, era una vivencia permanente.

La siguió y cogió el mismo tranvía que llevó a la Sierva de Dios a la Casa del Instituto. Y pasado algún rato después, este sacerdote quiso ver a la Sierva de Dios y pudo comprobar que aquella actitud de la Sierva de Dios no era buscada ni afectada, sino al contrario, era la manifestación externa del recogimiento y amor a Dios que su Sierva sentía interiormente. Y este sacerdote no era de Madrid y, a partir de entonces, cuantas veces venía a esta capital, gustaba de ir a la Casa del Instituto de la Sierva de Dios, donde celebraba la Santa Misa. Años después, cuatro, cuando su sobrina Gregoria quiso ser religiosa, su tío la encaminó al Instituto fundado por la Sierva de Dios”.

Esto que ocurría en la calle, pasaba también en casa. La Hermana Gregoria Ramos contaba su caso:

“Cuando ella ingresó en el Instituto, le mandaban una ocupación que le sentaba mal a su salud. Y de esto no había dicho nada a nadie. Y un día se admiró mucho porque oyó decir a la Sierva de Dios que a esta Hermana no le dieran esa ocupación, porque le sentaba mal y perjudicaba a su salud. Entonces ella se persuadió de que la Sierva de Dios, a pesar del recogimiento que ella guardaba, estaba en todos los detalles preocupándose de atender a todas”.

Quien vive en Dios, vive en oración siempre. La Madre Isabel pronunció una frase que retrata su vida contemplativa:

“A mi hermana, que estuvo más tiempo que yo con ella, le dijo una vez: que la oración se podía hacer facilísimamente hasta en la punta de una lanza”.

Es decir, no dejarse absorber por las ocupaciones externas. Se puede orar, levantar el corazón a Dios en todo momento y en todo lugar, en las penas y en las alegrías, en la risa y en el llanto.

4. ORABA Y ENSEÑABA A ORAR

Todos los días por la mañana la Madre Isabel hacía una hora de oración llamada en su tiempo oración mental. Ciertamente que la Madre estaba en aquel acto de Comunidad que duraba una hora. Lo seguro es que pasaba el tiempo en oración de superiores grados, grados ciertamente contemplativos. Ponemos esta advertencia porque los testigos ignoraban hasta dónde había llegado la Madre Isabel en su estado contemplativo. Una de aquellas Hermanas refería que por la mañana y por la tarde se pasaba dos horas en la capilla:

“Durante una hora por la mañana y otra hora por la tarde hacía diariamente oración mental en el templo. Ahora recuerdo que hacía la Hora Santa todos los primeros viernes de mes y a veces durante algunos días”.

Era fidelísima a la oración. Jamás se dispensaba de asistir a los actos de comunidad y menos a los actos de piedad en la capilla, a no ser por enfermedad o por una ocupación imprescindible. Siempre era la primera en todo y, cuando no podía materialmente acompañar a sus Hermanas, suplía el acto en particular. Se le notaba que era una exigencia natural de su Amor a su Señor Jesús, que la esperaba en todo momento para convivir y contarse todo lo que se amaban. Las frases que emplean para denotar su prontitud y su perseverancia en la oración se explican de este modo.

Enseñaba a hacer oración a sus Hijas y a las alumnas, como Jesús a sus discípulos (Mt 6, 5-6; Lc 11, 2). También lo imitó en esto, y aconsejaba a las niñas que pusieran en la tarea sus cinco sentidos:

“Cuando a nosotras nos hablaba de la oración, nos recomendaba que pusiésemos los cinco sentidos en lo que estábamos haciendo”.

La Madre Isabel obtuvo éxito en esta difícil empresa, aunque se trataba de niñas, siempre un poco volubles y caprichosas en sus devociones:

“La Sierva de Dios inculcaba siempre a las Hermanas y a las niñas que acudieran a la oración en cualquier necesidad que tuvieran; y lo mismo a las Hermanas que a las niñas, la Sierva de Dios les enseñaba el modo de orar e incluso de meditar. Y añadía la misma M. Ramos que, cuando ella ingresó religiosa, encontró un grupo de niñas mayores en el Colegio que habían sido enseñadas por la Sierva de Dios en materia de oración, y que a la misma M. Ramos le hicieron mucho bien aprendiendo de este grupo de niñas a mejorar en la oración, aparte de las instrucciones que recibía directamente de la Sierva de Dios”.

5. UN MISMO LETRERO EN TODAS LAS CASAS

Nos advierte San Pablo que “vivimos en Él y en Dios nos movemos y existimos” (Hch 17, 28). No podemos prescindir de Dios que nos rodea. Es natural para quien lo ama pensar en Dios, perseverar en su compañía y en la oración.

Llevada de su experiencia, quería compartirla con sus Hijas y con las alumnas: que supiesen todas que Dios está cerca, que Dios continuamente nos está mirando. Y esta postrera frase la inculcó tanto que, llevada de su celo por su Dios y Señor, decide ponerla en todas partes:

“Para recordar la presencia de Dios, tanto a las alumnas como a las Hermanas, ordenó que se pusieran en todas las habitaciones y en los tránsitos y en la portería, en una palabra, en todas partes de nuestras casas, en sitio visible y con letras muy claras, un cartel que dijera: “Dios me está mirando”.

En todos los colegios y casas de la Congregación se leía en un cartel esa gran verdad. La inmensidad de Dios nos rodea, y, puesto que es una realidad, intentaba que todos lo recordaran. A las Hermanas que entraban en el Instituto les llamaba la atención, y a alguna le pareció irrespetuoso tener (¿?) aquel cartel incluso en los cuartos de aseo:

“Recuerdo haber oído referir a la M. Balaguera que ella, al ver el cartel puesto en los cuartos de aseo, había comentado con la Sierva de Dios que le parecía irrespetuoso que figurara ese cartel allí; y que la Sierva de Dios respondió que “¿Dónde estaba Dios?”. Contestándole la M. Balaguera que en todas partes. Y la Sierva de Dios le dijo: “Si está en todas partes, no es irrespetuoso que haya un cartel que así lo recuerde”.

Comentaban en tiempo de la Madre Isabel que los fines que se proponía eran varios: que tuvieran presente a Dios; que hicieran actos de amor en la presencia de Dios; que “cuando fuésemos a hacer alguna cosa que no fuese buena, mirásemos aquel letrero”; para evitar ofender a Dios; para reparar los pecados que se cometen delante de Dios; para ver que no podemos pecar y hacer el bien sin que Él lo vea.

6. HÁGASE, SEÑOR, TU VOLUNTAD

Dios, como nuestro Padre, no se aparta de nosotros en ningún momento. Somos hijos suyos. También Él nos quiere a nosotros a su lado. Lo mismo que todo padre o madre. Es señal de que nos ama. Cuantos se aman buscan la mutua compañía.

La Madre Isabel sentía tan fuerte ese amor de convivir ante su Señor y aprovechaba esa presencia de manera tan excelente y provechosa para su corazón que constituía su felicidad. Para ella lo era todo. Es lo que quería inyectar en todas las personas que trataba. Aseguran que el consejo más frecuente que daba a las niñas en todas sus pláticas era el del amor de Dios, y que intentaba con las devociones y actos de piedad, tan frecuentes, inculcarles el amor de Dios, no obstante la corta edad de las niñas. En Cuba hablaba mucho del amor de Dios especialmente cuando se encontraba entre las niñas.

Otra idea que quería inculcar se concretaba en dar gracias a Dios. Al terminar las clases de Religión y en muchas ocasiones solía decir a las niñas: “Hijas mías, hay que dar gracias a Dios por todo, por todo”. La Madre lo cumplía al pie de la letra: “Si lo lograba, daba gracias a Dios, y, si no lo lograba, también, porque veía en todo la voluntad de Dios”.

Dios, como Padre, no nos da una serpiente cuando le pedimos pescado, ni una piedra cuando le pedimos pan (Mt 7, 10; Lc 11, 11). De todo cuanto Dios nos manda o permite, podemos sacar mérito para nuestra vida eterna. Dios no envía o permite que me llegue algo malo, porque todo lo podemos convertir en bueno. Recordando hechos ya sabidos, sus Hijas comentaban brevemente:

“La Madre Ramírez daba siempre gracias a Dios, tanto en las cosas agradables como en las adversas, y manifestaba que lo hacía así porque así lo aprendió de la Madre Fundadora.

La Madre Fiz cuenta que la Sierva de Dios, en momentos adversos de su vida en Cuba, daba gracias a Dios por todo lo que le acaecía, y manifestaba la Sierva de Dios que por todas las cosas que le sucedían se mostraba agradecida a Dios, porque solo quería que se cumpliera su Santa Voluntad.

La Hermana Fernanda Granda Muñoz, que conoció por primera vez a la Sierva de Dios en los momentos de las deserciones del grupo de Hermanas que salieron en el año 1890 de la Casa de Santa Susana, refiere que la Sierva de Dios decía con tal motivo: “Dios me las dio y permite que me las quiten, Él sea bendito”.

Esta conducta resaltó de manera especialísima en Cuba, durante los postreros meses de su vida en que se vio rodeada de amargura. Entonces demostró lo identificada que vivía con la voluntad de Dios.

“Oí decir a la Madre Hurtado que la Sierva de Dios siempre daba gracias a Dios lo mismo cuando recibía un bien que cuando sufría una adversidad. Le oí decir a la Sierva de Dios que teníamos que agradecer a Dios todo lo que nos manda, lo mismo bueno que malo, porque todo lo ordena para nuestro propio bien”.

7. ANTE LA NATURALEZA

San Juan de la Cruz escribe en su Cántico Espiritual: “El Esposo es las flores”. La frase describe el secreto de los místicos cuando se extasían ante una flor. La Madre Isabel pudo ocultar sus sentimientos ante la flor, obra de arte del Creador; pero en el fondo y en la forma contemplaba al Esposo, vestido con la galantería de su Dios y adornado con el perfume más embriagador.

“A la vista de un fruto o de *una flor* se conmovía muchas veces y decía con profunda emoción: ‘¡Que mi Dios tenga estas cosas tan buenas destinadas para mi regalo y creadas para mí!’”

“Ante una flor, ponderaba lo bueno que era Dios, porque había creado esas cosas bellas para nosotros”.

“¡Qué bueno es Dios, decía, desde la eternidad pensaba en mí! Y cuando veía alguna fruta rica y buena y *alguna flor bonita*, añadía: Ha creado todas estas cosas para mí”.

Eran regalos del Esposo, que manifestaba su poder creador, su sabiduría y su amor.

Para llegar a la contemplación, la Madre Isabel aconsejaba los tres medios que la habían conducido a ella a semejantes cambios: el silencio, el recogimiento y la oración.

Toda la naturaleza la elevaba a su Dios, le recordaba su grandeza y su bondad, y cómo la continua asistencia y presencia de Dios conservaba y abrillantaba todo. Pero todo era para el hombre, a quien el Señor amaba tanto:

“Recordaba frecuentemente la Sierva de Dios, tanto a las Hermanas como a las alumnas, que debían ser agradecidas a la bondad del Señor, que estaba derramando continuamente beneficios de orden temporal y espiritual a ellas, y así, cuando salía a la huerta o al campo y veía los frutos y *las flores*, les hacía ver a las personas que con ella estaban que todo aquello lo había hecho el Señor para nuestro regalo y complacencia”.

CAPÍTULO XXIV

CARIDADES DE LA MADRE ISABEL

Sigue la Madre Isabel tan cerca a Jesús que le recuerda constantemente el mandamiento del amor: “Amaos como Yo os he amado” (Jn 13, 34). “Lo que hagáis con los más pequeños y humildes, me lo hacéis a Mí” (Mt 25, 40). Esta frase la enloquece. Cuidar a su Jesús pobre, enfermo, sediento, hambriento y preso. Una alusión que mantiene viva.

“Sé que la Sierva de Dios amó heroicamente al prójimo, porque veía en él al mismo Dios”.

“La razón por la que la Sierva de Dios amó al prójimo era porque veía en él una imagen del Señor, y no hacía distinción entre una cosa que era fácil y otra difícil. Ella hacía por el prójimo cuanto podía, a medida que se le iban presentando las ocasiones”.

La Madre Isabel, por voluntad de Dios, realizó su entrega al prójimo en grado heroico al por mayor. Y no solo ella, sino también Hijas, que siguen sus huellas. Funda una Congregación:

“Era grande su amor para con el prójimo, –observa un sacerdote- mejor dicho, heroico, como lo demuestra la fundación de la Congregación de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, que no tiene otra finalidad sino el ejercicio de la caridad para con el prójimo”.

Solo una gran santa acepta semejante encomienda, porque conlleva un duro y continuado calvario, que la asemeja a un pequeño crucifijo. Preparada espiritualmente desde Lima, 1855, funda en 1877 y fallece a primeros de 1899. Toda una vida haciendo el bien en su entorno.

En estas páginas, orillando la teoría evangélica sobre la caridad, vamos a presentar diferentes anécdotas de la Madre Isabel, reveladoras de su exquisito amor al prójimo.

1. CON SUS HIJAS, LAS RELIGIOSAS

El corazón de la Madre Isabel latía de amor hacia sus Hijas y hacia sus alumnas, el prójimo más próximo que su Señor Jesús había puesto a su alcance. Primero con sus Hijas. He aquí algunos casos.

La Madre Gregoria de la Parra Ramos confesaba el suyo:

“Fui recibida por la misma Madre en el Colegio de la Calle de Tutor, donde ella vivía de ordinario, y en algo más de dos meses que permaneció por entonces en esta casa, pude convencerme de lo muy silenciosa y recogida que se deslizaba su vida a todas horas. El tiempo libre solía pasarlo sola en su cuarto, cuando no en la capilla. Mas, así y todo, me llamó mucho la atención oírle decir un día que no me pusieran en una determinada ocupación, que solía hacer yo frecuentemente, porque no me sentaba bien. Y como era verdad y yo a nadie había dicho nada, ni me había quejado en absoluto, me convencí de que, aun recogida como estaba y muy delicada por sus padecimientos, estaba en todo y a todo llegaba su desvelo y su cuidado”.

Sor Natividad Cubillo Cuesta contaba este hecho admirable, oído a la interesada, Madre Natalia Balaguera, ocurrido en su destino de la Isla de Cuba:

“A la M. Natalia Balaguera, por efecto de la fiebre amarilla, que padeció tan pronto como llegó a Cuba, le quedó la secuela de una amnesia total o casi total. Y la Sierva de Dios, para hacerle recuperar la memoria, de acuerdo con el farmacéutico que estaba cerca del Colegio y era amigo de la Comunidad, con frecuencia mandaba a la M. Natalia con recados para el farmacéutico, con la particularidad de que, al llegar a la farmacia, a la Madre se le había olvidado el recado. Y entre la paciencia del farmacéutico y de la Sierva de Dios, poco a poco, fue recuperando la memoria la M. Natalia Balaguera. Y me añadía la M. Natalia que jamás la Sierva de Dios la riñó o le llamó la atención porque se le hubiesen olvidado las cosas, ni tampoco le puso mala cara: la trató siempre con gran complacencia”.

Ya que se menciona Cuba, aquí la Hermana Celestina Zaldo realiza una labor envidiable como enfermera de la misma Fundadora, de las Hermanas -es la que atiende a la Hermana Josefa Yuste, que muere de tuberculosis- y a los enfermos y heridos en el campo de batalla. La Madre Isabel la probó bien desde el primer día y la llevó a la fundación de Cuba:

“Esta Hermana Zaldo me refirió que, al pedir ingresar en la Congregación, (en Madrid), Madre Isabel la recibió, a pesar de su cojera. Al día siguiente, se presentó a la Madre y le preguntó en qué podía ocuparse, y se le encomendó que fuera al

lavadero a lavar, por el momento. La Hermana fue, lavó toda la ropa que en él había y la tendió; terminado lo cual, se presentó de nuevo pidiendo qué otra cosa podía hacer, pues había concluido de lavar. Nuestra Madre entonces le dijo que podía ir a la cocina para ayudar.

La Hermana encargada del oficio le encargó el fregado, que de inmediato comenzó con agrado, fregando todo y los pucheros y sartenes con jabón y estropajo y ceniza, dejándolos relucientes. (Así lo comunicó admirada la encargada de la cocina a Madre Isabel).

Cuando la Hermana Zaldo se presentó por tercera vez diciendo: “Madre, ¿qué otra cosa puedo hacer?”, la Madre le dijo con cariñoso acento y amable sonrisa: “Pues ahora, Hermana mía, se va a la cama a descansar, y no se levante, la comida se la llevarán a la cama”.

Referido esto, la Hermana me comentó: “No sé si la Madre me quiso probar si yo sabía trabajar y obedecer, pero lo cierto es que jamás olvidaré el rasgo caritativo que me prodigó, y la bondad y caridad que observé impartía siempre a todos”.

Sus Hijas llegaron a conocerla a fondo. Era una verdadera madre:

“La Sierva de Dios fue una verdadera madre para con las superiores locales y demás miembros del Instituto, dándoles muestras de dulzura, de caridad teologal y de fortaleza, porque, cuando era necesario corregir y restablecer la observancia, lo hacía con energía, pero compaginándola también con una amable caridad. Y así recuerdo oírles decir estas expresiones, refiriéndose a la Sierva de Dios: “Era tan madre, tan buena, tan delicada...”



Grupo de Hermanas en Cuba en torno a la foto de la Madre Isabel

2. CON LAS NIÑAS, ALUMNAS DE SUS COLEGIOS

Con sus alumnas no podía ser más madre. Sabía muy bien que la mayoría carecían del cariño de madre, y ella intentaba suplirlo de alguna manera:

“Nos llamaba siempre “hijas mías” y de verdad que nos trataba como una madre, nos quería muchísimo y nos animaba a que aprendiésemos muchas cosas, hasta de labores de coser, para darle alegría cuando nos viese la próxima vez”.

Si hacía alguna distinción, era con las más pobres y necesitadas. La huerfanita Emilia García Ramírez recordaba:

“Entrada yo en edad temprana, -tenía 7 años-, me era muy difícil quedarme dormida pronto, y algunas veces, para que conciliara el sueño, recostaba ella su cabeza sobre mi almohada y me decía: “Anda, cierra los ojos, que yo ya estoy dormida”. Levantaba yo la cabeza para verlo y me insistía en que cerrase los ojos y no hablara porque la iba a despertar”. Y con santa paciencia iba esperando a que me viniera el sueño”.

Quería formarlas haciéndolas mujeres hechas y derechas, y velaba por ellas en todo momento para que el amor llenara en lo posible su corazón. La M. Josefa García contaba:

“Siendo niña ella, padecía mucho de sabañones en los pies, y me refirió que la Sierva de Dios se preocupaba de aplicarle remedios caseros para aminorar el picor y el dolor que sentía, y así se pudiera dormir tranquila.

Y esta misma Hermana Josefa García me refirió que, siendo ella niña, la Sierva de Dios, durante los recreos que tenían, las solía acompañar algún tiempo y les enseñaba juegos, canciones religiosas, y también tocaba el piano para distraerlas, sintiéndose la Sierva de Dios muy complacida y gozosa cuando se veía rodeada por todas las niñas, quienes le pedían que les contara cuentos y otras cosas que las distrajeran”.

Veamos cómo sabía disimular los defectos:

“Se empeñaba en formar parte del coro una pequeña que no cantaba bien, y ninguna quería que lo hiciera a su lado. La Madre, para no desconsolarla, la tomó mimosamente del brazo y le dijo con amabilidad: “Mira, tú cantarás otro día, hijita, porque hoy eres un angelito ronco”.

Conocía muy bien la psicología de las niñas:

“En otra ocasión, en que tenía mucha pena porque no disponía de turrón para hacernos felices durante las Navidades, nos contó que el Niño Jesús se había portado muy bien con nosotras, y, al decirlo, nos mostraba una habitación llena de turrón y mazapán y golosinas propias de esos días”.

“Fue tal su delicadeza y amor para con las niñas, que como sucediera en la casa de Tutor que las familias de las niñas al visitarlas y despedirse de ellas les daban algún dinero, la Madre Fundadora observó que una niña nunca tenía visitas de su familia, y, para que la niña no se contristara, le daba lo que las familias daban a las otras niñas, pero no como cosa propia suya, sino como de parte de su familia”.

Esta niña se llamaba Emilia García Ramírez, acogida gratuitamente, luego Religiosa, especializada en dibujo y en pintura. La Madre Isabel intuye su inteligencia y le compra enseguida los instrumentos necesarios, aunque vive apretada por la economía:

“En el afán de hacernos útiles y de cultivar las disposiciones que cada una íbamos dejando ver, me compró a mí una caja, lo más completa, de dibujo y pinturas que me admiró mucho, y más aún cuando me fui dando cuenta de la estrecha economía que debía de tener el colegio, según más tarde me di cuenta. Su caridad la entendí luego como de vista larga y muy previsora”.

“Tanto en Madrid como en Torrijos, en tiempos de ferias les daba a cada una un real y medio (o sea, 37 céntimos) para que se compraran lo que ellas quisieran. Y esto lo hacía con todas, independientemente de los ahorros que las niñas pudieran tener”.

3. POR LOS POBRES EN GENERAL

La Madre Isabel tenía presente a los pobres, porque -afirman quienes viven con ella- “veía la imagen de Dios particularmente en las niñas pobres”. También en las familias que habían caído de posición social:

“Sentía especial compasión por las familias o alumnas que, habiendo gozado de buena posición, los azares de la vida habían hecho caer en la indigencia. Cuántas veces se la oyó repetir: “¡Son más dignos de compasión los pobres que un día vivieron en la abundancia, que los que nunca supieron de las comodidades de la vida!”.

Era tal la compasión que sentía por estas alumnas y su predilección por ellas, que en sus internados o externados las proveía de todo, y en nada se distinguían de sus compañeras”.

En Madrid, después en Lima y en La Habana y luego ya de nuevo en Madrid a partir de 1863, había contemplado casos tristísimos. Detalle que descubre la delicadeza y sensibilidad de su corazón. Para las familias siempre pobres derrochaba generosidad. Doña Francisca Llovet Ferreres contaba:

“Tenía mucha caridad. Cuando las Hermanas abrieron ese colegio (Santa Susana), empecé yo a venir a él a vender fruta, que era lo que yo hacía por el barrio, porque mi madre había muerto y mi padre estaba en casa inválido, y tenía otros hermanos más pequeños. Siempre me compraban y, cuando se enteraron de que mi padre estaba enfermo, Madre Isabel y otra Hermana fueron a verlo, y nos ayudaron mucho; además de comprarme fruta, me daban arroz, legumbres, azúcar y otras cosas de comer, y algunas veces también dinero.

A mis hermanas las trajeron al colegio y fueron sus alumnas mucho tiempo y, cuando fuimos siendo mayores, a mí me recomendó a la Marquesa de Sevillano y me colocó. Hasta que nos fuimos arreglando, Madre Isabel nos ayudó e hizo que nos ayudaran siempre. Yo nunca lo he olvidado y lo agradezco mucho”.

Tenía mandado que jamás despidieran a un pobre que acudiera a casa sin darle limosna. Ella misma practicaba esta caridad y sus Hijas aprendieron bien esta lección.

“Jamás despedía sin socorrer a quien se acercaba a ella para pedirle limosna. Y a este propósito, recuerdo que, siendo la Hna. Emilia Ramírez Superiora mía en el Colegio de Ntra. Sra. de los Dolores de Arroyo de la Luz (Cáceres), se acercó un pobre a pedir limosna en un momento en que solo había en la casa dos pesetas. Y la Madre Ramírez se las dio. Y, al decirle yo que era la cantidad que necesitábamos para comprar el pan del día siguiente, ella me respondió que la Madre Fundadora (refiriéndose a la Sierva de Dios) les había dicho que nunca despidiéramos a ningún pobre sin socorrerlo con lo que tuvieran”.

A las niñas les daba el mismo consejo: “Y vosotras, mis niñas, no olvidéis nunca a los necesitados; con lo que podáis, socorredlos poco o mucho”.

Con frecuencia preguntaba a la Hermana portera o a la Hermana cocinera si acudían pobres a pedir limosna, porque, decía, que era mala señal si no acudían pobres, que ellos traían la bendición de Dios; que era señal de mal espíritu si los pobres no acudían a las casas religiosas a pedir remedio y ayuda para su pobreza, dando a entender que esas casas estaban como dejadas de la mano de Dios.

La misma Madre Isabel no se avergonzaba de pedir para los pobres necesitados. Doña Asunción López Lorenzo recordaba que la Madre iba a pedir limosna acompañada, en ocasiones, por su abuela. La Hermana Josefa García dice: “Presencié cómo la Sierva de Dios se desprendía de sus alimentos y vestidos para socorrer a los pobres”.

Doña Gregoria Lorenzo testificaba:

“Era muy caritativa y no hacía distinción con nadie. Y para ella lo mismo era una señora rica que una señora pobre. Y lo mismo hacía con las niñas, que no distinguía a ninguna sobre las demás. Me contó mi madre que en una ocasión llegó un mendigo con dos niños pequeñitos, descalzos y sucios... Y al verlos, la Sierva de Dios cogió estos dos niños, los lavó y les dio de comer. Y también sacó comida para el padre de ellos”.

Si se distinguía en cuidados por alguna persona, era en razón de su estado de necesidad, y por las colegialas y párvulos más pobres.

4. CON SUS RELIGIOSAS Y ALUMNAS ENFERMAS

Jesús se interesó mucho en su vida pública por los enfermos. Todo enfermo que se acercó a Él recobró la salud. La Madre Isabel, ante un enfermo, se desvivía, según posibilidades.

Con sus Religiosas enfermas se portaba como una madre. Las cuidaba muchísimo. Era proverbial que para las enfermas había que procurarles siempre lo mejor, cumplía las órdenes del médico, conseguía que no les faltara nada. Ella misma las visitaba y consolaba. Consciente de los gastos de la enferma -entonces

no existía la Seguridad Social- estaba dispuesta a todo, hasta a vender los vasos sagrados:

“Oí referir a la M. Josefa García que la Sierva de Dios mandó que a las religiosas y alumnas de sus colegios que estuvieran enfermas, se las atendiera prestándoles la asistencia debida de médicos, de medicinas y de comidas, mandando, incluso, que se vendieran los vasos sagrados, si era necesario, para prestarles esta atención. Y esto me lo refería la M. Josefa García con ocasión de que yo entonces estaba enferma, para levantarme el ánimo y darme confianza en que esto no sería obstáculo para que yo tuviera que dejar la Congregación”.

Verificó todo esto con la Hermana Lucía Serrano para que recobrara la vista: “en su afán de caridad con ella puso todos los medios posibles de medicinas, consultas y visitas a sanatorios, para ver si curaba de una enfermedad que padecía en la vista”.

La Madre Isabel -enferma de por vida- sabía muy bien lo que aplana la enfermedad, el dolor, la soledad, la depresión, los interrogantes del presente y del futuro. Por eso, siempre se preocupaba de la salud de las Hermanas, aunque esto exigiese grandes sacrificios. Se preocupaba más de la salud y bienestar de las Hermanas que de ella misma. El dato de marchar a Cuba a convivir con sus Hijas, contagiadas por la fiebre amarilla, -a pesar de las advertencias del peligro de morir con ellas- lo dice todo:

“Cuando las Hermanas primeras que fueron a Cuba cayeron enfermas de la fiebre amarilla, la Sierva de Dios marchó por este motivo más rápidamente a Cuba para atenderlas. Y, al advertirle las Religiosas el peligro en que se ponía ella, contestó: “Que había ido en tan adversas circunstancias a Cuba para estar con ellas, consolarlas y sufrir con ellas”.

El mismo comportamiento empleaba con las niñas de sus colegios. La definían no solo como una pedagoga excelente, sino como una verdadera madre. La M. Emilia García Ramírez refiere:

“Por una travesura indiscreta se me pusieron malos los ojos, con una enfermedad tan pertinaz, que no cedía a ningún remedio humano. Y ¡cuántas delicadezas para que ninguna niña se contagiara con mi mal de ojos! Solo para mí se queda el recuerdo de aquellos cuidados. Por un tiempo fue su misma palangana la usada para mi aseo, con el fin de extremar más aún la asistencia que necesitaba. Siete años me duró aquel achaque molestísimo, y a las oraciones de tan buena Madre debo mi curación para siempre, pues nunca me volvieron a molestar aquellas úlceras de córnea, ni me he resentido más de la vista.

Cuando volvió de su viaje a Roma en 1891, me encontró enteramente curada, y de sus labios oí que le debía mi curación a la Santísima Virgen, pues le había suplicado mucho esta gracia para mí, y le dejó mi nombre dentro de un corazoncito sobre el pecho de su santa imagen”.

A la Superiora del Colegio de Santa Susana de Madrid le tenía ordenado “que no omitiera ningún gasto para atender a las niñas enfermas, conforme mandase el médico, y, caso de que éste no se preocupara suficientemente, que acudieran a otro facultativo”.

¿Cómo cumplía la Madre Isabel estas normas?

“Enfermó una niña del Colegio de Santa Susana y, como no le satisficiera el médico del Patronato, llevó por su cuenta el que tenía el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús y pagó los gastos subsiguientes al tratamiento que le aplicó dicho doctor.

Necesitaba otra niña años medicinales en una nueva ocasión, y Madre Isabel encargó a la Superiora del Colegio que se lo dijera a la Sra. Presidenta del Patronato, y que si éste no sufragaba los gastos de dicho remedio, que corrieran a cuenta de la Comunidad, de modo que no quedara sin cumplir lo dispuesto por el facultativo en lo tocante a la salud de aquella niña ni de otra cualquiera que lo necesitara”.

Personalmente la Madre Isabel curaba los sabañones de los pies a la niña Emilia García Ramírez, le aplicaba los remedios caseros durante los inviernos, intentando aminorar el picor y el dolor para que pudiese dormir tranquila.

Cuenta la colegiala Josefa García Iglesias:

“Cuando yo tenía 15 años, se me presentó un padecimiento en un pie, que me duró bastante tiempo, y la Madre no perdonó médicos de acá y de allá, hasta que dieron con el remedio necesario. Al fin, hube de ser operada, y ya en la convalecencia, cuando las otras niñas iban a la casa de Villaverde, como solíamos de tiempo en tiempo, hacían su viaje por tren, y a mí me llevaba en el coche que tenía aquel colegio, con alguna de las Hermanas, en atención a mi pie, y estas delicadezas las tenía con cualquier otra niña en ocasiones análogas”.

En caso de grave dolencia, la Madre no solo empleaba médicos, medicinas, operaciones y los baños medicinales para las niñas, sino también los espirituales. En Torrijos se veneraba el Cristo de la Preciosa Sangre, del que ella era muy devota. A una niña del Colegio de Santa Susana, muy delicada de salud, le ofreció una misa al Santo Cristo. La niña recobró la salud, y la Madre la llevó a Torrijos a oír la misa. Era una gracia especial, pues la imagen permanecía siempre velada y se descubría únicamente en casos excepcionales. Aquel día y durante aquella misa quiso la Madre tenerlo descubierto por amor a la niña.

Miraba mucho la Madre Isabel que aquellas niñas -muchas huérfanas- jamás echaran de menos el cariño de sus madres.

CAPÍTULO XXV

MÁS CARIDADES

Si es grande la caridad de la Madre Isabel por atender necesidades físicas y materiales, no lo es menos la caridad por dar la formación moral, espiritual y afectiva a sus recomendadas: Religiosas y alumnas. Recogemos unos datos que hablan más que muchas teorías.

1. NO TOLERABA NI LA MURMURACIÓN NI LA MENTIRA

Algo que no toleraba era la murmuración y la mentira. Las creía nefastas para poder vivir en sociedad y en comunidad, sea familiar, sea religiosa.

Personalmente la Madre Isabel jamás criticó a nadie ni consintió que delante de ella se criticara. Ya lo sabían. Era amantísima de la sinceridad y de la verdad. Si alguna religiosa o alguna niña mentía, las corregía enérgicamente, porque no toleraba la mentira en su casa. Solía decir que en la comunidad en la que reinaran la mentira y la murmuración no podía haber perfección ni bendición de Dios.

No se debía atacar a la Caridad, es decir, al mismo Dios, porque se lee en el Evangelio que lo que hagamos a los hermanos –de bueno o de malo- se lo hacemos a Él. Desde la óptica evangélica el problema es serio. Ella misma daba ejemplo:

“No solamente no criticaba ella cosa alguna del prójimo, sino que no lo consentía que lo hicieran las demás, y así decía: “Que tolerar la murmuración en la Casa de Dios era ir contra la misma caridad”.

Siempre y en todo había que salvar la caridad. La Madre Jacoba Balaguera puede afirmar: “Nunca la oí criticar a nadie”.

Perseguía más la murmuración que la mentira, porque tolerarla en la casa de Dios era exponer la casa a la esterilidad y a la reprobación.

Enseñaba que la murmuración no se debía admitir. Corregía con mucha entereza la murmuración y la mentira, dos defectos que no pasaba nunca ni a las niñas ni a sus Religiosas.

Siempre la Madre Isabel conservó el dominio sobre sí misma. Nadie ha contado una exaltación, ni momentánea, ni contra los caprichos celosos y seniles de su madre, ni en los variadísimos encuentros con sacerdotes, religiosas o niñas de sus colegios. Ni ella misma se revolvía contra sus propios defectos, sino que con suma paz los examinaba y proponía no repetirlos.

2. CORRECCIONES DE MADRE A SUS RELIGIOSAS

A todos llamaba la atención por su delicadeza, bondad y elegancia en el trato con los prójimos más próximos:

“El amor que la Sierva de Dios tenía al Señor se traslucía en las delicadezas, cariño y atenciones que tenía para con las niñas, Hermanas, obreros, señoras y demás. *Para las Hermanas era un ángel de caridad*; y así, cuando alguna estaba enferma, se desvivía por atenderla, no reparando en gastos ni en sacrificios, acudiendo al médico y medicinas pertinentes. En el trato, además, *con las Hermanas era muy comprensiva, muy humana y madre*, pero esto no impedía que, cuando tuviera que corregir, lo hiciera con energía, buscando la corrección de la Hermana”.

Era siempre cristiana y a la vez pedagoga, con la pedagogía del Evangelio. El primer dato que la descubre así se refiere a la corrección, pero en privado. No dejaba pasar los defectos, sobre todo si podían influir sobre otras personas. Mostraba su fortaleza heroica en la serena energía con que corregía cuantos defectos o abusos encontraba. Si en alguna ocasión tenía que corregir a niñas o a Hermanas, las llamaba aparte, y en privado les decía lo que tenían que hacer, y nadie más se enteraba. Siempre con cariño, a solas, con moderación, pero con fortaleza:

“La Sierva de Dios, en el gobierno de su Congregación, se mostró siempre muy madre, siendo amable y comprensiva con todas; pero también exigía el cumplimiento y la observancia de la disciplina y del orden; y, cuando tenía que corregir, lo hacía con dulzura y suavidad, aprovechando el momento más oportuno para que la corrección fuese provechosa”.

Las anécdotas harán más llevaderas estas páginas:

“Si la amonestada o corregida, advirtiendo su falta volvía sobre sí, la Madre, con tono suave, añadía:

- “No lo hará más veces, ¿verdad? Yo no lo tendré en cuenta más, pero Vd. enmiédese, y como si no hubiera pasado nada”.

Si la corregida era una niña, solía darle una chuchería que la dejaba contenta.

A tono con sus virtudes, sobresalía su porte externo y sus maneras sociales, finamente distinguidas. Y tanto las estimaba en su labor educadora, que, al verme a mí un día con un pequeño descosido en el cinturón de la falda, siendo yo postulante, se paró delante de mí y me dijo, con extrañeza:

“¿Qué diremos a las niñas, si Vd. va así?”

No podía ver el desaseo”.

Corregía de varias maneras, hasta sin pronunciar una palabra:

“Sor Ildelfonsa del Corazón de Jesús Ortega decía de la Madre Isabel que era tan divina a lo humano y que la envolvía una aureola de espiritual atracción, que atraía hacia Dios sin poderlo resistir.

En cierta ocasión le había encomendado a ella un trabajo hacia el cual sentía gran repugnancia, por lo que, empezando, no pensaba darle fin sino después de una semana. Tal era la languidez y flojedad con que lo hacía. En esto, acertó a pasar por donde ella estaba en la tal ocupación la Madre Isabel, quien la observó en silencio unos momentos, y, sin decirle nada, la saludó con una inclinación de cabeza y se puso a ayudarla con tanto garbo y diligencia, que muy pronto la contagió y trató la Hermana de imitarla y avanzar en su actividad por ver si su rendimiento igualaba, por lo menos, al de la Madre, a la par que yo me esforzaba, dice la Hermana, sentí mi ánimo confortado y lleno todo mi ser de un gozo tal y tan interno y tan grande, que en breve terminé aquella ocupación.

En los largos años de mi vida religiosa, añadía, muchas veces he vuelto a emplearme en el mismo quehacer y siempre me he ofrecido a hacerlo sola sin ninguna ayuda, por gozar de la misma paz y fortaleza interior que la Madre Isabel me había infundido en aquella ocasión”.

Tampoco hacía diferencias entre las Hermanas, aunque fueran Superiores o tuvieran cargos encomendados y, precisamente, por el ejemplo que debían dar a las demás. A la Madre Luisa Pujalte la corrigió de esta manera:

“Quiero referir el siguiente hecho que me contó personalmente la Madre Luisa Pujalte: Estando ésta de Mayor (especie de Sub-Superiora) en la Casa de Santa Susana y encargada de cerrar las puertas a determinada hora de la noche, un día se le olvidó de pasar la llave a una de las puertas del patio, aunque había echado el cerrojo, y la Sierva de Dios advirtió al ir examinando las puertas que no había echado la llave. Y, estando ya la Madre Pujalte en su cuarto retirada para descansar, oyó que en su puerta daban unos golpecitos y, al abrir, se encontró que era la Sierva de Dios, que le preguntaba si había cerrado todas las puertas. Y, al responderle que sí, le preguntó concretamente la Sierva de Dios por la puerta del patio; y, al decirle que se le había olvidado, la hizo vestir y que bajase a cerrarla.

Por cierto, que la M. Pujalte tenía mucho miedo, porque entonces no había luz eléctrica ni candilejas, y tuvo que bajar desde el tercer piso a la planta baja y se encomendó al Santo Ángel de la Guarda, devoción que recomendó siempre en el Instituto la Sierva de Dios. Cerró la puerta con llave. Y, al volver, se encontró con la Sierva de Dios, que la estaba alumbrando con una candileja. Y con aire severo le dijo:

Para que aprenda a obedecer y obligue también a obedecer a las demás”.

3. CORRECCIONES DE MADRE A SUS ALUMNAS

Advertía la Madre Isabel a las niñas con modales propios de madre y de pedagoga. A sus Religiosas tenía ordenado: “Repréndanlas y exhórtelas como lo haría una buena madre: con mucho amor y buenas palabras”. Así seguían el camino por ella trazado. Ella lo hacía con un tono amable y caritativo, con mucha paciencia, con mucha dulzura, y “nunca llegó a castigarnos, al menos, yo no recuerdo”, confesaba una alumna. Para ello, acudía a veces a motivos espirituales, pues trataba con niñas cristianas. “Cuando nos portábamos mal, ofendíamos a Dios”, y lo decía con mucho cariño. Después, frecuentemente, las premiaba y besaba. A veces las llamaba a su cuarto.

Se recuerda muy bien que la Madre Isabel nunca puso la mano en ninguna niña, menos en una Religiosa, ni lo consintió en nadie. La caridad la impulsaba a emplear los medios más seguros desde la psicología y el Evangelio:

“Por una travesura me reprendió a mí una vez muy seriamente; pero, viéndome arrepentida, su buen corazón no la dejó verme afligida por mucho tiempo. Me llamó y me consoló. Algunos días después, como haciéndome ver la sinceridad del perdón, volvió a llamarme y me obsequió con un vestido nuevo”.

En los casos más graves en que sus Hijas andaban despistadas, sabía salir del paso enseñando con letras muy grandes que la caridad y la fama de la persona están por encima de todo:

“Había una niña en el colegio que todas las noches mojaba las sábanas de su cama, con gran disgusto de las Hermanas, que, para corregirla de este defecto, le ponían diversos castigos, tales como presentarla envuelta en la sábana mojada en el pasillo, por donde habíamos de pasar nosotras a la clase e invitándonos a que nos burlásemos de ella para que pusiese atención en corregirse de esta debilidad. En vista de que no conseguían nada con este proceder, determinaron llevarla a la presencia de la Madre envuelta también en la sábana mojada. La Madre, al verla entrar, se volvió hacia la Hermana acompañante y le dijo llena de compasión: “Hermana, ¿no sería mejor que en lugar de hacer esto la viese el médico?”.

A la niña Emilia García Ramírez -después Religiosa y gran dibujante y notable pintora- la Madre Isabel le proporcionó los mejores métodos para facilitarle el desarrollo de sus eximias cualidades. En esta ocasión, que ella cuenta, se advierte este cuidado sin desviarla de sus inquietudes, sino apoyándolas:

“Con ella (Madre Isabel) estudió piano hasta quinto año de carrera, y en dibujo, en cuyo arte sobresalió siempre, guardó hasta su muerte un modelo que le puso la misma Madre improvisadamente, porque no le gustaba el que había de reproducir.

Suspensa y distraída estaba ella sin hacer nada en una sesión escolar de dicha materia. Se le acercó Madre Isabel y le preguntó por qué estaba sin hacer nada. Ella le contestó que no le gustaba el modelo que tenía. La Madre tomó papel y le dibujó un ramo con tres pensamientos y varias mariposas en distintas posturas que iban hacia las flores. Una más grande estaba ya sobre el ramo. Se lo coloreó y matizó con todo detalle sobre su mismo pupitre, diciéndole al terminar: ¿Te gusta ese? Pues, a trabajar”.

Ella reprodujo el modelo, pero guardó el original con inmenso cariño y admiración toda la vida, y entre sus pocas cosas quedó cuando el Señor recogió su alma en 1950”.

Se comprende que las niñas agradecieran aquellas correcciones hechas por su bien, pensando en su porvenir. Se llega a afirmar que sus palabras no parecían correcciones, que, aunque estuviera una hora, “nos parecía tiempo breve”; que les hablaba con tal dulzura que no se cansaban de oírla; que no se consideraban ofendidas. Esta sabia conducta les servía de estímulo a las niñas y de acicate para no reincidir en las faltas cometidas. Así se explica que la mayoría salieran contentas de la corrección.

4. PARA LAS NIÑAS POBRES, ENSEÑANZA GRATUITA

Merece conocerse la conducta de la Madre Isabel con las alumnas de familias que no podían pagar el colegio. Sobresalía en la caridad con las niñas pobres y, si eran huérfanas, mucho más.

Se afirma algo, muy edificante. Unos principios sacados de los tesoros del Evangelio:

“Jamás despidió de sus colegios a ninguna niña por falta de pago”.

“A las alumnas que no podían pagar lo estipulado por haber sufrido sus familias algún revés de fortuna, jamás las privó de la educación y formación que se les venía dando de antemano”.

“Aquellas niñas que no disponían de medios para comprar los libros o las ropas, las proveía de todo aquello que necesitaban”.

La futura M. Emilia García Ramírez refiere lo que a ella favoreció la Madre Isabel, incluso abriendo a su nombre una cartilla de ahorro en un Banco, mirando a su futuro, porque era huérfana:

“Habiéndome quedado yo huérfana de muy pequeña, una tía materna me costó el colegio hasta los 11 años. En ese tiempo, un revés de fortuna hizo que escasearan los recursos en su hogar, y acordó retirarme del colegio. Avisó al mismo alegando las razones que le obligaban a ello y en el momento en que me iría a buscar.

Madre Isabel le contestó que podía ir por mí cuando quisiera, pero que no lo hiciera por la pensión, pues si una desgracia había caído sobre su casa, faltándole a la pequeña una madre, en ella tenía otra, y que, por tanto, en el colegio podría continuar como antes. Y así fue, en efecto; y para mí en nada cambió la situación, ni nadie notó tampoco que me faltara la tutela de mi infortunada tía. Y yo misma solo me enteré cuando fui mayor, y Madre Isabel me enseñó algunas cartas que habían mediado entre ella y mi tía en tal ocasión. Entonces me las enseñó y me avisó de una cantidad de dinero que me había reservado en la Caja de Ahorros para cuando hubiese de necesitarla. Y sé, positivamente, que rasgos como este los tuvo también con otras niñas”.

Se podrían citar muchos casos, tantos que, durante su vida, la mayoría de sus alumnas se formaban en sus colegios gratuitamente, con una formación total:

“D^a Rufina Serrano, que había sido seis años interna en el Colegio de Torrijos, decía, en su mayor edad que le debía a Madre Isabel hasta el saber cocinar muchos guisos y coser y zurcir la ropa buena y la de uso diario con primor y buen gusto.

Ella había sido una de las alumnas gratuitas del colegio y le estaba tan agradecida, que guardaba con inmensa estima y cariño un libro de piedad que ella le había dado cuando estaba en el internado.

Mostraba el libro, que podía ser de unas cuatrocientas páginas, en octava, con los cantos muy gastaditos por el uso. Nunca había dejado de rezar por él sus oraciones, leer sus pasajitos de vida espiritual, y, cuando estaba en su casita de labranza, en el campo, que era con frecuencia, leía en el mismo su misa y la meditaba, uniéndose espiritualmente a la que se celebraba en la parroquia de su

pueblo, -Calzada de Oropesa (Toledo)-; era la razón de tener tan gastado su libro, añadía. Y al pedirselo, ofreciéndole otro nuevo a cambio, contestaba mientras lo iba metiendo en su bolso de mano:

“No puedo dárselo, porque me lo dio Madre Isabel, que tenía con todos tanta caridad...; además, este libro ha sido el alimento de mi vida cristiana. No, no, no puedo dárselo”.

Por su parte, Doña Asunción Lorenzo, nacida en Fuensalida, declaraba de su abuela, Doña Baldomera Sánchez-Romo Conejo, alumna de Santa Susana de Madrid:

“Le oí decir también a mi abuela que la Sierva de Dios era muy guapa y tenía unos ojos muy bonitos. Y para que no se fijaran en ellos llevaba lentes oscuros o sombreados; que era muy caritativa, principalmente con los niños, que cuanto más pobres más los quería, llevándolos al Colegio donde les daba de comer y los aseaba. Mi abuela estuvo en el Colegio de Santa Susana cuatro años y no pagó nada, acogiendo a la Sierva de Dios por caridad”.

Además de la enseñanza y formación gratuitas, la Madre Isabel se preocupaba personalmente de todas y cada una de las alumnas en cuanto sus ocupaciones lo consentían. En Cuba, lo mismo que en España, la Madre Isabel no distinguía entre niñas blancas y niñas mulatas:

“Yo recuerdo que, con ocasión del Proceso Ordinario de Beatificación de la Sierva de Dios que se hizo en Madrid en el año 1957, fui a visitar a una “mulatita” que había sido alumna de la Sierva de Dios en el Colegio de Pinar del Río, de Cuba. Y la razón por la que la fui a visitar fue porque esta mulatita tenía dos hijas que se educaban en nuestro Colegio de Santa Rosalía, de La Habana. Y no hacían más que decirme que su madre había conocido a la Sierva de Dios.

Y, efectivamente, fui a visitarla y ella, al verme, llorando me abrazó, recordándome a la Madre Isabel (la Sierva de Dios) y diciéndome que era tan buena, tan santa, que a ella la había preparado para recibir la Primera Comunión, y cómo les hablaba de la Eucaristía, de la Historia Sagrada y del Catecismo. Y que les enseñaba cantos para que después los cantasen en la Iglesia. Y que ella parecía un ángel cantando. Y exclamaba: “¡Cuánto nos quería y cómo quería que estuviéramos en la Capilla con devoción y visitáramos al Santísimo con frecuencia!”. Y añadió que la misma Sierva de Dios las llevaba a visitar el Sagrario”.

Se admira la conducta de la Madre Isabel. No se inquietaba porque muchas alumnas no pudieran pagar y, a pesar de ello, se alegraba de que ingresaran en sus colegios. A quienes le advertían que su Congregación no podía prosperar, solía responder con el Evangelio en la mano. Ella buscaba primero el Reino de Dios dándose a conocer y amar a las alumnas, lo demás tocaba resolver a Dios (Mt 6, 33):

“Personas amigas de la Madre consideraban esta largueza como excesiva, y algunas, como D^a Ángeles Ramírez, que también había confiado la educación de su única hija, Leonor, le advertía amistosamente que no iba a poder sostener por mucho tiempo su Obra de aquella manera.

Sonreía la Madre y agradecía las advertencias; pero, llena de fe y de confianza en el que es Padre de ricos y pobres, le contestaba con profunda e impresionante convicción: “Dios proveerá, D^a Ángeles, Dios proveerá”.

Y proveyó el Señor de tal modo, que Madre Isabel nunca tuvo que variar esta norma y su modo de proceder en ninguno de sus colegios”.

CAPÍTULO XXVI

NUEVAS CARIDADES

1. CON LOS OBREROS

Repasando aprisa la caridad de la Madre Isabel, brillan en su conducta algunos detalles que es menester presentar.

Con los obreros trató poco, porque ni era su carisma ni siempre los necesitó; pero, cuando reformaban los colegios y las capillas, tenía con ellos detalles maternos, tantos, que ya no querían salir a trabajar a otras obras. Un empresario rogaba a la Madre Isabel:

“No me trate tan bien a los obreros, que siempre quieren estar en esta casa y no van a querer ir a trabajar a las otras”.

La tantas veces citada M. Emilia García Ramírez, testigo de las obras realizadas en los colegios de las calles del Rey Francisco y del Tutor de Madrid y del colegio de Villaverde, recordaba siempre:

“A la Madre Emilia Ramírez le hemos oído decir que la Sierva de Dios era con los obreros muy obsequiosa, muy comprensiva y muy atenta. Esta misma Madre Emilia Ramírez, que ella misma estuvo presente en las obras de adaptación que se hicieron en la casa de Tutor, en la de Rey Francisco y en la de Villaverde. Tenía siempre el mismo Maestro, que a veces decía a la Sierva de Dios que no le encargara obras delante de los obreros, porque tenía que llevarlos a otras obras que tenía, y todos querían trabajar en las obras que encargaba la Sierva de Dios.

Por cierto, que hay un detalle en la vida de la Sierva de Dios muy interesante relacionado con los obreros. Cuando era la hora del rosario, los invitaba a rezar con la Comunidad, y todos ellos obedecían a la Madre con sencillez y con piedad. La misma delicadeza usó con el hortelano de la casa de Villaverde y su familia. Tanto, que querían y estimaban muchísimo a la Sierva de Dios”.

La Madre Isabel los visitaba y obsequiaba con lo que tuviera a mano. Era justa en la cuantía de la retribución al trabajo, respetaba sus derechos y hasta “les daba más de lo estipulado”. Quería también que sus Religiosas la imitaran en esta conducta. De esta forma, se les podía pedir esfuerzos en casos particulares:

“Recuerdo haber oído referir a la M. Ramírez que, cuando la Sierva de Dios tuvo que dejar la Casa de Rey Francisco para trasladarse a la de Tutor, que era más amplia, el propietario de aquella la obligó a dejarla en las mismas condiciones en las que él se la entregó, porque así estaba estipulado en el contrato, y en el plazo convenido. De lo contrario, tendría que abonar la Sierva de Dios una cantidad grande por el arrendamiento de otro plazo. Y era tal cantidad de obra que había que hacer para ponerla en el estado primitivo en la que ella lo recibió, que parecía imposible que esto se pudiera lograr en el plazo prefijado. Y fue tal la diligencia que en esto puso la Sierva de Dios, que logró que el encargado y los albañiles de la obra terminaran sus trabajos antes del plazo prefijado. Cuando la Sierva de Dios entregó al propietario la casa en las debidas condiciones, éste dijo: “Con esta mujer no se puede”.

Solo se recuerda una vez la huelga de brazos caídos que hicieron a la Madre Isabel, y fue por causas muy diferentes por las que suelen rebelarse contra sus empresarios. Acaeció en el colegio de la calle del Tutor. Aquí el encargado de los obreros se extralimitó, piroleando a una novicia, por lo cual la Madre se empeñó en que no pisara de nuevo la casa:

“Me contó la M. Ramírez que, en una ocasión en la calle de Tutor, en el Colegio, se estaba haciendo la instalación de la luz, y que el encargado de los obreros se permitió decir una frase inconveniente, que rozaba a esta virtud de la pureza, a una Hermana joven. La Sierva de Dios se enteró de esto, y entonces pidió al Maestro de obras que este encargado no volviera a trabajar en la Casa de Tutor. Esto pareció muy mal a los demás obreros que allí trabajaban, y se solidarizaron con este encargado; y, a partir de entonces, o no trabajaban con la diligencia debida, o hacían las cosas mal a propósito.

A pesar de que todo esto contribuyó a que la Sierva de Dios tuviera que pagar una cantidad mayor por esto, el hecho es que ella no consintió que aquel encargado volviera a la Casa. Y después estos obreros fueron a trabajar a otro sitio y sin saber que aquellas personas tenían relación con la Sierva de Dios, hicieron este comentario refiriéndose a la Sierva de Dios: “¡Qué mujer aquella!, pero bien se lo hicimos pagar”.

2. CON SUS BIENHECHORES

A la Madre Isabel le cabían en su corazón todos los bienhechores, desde los más potentados hasta los más pequeños, tantas veces generosos en demasía para la medianía de sus riquezas. Gracias a ellos, pudo realizar una gran obra social en favor de la niñez menos favorecida, y supo formarla y encauzarla por los senderos del Evangelio. Ciertamente no fueron muchos los ricos que conocieron a la Madre Isabel y que le prestaran su ayuda. Sin embargo, era consciente de la necesidad de sus aportaciones, sin las cuales hubiera frenado la expansión de su Instituto. También es menester indicar que las condiciones políticas no favorecieron la economía de España, al moverse la Madre entre la Revolución de septiembre de 1868 a la sublevación de las últimas colonias de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, 1894 a 1899.

La Madre Isabel pagaba con oraciones. Sus bienhechores solo querían sus oraciones y las de sus Religiosas y de sus alumnas. Les encargaba que pidieran

mucho por los bienhechores, pero nunca se mostró adulatora con ellos. Aseguran las huerfanitas:

“Cuando rezábamos el Rosario, pedíamos por los bienhechores, y cuando ocurría algún caso extraordinario, nos mandaba rezar por los bienhechores en particular”.

Tenía ordenado que al concluir el rezo del Rosario en comunidad, se añadiera una Salve por los bienhechores, y se hacía diariamente.

Encima de la pila del agua bendita de la capilla de Villaverde Alto había un cartel, mandado poner por la Madre Isabel, donde se recordaba la obligación de rezar por el donante del colegio. Tenía también con los bienhechores otras finezas; Doña Amelia González de Rotvuss recordaba:

“Cuando Madre Isabel estuvo en Roma en 1891, trajo a mi madre la bendición papal, pues sabía que estaba enferma por entonces, y le estaba muy agradecida, porque había sido la primera suscriptora que con una pequeña cantidad cada mes ayudaba a las necesidades de su Casa-colegio en esta Capital. Madre Isabel misma había venido a solicitar de mi mamá aquella cooperación”.

Se recordará que durante el segundo viaje de la Madre a Cuba -30 de octubre a 15 de noviembre de 1897- la acompañaban el General Don Cristóbal Mas y su esposa doña Claudia Prieto, y cómo a ésta la ayudaban a arreglarse el cabello diariamente debido a cierta imposibilidad física. De tal manera agradecieron este detalle insignificante que en La Habana llegaron a ser sus grandes bienhechores en medicinas y alimentos, y, gracias principalmente a ellos, pudieron desbordar su caridad con heridos y enfermos y aun con la misma Madre Isabel y la Hermana Josefa Yuste, la cual, a pesar de todo, moría el 21 de octubre de 1898. La Madre Isabel recomendaba a sus Hijas de Madrid el 20 de diciembre de 1898:

“El General Mas con su señora salen en este vapor del 20. Es posible que vayan a ver a Vds., y espero que los recibirán con la amabilidad y bondad con que lo hacen, y ofrézcanse, si las necesitan, para algo que Vds. puedan servirles sin faltar a sus deberes. Hicimos el viaje juntos y después hemos conservado buena amistad”.

A lo largo de las distintas fundaciones de los colegios en España y en Cuba, conocemos los nombres de aquellos bienhechores y sus donativos y favores a la Congregación. Entre ellos, se recordaba a la Serenísima Infanta Doña Isabel de Borbón, llamada graciosamente “La Chata”, hermana de Alfonso XII. Alguien recordaba otros nombres y donaciones:

“Por la Hna. Martina San Román, supe que los Condes de San Luis eran bienhechores y amigos de la Sierva de Dios y la ayudaron en muchas ocasiones económicamente. Y recuerdo que esta Hermana me refirió que, en alguna ocasión en que la Sierva de Dios se encontraba apurada, la mandó a ella para que fuera a exponer a los Condes la necesidad en que la Sierva de Dios se encontraba.

También me refirió la Hna. Martina San Román que, en una ocasión, la Sierva de Dios la envió a que fuera a ver un comerciante, a quien la Sierva de Dios conocía y a quien el comerciante estimaba mucho, y le expusiera que las niñas del Colegio del Sagrado Corazón de la calle de Tutor tenían los vestidos muy estropeados. Y

entonces este comerciante le regaló unas piezas de tela para que remediaran esta necesidad.

Yo entré de alumna en el Colegio de la calle de Tutor, y vi que allí había una fotografía grande de los Marqueses de Berna en la que se decía que, por voluntad y ayuda de estos Marqueses, se había fundado una clase de párvulos en ese mismo Colegio. Yo conocí a estos Marqueses que acudían todos los años a presenciar los exámenes de los niños”.

No faltaron personajes de la nobleza, como los Marqueses de Campo Palacio y los de Goicorrotea y otros que, cuando iban por las calles de Madrid y veían a la Madre Isabel caminar cargada con la compra, la obligaban a subir a sus coches con ellos y la llevaban hasta el colegio o hasta donde pensaba ir.

3. CON SUS ENEMIGOS

No le faltaron a la Madre Isabel enemigos para darle ocasión de cumplir el Evangelio de Jesús al pie de la letra. Nadie ha podido saber el nombre de aquella amiga del viaje a Roma, octubre de 1876, que la acusa, ante su madre Doña Isabel, de relaciones no santas con su segundo gran Director Espiritual, el P. Luis Caggiano de Azevedo. Fruto de aquella calumnia, la ruptura familiar con la escapada de Isabelita a Sevilla y el trauma psicológico de no aceptar jamás Director Espiritual en su vida.

A decir verdad, la Madre Isabel recibió males de muchas personas, cuyos nombres se los guardó en el corazón para rogar por ellos al Señor Jesús y agradecerle tanta fineza de parecerse a Él, crucificado en el madero. Solo se saben los nombres de unos pocos. La conducta fue la dictada por el Evangelio. Así, con su madre crédula de la infamia:

“Y al ver mancillado su nombre y su fama, trató muy duramente a su hija, la Sierva de Dios, negándole el saludo incluso, y mandándole que hiciera todas las faenas domésticas, incluso sirviendo a la misma doncella. La Sierva de Dios no se justificó y lo dejó todo en manos de Dios. Y cumplió todo lo que le había ordenado su madre con esmero y puntualidad. Pero sin dejar de cumplir sus deberes piadosos, porque todo lo tenía terminado a las doce de la mañana, para asistir a la Santa Misa y recibir la Sagrada Comunión, teniendo que estar en ayunas desde las doce de la noche anterior”.

La Madre Isabel seguía muy de cerca a su Señor Jesús y guardó el mandato de amar a sus enemigos con verdadera elegancia y exquisitez. He aquí dos principios, fruto de su conducta:

“Nunca guardó rencor a nadie, aunque fuese su enemigo o hubiese tenido que sufrir persecución”.

“Nunca se le oyó ninguna palabra de rencor ni de menosprecio para ninguna persona”.

Respecto de su mayor enemigo como Fundadora, el Agustino P. Salvador Font -que le arrebató nueve Hermanas en unos meses, de marzo a junio de 1890- la

conducta de la Madre Isabel se califica de heroica. Aquí demostró su parecido al Modelo. Jesús, clavado en la Cruz y a punto de morir, no cita por su nombre a quienes le habían clavado. Este rasgo lo copia la Madre Isabel al pie de la letra. Ante sus Hijas jamás nombra al P. Font. El dato, mezclado con las nueve desertoras y las tres primeras Hermanas, las cofundadoras, se recuerda como exponente de la caridad extrema de la Madre Isabel:

“Nunca guardó rencor para sus perseguidores, como sucedió con el P. Font, cuando procuraba la salida de las Hermanas de la casa de la Santa Susana y de la de Rey Francisco, pues la M. Fernanda Granda Muñoz, que fue testigo presencial, dice que la Sierva de Dios no tuvo palabra alguna de reproche contra el ministro de Dios”.

“Perdonó de corazón a todas aquellas personas que la habían ofendido. Ya he dicho cómo no censuró ni criticó la conducta de sus tres primeras compañeras que la abandonaron, de las nueve religiosas que se fugaron de la Casa de Santa Susana y de Rey Francisco, ni tampoco del P. Font, y no permitió que las Hermanas de entonces hicieran comentarios peyorativos de estas conductas. La murmuración y la crítica no las consentía en sus Casas”.

Ella quedaba siempre dentro del Corazón de su Señor Jesús. Ningún Defensor mejor que Él, que tanto la amaba. Su fe y su amor llegaban a estos excesos evangélicos.

Si se relatan las mayores pruebas venidas de personas que tanto la ofendieron, citemos uno de tantos sucesos que acontecen con frecuencia en el camino de la vida. En el caso que se cita, ni la M. María Hurtado había llegado a tanta elegancia como Hermana de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús:

“Un año, el día de Jueves Santo, tenía Madre Isabel una mesa petitoria en la iglesia de San Ginés de Madrid, y estaba ella en dicha mesa sentada conmigo. Se acercó una señora conocida suya y algo amiga y se ofreció para relevarla de aquel servicio alguna hora. La Madre se mostró agradecida y convinieron en que fuera hacia el mediodía. Así se lo hizo saber a las Hermanas para que no fueran a relevarla, pues era día muy ocupado para todas.

La señora dicha no apareció hasta muy tarde, por lo que, preocupada Madre Hurtado, se fue en busca de la Madre, y, sin vernos, nos cruzamos en el camino.

Madre Hurtado, no obstante estar allí la señora de referencia, se quedó también en la mesa esperando el regreso de la Madre, que volvió conmigo, nada más comer.

La señora relevante, al vernos llegar, se dispuso a marchar, pero llevándose todo lo recaudado en el tiempo en que había estado ella, alegando que también tenía una obra benéfica a que atender.

Madre Hurtado le hizo ver lo innoble de su proceder al no haber dicho antes su intención. Madre Isabel cortó de inmediato diciéndole a Madre Hurtado: “Déjela que se lo lleve, Dios nos lo dará por otro lado”.

Y no hubo más intercambio de palabras, porque donde ella estuviera todo era paz. Y su confianza estaba en la divina Providencia; nunca en las criaturas”.

4. CON LAS HERMANAS QUE LA ABANDONARON

La Madre Isabel mantuvo en su mente y en su corazón el Carisma de Fundadora en toda su plenitud hasta el último momento de su vida. Su fe en la misión recibida no padeció el menor eclipse. Pasó lo que pasó, cerró dos colegios, vio abandonar la Congregación a más de trece Hermanas; pero ella mantuvo el encargo que su Señor Jesús le confió. Pudo recuperar a varias de las Hermanas. Nunca lo hizo por el bien de su Congregación, porque con Dios no se jugaba. Decirle un día sí y otro no, un día no y otro sí, revelaba una veleidad propia de una mujer a medio hacer. Dios quería para sí a la mujer hecha con todas sus facetas. Una de las pruebas fehacientes consistía en dar cada día la palabra a Jesús de amarle y servirle allí donde Él había llamado.

Nadie pudo achacar a la Madre Isabel de haber fallado o quebrado su palabra, de cometer alguna injusticia, de dejarse llevar por simpatías o antipatías con religiosas o con alumnas. Ella corregía con tono maternal y firme, y, si las Hermanas seguían sin recuperar voluntariamente el espíritu religioso, tras repetidos avisos, las invitaba a dejar la Congregación. Esto ocurrió en Torrijos, Toledo:

“Cuando llegaba a conocimiento de la Sierva de Dios que alguna persona iba por mal camino o llevaba mala vida moral, ella encomendaba a las religiosas y a las alumnas que pidieran al Señor para que volviera al buen camino. La Sierva de Dios ponía especial empeño en impedir la ofensa del Señor. Y así, recuerdo haber oído referir a la M. Josefa García que la primera intención de la Sierva de Dios, cuando se produjo la insubordinación de la superiora y demás religiosas de la casa de Torrijos, era llevarlas a la fundación de Cuba; pero, como éstas se negaron, entonces trató de enviarlas al Colegio de Fuensalida. Pero, al ver que no había enmienda ni intención de corregirse, la Sierva de Dios les escribió una carta, diciéndoles que, aunque le sangraba el corazón de pena, no tenía más remedio que proponerles la salida del Instituto”.

Admitirlas de nuevo para la Congregación era un mal. Pensaba que siempre llevarían encima la nota negra de su primera salida con detrimento de la caridad por ser mal vistas siempre. Por encima de todo, conservar la Obra encomendada. ¿Se ajustarían de nuevo a la obediencia y sobre todo a la vida comunitaria? Nadie en esta determinación tan personal pudo hacerla retroceder. Repetía su posición: era jugar con Dios, le parecía que se burlaban de Dios. Agradecía las consideraciones de sacerdotes y de amigos en favor de las Hermanas que pedían el reingreso; mas nunca accedió a sus deseos.

Este hecho resume aquella extraña conducta para muchos. Lo refiere la M. Gregoria de la Parra Ramos, testigo presencial. Era el 19 de noviembre de 1895, días antes de embarcarse para Cuba:

“El 19 de noviembre, día onomástico de la Madre y su cumpleaños, en el que yo ingresé, 1895, muy próxima a salir para Cuba, llegaron para felicitarla algunas Hermanas de las otras casas, y con las de la Comunidad de la misma casa, llegamos al número de 25. Nunca había visto juntas tantas Hermanas, por lo que tuvo una alegría muy grande, y no sabía cómo dar gracias a Dios por tanta merced.

A primera hora de la tarde de ese día, estaban todas reunidas en el comedor de las niñas por su mayor capacidad, y yo estaba de portera en aquellos momentos.

Llegó para felicitarla, según me dijo, el M. Ilustre Señor Canónigo, D. José Piña, y rehusando mi invitación de pasar a la sala de visitas, siguió sin detenerse hacia donde estaban las Hermanas.

Yo me quedé algo temerosa pensando si dirían de mí que no había sabido cumplir mi cometido, y en esto, llegó también una señorita muy bien puesta, con un ramo de flores cuidadosamente en su brazo y, haciendo a mi invitación el mismo caso que el Sr. Piña, pasó directa hasta donde estaba la Comunidad, y, sin más cumplidos, cayó de rodillas ante la Madre pidiéndole perdón y el reingreso en el Instituto.

Era una antigua novicia, Angelita García, quien, a punto de profesar, desoyendo los consejos y amonestaciones de la bendita Madre, no había sabido resistir a las instancias de su familia para que abandonara la vida religiosa, y aprovechaba aquella favorable coyuntura para deshacer su yerro.

Estaban también presentes algunas niñas mayores, que, en un rasgo de humor ingenioso y de sorpresa, se habían dispuesto y vestido de hábito para felicitar a la Madre, y la joven pretendiente en nada había reparado.

La Madre lloraba enternecida, insistiendo en que le pidiera lo que le podía conceder; perdones los tenía ya todos, pero el reingreso no podía ser, porque lo exigía el bien general de su Instituto”.

Nunca jamás mostró contra las Hermanas que se fueron resentimiento, ni malhumor. Ni una palabra que supiera a crítica. Por dentro llevaba la herida y el dolor. Sus labios silenciaron las razones que pudieran herir la fama. Siempre las siguió tratando con toda caridad y sin demostrarles antipatía ni desdén alguno.

CAPÍTULO XXVII

PERSONALIDAD HUMANA DE LA MADRE ISABEL

1. CUALIDADES SOBRESALIENTES

Quienes conocieron a la Madre Isabel sabían de sus atractivos como mujer. De hecho, rechaza más de una boda. Su mamá la presentaba orgullosa en las veladas familiares primero, y más tarde, en las “soirées” de sociedad, tanto en Lima como en Roma y en Madrid.

Su físico era atrayente, ojos penetrantes, manos perfectas. No muy alta, cara sonrosada, irradiando simpatía y amabilidad. Aquellos ojos garzos tenían una mirada viva; la frente era despejada, el cabello castaño oscuro, voz suave y de mucho agrado su tono.

Ya en Cuba, al final de sus días, a una de las colegialas de Pinar del Río le quedó esta imagen en sus ojos:

“Quiero dejar constancia de la impresión profunda que me causó aquella Madre, no solamente la primera vez que la vi, sino también cada vez que teníamos el honor de recibir su visita en nuestras aulas, o, embobadas, la escuchábamos tocar el piano.

Era, a simple vista, una mujer extraordinaria. Su porte, su manera de andar, sus gestos distinguidos, el dulce metal de su voz, sus frases siempre cariñosas y comprensivas, su clara inteligencia para resolver todos los problemas, su rostro que reflejaba una bondad sin límite, practicada constantemente en su trato con las personas que la rodeaban, hacían que toda ella revelara un espíritu selecto y hasta sobrenatural”.

Isabelita en su juventud no frecuentó la Universidad, vetada a la mujer en aquellos tiempos; pero mamá le trajo a casa excelentes profesores que enseñaron a su hija los estudios primarios y secundarios, el dibujo, piano y lenguas. El piano constituía una asignatura común entre las señoritas ricas, mucho menos las lenguas. Isabelita, de esta forma, afrontaría sonriente la vida. En Lima alegró a mamá contemplándola hecha una gran profesora, y responsable, en parte, del prestigioso colegio de Belén, dirigido por las Religiosas de los Sagrados Corazones.

En su misma casa de Madrid aprendió todo. Dios la dotó de una inteligencia preclara, aguda, universal. Sabía llevar una familia, se le daba bien la cocina y el bordado. Era una maravilla ante el piano.

“La madre de la Sierva de Dios se preocupó de darle una educación y formación integral, convencida de que era la mejor herencia que le podía dejar, formación y educación que basó y fundamentó en la religión. Y así, se preocupó de que aprendiera inglés, francés, italiano, español, música, pintura, dibujo y labores de hogar”.

A todo este hermoso bagaje cultural, -el mejor de la época para una mujer- Isabelita añadía una simpatía encantadora, envuelto todo en una piedad sana y en una educación selecta, y dentro de una feminidad desbordante.

“Era muy atrayente, muy jovial, muy dispuesta para todo, y lo mismo lavaba que planchaba, que bordaba, que cosía y guisaba muy bien; en una palabra, que no había una labor femenina que la Sierva de Dios no supiera hacer a la perfección”.

2. ANTE EL PIANO Y EL ARMONIUM

La niña Isabelita, ya en Madrid, a partir de 1839, empieza muy niña a aprender música, solfeo y a tocar el piano. De creer a su mamá, a los seis añitos lo tocaba con maestría:

“Era tan inteligente y despejada –decía- que, en una ocasión, cuando tenía seis años, hube de llevarla a una fiesta de familia y amistades y en ella tocó unas piezas de música que a todos llenó de admiración. Me la subieron en alto y la llenaron de besos y abrazos que a mí me hicieron llorar”.

La anécdota supone talento musical con las cualidades anexas naturales: sensibilidad, voluntad, constancia, gusto artístico. A lo largo de su vida, demuestra poseer una educación muy esmerada, con una sensibilidad exquisita para la música.

En Madrid, hasta que llega a Lima, Perú, en 1855, con 18 años, completó técnicamente su talento musical. Cuenta la tradición que el mismo diablo pasaba horas escuchando a Isabelita y que le molestaban demasiado su sabiduría musical y las armonías que llenaban la casa y escuchaban embobados los vecinos.

“La casa en que residían en Lima tenía un patio grande central, y hacia él daba la sala de música. Isabel solía pasar sola y siempre en casa sus veladas y recreos vespertinos, ahogando en las armonías del piano los proyectos más mundanos de su madre.

En una de esas veladas, gruñidos sordos y estridentes resonaron muy cerquita. Volvió sorprendida la cabeza y se encontró con que muchos cerdos estaban olfateando en las rejas del balcón con sus sucias cabezotas hacia dentro. Se levantó rápidamente a cerrar y, sin saber por dónde habían penetrado allí, ni por dónde salieron, como esfumados, no se volvieron a ver.

Pasó un tiempo. La sala sigue en planta baja, y la hora recogida para Isabelita es la misma, y la misma su ocupación: toca su piano ensimismada. El balcón, por ser interior, está abierto. Ella siente pasos muy cercanos y, volviéndose a mirar, dan sus ojos con un hombre embozado que se pasea inmediato al balcón. Esta vez se alarma más; sale en busca de los que están en casa, y, al volverse en la puerta, la extraña figura se desvanece a su vista. Todos la buscan, pero en vano. Ni supieron jamás quién era, por dónde había entrado, ni menos, por dónde pudo salirse”.

Durante toda su vida fue una eminencia tocando el piano y el armonium. Los testigos aseguran que era una maravilla. Ella ponía la parte musical en el culto divino, y logra crear una escuela propia en sus comunidades y colegios. Puso enorme interés en enseñar música a sus Religiosas. Les daba clase diariamente en la casa donde moraba. “Yo he conocido hasta nueve Hermanas que fueron organistas, a las cuales enseñó música”. “Estas mismas Hermanas daban clase de música a las alumnas”.

Así se explica el esplendor de los cultos litúrgicos en las iglesias y capillas de las Hijas de la Madre Isabel. Personalmente ella tocaba el armonium y ella ensayaba los cánticos. En ello gozaba lo indecible. En las Navidades de 1898 -días tristísimos en Cuba para los españoles- la Madre Isabel quiso aliviar el pesimismo de sus Religiosas “tocando muchos días el piano para que bailásemos”. El postrer día que se encargó de la parte musical fue el 19 de noviembre de 1898, día de su último cumpleaños en la tierra, “y a todas nos hizo un día grato e inolvidable”. Como siempre, aquel día sus Hijas, sus amistades e invitados, al contemplar sus manos sobre el teclado, no supieron -como el sacerdote Don Inocencio Romo- “qué admirar más, si la armonía de sus notas o la belleza de las manos que las pulsaban”.

3. UN GRAN CORAZÓN

A las cualidades físicas e intelectuales, la Madre Isabel añadía “un gran corazón”, el motor de su vida espiritual y apostólica. Físicamente hablando, era un corazón de gran tamaño, lo que dificultaba muchos días el normal funcionamiento de su naturaleza, pero no le acortó la existencia, a pesar de tantos disgustos, esfuerzos y de alegrías incomparables. Le latió más de 62 años.

Aquel corazón presidió una vida caracterizada por serios disgustos -los roces tan continuos y duraderos con mamá y la calumnia contra su virtud en 1876- y por la gran empresa de fundar una Congregación y extenderla por la Isla de Cuba. La suerte de la Madre Isabel consistió en conectar su corazón de carne con el Corazón Divino de Jesús, su Esposo. Su fe, su confianza ilimitada en el Corazón de Jesús nivelaban las dos esferas, la humana con la divina, o, si se quiere, la voluntad divina aceptada con gratitud en su humano corazón.

Amó sin medida. Orilló los amores de un esposo terreno y de unos hijos naturales. Dios, sin embargo, acrecentó tantos amores con los cariños recibidos, primero del Corazón de su Señor Jesús, y después de sus Hijas y de sus alumnas. La vida de la Madre Isabel queda repleta de anécdotas. Para cada una de sus encomendadas, Religiosas y alumnas, tenía mimos de madre. Luisa Pujalte Díaz, recogida con su hermana Nieves en sus colegios como interna, ante los graves problemas económicos familiares, recordaba tres hechos, descubridores del gran corazón de la Madre Isabel, repleto de amor, que transmitía a sus alumnas:

1. “He conservado siempre de su carácter la impresión de algo extraordinario y sobrenatural. Sus bondades eran nuestra alegría. No tengo ni un solo recuerdo suyo que vaya unido a nada desagradable de mi estancia en el colegio. Su tierna mirada me producía la confianza y bienestar que la de mi madre ausente. Para todas tenía mimos de madre. ¿Cómo no la habíamos de amar?

2. ¡Aquellas fiestas de Reyes en la calle del Rey Francisco, colgando los paquetitos del pasamanos de la escalera con el nombre de cada una! ¡Las Navidades con su espléndida cena después de la misa del gallo! ¡Los meses de mayo y junio con su fiesta a la Santísima Virgen y Sagrado Corazón de Jesús, que tan magistralmente acompañaba y dirigía, es algo del Cielo que no he podido olvidar, añorándolo por espacio de muchos años y aún hoy, si hago comparaciones, doy preferencia a todo aquello que, impregnado con su imagen, me traen los recuerdos que han vibrado muy sonoros dentro de mi corazón, a pesar del tiempo transcurrido! ¡Estaban dormidos, pero no habían muerto!

3. Contaré una anécdota que demuestra la jovialidad de su carácter. El domingo de Pascua era plato obligado cabrito con guisantes, teniendo que preparar gran cantidad de estos. Para ello, el sábado en la velada, nos llamaban a varias niñas que, colocadas en derredor de una mesa en compañía de nuestra Madre Isabel, íbamos desgranando en un plato que cada una tenía y que vaciábamos en un recipiente colocado en el centro de la mesa. A casi todas nos gustaban los guisantes crudos, que nos prohibieron con muy buen sentido. En esto, un apagón de luz y una gritería ensordecedora. ¿Qué había pasado? Al producirse la oscuridad, la Madre llevó sus manos al recipiente, encontrando algunas infantiles, que fueron apresadas, no obstante sus esfuerzos por verse libres. La luz se hizo, y, con su ternura, nos dio la lección entre el arrepentimiento de las culpables y la alegría de las inocentes, entre cuyo número me encontraba por ser de las pequeñas y no llegar al fruto prohibido”.

Don Mariano Arrazola, hijo del gran político católico Don Lorenzo, definía así a la Madre Isabel: “Es mucha mujer ésta, tiene mucho corazón, por eso no le cabe en el pecho”.

4. EQUILIBRIO ADMIRABLE

Con su corazón, centrado en Dios y en el prójimo que Él le había encomendado, mostró una valentía impropia de una mujer, porque sintió únicamente en contadas ocasiones la ayuda y el reconfortamiento de personas extrañas, de obispos y sacerdotes. Quien la trata muchos años llega a afirmar:

“En tantos años como conocí a Madre Isabel y la traté de cerca, nunca la vi abatida. Triste alguna vez, pocas, pues su carácter franco y jovial no la abandonaba ni en los momentos de mayor tribulación”.

Ella misma confesaba, a sus 30 años, a Santa Vicenta María López y Vicuña (1847-1890) que tenía “una condición de hierro”. A pesar de ser de temperamento, más bien fuerte por naturaleza, -examinense los rasgos de su firma- “ante ninguna contrariedad ni disgusto, nunca la vi destemplada en sus maneras, ni en sus palabras con ninguna clase de personas”. Don Mariano Arrazola la llamaba mujer fuerte. Los obreros que arreglaron la casa de la calle del Tutor de Madrid, decían: “¡Qué varonil era!”. No se acobardaba por nada. A la potencia enorme de su voluntad de mujer añadía la seguridad que le daba el Amor, a quien se había consagrado.

Efecto de esta naturaleza selecta, era su carácter enérgico y suave, firme sin altanería, amable con todos, todo condescendencia y comprensión para los demás. Cuando alguna cosa era justa y era preciso hacerla, la llevaba a la práctica sin molestar al prójimo. Alaban mucho su dulzura y su absoluta firmeza. Siempre educada, atenta, delicada y equilibrada.

Nadie advirtió en ella una anomalía psíquica, no ya continuada, sino presentada en cualquier momento o acto aislado:

“Era una persona equilibrada, prudente, sin defecto alguno o anomalía psíquica, y sin dejarse llevar de un carácter voluble, manteniendo siempre firmes sus decisiones, porque, antes de tomarlas, las pensaba mucho”.

Reprimía los movimientos instantáneos sin dejarse llevar de la impaciencia. Cuando la contrariaban, no perdía la calma. A la fuerza de su voluntad añadía un factor sobrenatural, porque ella vivía de fe en cada momento. Le bastaban unos minutos breves de oración ante el sagrario o ante una imagen de la Virgen para recuperar la paz y dejar a un lado aquel disgusto.

De esta suerte, vivía repleta de alegría, un fruto del Espíritu Santo que ella mereció gustar. Siempre fue optimista y alegre, aun en las circunstancias más difíciles. Nunca perdió el buen humor. “Compartía con nosotras, las niñas, nuestras alegrías y nuestras tristezas y preocupaciones”. Sobre todo, les indicaba las fuentes de donde debía brotar esa alegría: “Nos enseñaba a fundar nuestra alegría en la limpieza del alma y en nuestras buenas obras”.

5. GRAN PEDAGOGA

A la Madre Isabel le brotaba la pedagogía de su corazón, o, como aseguran sus alumnas y sus Religiosas, de su corazón de madre. Una madre natural no educa ni forma a sus hijas con tanto amor, cuidado y empeño como lo hacía la Madre Isabel con sus Hijas, con todas y cada una de sus Hijas. Como si cada una hubiera nacido de su corazón. Ella tenía bien fija en su alma la vocación maternal, sobrenatural y psicológica, recibida de su Señor Jesús. “Las niñas éramos el amor de la Madre. Nos llamaba siempre “mis niñas” y nunca hizo distinción entre unas y otras”. “Nos hablaba a todas las colegialas como a hijas”. “En el trato con las niñas era una verdadera madre”.

Así satisfizo sus ansias maternales. Don Inocencio Romo, sacerdote, la vio feliz rodeada de sus niñas:

“Como yo estaba de Cura en Villaverde por entonces, al verla por aquella huerta-jardín en mis visitas, observaba cuán satisfecha y gozosa se hallaba en medio de las niñas. Se complacía en verlas jugar, seguir sus conversaciones y no se cansaba nunca de verlas a su alrededor”.

Desde sus 19 años, la Madre Isabel empieza su carrera de maestra y pedagoga. En el colegio de Belén, de Lima, lució sus preclaras cualidades sin saber que preludiaban los afanes de su vida de Fundadora. En la catequesis y con las muchachas recogidas por Santa Vicenta María López y Vicuña y por su tía Doña Eulalia García de Riega, desarrolló en 1867 y 1868 y completó una etapa de su carrera. Esta Santa lamentó siempre después la ausencia de Isabelita en su Instituto. Hubiera llegado a ser la técnica de sus colegios y de aquellas escuelas de labores femeninas.

Una vez estudiada la personalidad de cada alumna, les procuraba los medios para aprender y para mirar al futuro con tranquilidad, lo mismo que mamá Isabel lo procuró con su hija, nuestra heroína. Este dato es el florón de su pedagogía:

“Educatriz perfecta, hábilmente las formaba a todas para las realidades de la vida. A unas para que supieran defenderse más tarde, a otras para que aprendieran a dirigirse y gobernarse en las variadas situaciones en que pudieran encontrarse. A todas, para ser útiles a sí mismas y a los demás. Probaba sus aptitudes, dirigía sus actividades diversas, y, una vez conocidas, sin tener en cuenta su posición en el colegio y mirando solo a su futuro, favorecía con el mayor interés su formación intelectual y práctica en la redacción de cartas, en la economía doméstica, en la música, en el dibujo, en las labores y quehaceres femeninos, proporcionándoles el material necesario cuando era preciso y las interesadas no podían hacerlo”.

La formación era personal, espiritual, moral, cultural y profesional. Una formación completa, integral, dando suma importancia a la formación cristiana, teórica en el catecismo y catequesis, y práctica con muchos ejercicios y oraciones y devociones. De la formación personal y de otros complementos dominicales habla Doña Leonor López del Plano:

“Recordaba también D^a Leonor sus inolvidables días de colegio al lado de la Madre, y decía que en sus lecciones se hacía tan práctica y comprensible que parecían preparadas para cada alumna en particular.

Las dirigía frecuentemente en sus juegos y les enseñaba otros nuevos. En los domingos y días festivos les acompañaba con el piano los cantos infantiles que ella misma les había enseñado y les tocaba piezas de recreo. De mil modos, añadía D^a Leonor, nos hacía las horas felices”.

Lo que nunca toleró fue la mentira; la corregía con mucha entereza, la aborrecía de verdad. Sin embargo, jamás puso la mano en ninguna niña ni consintió que sus Religiosas emplearan la palmeta. Amonestaba, sí, cuando era necesario, pero siempre con mucho amor y amabilidad y también con firmeza si el caso lo requería. Decía: “Nunca el rigor infunde amor a la virtud”. Las bases fundamentales de la pedagogía de la Madre Isabel se reducían a dos: prevenir y amar.

Otro último dato de su pedagogía se centraba en la no acepción de personas, en no favorecer o inclinarse por unas personas más que por otras por afecto particular o por circunstancias personales. Esta manera de conducta iluminó siempre la carrera de la Madre Isabel. De sus últimos días de Pinar del Río, Cuba, decía Doña Dolores Montagú y Vivero esta anécdota:

“Recuerdo haber oído referir a una antigua alumna de ella llamada Dolores Montagú, en Pinar del Río, Cuba, que en una ocasión en que se celebró un concurso literario, al que se presentaron varias niñas de todas clases sociales, entre éstas concursantes figuraba la hija del Gobernador militar de la Plaza. Y todos juzgaban que el premio sería para la hija del Gobernador, puesto que la Sierva de Dios había recibido presiones en tal sentido, hasta el punto de que, si no le adjudicaba el premio a la referida hija, corría el riesgo de que el Gobernador las echara de la Casa-Colegio que tenían instalado en la Casa de Socorro.

Y fue tal el proceder de la Sierva de Dios, respetando los derechos de las concursantes, que, aunque la calificación recibida por la hija del Gobernador era buena, había otra concursante que la superaba. Y la Sierva de Dios no consintió que el premio se adjudicara a la hija del Gobernador, sino a la alumna que tenía mejor calificación. Y recuerdo que Dolores Montagú me contaba este hecho con tanto orgullo y satisfacción por este proceder de la Sierva de Dios, que parecía que lo estaba viviendo”.

CAPÍTULO XXVIII

LA SUPERIORA GENERAL

Una de las realidades terrenas que envuelven a la Madre Isabel como Fundadora es la escasez de apoyos humanos. El dato descubre su alta personalidad, porque nunca la frenan en su carrera. Prácticamente, ella solita empieza y prosigue la Obra desde el primer día, 2 de febrero de 1877, hasta el final de sus días, 17 de enero de 1899. Humanamente hablando, hay que lamentar la separación, de mutuo acuerdo, de Isabelita con el P. Luis Azevedo. A tanta soledad humana acude la asistencia de su Señor Jesús que la había llamado. Los dos, siempre unidos, realizarán y harán la Congregación. La ausencia de sacerdotes en

la marcha de la Congregación se acusa particularmente en el entramado jurídico, sobre todo en lo referente a las Constituciones. No obstante, la Madre Isabel instituye y ordena sus casas, colegios y personal con toda normalidad.

1. CARENCIA DE ASESORES

Todo Instituto debe gobernarse por unas Constituciones propias. Uno de los mayores apuros de la Madre Isabel le vino del problema de no tenerlas. Lo intenta sin éxito, porque le faltó dirección.

EL P. Azevedo la orienta hacia los Jesuitas. La dirigida va a los sacerdotes de la Compañía de Jesús y se acerca al P. Zarandona, Provincial, y al P. Balbino Martín. Sin embargo, la labor de estos jesuitas se limita a entregarle sus Constituciones. Seguro que la Madre queda aturdida ante aquellas Constituciones larguísimas, demasiado técnicas para ella, con temas que a ella apenas le rozaban, en tono masculino o hechas para una gran Orden.

Después de leerlas y de estudiarlas, copia al pie de la letra párrafos enteros de temas peculiares para la vida religiosa, no toma cuestiones pertinentes al Directorio ni al reglamento comunitario. Se lamenta que los jesuitas citados la dejaran abandonada a sus fuerzas. Ella sola no sabe ni puede hacer más. Se ignora si se excusaron con lo ordenado por sus Constituciones, donde se les prohibía ayudar a los Institutos religiosos femeninos en lo referente a su régimen interno con la disculpa de estar dispuestos a ir a predicar a cualquier pueblo, ciudad o nación adonde pudieran ser llamados. No pudieron convencerla porque veía cómo los jesuitas apoyaban día y noche a las Religiosas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico, fundadas por Santa Vicenta María López y Vicuña, su gran amiga, a quien había ayudado en los años 1867 y 1868.

Este enorme contratiempo no la desanima. Ella se abandona en los brazos de su Señor Jesús y nunca se desprende de lazos tan seguros.

Con aquellas Constituciones, copiadas de las de los Jesuitas, se presenta en Toledo ante el Cardenal Don Juan Ignacio Moreno y Maisonave, porque quiere alcanzar la aprobación diocesana del Instituto. Debió de ocurrir esto en septiembre de 1883. Naturalmente, el Cardenal queda extrañado al recibir el cuaderno con aquellas Constituciones. No entiende el gesto de la Madre.

Con entera confianza le indica que esas Constituciones no son suyas ni para ella; que le falta el Directorio, y le manda que vaya a las Carmelitas de la Caridad a recoger, en su nombre, sus Constituciones. En Toledo no habían captado a fondo su carisma apostólico. Pensaron que se dedicaban a la enseñanza y a los enfermos, lo mismo que las Carmelitas, y que eran un Instituto paralelo. Ignoraban que, prácticamente, la Madre Isabel había declinado la preparación cristiana de los enfermos terminales y que nunca habían asistido y dirigido un hospital. Las Constituciones de las Carmelitas de la Caridad las lee, estudia y medita, retoca algunos números y las acepta, porque le interesaba conseguir la aprobación de la Iglesia, la aprobación diocesana. Acaba la Madre de pasar en 1882 la gran prueba de ver alejarse a las tres Hermanas cofundadoras y acepta cuanto le indica el

Cardenal. Además, éste le cambiaba el nombre del Instituto: le daba el de Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús y le quitaba el de Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, que correspondía a la Congregación fundada por Santa Rafaela María Porras (1850-1925) y el mismo Cardenal se lo había concedido y con él estaban establecidas en la Iglesia. La Madre Isabel acepta: Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, título inspirado y con profundo valor carismático.

En carta del 1 de noviembre de 1883, la Madre Isabel comunicaba al Cardenal Moreno que aceptaba cuanto le había propuesto referente a las Constituciones y al nombre. La respuesta del Cardenal, del 7 de noviembre, confirmaba el nombre y concedía que podían gobernarse por las Constituciones de las Carmelitas hasta que, bien experimentadas, se pudiera proceder a la aprobación. Hay que advertir que las Constituciones de las Carmelitas estaban aprobadas por la Santa Sede en 1880, y que los retoques de la Madre Isabel no las habían modificado casi nada.

Quiso Dios que ni en la Curia toledana ni en la madrileña se preocuparan nunca de este asunto. En Toledo y en Madrid se sucedían los Cardenales y los Obispos, sin que nadie investigara y todos supusieran que en la Congregación se habían cumplido los requisitos necesarios.

Sin embargo, la Madre Isabel, interiormente, no quedaba satisfecha. No se saben las razones para llevarse a Cuba las Constituciones de los Jesuitas que presenta al Cardenal Moreno en septiembre de 1883. Les añade lo referente al Directorio y gobierno propio de las Carmelitas de la Caridad, y las presenta al Obispo de La Habana, don Manuel Santander. Las circunstancias bélicas de la Isla impiden que el Obispo se entretenga en examinarlas para aprobarlas.

Mantenía la Madre Isabel la autoría de aquellas Constituciones copiadas de las de la Compañía de Jesús. Dios no lo quiso, ni en 1883 en Toledo, ni en 1898 en La Habana. Las de las Carmelitas sirvieron a la Congregación de la Madre Isabel hasta octubre de 1907, en que empezaron a gobernarse por las aprobadas por el Papa San Pío X.

Así se sintetiza el efecto durísimo de la soledad de la Madre Isabel. Confía siempre en las soluciones emanadas del Arzobispado de Toledo hasta que atisba una solución definitiva al final de sus días, solución que nunca llegó. No obstante, la Madre Isabel gobierna la Congregación a su estilo, sin que intervengan los Cardenales de Toledo: Don Juan Ignacio Moreno (1875-1884), P. Ceferino González (1885-1886), Don Miguel Payá y Rico (1886-1891), Don Antonio Monescillo y Viso (1892-1897) y Don Ciriaco Sancha y Hervás (1898-1909). Lo mismo es preciso añadir de los Obispos de Madrid: Don Narciso Martínez Izquierdo (1885-1886), Don Ciriaco Sancha y Hervás (1886-1892) y Don José María Cos y Macho (1892-1901).

Dios suple tantos vacíos mientras los Prelados perseveran en el gobierno de sus diócesis. De la manera indicada, la Madre Isabel carga sobre sus espaldas el peso de su Congregación.

2. POR LOS DOS PÁRROCOS DE TORRIJOS, TOLEDO, 1881-1897

En la historia de la Madre Isabel no salta el nombre de ningún sacerdote hasta 1855 en que se establece en Lima, Perú, y donde reside hasta agosto de 1862. Su primer gran Director es el P. Pedro Gual, franciscano, que le marca la meta apostólica que ella creyó para toda su vida: los Ejercicios Espirituales, la catequesis y la preparación espiritual de los enfermos terminales. Esta etapa peruana marca en el alma de Isabelita el carácter de su consagración vitalicia a Cristo, a quien le consagra su virginidad. Este seguimiento de Cristo se concretará definitivamente en años sucesivos, pero ya será Jesús su Señor.

Los encuentros esporádicos que mantiene con otros sacerdotes solo intentan solucionar el caso de Isabelita de seguir a Jesús o en un convento o al lado de su madre, como hija única de una madre viuda, anciana y sola. Nos referimos a Don Ciriaco Sancha y Hervás en Cuba, 1862-1863, Don José Piña, Canónigo de Málaga, en Málaga 1863, y Mosén Damián en Novelda, Alicante, en 1863.

El segundo gran Director aparece en Madrid en noviembre-diciembre de 1870. Se llamaba P. Luis Caggiano de Azevedo, redentorista italiano. Dios le concreta su misión al dictaminar la realidad del carisma de Fundadora para Isabelita. Una calumnia los separa para siempre en diciembre de 1876.

El P. Azevedo la envía a los Jesuitas. Ella se acerca a dos: P. Antonio Zarandona y P. Balbino Martín. Este último podía haber tomado el lugar del P. Azevedo, pero apenas se le nota más que para entregarle las Constituciones de la Compañía de Jesús. De todas formas, marcha a su destino de Valladolid en septiembre de 1880, apenas dos años de haberse acercado a la Madre Isabel. La historia lamenta la ineficacia de este jesuita. ¿No la dirige porque cumple las normas de su Orden? ¿No le da facilidades la Madre Isabel ante el alejamiento para siempre del P. Azevedo?

El resultado de todo se nota en la soledad en que vive la Madre Isabel, raro fenómeno entre las Fundadoras del siglo XIX.

A estas notas se añade la oposición frontal de otros dos sacerdotes. En la historia de la Madre Isabel se citan los nombres de tres. Los dos párrocos de Torrijos, Toledo, donde abre un colegio en 1881, y el Agustino P. Salvador Font.

En Torrijos es párroco Don Fernando Joaquín Fernández (1817-1891) desde abril de 1874 hasta finales de 1887, en que le sucede su sobrino Don Vicente Barajas. La estancia de las Hijas de la Madre Isabel en Torrijos, 1881-1897, se vio molestada religiosamente por los dos párrocos, pero aliviada por Don Lucio Dueñas (1817-1901), antiguo jefe de Carlistas y después excelente sacerdote. Este, en 1883 y en 1887, acusa a Don Fernando ante el Arzobispo de Toledo de sublevar a la Comunidad contra la Madre Isabel. En resumen, pasaba lo siguiente:

“A Torrijos le había tocado en suerte un Párroco de valores espirituales en deterioro, poco conocedor de la vida religiosa y menos afecto a la misma; por tanto, un consejero y un orientador negativo cien por cien. Se llamaba D. Fernando Joaquín Fernández.

Teniendo en cuenta que la Congregación, por entonces, se componía de religiosas jóvenes en casi su totalidad, los efectos habían de ser negativos al bien más fácilmente. El infeliz señor aprovechaba toda circunstancia para ridiculizar ante las Hermanas a Madre Isabel, diciéndoles que mejor estaba allí dando clase y trabajando que no viajando de acá para allí, que la echaran a un lado, que no la obedecieran y otras cosas a este tenor, las cuales, como la gota de agua que se filtra en la madera, iban calando los sentimientos de algunas, incluso de la Comunidad como tal”.

La acusación era muy grave desde el momento en que allí estaba el Noviciado, que la Madre no podía trasladar a ninguna casa hasta que funda en Madrid, calle del Rey Francisco, en 1886.

Por su parte, la Madre Isabel jamás intenta nada para destituir a Don Fernando, que, fruto de aquellas acusaciones, es removido de su cargo, aunque le sustituye su sobrino Don Vicente. La Comunidad recibe consejos revolucionarios de los dos sacerdotes. Sembraban la deserción y fomentaban las rebeldías de las Religiosas contra la Madre Isabel. Don Vicente Barajas repetía y repetía que la Fundadora, en vez de ir a Cuba y de andar de un sitio a otro, era mejor que se estuviera en Torrijos.

Fruto de tanto acoso, llegó la disolución de aquel colegio tan floreciente, la expulsión de la Superiora local, M. Adelaida San Juan, y de su Asistentia, Hermana Felipa Martín, y el cierre del mismo colegio en 1897. La Madre Isabel tuvo que venir de Cuba a España el 15 de julio de 1896 para solucionar el caso.

La Madre Isabel, como Superiora General, sabe aguantar sin enfrentarse a los párrocos, respetándolos, tratándolos con educación y deferencia, y dejando a Dios la solución del problema. Eran ungidos de Dios. El triste final no dependió de ella, sino de la libre voluntad de las dos Hermanas, impávidas para continuar en su deficiente espíritu religioso. Hundida la fama de estas dos Hermanas y relajada la disciplina del centro, la Madre Isabel ordena cerrar el colegio, con el disgusto de la población.

3. A PUNTO DE NAUFRAGAR POR EL P. SALVADOR FONT, AGUSTINO

Como Superiora General, le toca a la Madre Isabel superar la mayor prueba de su vida, la intromisión de un prestigioso agustino, P. Salvador Font y Masaguer (1844-1908), que zarandea a la Congregación y a su Fundadora hasta el extremo de llevarlas a punto de naufragar.

No se sabe por qué la Madre le encomienda las confesiones de las dos Comunidades de Madrid, la de la calle Rey Francisco y la del colegio de Santa Susana, en las Ventas. Acaso por venir de Filipinas, donde ella nace, y por la aureola bien merecida de sus sobresalientes cualidades. También se ignora si la Madre se entera de la nueva Congregación que el P. Font establece en Madrid, llamada Agustinas Misioneras de Ultramar, con Monjas Agustinas Contemplativas de Barcelona. Piensa el agustino reforzar su naciente Congregación con Hermanas del Instituto de la Madre Isabel, fusionando las dos Congregaciones, pero desapareciendo la de la Madre Isabel. La pequeña, la casi no nacida absorbería a la

mayor. Algo descabellado por dirigir ya tres notables colegios y gozar de las debidas aprobaciones y tener casi 30 religiosas.

Al P. Font le reconocen como hombre hábil, atractivo e inteligente. Menos mal que la Madre Isabel consulta todo con el Cardenal Payá, Arzobispo de Toledo, que la desautoriza a condescender con el agustino.

Al verse derribado en sus planes, el P. Font maquina los medios inimaginables para conseguir cuanto se había propuesto. Por medio del confesionario, conquista a nueve Hermanas, tres Profesas y seis novicias. El método empleado -el sacramento de la Confesión- resulta innoble e indigno de un sacerdote. Con sigilo por parte de él y de ellas, se realiza la fuga de las Hermanas. Se llama fuga porque se escapan de la Congregación sin las licencias necesarias e ignorándolo la Fundadora. “A ésta -bramaba el P. Font- la tengo yo que ver con una cesta y un pañuelo en la cabeza”. Quería decir: convertida en una verdulera de las que llegaban a Madrid todas las mañanas a vender en las plazas los productos de sus huertos. Quería verla depuesta de su cargo y arrinconada en el último lugar, porque él la consideraba una inepta para dirigir una Congregación. Todo lo trabajó y apenas quedó una Hermana sin ser tentada.

“La pobrecita Madre Isabel, como era tan obediente a los Prelados, así se lo dijo al P. Font, y, ¡Dios mío! cuánto la hizo sufrir y cuánto nos hizo sufrir a todas, porque *nos mortificó y dio cuantas vueltas pudo sin perdonar ninguna. Urdió un plan para separarnos a todas de la Madre; ¡cuánto nos dijo!*

Recuerdo perfectamente –decía la referida Madre Luisa- que mi hermana Dolores (la Madre Rita Dolores) me cogió a mí un día y me dijo muy resuelta:

No cedas en nada a lo que te diga el P. Font, ni hagas caso de lo que te digan de la Madre, nosotras con la Madre Isabel, junto a ella, pase lo que pase.

Y con esta cita que había tenido con su hermana, me decía la Madre Luisa, que habían cobrado gran valor y que, gracias a eso, había resistido hasta que luego se puso, todo el plan urdido, de manifiesto, tarde ya para las pobrecitas que habían sido engañadas”.

Cualquier otra persona se hubiera deprimido hasta el abismo palpando el abandono de nueve Hermanas y el Noviciado reducido a la mitad. La reacción de la Madre Isabel fue la de una Santa:

“Al enterarse la Sierva de Dios del abandono del Instituto por estas religiosas, a la hora de la comida, habló a la Comunidad diciéndoles que ella en su Instituto no quería más religiosas que las que el Señor le diera. Y si el Señor había permitido que le quitaran estas nueve religiosas, que ella se conformaba plenamente con la voluntad de Dios, porque su alegría e ilusión era cumplir con la voluntad de Dios. Toda la Comunidad quedó muy edificada con este proceder de la Sierva de Dios.

Todo lo que he dicho lo sé por haberlo oído referir a las religiosas antiguas que lo conocieron, por la Hna. Fernanda Muñoz, que lo presencié, y, cuando lo refería, lloraba por la impresión que esto le causó. Y precisamente lo que más admiró a esta Hna. Fernanda Muñoz fue que la Sierva de Dios no hizo ninguna manifestación contra el P. Font”.

Las ideas descabelladas del P. Font desagradan al Obispo de Madrid, Don Ciriaco Sancha y Hervás, que es quien descubre a la Madre Isabel el nombre del autor de aquel desgarro de su Congregación, porque la Madre no se explicaba la fuga de tantas Hermanas. Para mayor desatino descubre que la contraseña de ser admitidas en la Congregación de las Agustinas y de su salida inmediata era el ir el P. Font al colegio a celebrar la Eucaristía.

La Madre Isabel prosigue la andadura de su Obra como si nada hubiera pasado. Continúa el Noviciado, siguen su marcha los colegios de Torrijos, de Santa Susana y del Sagrado Corazón de Jesús de la calle Rey Francisco de Madrid. Tanto equilibrio le llega continuamente de la unión que mantiene con su Señor Jesús. Tocó el P. Font a la Madre en la niña de sus ojos. Ni un gesto, ni una palabra, ni una acusación. Ella palpaba la paz de Dios, que tan admirablemente había asimilado la voluntad de la Madre Isabel. La victoria se enaltece por sí misma.

4. CONSTANCIA A PESAR DEL DESAIRE DE LEÓN XIII, octubre 1891

Se ha restado importancia a la audiencia privada de la Madre Isabel con León XIII (1810-1903) en los primeros días de octubre de 1891. Su acompañante la M. María Hurtado se quedó fuera de la sala. La Fundadora se guarda el secreto para siempre. Pero el efecto desagradable del ataque al corazón que sufre y del que es atendida en la farmacia del Vaticano descubre la categoría del disgusto recibido.

Jamás había imaginado la Madre Isabel que el Papa no aprobaría las Constituciones que el Cardenal Payá, Arzobispo de Toledo, le había ofrecido; ni que León XIII no accediera a la súplica del Cardenal Payá en ese sentido. Sin embargo, los peritos jurídicos del Cardenal se despistaron en este caso. Daban a la Congregación unas Constituciones de otra Congregación, las de las Carmelitas de la Caridad, que estaban ya aprobadas por la Santa Sede. Las pocas e insignificantes reformas puestas por la Madre Isabel no hacían unas nuevas Constituciones para que pudiera regirse su Congregación y pudieran ser aprobadas. Las Constituciones que la Madre Isabel lleva a Roma habían merecido ya la aprobación pontificia definitiva en 1880 para las Carmelitas de la Caridad, no para otra Congregación. La Santa Sede nada podía aprobar para la Congregación de la Madre Isabel porque aquellas Constituciones ni eran para ella ni para su Congregación, y los párrafos que ella había añadido o suprimido o cambiado no daban un carisma nuevo ni unas Constituciones nuevas.

La Congregación de Obispos y Regulares de Roma nada podía resolver. Se quedaría sin palabra ante aquel caso. Dictaminaría que aquellas Constituciones solo podían regir para las Carmelitas. Por tanto, la Madre Isabel se quedaba sin Constituciones, con las consecuencias imprevistas de permanecer en el aire.

En secreto se ha quedado el informe de la Madre Isabel al Cardenal Payá al venir de Roma y la respuesta al Cardenal de la Congregación de Obispos y Regulares, si la hubo. Además, el Cardenal Payá fallece en Toledo el 24 de diciembre de 1891, solo dos meses después de retornar de Roma la Madre Isabel. Hay que suponer que el Cardenal aconseja a la Madre Isabel seguir como hasta

ahora mientras maduraba la cuestión. La muerte le impide resolver este asunto. La Madre Isabel queda pendiente de la Providencia.

Razones tendría la Madre para no acudir al Obispo de Madrid, Don Ciriaco Sancha y Hervás, en cuya diócesis mantiene dos colegios y dos comunidades. Posiblemente a éste no le gusta nada que viajara a Roma sin suplicarle una carta de recomendación, que la necesitaba, ni que la Madre pidiera depender siempre del Arzobispo de Toledo. Acaso sabía la Madre que el Obispo Sancha no era partidario de la aprobación pontificia después de contemplar el pobre espectáculo del abandono de nueve Hermanas en pocas semanas, las zarandeadas por el P. Font. ¿No revelaba la poca consistencia de tantas Hermanas en su vocación? ¿No descubría unas vocaciones sembradas entre zarzas y una Congregación aún inmadura?

La Madre observa escrupulosamente la norma dictada por el Cardenal Payá. Ella trabajaba únicamente en las diócesis de Toledo y de Madrid. No podía acudir a otros obispos. Tampoco se confió a Religiosos después de experimentar lo ocurrido con el P. Azevedo, con los Jesuitas Padres Zarandona y Martín y con el agustino P. Font.

Es aquí cuando la Madre Isabel siente la soledad más inmensa. Como Superiora General y Fundadora, prosigue la senda trazada por el Cardenal Payá. Ella misma dictaba con su vida, sus ejemplos y enseñanzas un modo propio de seguir a Cristo, conforme se adivina por el librito Devocionario para su Congregación. Sin embargo, esto no bastaba.

Dios no le pone en el camino al sacerdote necesario, aunque trata con algún Capuchino y con los Carmelitas Descalzos de la Plaza de España de Madrid. No por este gravísimo inconveniente abandona la Obra. Prosigue la misión encomendada por su Señor Jesús. Aunque no dispone de unas Constituciones propias, de hecho, cumple las de las Carmelitas de la Caridad ante la Iglesia, y las Constituciones que sobre la práctica y de palabra va dictando a sus Hijas.

Ahora se explica que la Madre Isabel lleve consigo las Constituciones a Cuba, pero no las de 1883, las de las Carmelitas de la Caridad ya aprobadas por la Santa Sede. Con el nuevo Obispo, Mons. Manuel Santander, que la ha llamado a trabajar en su diócesis, quiere alcanzar la aprobación diocesana y le presenta las que ella ha copiado de la Compañía de Jesús. Quería la Madre tener Constituciones propias aprobadas por el Obispo de la tercera diócesis en que empezaba a trabajar. Le urgía. Sin embargo, la Madre, poco perita en Derecho de Religiosos, pensaba que con las Constituciones de la Compañía de Jesús para la parte técnica y teológica y tomando de las Constituciones de las Carmelitas de la Caridad lo referente al Directorio y al Reglamento, lograría la aprobación de las suyas.

No se daba cuenta de que tropezaba en la misma piedra. Cada Instituto religioso debe poseer sus propias Constituciones, su propio Directorio, sus propias costumbres y tradiciones. Se ignora qué concepto recaba Mons. Santander de las Constituciones que la Madre le presenta, ni si sus asesores se hubieran atrevido a aconsejar al obispo la aprobación. La Madre no había resuelto su enorme problema, porque la Santa Sede, sin duda, resolvería como en 1891. No había Constituciones

propias -parte eran de los Jesuitas y parte de las Carmelitas de la Caridad- y, no habiendo Constituciones propias, no existían Constituciones sobre las cuales recayera una aprobación diocesana o pontificia.

5. EL VERDADERO PILOTO

Expuesta la constancia de la Madre Isabel como Superiora General a pesar de tantas tormentas, es menester referir brevemente su conducta en los asuntos ordinarios del cargo.

Ante todo, la Madre se presenta como maestra y modelo:

“Yo estoy segura de que la Sierva de Dios ejerció el oficio de Superiora General con toda diligencia, competencia y ejemplaridad, estando siempre a la altura de las circunstancias, yendo siempre delante de todas, dándonos ejemplo de virtudes, especialmente de docilidad, caridad, espíritu de pobreza, de abnegado sacrificio y animadora de todas.

Ni siquiera el padecimiento de corazón le ponía limitaciones en el ejercicio de su cargo si el trabajo que desarrollaba no era físicamente fuerte o pesado y si no llevaba consigo emociones intensas. Y de hecho, aún en circunstancias difíciles, de las que se extrañaban sus propias Hijas, acudía la Sierva de Dios movida por el celo de Madre y caridad exquisita para todas. Y lo digo concretamente porque, ya achacosa la Sierva de Dios, no reparó en hacer un viaje a Cuba cuando se enteró que había estallado la guerra en Cuba y sus hijas estaban contagiadas con la fiebre amarilla, y fue a llevarles consuelo.

Yo nunca oí en el Instituto que comentaran que la Sierva de Dios había tenido limitaciones y defectos durante su Gobierno”.

Una conducta, poco empleada en su tiempo, consistía en escuchar a las Hermanas antes de decidir, algo que ella practicó:

“Supe por las Hermanas antiguas que la Sierva de Dios estimaba y valoraba la opinión y la voluntad de los inferiores. Y así, que era muy comunicativa con todas las Hermanas y les preguntaba su parecer. Y esto lo hacía frecuentemente y con gusto, aprovechando el tiempo de recreo en que estaban todas reunidas.

“El año 1894, toda muy contenta, reunió a la Comunidad para decirnos se fundaba en Cuba, a ver quién se ofrecía para ir allá, y, toda agradecida a las que nos ofrecimos, nos empezó a preparar”.

Ganarse la confianza de las Hermanas era algo imprescindible para conocerlas, darles el destino y cargo más oportuno para cada una, y poder aconsejarlas en los problemas personales:

“Era muy maternal con todas las Hermanas y les abría de par en par sus entrañas maternas para que tuvieran confianza con ella. Pero jamás oí decir que por esto era imprudente; al contrario, ella daba esta confianza a las Hermanas para orientarlas, con el fin de que fueran perseverando en su vocación. Y, si alguna de ellas tenía algún momento de crisis, así podía aconsejarla con acierto.

Inspiraba confianza a las Hermanas del Instituto, pero esta confianza no daba pie para que no se observara la disciplina. Y si, alguna vez, alguna se sobrepasaba, la Sierva de Dios era enérgica para corregirla, esperando el momento oportuno para que fuera eficaz esta corrección”.

Sabía guardar el equilibrio y el justo medio en su actuación como Superiora. Nunca se mostraba autoritaria, dura, severa, poco comprensiva e impaciente. Sabía compaginar la dulzura y la caridad con la energía y fortaleza en la observancia de la disciplina. Procuraba estimular y favorecer lo bueno y positivo que veía en las Hermanas y en las niñas.

Enorme interés demostró por seleccionar las vocaciones del Instituto. Le importaba, sobre todo, la calidad. Empleaba, como primer atractivo, el ejemplo de su vida y de su apostolado; la dulzura y simpatía de su trato, siempre amable y cargado de caridad. Anhelaba la observancia en todas las casas para que todas reflejaran en su conducta que seguían de veras a Cristo.

“Estoy convencida de que la Sierva de Dios fue siempre prudente en la selección de religiosas; y el equilibrio que ella tenía para formarlas, ya queda reflejado anteriormente al decir que a la Sierva de Dios le preocupaba más la calidad que la cantidad. Y recuerdo haber oído a la Hna. Dolores Fiz, que me lo contó personalmente, que dos religiosas que estaban en Cuba y que no se conducían bien como religiosas y que se iban aseglarando, la Sierva de Dios, aun cuando no había dinero suficiente porque andaban muy escasas económicamente, no tuvo reparo en coger todo el dinero que tenía para que estas dos Hermanas se vinieran a España, y creo que después aquí, en España, abandonaron el Instituto”.

La Madre Isabel queda convencida de que ella, como Fundadora y Superiora General, no era más que la representante o la embajadora de su Señor Jesús, que la había llamado. Por consiguiente, debería permanecer en contacto con Él. Sería Él quien dictara las normas, el modo, los apostolados, las personas, las poblaciones, el campo, los instrumentos, la pedagogía, y el impulsor y dador del Carisma. Su obligación era estar pendiente con sus oídos de los labios de Jesús, y con sus ojos de las pupilas de Jesús. Que solo Jesús debía ser el piloto de la nave de la Congregación. Y ésta constituyó su ilusión y su logro. Indirectamente, se lo reveló a la M. Luisa Pujalte:

“Hacia 1897, cuando ya pensaba irse a Cuba otra vez, me propuso a mí el cargo de Superiora para el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús de aquí, de Madrid. Yo lo rehusaba, alegando mi incapacidad y mi falta de experiencia para el mismo.

Entonces la Madre sacó una estampita de un libro de devociones que tenía sobre la mesa y me lo mostró. Era de Jesús adolescente sentado sobre una roca a la orilla del mar con un remo en la mano. Como zozobrando al empuje de una gran ola iba llegando a la orilla una barquilla, y, sobre el borde, mirando a Jesús, traía una paloma. Dándome la stampa, me dijo muy maternalmente: “Mire al divino Piloto, déjese guiar por Él, y la barquilla de su Comunidad llegará felizmente al puerto. Usted reme con paz y confianza. El Piloto es Él”.

Aquel razonamiento me dejó sin palabras. Acepté el cargo que me daba y guardé la stampa como una reliquia. Aún la conservo”.

CAPÍTULO XXIX

ANTES DE MORIR

Apena verse obligado a relatar los postreros días de la Madre Isabel, cuya misión apostólica, evangélica y social ha sido objeto de estas páginas. Pero es una exigencia. La Madre se acercaba a la verdadera vida, en la cual entra con la misma paz que ha gozado, llena de hermosura a los ojos de Dios.

1. SU AFECCIÓN CARDÍACA

El malestar cardíaco era algo natural en la Madre Isabel desde su nacimiento. La férrea voluntad de la paciente nunca se deja vencer por las consecuencias físicas y anímicas de aquel corazón debilucho. Una de sus compañeras, la Beata Rita Dolores Pujalte Sánchez, sintetiza así las penalidades que en nada alteraron sus deberes de Superiora General:

“De su padecimiento del corazón, del que sufrió siempre, se le originaban trastornos y molestias muy penosas, con frecuentes hemorragias que le duraron hasta la muerte, hinchazón de las piernas la mayor parte del tiempo y, sobre todo, la fatiga y ahogos que le sobrevenían por cualquier emoción fuerte, triste o alegre.

Y aunque nunca estos accesos llegaban a privarla por completo, a veces le impedían hablar o lo hacía con mucha dificultad. A veces para ayudarla a reaccionar de nuevo era preciso aplicarle calor a la espalda, que, de ordinario, se le solía quedar fría durante estos accesos.

En alguna ocasión también un trabajo fuerte era motivo suficiente para tales achaques, como en una ocasión en que subió una escalera hasta el cuarto piso y al llegar al final estuvo a punto de caerse si a tiempo no la hubiesen atendido. Y aquel trabajo, para ella tan penoso, tenía por objeto solicitar un donativo para las necesidades de su Obra. ¡Tan abnegada y humilde era ella...!

Otra de las penosas consecuencias de sus males cardíacos era el régimen alimenticio a que solía estar sometida muchas temporadas por prescripción facultativa y que, sobre ser escaso, lo guardaba con fidelidad edificante. Solía consistir en leche, verduras y fruta, y poco más”.

Ahora se comprende mejor la heroicidad de la Madre al meterse voluntariamente en la boca del lobo en Cuba, con motivo de la guerra de la independencia. ¿Qué no sufriría aquel corazón tan gastado después de más de 60 años de incesante latir?

Ningún complejo, como si su corazón gozara de salud perfecta. En sus postreros días sentía la paz de Dios mientras su corazón se cansaba cada día más. Ella, sin embargo, se comporta como una enferma envidiable en sus postreros días:

“En esta última enfermedad la Sierva de Dios se condujo con toda paciencia, resignación y conformidad con la voluntad de Dios, sin que se dejara llevar de la

debilidad humana, ni dejara de practicar voluntariamente los actos de virtud. Y recomendaba a las Hermanas que estaban pendientes de ella, principalmente por la noche, que se retiraran a descansar”.

La Hermana Jacoba Balaguera, presente en La Habana, donde se extingue la Madre Isabel, asegura que era “tan paciente y resignada que no se notaba en la casa que hubiera una enferma. En los últimos días, los accesos de fatiga eran continuos, por lo que sufría muchísimo. Estaba muy delicada y se había hinchado mucho por su afección cardíaca”.

2. PRESIENTE LO PEOR

Es consciente la Madre Isabel de que sus días se van acortando y de que su corazón se va apagando. Ella misma, en la última carta que escribe a Madrid, achaca su malestar a su débil corazón. No obstante, confía retornar a España, si Dios bendijera sus proyectos. La carta refleja la paz de aquella alma y su asombrosa caridad:

“Habana, 20 de diciembre 1898

Mis queridas en JC. MM. Sánchez y Pujalte: He recibido sus cariñosas y sentidas cartitas de noviembre. También creo habrán recibido las mías. La Hna. Fiz, gracias a Dios, ya se levanta, y parece quedará bien; la pobre ha estado bien malita. Yo también estoy un poquito mejor, aunque parece que mi enfermedad del corazón marcha adelante; pero, en fin, voy arrastrando esta vida, y, si Dios nuestro Señor me la presta un poco de tiempo y bendice mis proyectos, pronto tendremos el gusto de darnos un abrazo. Todas las demás buenas, gracias a Dios.

El General Mas con su señora salen en este vapor del 20; es posible que vayan a ver a Vds., y espero que los recibirán con la amabilidad y bondad con que lo hacen, y ofrézcanse si las necesitan para algo que Vdes. puedan servirles sin faltar a sus deberes: hicimos el viaje juntos, y después hemos conservado buena amistad.

Como es último día de correo, no puedo descansar y estoy muy mareada y me duele la mano, así que me despido de todas dándoles muchos y cariñosos recuerdos de todas estas Hermanas para todas las de allí, y todas Vds. saben cuánto las quiere su sierva en JC.

Sor Isabel del C. de J.”.

La gratitud al General Don Cristóbal Mas y Bonneval y a su esposa Doña Claudia Prieto y Alcalde -a la que prestaron favores en la travesía a La Habana- salta a la vista. Fue seguramente este General el que las ayudó con médicos y medicinas a ellas y a tantos enfermos y heridos. Habla también de la Hermana Fiz, a la que envía a Pinar del Río para que no sufra por su próxima muerte. Todo este ambiente hogareño tan triste lo relata la propia interesada, la Hermana Dolores Fiz:

“Su caridad llegaba hasta olvidarse de sí misma por atender a los demás, y así, cuando llegó el momento de recibir el Santo Viático, días antes de su muerte, la Sierva de Dios dispuso que, con no sé qué pretexto, nos trajeran de La Habana aquí, a Pinar del Río, a la Hna. María Pastor y a mí, para evitarnos la pena de saber que estaba muy grave y la de verla morir. A la Hna. Pastor porque, muy jovencita y alumna suya, quería mucho a la Madre Isabel, y era, además, muy sensible al dolor. Y a mí, porque convaleciente aún de unas fiebres malignas, temía que pudiera recaer de nuevo ante la impresión de su

gravedad, que caritativamente me venían ocultando, no obstante estar en la misma casa que ella”.

3. AL VER ARRIAR LA BANDERA DE ESPAÑA, 1 enero 1899

Le dolió en el alma a la Madre Isabel la pérdida de Cuba para la corona de España. Nadie podía ocultarle aquella derrota con sus secuelas. El 21 de abril de 1898, Estados Unidos declara la guerra a España -declarada con hechos hacía muchos meses-; el 22 de mayo bloqueaba el Puerto de La Habana, y el 27 el de Santiago. El 12 de agosto se firmaba un armisticio entre los contendientes, previo al Tratado de París del 10 de diciembre, por el cual España cedía Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

A la Madre Isabel no le cabía más dolor en su corazón. El 1 de enero se lleva a efecto el Tratado. Dentro de casa, seguían el ritmo de los acontecimientos:

“Respecto a la sustitución de la bandera doy fe -dice la Hermana Jacoba Balaguera- de que, estando todas en nuestra azotea, a las 12 en punto del día bajaron la bandera española con mucha rapidez y enarbolaron la de la independencia con mucha lentitud en medio de aplausos y vivas a Cuba libre, y tocando la música el himno de Bayamo, esto fue en el Morro de La Habana.

La situación de nuestra casa-colegio junto al Malecón y muy próxima al Morro donde estos hechos tendrían lugar, hacían inevitable de todo punto las emociones del acto, lo mismo a la Madre que a las Hermanas; pues, al fin, todas habían de sentirse afectadas en sus sentimientos patrios a la hora de tal acontecimiento, máxime teniendo en cuenta los motivos de orden espiritual que tanto afligían el corazón sensiblemente apostólico de Madre Isabel.

Para acompañarlas en tales momentos había llegado de Pinar del Río la Madre Hurtado y, al ver decaída a la Madre, fue demorando el regreso, hasta que los hechos confirmaron sus temores y la obligaron a no separarse de su lado”.

Aquel día, 1 de enero de 1899, le resulta un golpe de muerte:

“Estaba muy delicada y se había hinchado mucho por su afección cardíaca. El día en que arriaron la bandera española para izar la cubana, cosa que vi yo con mis propios ojos, al oír toda la algazara y la música que tocaba el himno cubano, ella, que era tan española, se conmovió mucho. A ruegos nuestros se acostó y ya no levantó cabeza. Todo esto sucedía el 1 de enero”.

Aunque queda indicado, el dolor de la Madre Isabel subió a grados insospechados, porque ella unió aquellos acontecimientos con los tremendos sufrimientos de papá en Perú y en Chile, tal como su mamá le había contado tantas veces. Sus Hijas lo sospecharon:

“Se agravó el día 1 de ese mismo mes con ocasión de ver arriar la bandera española e izar la cubana. Y tuvo una gran pena al ver que la bandera española la pisaron. Y no es extraño, porque ella era hija de un militar muy patriota que había combatido en las batallas de Ultramar”.

4. ÚLTIMOS SECRETOS ANTES DE MORIR

La M. María Hurtado, la mano derecha de la Madre Isabel en Madrid y ahora su representante en Cuba, advierte que debe acompañarla, porque el final de su Fundadora se acerca. Después de estar a su lado aquel domingo fatídico del 1 de enero, se queda en La Habana. La hinchazón del cuerpo denotaba la impotencia y el desgaste total del corazón.

Son horas tristísimas. La M. Hurtado pasa largos ratos con su Fundadora. Intimaron mucho. La Madre Isabel, tragándose la saliva, se atreve a darle un encargo: que la entierre donde quiera, pero entre Religiosas. Nadie sabe la impresión causada a la M. Hurtado, que con su silencio sepulcral y un movimiento afirmativo de cabeza accedía a cumplir los deseos de la enferma. El instinto de pudor y de castidad llevaba a la Fundadora a exponer sus sentimientos totales de pureza.

Otro día es la M. Hurtado la que se atreve a abrir su corazón destrozado a su Madre. Sin ella, le parecía que el mundo terminaba:

- Madre, apenas llegue al cielo, pídale a Dios que me lleve pronto con Vd.

- Eso de ninguna manera. Aún tiene Vd. que trabajar y sufrir mucho por el Instituto.

La Madre Isabel profetizaba, porque la M. Hurtado vivió muchos años trabajando como gran superiora en la Isla de Cuba, y fallecía en La Habana el 16 de febrero de 1927, sobreviviendo a su Fundadora nada menos que 28 años.

Un último deseo lo manifestaba la Madre Isabel a cada una de sus Hijas cuando iban a visitarla y a pasar un rato íntimo con ella. Le obsesionaba una idea que concretaba entera su personalidad cristológica, centrada en la caridad, que debía manifestarse y rodearse de humildad y pobreza:

“Cuando las Hermanas la visitaban para preguntar por su salud, les repetía:

- ¡Cuánto voy a pedir por mis Hijas en el cielo, para que sean muy buenas, muy caritativas, muy pobres y muy humildes”!

Una a una, todas sus Hijas sufrieron la ambición espiritual de su Madre. Queda en la tradición del Instituto como la meta que hay que conquistar para asemejarse a su Fundadora.

Se ignoran las razones por las cuales el P. Manuel Menéndez, el párroco de Pinar del Río y protector eficaz de las Hermanas, se encuentra en La Habana al pie del catre humilde de la Madre Isabel. No cabe duda de que la M. Hurtado le informa del estado fatal de su Fundadora, a la que él amaba con amor verdadero. Tampoco se saben los días que la acompaña ni los viajes que hace a La Habana desde Pinar del Río y viceversa. Otra relación asegura que fue la misma Madre Isabel quien lo llamó. El hecho es que le confió dos asuntos.

- “Padrecito, me muero. Es mi deseo que mi cargo lo desempeñe la Rvda. Madre Dolores Pujalte Sánchez”.

Después le revela la deuda que mantiene la casa de la calle del Tutor de Madrid y la imposibilidad de pagarla. El P. Menéndez le promete saldar él la deuda. De esto hablamos pronto.

CAPÍTULO XXX

MUERTE Y SEPULTURA

La muerte de la Madre Isabel en La Habana unos días después de haberse independizado Cuba, no era noticia para España ni para el mundo. Subió al cielo lo mismo que una blanca paloma que se eleva rauda verticalmente a su nido amoroso. Unos aleteos silenciosos que solo se oyen a su alrededor.

1. LA PRECIOSA MUERTE DE LA MADRE ISABEL a las 0,30 horas del 17 de enero de 1899

Después de haber abierto su corazón a la M. Hurtado y al P. Menéndez, podía confesar como Jesús: Todo está cumplido (Jn 19, 30).

Repleta de paz, toda paz, premio de la caridad más amplia en un cristiano. Solo sus bellos ojos, siempre penetrantes, se fijan en cada una de sus hijas retándolas a seguir sus pasos. La Hermana Jacoba Balaguera, presente en aquel momento sublime, refiere lo que ve:

“Siempre con la sonrisa en los labios y una gran conformidad con la voluntad de Dios, no nos ocultaba el deseo grande que tenía de unirse con Él en el cielo.

Recibió con el fervor de una santa los últimos Sacramentos, a cuyo acto asistimos todas llenas de pena.

Permaneció en cama desde el día uno de enero hasta que murió, el 17 a las 0,30 horas de la noche. Y era tan paciente y resignada que no se notaba en la casa tal enferma. En los últimos días los accesos de fatiga eran continuos, por lo que sufría muchísimo.

En la tarde del día 16, al anochecer, sentada en el borde de la cama y descansando sus hinchados pies sobre una silla, ligeramente cubiertos con la sábana, miraba al cielo con mirada tan plácida, que jamás se me ha borrado de la mente la impresión de aquel momento.

Luego se le calmaron los accesos de fatiga y quedó bastante tranquila. Nosotras en la habitación inmediata rezábamos las letanías de los Santos y otras preces; ella nos miraba y contestaba a lo que podía.

La Madre Hurtado y la Hna. Zaldo le ayudaban en sus piadosas jaculatorias, y, en punto a las doce, próximas todas a su lecho, nos miró de una en una con la sonrisa

del alma justa en los labios, y dijo a la Madre Hurtado que no pasáramos mala noche y nos fuéramos todas a descansar. Dijimos que no estábamos cansadas, que preferíamos estar allí, etc., etc. Hizo un gesto de asentimiento, pidió un poco de agua y, al beberla, afirmó que no la podía tragar.

Se siguieron por parte de todas unos momentos de silencio, que interrumpió la Madre Hurtado para ayudarle en sus piadosas aspiraciones. A las doce y media de aquella noche hizo ademán de querer volverse, y en el mismo momento se sintió como si algo se le desprendiese del pecho, y sin más agonía ni señal de molestia se quedó como dormida, con un semblante tan natural que parecía dormida.

Antes de separarnos de allí, no pudimos resistir al impulso que nos movió y todas fuimos besando su frente. A la vez nos invadió una serenidad tranquila y tanta fortaleza de ánimo, que la consideramos todas como la primera gracia que nos enviaba desde el cielo.

No recuerdo claramente la fecha en que le administraron los santos Sacramentos, aunque recuerdo que tardó poco en morir después de ese día.

En tan penoso sufrir no tuvo el menor gesto de impaciencia, y a todas nos dejó santamente edificadas con su muerte lo mismo que lo había hecho con su vida”.

Presenciaron la preciosa muerte todas las Hermanas de la Comunidad: la M. María Hurtado y las Hermanas Celestina Zaldo, Epifania Mochales, Jacoba Balaguera, María Elvira, Dolores Álvarez, Margarita Segovia y María Contijoch. Margarita Segovia le cierra los ojos y le cruza las manos delante del pecho. La M. Hurtado y la Hna. Zaldo amortajan el cadáver con el hábito propio de la Congregación. Presentaba la finada un aspecto natural y recobró un color sonrosado como en sus años jóvenes. Una vez que lo depositan en la caja mortuoria, lo trasladan a la capilla. Rezan todas el Oficio de Difuntos. Celebran la Eucaristía sacerdotes amigos, como el P. Manuel Menéndez y algunos Carmelitas Descalzos. El Obispo Mons. Santander yacía enfermo en la cama. La Madre Isabel tenía el día de su muerte, las 0,30 horas del 17 de enero de 1899, 62 años y dos meses menos dos días.

2. EL ENTIERRO

Escribió la M. Hurtado a la Beata Dolores Pujalte:

“¡Pobrecita mía... Cuánto sufrió para morir! Ahora está enterrada en la bóveda de las Siervas de María, porque la pobrecita me encargó que la enterrara donde yo quisiera, pero con Religiosas”.

Las Siervas de María, también españolas, fundadas en Madrid en 1867 por Santa María Soledad Torres Acosta (1826-1877), accedieron de mil amores a la insinuación de la M. Hurtado y le agradecieron la confianza y el honor, porque ellas la valoraban muchísimo.

Se efectuó el entierro en el Cementerio de Colón de La Habana el 18 de enero en la mayor intimidad, para no llamar la atención de los ciudadanos en aquellos días de derrota para los españoles. Acompañaron al féretro muy pocas

personas: todas las Hermanas de la Comunidad, presididas por la M. Hurtado, con el P. Menéndez, el Capellán de la casa y algunas pocas amistades. Al entrar en el cementerio, toman el féretro las Hijas de la Madre Isabel y lo llevan entre lágrimas incontenibles al lugar de la sepultura.

No consintió el P. Menéndez que la Madre Isabel fuera conducida como una persona cualquiera. Pagó él todo: el ataúd blanco americano, hachas con sus luces, coche de señorita de primera con una pareja de caballos blancos, cuatro palafreneros y tres carruajes para la comitiva. La funeraria Caballero, situada en el n. 35 de la calle Concordia de La Habana, pasaba la factura de 94,15 pesos oro que el P. Menéndez canceló muy gustoso.

Así comenzaba el Acta del enterramiento: “En 18 de enero de 1899 años, se dio sepultura en este cementerio de Colón, en el cuartel N.O cuadro número cuatro del campo común, bóveda número uno de las Siervas de María, al cadáver de la misma Doña Isabel Larrañaga...”



Las Hermanas portando el féretro de la Madre Isabel

La partida de la Parroquia de Nuestra Señora de Monserrate de La Habana detallaba que había fallecido la Madre en la calle de San Lázaro, n. 182, y que la nefritis la había llevado al sepulcro. La pena para la historia es que el párroco, Don Anacleto Redondo, cobraba ocho pesos en oro. Existe una norma general de dispensar a sacerdotes, religiosos y religiosas de estos derechos parroquiales.

3. MUERTE DE AMOR

Ha extrañado que el acta del médico asegure que la Madre Isabel muere por fallo de los riñones. Las Hermanas presentes no se lo creyeron porque no aparecieron los síntomas externos, ni siquiera la fiebre, ni en la orina advirtieron sangre.

Tomando el tema desde un ángulo natural, no técnico, los testigos hablan de gripe que acrecienta y acelera la debilidad del corazón. Esta es la tradición:

“Las Hermanas que convivieron con ella atestiguaron que la enfermedad de la Sierva de Dios consistió en un estado gripal complicado con su padecimiento, que era cardíaco. La partida de defunción o certificado médico dice que murió de nefritis. La Comunidad creyó siempre que la Sierva de Dios llegó a este estado por sus preocupaciones y sufrimientos morales, por el trabajo excesivo y por lo mucho que tuvo que cavilar para animar a todas. Sufrió mucho, principalmente por la fatiga, por la cual se sentía asfixiada”.

La dilatación del corazón, que la aqueja durante toda su existencia, termina con su vida. Interesa más saber la causa gravísima que origina tanto malestar y la muerte. No cabe duda de que su muerte fue consecuencia de sus sufrimientos morales y de su excesiva caridad en aquellos meses de guerra. Entre esas causas morales sobresalen los motivos místicos y apostólicos para un corazón y un alma, cuyo amor se centra en Cristo Jesús y en su prójimo. Jesús muere con el corazón atravesado y abierto. Lo indican las Hermanas presentes:

“Lo que más abatió y afectó a la salud de la Sierva de Dios fueron los males que ella preveía que, con la independencia de Cuba, iban a sobrevenir a la Iglesia y a las costumbres morales; y tales eran: la expansión del protestantismo, la institución de la escuela laica, la aprobación de ley del divorcio y la corrupción de las costumbres cristianas”.

Vale la pena insistir sobre el tema. La Hermana Dolores Fiz, que convive con ella en La Habana, -menos los días precedentes a su muerte- proclama el estado místico de su Fundadora, reflejado en las lágrimas amargas que derrama ante la Cuba descristianizada que se aproxima. Jesús lloraba también sobre Jerusalén, y lo razonaba: “...porque no has conocido el tiempo de mi visita” (Lc 19, 44).

“A pesar del carácter franco, animoso y varonil de la Madre, en este tiempo la vimos muchas veces apenada, ¡hondamente apenada!, sumida en oración y derramando lágrimas. Algunas veces le dirigíamos palabras de aliento y de conformidad con la voluntad de Dios.

“Sí, hijas, nos decía, con la voluntad de Dios estoy conforme; no quiero más que lo que Él quiera. Pero me dan mucha pena los males que preveo para las almas. Vds. son jóvenes y no se dan cuenta ahora; más tarde lo verán. Las escuelas quedarán sin religión, sin Crucifijo. ¡Tantos niños sin la enseñanza del Catecismo...! ¡Tantos males espirituales para estas gentes...!

“Y lloraba sin consuelo y rezaba sin cesar. Cuán proféticas eran sus lágrimas y su pena lo dicen los años pasados desde 1898: todavía las Escuelas oficiales de Cuba son laicas. ¡Y Dios sabe hasta cuándo!”.

Estos datos fidedignos obligan a mirar a San Juan de la Cruz, que enseña que, aunque muchos santos mueren al exterior como cualquier hombre, lo que les quiebra la tela de la vida es el Amor de Dios que les ha implicado en el amor al prójimo. Dios y el prójimo.

“Cuanto más crece este amor (del prójimo), tanto más crece el de Dios, y cuanto más el de Dios tanto más este del prójimo, porque de lo que es en Dios es una misma razón y una misma la causa”³⁰.

Es el caso de la Madre Isabel. San Juan de la Cruz nos explica, desde su visión mística, el fallecimiento de muchos santos, doctrina que es necesario aplicar a la Madre Isabel:

“El morir natural de las almas que llegan a este estado, aunque la condición de la muerte, en cuanto al natural, es semejante a los demás, pero en la causa y en el modo de la muerte hay mucha diferencia. Porque si los otros mueren muerte causada por enfermedad o longura de días, éstas, aunque en enfermedad mueran o

³⁰ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, libro 3, cap. 23, n. 1.

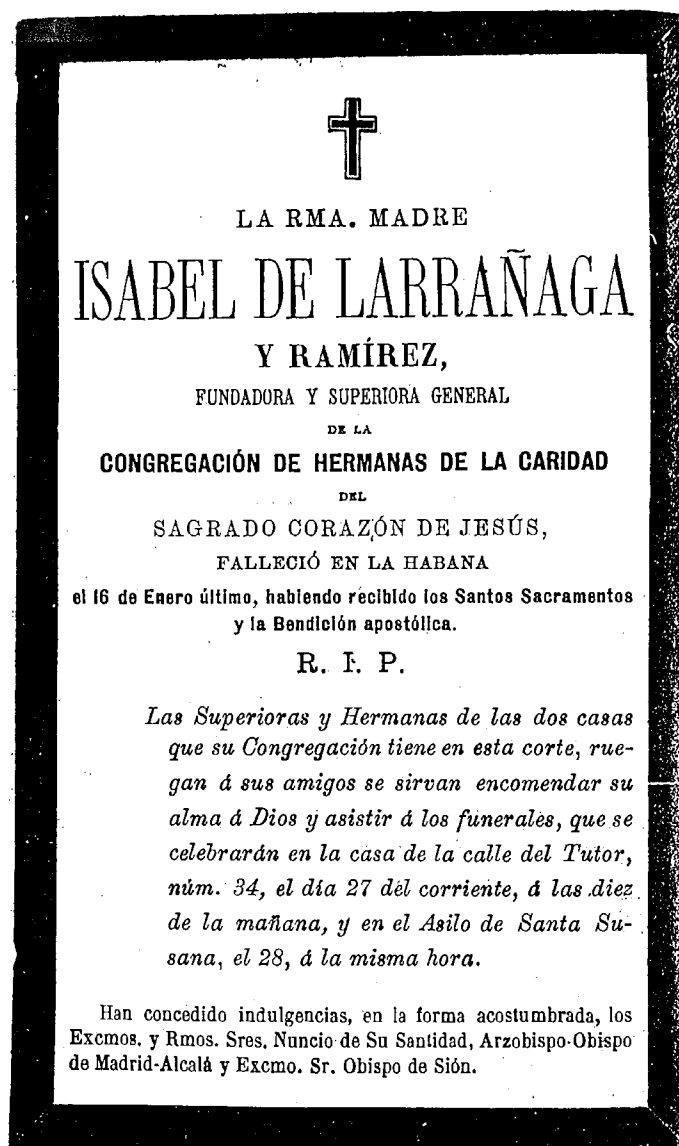
en cumplimiento de edad, no las arranca el alma, sino algún ímpetu y encuentro de amor mucho más subido que los pasados, y más poderoso y valeroso, pues pudo romper la tela y llevarse la joya del alma”³¹.

4. SILENCIO Y LÁGRIMAS

En La Habana apenas se enteró nadie del fallecimiento de la Madre Isabel. Todo lo español quedaba bajo tierra en aquellos días en que se celebraba por todo lo alto la independencia de Cuba. No se sabe hoy cuándo ni cómo se enteraron en Madrid. En la prensa de la Capital se ignora el acontecimiento. Pero las Hijas de la Madre Isabel le rinden el tributo de sus lágrimas y las muchas oraciones. En la contraportada de la revista “La Semana Católica” de Madrid, del 26 de febrero de 1899, -¿tan tarde porque tarde llegó la noticia?- se publicaba una esquela a toda página, en la cual se informaba de la muerte de la Fundadora, y se invitaba a los funerales que se celebrarían en el colegio de la calle del Tutor el 27 de febrero, y en el Asilo de Santa Susana al día siguiente; los dos funerales a las 10 de la mañana. Conceden indulgencias el Nuncio de Su Santidad, el Arzobispo-Obispo de Madrid y el Obispo de Sión.

Se sabe que al funeral de la calle del Tutor asiste la M. Rosa María Iriarte, la prima de la Madre Isabel, y que en todas las casas y colegios se celebran funerales muy concurridos. En Madrid y en La Habana se reparten recordatorios sencillos y fervorosos. Se deja a la imaginación del lector el impacto de la muerte en sus Hijas. La M. Hurtado escribía a la M. Luisa Pujalte de Madrid:

“Mi querida en J.C. Madre Pujalte: Supongo que para esta fecha estarán ustedes con tanta pena como yo, con la diferencia de que yo estoy todos los días andando con sus cosas y en su mismo cuarto. ¡Pobrecita! Cuánto sufrió para morir; pero dichosa ella que ya está en el cielo pidiendo por nosotras. Yo estoy como tonta, algunas veces no creo que se ha muerto, y me parece que está en ésa o en Pinar del Río”.



³¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de Amor Viva*, canción 1, verso 6, n. 30.

Los mismos sentimientos de dolor se agolpan en el corazón de sus Hijas, del P. Menéndez y de las alumnas de sus colegios y, en general, de todos cuantos han conocido a la Madre Isabel. Esto ocurrió en La Habana el 19 de noviembre de 1899, día en que las Madre hubiera cumplido 63 años:

“Hoy, como el día que es, estoy pasando un día muy malo y triste, y gracias al P. Menéndez que, como ha venido para hacer los Ejercicios, estuve ayer un poco distraída arreglándole la maleta y ropa que necesita. El pobre se pasó ayer aquí casi todo el día; a las seis de la mañana se fue al cementerio con todas las niñas y Hermanas, para las misas y responsos que se habían de decir por nuestra inolvidable Madre (e.p.d.). Yo no fui por ser tan temprano y también porque el médico me lo ha prohibido, pero le mandé una preciosa corona de biscuit de rosas de té, lilas y pensamientos, con la dedicatoria puesta en una buena cinta de raso blanca”.

5. CAMBIO DE SEPULTURA, 22 enero 1904

La M. Hurtado ideó trasladar pronto los restos de la Madre Isabel al Colegio de Villaverde, junto a Madrid, y colocarlos al lado de los de su mamá y de los de otras Hermanas de la Congregación. Dios no lo quiso, porque hubieran sido profanados por los republicanos de izquierdas en 1936.

A los cinco años justos, la M. Hurtado había comprado un panteón para su Congregación, y a él traslada los restos de la Madre Isabel el 22 de enero de 1904. Los dos panteones, el de las Siervas y el de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, están contiguos. De la manera más sencilla se realiza el traslado. “Se procedió a la exhumación en presencia de los Padres D. Manuel Menéndez, Celestino Rivero, Casimiro de la Sagrada Familia, C.D., y Rafael Rivero, de las Escuelas Pías, Capellán del Colegio y de la Comunidad de La Habana, y dos Hermanas de Pinar del Río, con otras amistades y allegados de la casa. Todas las Hermanas de la Casa de La Habana, como era natural. En la Capilla del Cementerio (en la capilla Mayor), se celebró una misa cantada de Réquiem, solemnes responsos y, seguidamente, se colocaron en su nuevo lugar de reposo dentro del mismo Cementerio”.

Durante este acto, lloraba inconsolable la M. Hurtado y con ella sus Hermanas de Congregación. El llanto de las Hermanas significaba algo más que el dolor de contemplar los restos de una Madre tan querida. Estaban convencidas de que su Fundadora aparecería íntegra y vestida con el hábito. Cuando descubren el féretro y la contemplan reducida a casi solo cenizas, como la inmensa mayoría de los mortales, los sollozos embargaban a todas. Pensaron muy mal creyendo que los Santos -particularmente los Fundadores y más su Madre Fundadora- recibían el milagro de la incorrupción. Falsa idea que trajo malas consecuencias para la Madre Isabel, como fue el retirar el proyecto de incoar pronto el Proceso de su Canonización, pues pensaron las Hermanas, en su ingenuidad, que, al no encontrar incorrupto el cuerpo de la Madre, esto no era signo de santidad. Pero no siempre los prodigios extraordinarios van ligados a la santidad.



Alumnas ante la tumba de Madre Isabel en el cementerio de Colón. La Habana.

EPÍLOGO

El Comandante Fidel Castro entra victorioso en La Habana el 8 de enero de 1960. Pronto toma los poderes de un dictador comunista. Para esta fecha, las Hijas de la Madre Isabel desempeñaban su labor apostólica en cuatro grandes colegios en la Isla de Cuba, atendidos por 43 Hermanas.

Pronto el Dictador se lanza a apoderarse de aquellos cuatro colegios porque no cooperaban económicamente para los fines de la revolución. La excusa - presentada para todo lo que supiera a Iglesia- bastó para lanzar toda suerte de amenazas. El robo de los inmuebles era enseguida una realidad.

Ante aquellas penosas circunstancias, lo primero que intentan las Hijas de la Madre Isabel es llevarse a España los restos de su Madre, temerosas de que corriera la suerte de otros difuntos, a los que desenterraban para despojarlos de sus alhajas y de otros valores. Para lograr deseos tan legítimos, las Hermanas se valieron de todos los medios posibles. Cumplieron con las normas del Derecho para evitar obstáculos en vista del Proceso de Canonización de la Madre, incoado ya en Madrid el 31 de mayo de 1957. Quiso Dios que se consiguiera el mayor éxito, de manera que los restos llegaban a Madrid, en un avión de la Compañía Iberia, el 18 de junio de 1961, acompañados por la Hermana Natividad Cubillo. En el aeropuerto de Barajas, Madrid, esperaba el Gobierno General en pleno con el Tribunal de la Causa de Canonización de la Sierva de Dios. El arca de las reliquias llegaba al Colegio de Villaverde Alto, Noviciado entonces de la Congregación en España. El arca se halla encerrada en otra artística de mármol, que en su parte superior tiene en metal el escudo de la Congregación y esta inscripción: La Sierva de Dios M. Isabel Larrañaga y Ramírez, Fundadora del Instituto de Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús. Este tesoro inapreciable se venera en la capilla.

Allí acuden a encomendar sus necesidades y a presentar sus deseos Cardenales, Arzobispos, Obispos Sacerdotes, Religiosos y Religiosas con fieles cristianos de toda edad y de clase social, y no solo de España sino también de otras naciones: Portugal, Perú, Puerto Rico, Venezuela, Chile y Angola.

Antes de este traslado, se había iniciado en Madrid el Proceso de Canonización de la Madre Isabel. Declinó este honor, por falta de peritos, el Arzobispado de La Habana. Las Hijas de la Madre Isabel, mejor asesoradas, se decidieron a incoar el Proceso, enteradas de que lo imprescindible para introducirlo era la fama de santidad y la prueba de haberla vivido, no la incorrupción del cuerpo ni la existencia de visiones, revelaciones y milagros.

El Proceso Informativo comienza en Madrid, el 31 de mayo de 1957, con 58 años de retraso -la Madre fallece el 17 de enero de 1899-, y dura cinco años. Sigue el proceso llamado de Non Cultu, de no haberle dado ningún culto, como si ya estuviera canonizada. Finalmente, cumpliendo la legislación entonces vigente, se introduce el Proceso llamado Cognicional, recogido en seis volúmenes, y clausurado el 1 de junio de 1985, presidiendo el Cardenal Arzobispo de Madrid, Don Ángel Suquía (1917-2006). Los trámites en la Congregación Romana para las Causas de los Santos transcurren con toda normalidad. Unánimemente, las Comisiones de Teólogos y de Cardenales aportan sus votos positivos, de modo que el 19 de marzo

de 1999 los Padres Cardenales y Obispos, siendo Ponente de la Causa el Emmo. Cardenal Francisco Arinze, declararon que la Sierva de Dios Isabel Larrañaga Ramírez había ejercitado en grado heroico las virtudes teologales, las cardinales y las anejas.

Semanas después, el 26 de marzo del mismo año 1999, el Papa Juan Pablo II declaraba solemnemente que la Sierva de Dios había ejercitado las virtudes en grado heroico. En la Congregación para las Causas de los Santos se firmaba el Decreto ese día y, posteriormente, se publicaba en el diario Oficial de la Santa Sede, llamado Acta Apostolicae Sedis.

La Iglesia se complace en presentar a la Madre Isabel como heroica discípula de Jesús y Fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, extendida hoy por España, Angola, Portugal, Chile, Puerto Rico, Venezuela y Perú. Quiera el Señor Jesús, por quien la Madre Isabel gastó su vida, que pronto podamos contemplarla canonizada y venerada en los altares.



Lectura del Decreto de la heroicidad de las virtudes, en la Sala Clementina del Vaticano, en presencia del Papa Juan Pablo II, el 26 de marzo de 1999.

BREVE CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE LA VENERABLE MADRE ISABEL LARRAÑAGA Y RAMÍREZ

- 1800** *29 noviembre:* Nace en Urnieta, Guipúzcoa, España, Juan Andrés María de Larrañaga y Lasarte, hijo de Martín Ignacio de Larrañaga Mendizábal y de Josefa Mónica de Lasarte Barcaiztegui. Será el padre de la Madre Isabel. Es bautizado al día siguiente en la Parroquia de San Miguel Arcángel de Urnieta.
- 1805** *4 julio:* Nace en Lima (Perú) María Isabel Ramírez Velasco Patiño. Será la madre de la Madre Isabel. Fue bautizada el día 7 del mismo mes en la Parroquia de Santiago del Cercado de Lima.
- 1817** *3 noviembre:* El papá ingresa como cadete en el Ejército Español.
- 1818** *19 marzo:* Don Andrés gana una medalla de distinción en la batalla de Cancha Rayada, Chile.
5 abril: Es hecho prisionero en la batalla de Maipú, Chile.
- 1820** *20 septiembre:* D. Andrés asciende a Teniente del Ejército Español.
10 mayo: Después de pasar dos años en cárceles de Chile, Buenos Aires y Las Bruscas, logra escaparse.
- 1824** *9 agosto:* Boda de Don Andrés con Doña Isabel en el Cuartel General de Huancayo, Perú.
- 1825** *1 junio:* Simón Bolívar, el Libertador, concede pasaporte a Don Andrés y a su esposa para viajar a España.
22 diciembre: Llegan a Tolosa, Guipúzcoa.
- 1826** *19 noviembre:* Nace en Urnieta Alejandro Félix, hermano de la Madre Isabel. Es bautizado al día siguiente en la Parroquia de San Miguel Arcángel de Urnieta.
- 1827** *5 diciembre:* Nace en Urnieta Josefa Natalia, hermana de la Madre Isabel, y es bautizada el mismo día en la Parroquia de San Miguel Arcángel de Urnieta.
- 1830** *2 abril:* El Capitán Larrañaga con su esposa e hijos embarcan en el Puerto de Cádiz, rumbo a Filipinas.
29 agosto: Llegan a Manila.
- 1832** *1 septiembre:* Nace en Manila Francisco Adrián, hermano de la Madre Isabel. Es bautizado el día 8 en la Parroquia del Sagrario de la Catedral de Manila.
- 1833** *9 julio:* El Capitán Larrañaga asciende a Teniente Coronel.
- 1836** *19 noviembre:* Nace en Manila la Madre Isabel y es bautizada el 30

de noviembre en la Parroquia de San Miguel Arcángel.

- 1838** *6 diciembre:* Fallece en Balanga, Filipinas, su Alcalde, D. Andrés, el papá de la Madre Isabel. Solemne entierro al día siguiente.
- 1839** *Junio-julio:* Llega a Madrid la viuda de Larrañaga con sus cuatro hijos, entre ellos la Madre Isabel.
- 1840** *29 noviembre:* Nace en Lima, Perú, María del Carmen Iriarte Ostas, que siempre se llamó prima de la Madre Isabel.
- 1847** *3 enero:* Fallece en Madrid, calle de Jardines, n. 30, Josefa Natalia, con 19 años, hermana de la Madre Isabel.
- 1850** *5 febrero:* Adrián se da de baja en la vida militar.
Marzo: Adrián se marcha a Cuba por libre.
- 1855** *Sin fecha:* Isabelita con su mamá llegan a Lima. Toma por Director Espiritual al P. Pedro Gual, Franciscano.
- 1859** *5 abril:* Mamá da una velada a sus amistades y un admirador de Isabelita le dirige bellas frases en una linda poesía.
12 octubre: Adrián, hermano de Isabelita, se casa en Lima, Perú, con Elena del Campo.
- 1861** *11 abril:* Doña Isabel hace testamento en Lima.
- 1862** *Julio:* Doña Isabel y su hija dan una fiesta de despedida. El ingeniero Federico Blume y otros invitados recitan lindas poesías.
Agosto: Madre e hija llegan a Cuba. Mamá quiere arreglar su pensión y alejar a su hija de ingresar en un convento. Isabelita consulta su vocación con el futuro Cardenal Don Ciriaco Sancha y Hervás.
- 1863** *Abril:* Doña Isabel y su hija se embarcan para España. Pasan temporadas en Málaga, Alicante, Aspe y Sevilla, donde Isabelita entabla fuerte amistad con las Religiosas Filipenses.
26 agosto: Llegan a Madrid y se instalan en la calle de Preciados, n. 5, centro derecha.
- 1867** *Enero:* Madre e hija viajan a Roma.
11 febrero: Invitadas por el Conde de San Luis, que celebra la presentación pública de sus Cartas Credenciales ante Pío IX, acuden a la gran fiesta. Isabelita, admirada por los asistentes, se quita los pendientes, cuajados de brillantes, detrás de una columna.
17 mayo: Pío IX concede a Doña Isabel y parientes una bendición especial.
Junio: Las dos retornan a Madrid.
29 junio: Isabelita empieza su correspondencia epistolar con Santa Vicenta María López y Vicuña, a cuya Obra ayuda este año y el

siguiente.

14 agosto: La Santa quiere conquistar a Isabelita para su Obra.

18 agosto: Isabelita le responde una y otra vez que no se siente llamada a su lado

- 1869** *5 septiembre:* Madre e hija hacen testamento.
- 1870** *Noviembre–diciembre:* Encuentro con el P. Luis Azevedo, Redentorista, su segundo gran Director Espiritual.
- 1872** *Sin fecha:* Isabelita expone al P. Azevedo su deseo de fundar, idea que él aparca para mejores días.
- 1873** *Sin fecha:* El P. Azevedo pregunta a Isabelita: “¿Y la fundación? Le mando que ponga manos a la Obra”.
- 1875** *Sin fecha:* Los Fundadores de las Oblatas del Santísimo Redentor, Ilmo. P. José Serra, la M. Antonia Oviedo, ofrecen a Isabelita un terreno en Ciempozuelos, Madrid, donde empieza a edificar una casa para Ejercicios Espirituales que pronto abandona.
- 1876** *3 octubre:* Isabelita con dos amigas viaja a Roma para recibir la bendición de Pío IX para su futura Congregación.
16 octubre: Pío IX la anima a fundar y le profetiza muchos sufrimientos.
Finales de octubre: Una de las amigas romanas la calumnia, acusándola de relaciones no santas con el P. Azevedo.
Octubre-diciembre: Mamá cree la calumnia, y su hija se marcha a Sevilla. Al verse sola, mamá da marcha atrás y se dispone a ayudarla en la fundación.
Diciembre: Isabelita acude a los Jesuitas PP. Antonio Zarandona y Balbino Martín. Le aconsejan abandonar Ciempozuelos y comenzar la Obra en Madrid.
- 1877** *29 enero:* El Cardenal Don Juan Ignacio Moreno, celebra la primera misa en el Oratorio de la Casa, calle Claudio Coello, n. 7 de Madrid.
2 febrero: La Madre Isabel funda la Congregación de Señoras Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, con tres cofundadoras
- 1879** *21 noviembre:* Aprobación civil del Reglamento de la Congregación de Señoras Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús.
- 1880** *Enero – febrero:* Mons. Ciriaco Sancha y Hervás, Obispo Auxiliar de Toledo en Madrid, aconseja a la Madre Isabel dejar la Obra de los Ejercicios Espirituales y dedicarse a la enseñanza en los pueblos y arrabales de las ciudades.
Abril: Primera fundación en Leganés, Madrid.
18 mayo: Fallece en Lima Adrián, hermano de la Madre Isabel.
Septiembre: El P. Balbino Martín marcha a su destino de Valladolid.

- 1881** *2 enero:* Abre un Colegio en Torrijos, Toledo.
- 1883** *Junio:* Cierra el Colegio de Leganés al abandonar la Congregación las tres cofundadoras.
8 septiembre: La Madre Isabel con la M. Hurtado emiten su Profesión en Torrijos.
Septiembre: La Madre Isabel visita al Cardenal Moreno, quien le da un nombre nuevo para su Congregación: Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, y le ordena aceptar las Constituciones de las Carmelitas de la Caridad.
1 noviembre: la Madre Isabel acepta los deseos del Cardenal Moreno.
7 noviembre: El Cardenal Moreno concede que la Congregación pudiera gobernarse por las Constituciones de las Carmelitas de la Caridad.
- 1884** *11 diciembre:* Fallece la mamá de la Madre Isabel, y es enterrada en Torrijos el día 17.
- 1885** *5 febrero:* El Rey Alfonso XII recibe en audiencia a la Madre Isabel; también está presente su hermana, la Infanta Isabel, que dedicó a la Madre una fotografía suya.
21 marzo: Alfonso XII aprueba las Constituciones de la Congregación.
24 diciembre: Profesan en Torrijos las seis primeras novicias.
- 1886** *25 marzo:* Se inaugura oficialmente el colegio de la calle Rey Francisco de Madrid.
- 1888** *22 noviembre:* La Madre Isabel hace testamento en Madrid.
- 1889** *15 mayo:* Se inaugura el Colegio de Santa Susana, ubicado en el Barrio de Las Ventas de Madrid.
- 1890** *Marzo-junio:* El P. Salvador Font, Agustino, logra arrebatarse para su Congregación de Agustinas Misioneras de Ultramar a nueve Religiosas de la Congregación de la Madre Isabel. Ésta nada dice contra el P. Font. Solo: “El Señor me las dio, el Señor me las ha quitado”.
6 junio: Bendición e inauguración solemne del Colegio de Fuensalida, Toledo.
- 1891** *4 agosto:* La Madre Isabel con la M. Hurtado llegan a Torrelavega, Cantabria, para visitar a su prima Sor Rosa Iriarte. Van camino de Roma.
15 agosto: Llegan a Roma.
27 septiembre: La Madre Isabel ingresa en la Asociación de la Santa Casa de Loreto, adonde hacía viajado.
Primeros días de octubre: Audiencia con León XIII, que deja para más adelante la aprobación de las Constituciones, disgusto que

ocasiona a la Madre un ataque al corazón, del que le atenderían en la farmacia del Vaticano.

Octubre: Regresa a Madrid con la M. Hurtado.

- 1893** *16 junio:* La Madre Isabel compra el inmueble de la calle del Tutor, de Madrid, para colegio.
29 junio: Cierra la casa de la calle del Rey Francisco, n. 17, y lo traslada a la calle del Tutor, n. 34.
- 1894** *Verano:* El Obispo de La Habana, Mons. Manuel Santander, invita a la Madre Isabel a fundar en Cuba.
18 noviembre: Sale la primera expedición de Hermanas para la fundación de Cuba. Desde La Coruña se embarcan al día siguiente en el Vapor Alfonso XIII.
4 diciembre: Llegan a La Habana, y al día siguiente al Pinar del Río.
- 1895** *Enero:* Se abre el colegio en Pinar del Río.
12 diciembre: A pesar de disuadirla sus Hijas y personas amigas, la Madre Isabel se embarca para Cuba, en guerra, para conseguir su independencia. Viaja a Pinar del Río.
- 1896** *16 enero:* Madre Isabel escribe a sus Hijas de Madrid: “Nos hemos hecho cargo del Hospital de Sangre, y estamos asistiendo a 28 heridos”.
30 junio: Se embarca para España.
15 julio: Llega la Madre a Madrid.
7 septiembre: Instala el Noviciado en el Colegio de Santa Susana, y nombra Maestra de Novicias a la Beata M. Dolores Pujalte Sánchez.
Noviembre: La Madre Isabel imprime en Madrid el Devocionario de la Congregación
7 diciembre: Muere en el campo de batalla Antonio Maceo, prócer de la independencia cubana, cumpliéndose la profecía de la Madre Isabel de que no entraría victorioso en Pinar del Río ni quemaría el colegio.
- 1897** *Sin fecha:* Se cierra el Colegio de Torrijos y son expulsadas de la Congregación las Hermanas Adelaida San Juan y Felipa Martín.
30 octubre: la Madre Isabel se embarca en Cádiz con otras cinco Hermanas rumbo a La Habana, y llegan el 15 de noviembre.
19 noviembre: Festejan en Pinar del Río el 61 cumpleaños de la Madre.
- 1898** *2 febrero:* Se celebra en Pinar del Río el 21 aniversario de la Congregación.
1 marzo: Funda la Madre en La Habana el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús.
21 marzo: Se establece la Comunidad en La Habana.
21 octubre: Una tuberculosis galopante lleva al sepulcro a la Hermana Josefa Yuste, de 21 años, una promesa cierta para la Congregación.

19 noviembre: Último cumpleaños de la Madre Isabel.

20 diciembre: Última carta de la Madre: “Pienso que mi enfermedad de corazón sigue adelante. Si Dios bendice mis proyectos, pronto tendremos el gusto de darnos un abrazo”.

1899

1 enero: A las 12 horas, en el Morro de La Habana, se arría la bandera española y se enarbola la cubana. La Madre con sus Religiosas lo contemplan desde la azotea. Sienten mucha pena.

Enero: La Madre encomienda a la M. Hurtado que la entierre entre Religiosas. Al P. Manuel Menéndez que es su deseo que la sustituya la M. Dolores Pujalte, y que muere disgustada por la deuda del colegio de la calle de Tutor de Madrid. El P. Menéndez se compromete a pagarla

Enero: Días antes de morir, recibe “con el fervor de una santa los últimos sacramentos, a cuyo acto asistimos todas llenas de pena”.

16 enero: “Al anochecer, sentada en el borde de la cama, miraba al cielo con mirada tan plácida que jamás se me ha borrado de la mente”.

17 enero: “A las 0,30 horas hizo ademán de querer volverse y en el mismo momento se sintió como si algo se le desprendiese del pecho, y, sin más agonía, se quedó como dormida, con un semblante tan natural que parecía dormida. Antes de separarnos, todas fuimos besando su frente”.

18 enero: En La Habana, funeral en la capilla y entierro en el Cementerio de Colón, en el panteón de las Siervas de María. Todo en la más estricta intimidad, ante la derrota de España.

Agosto: La Madre Isabel se aparece al P. Manuel Menéndez y le recuerda su promesa de pagar la deuda de Madrid.

22 septiembre: Se paga la deuda en Madrid con el dinero enviado por el P. Menéndez.

1904

25 enero: Los restos de la Madre Isabel son trasladados al Panteón de su Congregación, recién comprado.

1907

31 julio: San Pío X aprueba, por diez años, las Constituciones.

1909

16 agosto: La Santa Sede publica el *Decretum Laudis* para la Congregación, que obtiene la aprobación pontificia.

1920

28 noviembre: El Papa Benedicto XV aprueba definitivamente la Congregación con sus Constituciones.

1957

31 mayo: Se inicia en Madrid el Proceso Informativo de Canonización de la Madre Isabel, y se clausura el 14 de julio de 1962.

1961

18 junio: Llegan a Madrid, desde La Habana, los preciados restos de la Madre Isabel, que son venerados en la capilla del Colegio de Villaverde Alto.

- 1983** *7 diciembre:* Comienza en Madrid el Proceso Cognicional para la Causa de Canonización de la Madre Isabel, y se concluye el 1 de junio de 1985.
- 1984** *19 marzo:* Se aprueban en Roma las nuevas Constituciones renovadas según el Vaticano II.
- 1998** *10 mayo:* Son beatificadas por el Papa Juan Pablo II las Madres Mártires Rita Dolores Pujalte Sánchez y Francisca Aldea Araujo.
- 1999** *26 marzo:* Tiene lugar, en la Sala Clementina del Vaticano ante el Papa Juan Pablo, la lectura del Decreto de la Heroicidad de las Virtudes de la Madre Isabel Larrañaga y Ramírez.
- 2007** Después de varios años de investigación y estudio, se publica la Historia Documentada de la vida, misión y espíritu de la Venerable Madre Isabel, escrita por el Sacerdote Claretiano P. Alberto Barrios Moneo.

ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN: M. María del Pilar Pérez-Serrano Alarcón,
Superiora General de las Hermanas de la Caridad
del Sagrado Corazón de Jesús..... Pág. 3

PRÓLOGO: P. Alberto Barrios Moneo, Claretiano..... Pág. 5

CAPÍTULO I

SOLO 38 AÑOS DE VIDA

	Página
1. Herido, encarcelado y escapado.....	8
2. Boda después de la derrota de Junín, 9 agosto 1824.....	9
3. Regresa a España lleno de miseria, 22 diciembre 1825....	10
4. Más calamidades en España.....	11
5. El sueño quimérico de Filipinas, 2 abril 1830.....	12
6. Un sueño logrado a medias.....	14
7. Llega Isabel, la benjamina, 19 noviembre 1836.....	15
8. Segado por la muerte a los 38 años, 6 diciembre 1838.....	16

CAPÍTULO II

DE FILIPINAS A MADRID, 1839-1855

1. Desbordada por sus dos hijos varones.....	17
2. Las primeras encantadoras anécdotas de Isabelita en Madrid...	18
3. Dos aspiraciones: profesora, no casada.....	20

CAPÍTULO III

SIETE LARGOS AÑOS EN LIMA, CAPITAL DEL PERÚ, 1855-1862

1. Con Carmen Iriarte, hermana de alma.....	22
2. El primer Director Espiritual.....	23
3. Con las bridas de su lindo caballo.....	23
4. Profesora en el colegio de las Religiosas de los Sdos. Corazones....	24
5. Aquel medio enamorado llegaba tarde, 5 abril 1859.....	25
6. En la boda de Adrián, 12 octubre 1859.....	26
7. Por qué se marchan de Lima.....	27
8. Emotiva velada de despedida, julio 1862.....	29

CAPÍTULO IV

DE LIMA A MADRID PASANDO POR LA HABANA, julio 1862 - agosto 1863

1. Seis meses en La Habana, septiembre 1862 - marzo 1863..... 31
2. Estancia en Málaga, Alicante, Aspe y Sevilla, abril - agosto 1863..... 32
3. En Madrid a punto de casarse..... 34
4. La mamá depende económicamente de Isabelita..... 35

CAPÍTULO V

INQUIETUDES VOCACIONALES EN ROMA Y EN MADRID, enero-diciembre 1867

1. Don Luis José Sartorius, Conde de San Luis, Embajador de España
ante la Santa Sede, julio 1866..... 37
2. Aquellos pendientes cuajados de brillantes, 11 febrero 1867..... 38
3. No había nacido para la Visitación de Santa María..... 39
4. Colaboradora y amiga de Santa Vicente María López y Vicuña,
1867 - 1868..... 40

CAPÍTULO VI

LAS VÍSPERAS DE LA CONGREGACIÓN

1. Detalles del testamento de mamá, 5 septiembre 1869..... 42
2. Pruebas del amor a mamá en el testamento de Isabelita,
5 septiembre 1869..... 42
3. Por mandato de su Director, el P. Luis Caggiano de Azevedo..... 44
4. No a los Ejercicios Espirituales en Ciempozuelos
ni a ser Oblata del Santísimo Redentor, 1875 – 1876..... 45
5. Audiencia con Pío IX, 16 octubre 1876..... 46
6. La disparatada e inesperada calumnia..... 47

CAPÍTULO VII

LA CONGREGACIÓN EMPIEZA SU ANDADURA

1. Jesuitas sucesores del P. Azevedo..... 48
2. Era primer viernes y fiesta de la Virgen María, 2 febrero 1877..... 49
3. Los primeros pasos..... 50
4. Deficiente economía..... 52

CAPÍTULO VIII

SE AFIANZA LA CONGREGACIÓN

1. Cambio de rumbo: abre colegios en los pueblos y en los suburbios de Madrid..... 53
2. La inoperancia de dos Jesuitas..... 54
3. Cambio de nombre: no Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, sino Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús..... 55
4. Imposición de las Constituciones de las Carmelitas de la Caridad..... 56
5. La excesiva condescendencia del Cardenal Moreno, 7 noviembre 1883..... 57
6. La aprobación del Gobierno Español y la intervención de la Infanta Doña Isabel de Borbón..... 58

CAPÍTULO IX

ÚLTIMOS AÑOS DE MAMÁ DOÑA ISABEL, 1880-1884

1. Increpaciones de mamá..... 60
2. Un lamentable suceso..... 61
3. Respuestas de amor..... 62
4. Emoción de mamá en la Profesión Religiosa de su hija, 8 septiembre 1883..... 63
5. Fallece la mamá a los 79 años, 11 diciembre 1884..... 64
6. La gran personalidad de mamá Isabel..... 66

CAPÍTULO X

COLEGIOS EN LEGANÉS, GRIÑÓN (MADRID), EN TORRIJOS (TOLEDO) Y EN MADRID, CALLE DEL REY FRANCISCO, 1880 - 1893

1. El primer colegio en Leganés, Madrid, 1880-1883..... 68
2. Mal ensayo en Griñón, Madrid, 1882..... 69
3. Los primeros años gloriosos de Torrijos, Toledo, 1881..... 70
4. Al Barrio de Argüelles de Madrid, calle del Rey Francisco, enero 1886-junio 1893 71

CAPÍTULO XI

TRASLADO A LA CALLE DEL TUTOR, 1893. OTRO COLEGIO MÁS EN LOS SUBURBIOS DE MADRID: SANTA SUSANA, EN LAS VENTAS DEL ESPÍRITU SANTO, mayo 1889

1. Se adeuda con 80.000 pesetas, 16 junio 1893..... 74
2. La pesada losa de la deuda..... 76
3. Pocas noticias más..... 76

4. El Colegio de Santa Susana en el Barrio de las Ventas de Madrid, 15 mayo 1899..... 77

CAPÍTULO XII

COLEGIOS EN FUENSALIDA, TOLEDO, junio 1890, Y EN VILLAVERDE ALTO, MADRID, mayo 1895

1. Al convento alcantarino de Fuensalida, Toledo, junio 1890..... 80
2. Con la sombrilla abierta en la bendición de la capilla del colegio de Fuensalida, 2 julio 1894..... 81
3. En Villaverde Alto, Madrid, 17 mayo 1895..... 82
4. El sacerdote Don Inocencio Romo la conoce en Villaverde..... 84
5. El cofre precioso de los restos de la Madre Isabel y de las primeras Beatas de la Congregación..... 85

CAPÍTULO XIII

DOS GRANDES DISGUSTOS

1. El ataque frontal del P. Salvador Font, agustino..... 87
2. Nunca una crítica ni un desahogo contra el P. Font ni contra las nueve fugadas 88
3. Mal orientada para obtener la aprobación pontificia de su Instituto y de sus Constituciones, 1891..... 89
4. Estancia en Roma y breve conversación con León XIII en una audiencia pública, septiembre 1891..... 91
5. Malas noticias de la audiencia privada con León XIII, primera quincena de octubre 1891..... 92

CAPÍTULO XIV

EL TERCER GRAN DISGUSTO: EL CIERRE DEL COLEGIO DE TORRIJOS, 1897

1. Dos párrocos en contra..... 93
2. Los celos de los párrocos sobre Don Lucio, el Carlista..... 94
3. Trato indiscreto y excesivo con extraños..... 96
4. Las Hermanas Adelaida y Felipa expulsadas de la Congregación..... 97
5. Segundo colegio cerrado por culpa de sus Religiosas..... 98

CAPÍTULO XV

PARA AYUDAR A LA IGLESIA CUBANA EN VÍSPERAS DE LA GUERRA DE SU INDEPENDENCIA, septiembre 1894-marzo 1895

1. Decisión increíble, a pesar de la guerra, septiembre-noviembre 1894... 100
2. Les embaló una Virgencita del Amor Hermoso..... 101
3. Gracias al Gobernador Don Manuel Rodríguez San Pedro..... 102
4. Colegio y capilla..... 104

CAPÍTULO XVI

PRIMERA ESTANCIA DE LA MADRE ISABEL EN PINAR DEL RÍO, CUBA, 12 diciembre 1895-junio 1896

1. “Es mi deber estar donde mis Hijas padecen” 106
2. La Virgen del Amor Hermoso no quiso perder la pulsera de oro que le regaló la Madre Isabel 107
3. “Mi Capitán, aquí me tiene a mí y a mis Hijas para cuidarlos y asistirlos” 108
4. El sargento Salas, ex seminarista y masón 110
5. Profetiza la Madre Isabel la muerte de Maceo y que no entraría victorioso en Pinar del Río..... 111
6. Hermanitas, ¿llegaremos a ganar la guerra?..... 113
7. ¿Cómo te reúnes con gentuza, Lolina? Yo no juego con esa niña..... 115
8. Dios, el más seguro y el mejor pagador..... 117

CAPÍTULO XVII

SEGUNDA ESTANCIA EN PINAR DEL RÍO, 18 noviembre 1897-marzo 1898

1. 16 días de navegación de Cádiz a La Habana, 30 octubre a 15 noviembre 1897..... 118
2. De nuevo en Pinar del Río..... 120
3. Visitaba nuestras aulas y nos presidía en la capilla..... 122
4. Consejos y ejemplos para las alumnas..... 123
5. No se cometió la injusticia..... 124

CAPÍTULO XVIII

EN LAS CUMBRES DE LA CARIDAD Y DEL DOLOR EN LA HABANA, marzo a diciembre 1898

1. Le segunda fundación de Cuba en La Habana, marzo 1898..... 126
2. Otra gran imprudencia: nuevo envío de cuatro Hermanas en la fase final de la guerra, marzo 1898..... 127

3. Diaria comida a 40 o 50 necesitados, sin distinción de raza ni de tendencia política alguna..... 129
4. En los grandes Hospitales de La Habana..... 131
5. Paño de lágrimas..... 132
6. A la amargura de la derrota, la muerte de la Hermana Josefa Yuste, 21 octubre 1898..... 133
7. Su 62 y postrer cumpleaños en la tierra, 19 noviembre 1898..... 136

CAPÍTULO XIX

EN POS DE JESÚS VIRGEN, POBRE, HUMILDE Y OBEDIENTE

1. Toda, sola y siempre de su Señor Jesús..... 138
2. Todo lo hacía bien, hasta el barrer..... 139
3. Las violetas despiden su perfume al ser pisadas..... 140
4. Obediente y sumisa como una niña..... 141
5. Las penitencias extraordinarias..... 142

CAPÍTULO XX

CON Y POR LA EUCARISTÍA

1. Por la felicidad de una comunión..... 143
2. La capilla, su cachito de cielo..... 144
3. Lo mejor para su Señor Sacramentado..... 146
4. El Sagrario en todas sus casas..... 148
5. En la Primera Comunión de las niñas..... 149

CAPÍTULO XXI

CON LA MADRE DE DIOS

1. Detalles de hija..... 151
2. El Rosario y otras devociones..... 152
3. En el mes de mayo..... 153
4. La Virgen Madre de Dios para sus alumnas..... 154

CAPÍTULO XXII

LAS PRINCIPALES DEVOCIONES DE LA MADRE ISABEL

1. El Corazón de Jesús 155
2. El Viacrucis y la Pasión del Señor..... 157
3. San José, Protector económico de todas sus casas..... 157
4. San José, Formador de sus novicias..... 159
5. Con el Santo Ángel de la Guarda..... 160

CAPÍTULO XXIII

ORAD CONTINUAMENTE

1. Para orar, la capilla.....	161
2. En las aflicciones, la oración.....	162
3. Se puede orar hasta en la punta de una lanza.....	163
4. Oraba y enseñaba a orar.....	165
5. Un mismo letrado en todas las casas.....	166
6. Hágase, Señor, tu voluntad.....	166
7. Ante la naturaleza.....	167

CAPÍTULO XXIV

CARIDADES DE LA MADRE ISABEL

1. Con sus Hijas, las Religiosas.....	169
2. Con las niñas, alumnas de sus colegios	171
3. Por los pobres en general.....	172
4. Con sus Religiosas y alumnas enfermas.....	173

CAPÍTULO XXV

MÁS CARIDADES

1. No toleraba ni la murmuración ni la mentira.....	176
2. Correcciones de madre a sus Religiosas.....	177
3. Correcciones de madre a sus alumnas.....	178
4. Para las niñas pobres, enseñanza gratuita.....	180

CAPÍTULO XXVI

NUEVAS CARIDADES

1. Con los obreros.....	182
2. Con sus bienhechores.....	183
3. Con sus enemigos.....	185
4. Con las Hermanas que la abandonaron.....	187

CAPÍTULO XXVII

PERSONALIDAD HUMANA DE LA MADRE ISABEL

1. Cualidades sobresalientes.....	187
2. Con el piano y el armonium.....	189
3. Un gran corazón.....	190

4. Equilibrio admirable.....	192
5. Gran pedagoga.....	193

CAPÍTULO XXVIII

LA SUPERIORA GENERAL

1. Carencia de asesores.....	195
2. Por los dos párrocos de Torrijos, Toledo, 1881-1897.....	197
3. A punto de naufragar por el P. Salvador Font, agustino.....	198
4. Constancia, a pesar del desaire de León XIII, octubre 1891...	200
5. El verdadero Piloto.....	202

CAPÍTULO XXIX

ANTES DE MORIR

1. Su afección cardíaca.....	204
2. Presiente lo peor.....	205
3. Al ver arriar la bandera de España, 1 enero 1899.....	206
4. Últimos secretos antes de morir.....	207

CAPÍTULO XXX

MUERTE Y SEPULTURA

1. La preciosa muerte de la Madre Isabel a las 0,30 horas del 17 enero 1899.....	208
2. El entierro.....	209
3. Muerte de amor.....	210
4. Silencio y lágrimas.....	212
5. Cambio de sepultura, 22 enero 1904.....	213

EPÍLOGO ... 215

BREVE CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE LA VENERABLE MADRE ISABEL
LARRAÑAGA Y RAMÍREZ ... 217

ÍNDICE GENERAL

OBRAS DEL MISMO AUTOR

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La espiritualidad cordimariana de San Antonio María Claret. Estudio histórico místico sobre la espiritualidad y apostolado cordimarianos de San Antonio María Claret. Madrid, 1954.

La espiritualidad de Santa Teresa de Lisieux. Los grandes problemas a la luz de los Procesos de su Canonización y sus Manuscrits autobiographiques: Tomo I: Los grandes problemas precarmelitanos. Tomo II: Los grandes problemas de su transformación. Madrid, 1958.

Santa Teresita, modelo y mártir de la vida religiosa. Historia documentada en los procesos de canonización y en sus manuscritos autobiográficos. Madrid, 1961. Numerosas ediciones.

Espíritu y apostolado característico de la Adoratriz, según Santa Micaela del Santísimo Sacramento. Madrid, 1963.

Una intervención decisiva en la Vizcondesa de Jorbalán. Las verdaderas relaciones de San Antonio María Claret con Santa Micaela del Santísimo Sacramento. Historia documentada. Reivindicación claretiana. Madrid, 1964.

Santa Micaela del Santísimo Sacramento, fundadora de las Adoratrices. Madrid, 1964.

Monjas en vanguardia. Tomos I y II. Coculsa. Madrid, 1964. En colaboración.

Mujer audaz. Santa Micaela del Santísimo Sacramento. Su vida. Sus empresas. Su Espíritu. Historia documentada. Madrid, 1968. Traducida al japonés.

Los pobres son Cristo. Biografía de Alberto Capellán, labrador riojano. Madrid, 1969.

La alegría de una entrega. Biografía de Sor Isabel Lete Landa, mercedaria de la Caridad. Madrid, 1970.

La Madre Teresita Albarracín. Madrid, 1971. Traducida al japonés.

Mi consagración. Pensamientos del Siervo de Dios Dn. Francisco de Asís Méndez Casariego sobre la vida religiosa. Madrid, 1975.

Yo he llevado a Cristo sobre mis espaldas. Alberto Capellán Zuazo. Pensamientos. Madrid, 1981.

¿Quién es mi prójimo? Don Francisco de Asís Méndez, Canónigo de la Catedral de Madrid. Fundador de las Hermanas Trinitarias. Su vida, sus obras sociales. Su espíritu. Historia documentada. Madrid, 1981.

El carisma de la Adoratriz según Santa Micaela del Santísimo Sacramento. Madrid, 1981. Traducido al japonés.

Teresa de Lisieux en la escuela contemplativa y misionera de Teresa de Jesús. Madrid, 1982. En colaboración.

Madre María Dolores Segarra Gestoso. Fundadora de las Misioneras de Cristo Sacerdote. Madrid, 1982.

A Merced de Cristo. Las Madres Teresa Toda y Teresa Guasch, Fundadoras de las Carmelitas Teresas de San José. Su vida. Su fundación. Su espíritu. Historia documentada. Madrid, 1985.

Sé de Quién me he fiado. El carisma de las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús y de María según su fundadora M. María Teresa Dupouy. San Sebastián, 1987.

El desafío de la misericordia. El carisma de las Franciscanas Hijas de la Misericordia. Madrid, 1989.

Al estilo de Cristo. La M. Cesarita Ruiz de Esparza y Dávalos, Fundadora de las Josefinas de México. Compendio histórico de su vida, misión y espíritu. México, 1991.

Dos hermanos: un Carisma, una Esperanza. El Padre Marcos Castañer y Seda y su hermana Gertrudis, Fundadores de las religiosas Filipenses. Historia documentada. Madrid, 1992.

Subir a Jerusalén. La M. Cesarita Ruiz de Esparza y Dávalos, Fundadora de las Josefinas de México. Su vida, su misión, su espíritu. Historia documentada. México, 1993.

Sígueme. El proyecto de seguimiento de Cristo y de servicio a la Iglesia propio de la Josefina según el carisma de sus Fundadores: P. José María Vilaseca y M. Cesarita Ruiz de Esparza y Dávalos. México, 1993.

Primer centenario de la muerte del P. Francisco Manuel Malo y Malo (1892-1992). Restaurador de la Provincia Seráfica de Cartagena y confundador del Instituto de Hermanas Franciscanas de la Purísima Concepción. Madrid. 1993. (En colaboración). Segunda edición 1994.

Don Total. El carisma espiritual, mariano y apostólico de las Hermanitas de la Anunciación. Madrid, 1994.

La Historia de la Espiritualidad de la M. Paula Gil Cano. San José, Costa Rica, 1994.

Los Pobres son mis Delicias. Paula Gil Cano, Fundadora de las Hermanas Franciscanas de la Purísima Concepción. Su vida, su misión, su espíritu. Historia documentada. Prólogo de Dn. Javier Azagra Labiano, Obispo de Cartagena-Murcia. Madrid, 1995.

Al ritmo de Cristo. La M. Paula Gil Cano, Fundadora de las Hermanas Franciscanas de la Purísima Concepción. Compendio histórico de su vida, misión y espíritu. Madrid, 1995.

“Yo planté”... El carisma de las Misioneras Hijas de la Purísima Virgen María según su Fundador el P. Alberto Cuscó Mir, S.J. Aguascalientes, Ags (México), 1996.

Por Cañadas Oscuras. Los orígenes de las Hermanas Carmelitas del Sagrado Corazón de Jesús, Fundadas por M. Asunción Soler Gimeno. Historia documentada. Madrid, 1997.

Al Estilo de San José. El Carisma de las Misioneras Catequistas de San José. Comentario a sus Constituciones. México, 1999.

Al Estilo de Santiago. Carisma y Espiritualidad de las Comendadoras de Santiago. Madrid, 2000.

Cesarita. La primera fundadora mexicana. México, 2000.

La Orden de las Comendadoras de Santiago. Síntesis histórica. Madrid, 2000.

M. Asunción Soler Gimeno. Rasgos de su vida, misión y espíritu. Madrid, 2000.

Las Comendadoras de Santiago. Síntesis histórica. Madrid, 2001.

Piedra Angular. El P. Alberto Cuscó Mir. Jesuita y Fundador. Síntesis de la Historia Documentada. Tres volúmenes. Aguascalientes, México, 2002.

Signo de contradicción. El P. Alberto Cuscó Mir, Jesuita y Fundador. Historia documentada. Aguascalientes, México, 2003.

Salvadoreña y Fundadora, Madre Clarita Quirós López, Fundadora de la Congregación de Carmelitas de San José. San Salvador. El Salvador, C.A, 2003.

Corazón Abierto. “El Carisma de las Misioneras Hijas de la Purísima Virgen María”. Estudio histórico-teológico sobre el Carisma de las Misioneras Hijas de la Purísima Virgen María según sus Fundadores el P. Alberto Cuscó Mir y las Madres Julia Navarrete y Virginia Rincón Gallardo. Aguascalientes, México, 2004.

La Caridad hecha mujer. La Venerable Madre Isabel Larrañaga Ramírez, Fundadora de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús. Su Vida. Su Misión. Su Espíritu. Historia documentada. Madrid. 2007.

CARIDAD DE MADRE. Isabel Larrañaga Ramírez, Fundadora de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús. Síntesis histórica de su vida, misión y espíritu. Madrid. 2007.